

Noa Pascual

La  
Dama  
Invidiada

Damas poderosas III



Damas poderosas III  
La dama envidiada  
Noa Pascual

Título: Damas Poderosas III: La dama envidiada

Autora: Noa Pascual

Ilustradora: Verónica GM

Correctora: Cristina M. Navarro

Copyright ©2018 Noa Pascual

Todos los derechos reservados

Este libro es una obra de ficción y cualquier parecido con personas, vivas o muertas es pura coincidencia. Los personajes son producto de la imaginación de la autora y se utilizan de manera ficticia.

No se permite la reproducción total o parcial de esta novela, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión a cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopias, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra los derechos de la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal)

**En memoria de mi madre, una gran mujer que luchó  
hasta el final.**

# Capítulo I

*Toda debutante sueña con ser la más admirada la noche de su debut*

Primavera de 1815

El sueño de cualquier jovencita de la alta sociedad era ser invitada por las anfitrionas de Almack's y poder debutar en la fiesta de inauguración de la temporada social. Más, cuando era de todos sabido, que el coste anual del pase de Almack's costaba cuatro guineas, y que incluso pagando, las anfitrionas se negaban a dejar entrar a cualquier persona. Por eso, entrar en la lista de invitación pública por parte de una de las anfitrionas, situaba a cualquier debutante escogida como una de las grandes promesas de la temporada, y le aseguraba con facilidad un sequito de seguidores, que se convertirían en candidatos a futuros maridos.

Y Sophie Allende no iba a ser menos; llevaba preparándose para ese momento toda su vida. Además, había sido, junto a su hermana, una de las cinco debutantes escogidas por las anfitrionas.

Pero tener éxito esa noche no era realmente lo que más le preocupaba. Desde hacía dos años, sus sueños habían cambiado sin pretenderlo. No es que no quisiera convertirse en la mayor promesa, ni ser la debutante más admirada... El problema era que tan solo quería ser cortejada por un único caballero: el conde de Stanton. Y la culpa la tenía él, por ser el hombre más apuesto de todo el Imperio.

Una mañana, caminando por *Bond Street*, se cruzó con el conde, y la dejó obnubilada por completo. Desde ese mismo día, hacía ya dos años, no había dejado de pensar en él a diario.

Era una suerte tener una doncella personal a quien le habían roto el corazón, o mejor dicho, un familiar consiguió que perdiese al gran amor de su vida, pues Jacqueline se había convertido en su gran aliada a la hora de obtener información con respecto al conde; un secreto entre las dos, ya que ciertas aventuras de espionaje ni siquiera las había compartido con su gemela.

No es que no confiara en Abby, todo lo contrario; en quien no confiaba era en la doncella personal de su hermana, una mujer de cuarenta años, diez años mayor que Jacqueline, con un sentido del decoro y responsabilidad extremo e intachable. Cualidades admiradas por sus padres, los marqueses de Stanford, cuando la contrataron, ya que a fin de cuentas, eso era lo que se esperaba de una buena doncella personal.

Pobre de Abby cuando conociera a un hombre que le gustara, su carabina no se separaría de ella.

Pero Jacqueline era distinta; con ella podía embarcarse en cualquier aventura con tal de conseguir al gran amor de su vida. Y eso era lo que pretendía, enamorar al conde, y para ello habían estado investigando. No es que se pasara los días detrás de él, tan solo lo hacía tres veces por semana para cerciorarse de cuáles eran sus hábitos. Una mujer debía conocer bien al hombre con el que tenía intención de casarse, ¿no?

Así que esa misma mañana, salieron a dar un paseo, y no mintieron, pues así lo hicieron hasta llegar a la residencia *Bristol*, donde su buena y querida Jack, como así la llamaba, con una sonrisa encantadora y ciertas monedas en el bolsillo, obtuvo la información que necesitaban, gracias a uno de los lacayos de la casa.

La investigación había sido provechosa, esa noche el conde acudiría a *Almack's* como acompañante de lady Philomena, la tía abuela del conde, una mujer octogenaria que no se perdía fiesta alguna.

Sonrió encantada con el descubrimiento, pues su sueño podría cumplirse y, esa noche, ella, por fin podría enamorar al conde.

Y por eso estaba ahí, frente al espejo de cuerpo entero de su vestidor, satisfecha con su imagen: esbelta, radiante y elegante.

El vestido elegido para su gran debut, de color melocotón, ensalzaba el rubor de sus mejillas, un tono que parecía haberse quedado estampado en su bello rostro desde que pensó esa misma mañana de regreso a su casa, cómo conseguir que el conde le robara su primer beso. ¡Tenía que besarla sí o sí! Llevaba dos años enteros soñando con ese momento y no pensaba echarse atrás en el último instante. ¿Acaso los besos robados no eran lo más hermosos? Bueno, tampoco es que ella hubiese besado a nadie, pero estaba convencida de que los labios del conde serían los primeros.

—Uff... —Suspiró en voz alta.

Se dio la vuelta y se acercó a la cama, donde su doncella personal había dejado los guantes que debía ponerse.

Mientras se colocaba el primer guante, recordó la primera vez que vio al conde. Ella caminaba junto a su madre por *Bond Street*, se detuvieron frente al escaparate de una librería, y a dos metros de ella, el caballero más apuesto que había visto en su vida, saludaba a una dama.

Era alto, algo que llamó la atención de Sophie, ya que su porte no era el habitual en cualquier muchacha; su altura jugaba en su contra y necesitaba encontrar hombres que fuesen más altos que ella.

Su cabello negro como el carbón, quizás fue lo que más le llamó la atención; prefería a los hombres morenos.

Pero sus ojos... Esos ojos verde esmeralda consiguieron que ella se estremeciera por completo. Si le hubiese dedicado una mirada, habría desfallecido en medio de la vía pública, estaba convencida de ello.

Cerró los ojos con ensoñación.

Ahí estaba él, sonriente, inclinándose para besar los nudillos de la mano enguantada de la marquesa viuda de Dicedon. Fue la primera vez que ella sintió celos de alguien. Hasta la fecha, jamás había sentido la necesidad de envidiar a nadie, pero ese día todo cambió en ella, y deseó con todas sus fuerzas sentir los labios del conde en su piel.

—Ufff... —Exhaló aire al tiempo que volvía a ruborizarse.

Sí, ese día sintió lo que todos los poetas plasmaban con sus letras lo que era el amor, pues ella vibró por dentro al ver por primera vez aquellos ojos del color de la hierba recién cortada, convirtiéndose de pronto en su color favorito. Fue tal el impacto en ella, que desde ese mismo día no había hecho más que soñar con él, tanto dormida como despierta.

Unos golpecitos en la puerta le hicieron regresar al presente.

—Adelante.

La puerta se abrió y entró su gemela.

—Sophie, nuestro padre está esperándonos —anunció Abby.

—Ya estoy lista —respondió, girándose y mirándose por última vez en el espejo—. Estoy nerviosa.

Abby la miró con cariño.

—No deberías, tú eres la única esperanza de que el debut de las hijas de los marqueses de Stanford sea un éxito —bromeó al tiempo que elevaba los brazos al aire.

Las dos se carcajearon.

—¡Qué exagerada eres! —recriminó Sophie a su hermana mayor. Diez minutos de diferencia en el parto le otorgaban a Abby ese puesto en la dinastía Allende.



—Bueno, mañana veremos si tengo razón —comentó encogiéndose de hombros—. Ojalá me equivoque y consiga ser la debutante perfecta que mamá sueña que sea.

Sophie sonrió, su gemela era fantástica. Conocía sus defectos mejor que nadie, los mismos que le resultaban imposibles de controlar, pues su mente rápida estaba a la par de su lengua y eso, ante los ojos de los caballeros era un gran problema.

Bajaron a la planta baja, donde sus doncellas las esperaban para colocarles las capas antes de salir y dirigirse al evento más esperado del año: el debut en Almack's.

—No dejes de sonreír y conseguirás que el conde caiga rendido a tus pies —musitó Jacqueline en su oído, para que nadie más las escuchara.

—Gracias, Jack, deséame suerte.

Durante el trayecto en carruaje, el marqués observó a sus hijas: una parecía desanimada; la otra, por el contrario, se mostraba soñadora.

Y no se equivocaba, porque Sophie soñaba con ese momento especial, el instante exacto en el que le presentarían al conde.

Cerró los ojos.

Connor la vería y se acercaría raudo para ser presentados. Tomaría su libreto de baile y se inscribiría para bailar con ella. Durante la danza, él la alagaría y se mostraría encantador y encelado al ver a otros pretendientes en su carné. Ella le cuchichearía al oído que no debía preocuparse por el resto de hombres; si él se lo pedía, buscaría una excusa para rechazar a todos cuantos quisieran bailar con ella, mostrando que tan solo él le interesaba.

El conde sonreiría satisfecho y se mostraría interesado en ella. La acercaría a un lado del salón, buscando un lugar apartado y oscuro, para confesar que quería cortejarla y robarle el beso que ella tanto ansiaba recibir desde hacía dos años.

Soltó una risita tímida.

El marqués la miró con escepticismo. ¿Qué pasaba por la cabecita de su hija para sonreír de esa manera y sonrojarse al mismo tiempo?

—¿Sucede algo, Sophie? —se interesó la marquesa, que se encontraba sentada junto a su esposo, frente a sus dos hijas en el carruaje.

—Nada, que estoy algo nerviosa —aclaró para no inquietar a su madre—.

Sé que estoy preparada, pero me gustaría deslumbrar y convertirme en la más aclamada de la fiesta.

La marquesa sonrió encantada.

El marqués, por el contrario, gruñó; poco le gustaba que sus hijas tuviesen que debutar, pues eso significaba que pronto se alejarían de su lado.

No podía quejarse, había conseguido retrasar ese momento durante un año entero. Claro que su mujer ese año zanjó su desacuerdo con la más vil de las artimañas femeninas: alejándolo de su alcoba durante tres semanas seguidas. Así que tuvo que ceder al chantaje; no era hombre de dormir fuera del lecho conyugal.

Llegaron y fueron anunciados con los honores y la respetabilidad que merecían. Como era de esperar, unos cuantos caballeros se interesaron por las gemelas, por lo que pidieron ser presentados como se requería, a través de los padres o damas mayores.

La pequeña Allende, a medida que avanzaba la noche se iba desmoralizando. Llevaba casi dos horas y media bailando sin parar. Como había vaticinado, su carné de baile estaba al completo, pero le faltaba la inscripción del bailarín más esperado.

Estaba agotada.

Apenas prestaba atención a sus admiradores, no paraba de otear de un lado a otro, buscando a la única persona que de verdad le interesaba.

Dos años soñando con ese momento y no barajó la posibilidad de que el conde no acudiese al baile. Incluso se había cerciorado esa mañana de que él acudiría, pero nada, no había ni rastro de Connor.

Necesitaba escapar de aquel lugar, quería esconderse y salir de allí cuanto antes.

Miró a su alrededor, estaba abarrotado de gente. Buscó a sus padres y los vio en el otro extremo del salón, charlando con los padres de otra debutante. Luego se fijó en su hermana, que estaba junto a Penelope, la mejor amiga de ambas. Entonces vio la oportunidad perfecta para escabullirse sin que nadie la viese.

Rauda, subió los peldaños, y le faltaban tan solo un par de metros para cruzar el umbral, cuando tropezó con un caballero en lo alto de la escalera. Perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer, pero los musculados brazos del hombre en cuestión la sujetaron con fuerza, rodeándola por la cintura y

pegándola a su pecho.

Antes de abrir los ojos, inspiró con fuerza el aroma a jabón mezclado con acedera y un toque de brandy, y le pareció el olor más varonil que jamás había podido imaginar. Aunque la sorpresa fue, que el hombre que todavía la rodeaba con sus brazos y desprendía ese grato aroma, era el mismo que tantas noches le había hecho perder el sueño.

—Lo lamento, lord Stanton —pronunció con su típica sonrisa encantadora.

Connor se quedó prendado del mohín de la joven.

—¿Nos conocemos, milady?

—Ah... Me temo que no hemos sido debidamente presentados —aclaró la joven, pestañeando con gracia—. ¿Cree que nos tirarán a los leones?

Connor soltó una carcajada sonora, consiguiendo que la gente más cercana los mirase.

Sophie se irguió cuando él la soltó. El conde pudo observar que la muchacha era alta, había conocido a pocas mujeres con su estatura.

—Y dígame, ¿cree que podemos fingir que ya hemos sido presentados? —comentó el conde, mientras le ofrecía el brazo para bajar las escaleras.

—Ah... ¿Y nadie se enterará?

—Imagino que no, porque usted y yo, fuimos presentados por... —Se quedó pensativo y Sophie siguió la broma.

—La baronesa Dudley.

Connor sintió admiración por la joven, sobre todo porque la baronesa en cuestión, era conocida por sus chismorreos y falta de memoria.

—Por supuesto —afirmó—. Y hoy nos hemos encontrado de nuevo, lady... —Dejó en el aire la frase.

—Sophie Allende.

Sin dejar de conversar, el conde la acercó hasta la pista de baile, donde se unieron al resto de bailarines.

—Recuerdo que se le voló el sombrero y, en un gesto de caballerosidad, fui tras él para entregárselo.

—Sí, mi sombrero verde favorito —pronunció Sophie aguantando la risa, encantada de que el conde fuese tan divertido—. Sin duda le estoy agradecida

por aquel detalle.

—No me hubiese perdonado que se quedara sin su prenda favorita.

Sophie estaba tan ensimismada que se envalentonó, dejando al descubierto su debilidad, que eran los ojos del conde.

—Ni yo, milord, cada vez que lo veo recuerdo el verde de sus ojos.

Connor sonrió con agrado; esa joven tenía una dulzura y vitalidad que pocas veces mostraban las damas.

—Ha sido un placer volver a coincidir, milady —pronunció haciendo una pequeña reverencia y sonriendo como un verdadero caballero.

—El placer ha sido mío, milord.

Y danzaron mirándose a los ojos, sin desviar la vista el uno del otro.

## Capítulo II

*A ciertos caballeros, también les rompen el corazón*

Duncan St. John, el hijo pequeño del marqués de Bristol, entró en la residencia familiar que poseían en Londres, donde pasarían toda la temporada hasta regresar a *Great Sea*, en la ciudad de Brymoostonnin, cerca del palacio de Bristol y al suroeste de *Golden House*, la residencia habitual de la joven duquesa Penelope de Kennt, la dama elegida por su padre junto al duque de Whellington, para convertirla en su esposa.

—Su señoría está en la sala verde, milord —informó el mayordomo a Duncan por si quería unirse a su hermano.

—Gracias, Pillman, puede retirarse ya.

El mayordomo hizo una reverencia y se marchó.

Duncan entró en la sala y se sirvió un whisky escocés él mismo. Se sentó en un butacón de piel idéntico al que su hermano estaba utilizando frente a la chimenea. Observó a Connor sumido en sus pensamientos y se pronunció:

—No ha estado mal la fiesta.

Connor, sin apartar la mirada de su copa de brandy, respondió en tono jocoso:

—He acudido a peores.

—Parecías divertirte con Sophie.

—Lady Sophie Allende para ti —advirtió con deje altivo a su hermano. Duncan no rectificó, aunque debía averiguar, y de paso advertir a Connor.

—Es una joven muy bonita.

—Como otras tantas —respondió sin querer dejar al descubierto más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—¿Eso quiere decir que no vas a cortejarla?

Connor alzó la cabeza y miró directamente a los ojos de Duncan.

—¿Cortejarla? No creo haber dicho que vaya a hacer tal proeza con ninguna dama todavía, ¿verdad?

Duncan sonrió de medio lado. ¿Con que esas tenían? Bien, iba siendo hora de advertir a Connor.

—En ese caso imagino que el afortunado será el barón Dexter.

—¿El afortunado? —inquirió, sin comprender a su hermano.

—Sí, Connor, ya que no estás dispuesto a cortejar a Sophie... —y se corrigió con premura—: A lady Sophie Allende... Supongo que el barón estará encantado de hacer tal proeza. Me pareció que hacían buenas migas.

Connor se tensó y se irguió en el sillón de cuero.

—Dexter nunca se ha caracterizado por ser el alma de la fiesta, dudo que lady Sophie Allende tenga mucho en común con él.

—Cierto —aseguró—. La dama ha demostrado ser, además de bonita, encantadora y risueña, cualidades que la mitad de los hombres de la fiesta han admirado. Por ello, teniendo en cuenta que, aparte de mi hermano, la joven con quien más compartió su tiempo fue con el barón, imagino que mañana recibirá las pertinentes flores, junto a una carta y una propuesta para ser cortejada.

—¿Y quién dice que ella vaya a aceptar tal proposición?

Duncan se llevó el vaso a la boca, intentando aparentar que la conversación era, ante todo, poco importante para él, y con desgana, respondió para dar mayor efecto en su empeño, ya que su hermano parecía hacer lo propio.

—Ha sido su debut y estoy seguro de que la marquesa ha presentado a sus hijas en sociedad con la misma intención con que lo hacen todas, ¿no?

—¿Y cuál, según tú, es la intención?

—Casar a sus hijas —aseveró, mirando fijamente a los ojos de Connor—. Lady Aberdeen no supone un gran problema para la marquesa, pero lady Sophie está obligada a casarse —informó, estudiando la reacción de su hermano—. Es la segunda hija, por lo tanto, cualquier proposición por parte de un noble con título será más que suficiente para que la marquesa se sienta satisfecha y triunfadora.

Connor no había pensado en ello, y las palabras de Duncan le golpearon con fuerza.

St. John quiso asegurarse de que su hermano lo había entendido.

—Por lo tanto, antes de retirarme, me gustaría saber a quién debo felicitar mañana —pronunció, al tiempo que se ponía en pie—. ¿A mi hermano o al barón?

Connor sintió una corriente interior desconocida. Había sido una sensación tan extraña como poderosa que, por un momento, llegó a perturbar su

conciencia. No quiso darle importancia, y menos delante de su hermano, que estaba esperando una respuesta.

—Me temo, Duncan, que el único que se casará este año en la familia eres tú —respondió, intentando que su voz no denotara un ápice de inquietud—. Por lo tanto, seré yo quien te felicite; mi más sentida enhorabuena.

Duncan asintió con la cabeza y dejó la copa vacía en su lugar. Se dirigió a la puerta y antes de salir, ladeó la cabeza para dirigir unas últimas palabras a su hermano, que continuaba sentado en el sillón dándole la espalda.

—Connor, sé que no entraba en tus planes casarte —dijo con tranquilidad y con un tono de voz amigable—, pero hoy te he visto sonreír junto a Sophie como hacía tiempo que no te veía. No compares a la joven con Anne, porque no tienen nada que ver la una con la otra. Si permites que otro la corteje, no volverás a tener una posibilidad con ella.

—No creo haber dicho que la quiera.

—Bien, en ese caso espero que no te arrepientas. Buenas noches.

Duncan salió de la sala y Connor apretó los labios con rabia. Hacía más de tres años que nadie nombraba a Anne, hija del vizconde de Cambridge, y actualmente duquesa de Parma.

Con veinte años se enamoró de la joven Anne, que por aquel entonces tan solo tenía quince. Esperó a que fuese presentada en sociedad para cortejarla, pero el fallecimiento de su madre atrasó el debut. Esperó de nuevo y mantuvo la esperanza de que ella, fiel a su palabra, le concediera el honor de convertirse en la condesa de Stanton. Pero cuando llegó el momento, Anne le pidió tiempo; quería vivir un poco la vida antes de casarse, pues se sentía muy joven todavía. Connor lo entendió y cedió a su súplica; estaba convencido de que acabarían casándose con el tiempo, más, cuando Anne y él habían coincidido un fin de semana en la residencia de campo de la marquesa de York y, una noche, ella se había metido en su alcoba y se había entregado a él por completo.

Esa mujer le robó el corazón e incluso el alma. Hubiese dado la vida por ella, y sin embargo, solo recibió traición y una puñalada rastrera al enterarse, a través del periódico, del futuro enlace entre el duque de Parma y la hija del vizconde Cambridge. No podía creer que fuese cierto y fue a pedirle una explicación.

«—Dime que esto no es cierto. —Levantó el periódico en alto para que



Anne respondiera.

—Lo lamento, Connor, pero la noticia es cierta. Le he dado mi palabra...

—¡Y a mí! —explotó—. A mí también me la diste hace tiempo.

Ella se dio la vuelta; no quería mirarle a los ojos cuando pronunciase la última frase antes de que él se alejase de allí para no volver a verla más.

—Tan solo eres un conde, Connor, como mucho podrás aspirar a ser marqués algún día —dijo, inquebrantable, dejando una verdad en el aire entre los dos: ella quería más—. Merezco ser duquesa.»

Al recordarlo, la rabia se apoderó de él; como un resorte se puso en pie y lanzó la copa al fuego. Apoyó las dos manos sobre la repisa de la chimenea y negó con la cabeza; esa mujer no merecía que él perdiese un solo segundo de su vida recordándola. Cerró los ojos y otra mujer de ojos azul turquesa, rubia como los campos de trigo al amanecer, apareció en sus pensamientos: Sophie.

Sonrió y se estremeció al recordar que la había besado.

«¡Por todos los santos, la he besado!», se recriminó por no haber sido capaz de contenerse. Ella estaba allí, junto a él en el jardín exterior, paseando como cualquier otra pareja, cuando se detuvieron y la sonrisa de Sophie lo encandiló.

## Capítulo III

*El primer beso una dama no lo olvida*

Sophie estaba exhausta y radiante. Su regreso a casa había provocado dolor de cabeza a la marquesa, por el ímpetu y excitación con el que narraba toda la velada.

En cuanto su doncella personal abandonó la habitación, se metió en la cama y suspiró soñadora. Cerró los ojos y recordó su paseo junto a Connor por los jardines.

«—¿No le parece atrevido que alguien nos vea a solas por este lugar, milord? —preguntó haciéndose la inocente, aunque con una entonación más bien coqueta.

—Nos ha dado permiso la marquesa —respondió él, mientras la guiaba hacia una zona más oscura para quedar ocultos ante la mirada de cualquiera. Claro que, en ese consentimiento, entraban dos damas más, amigas de la joven Sophie, a las que habían dado esquinazo.

—Ah, es cierto —reconoció y se giró hacia él—. Si le soy sincera, habría preferido que mi madre no nos hubiese dado su aprobación.

—¿Por alguna razón? —preguntó Connor con cautela.

Entonces ella sonrió ampliamente mientras pestañeaba con gracia para confesar algo escandaloso, que no podía retener por más tiempo.

—De haberme traído hasta aquí sin su permiso, querría decir que podría tratarse de una cita clandestina —comentó y se sonrojó—. Habría sido más interesante, escandaloso y emocionante, porque significaría que quizás usted sería el primer hombre que querría besarme.

Y Connor la besó. Un beso tierno y a la vez exigente. El beso que toda dama debía recibir por lo menos una vez en la vida; el que recordaría para siempre y el que él profundizó al meter la lengua en su boca, como si ella le perteneciera.»

Se llevó un dedo a la boca para recorrer sus labios. Todavía podía sentir el sabor y la calidez de los labios de él. Y, con una sonrisa, se durmió.

\*\*\*

Connor estaba dando cuenta a su desayuno, cuando su tía Philomena y sus dos amigas octogenarias inseparables, Hermione y Violet, entraron en la sala de mañanas, en su busca.

Él se alzó y esperó a que las tres damas tomaran asiento para hacer lo propio y continuar con su apetecible desayuno.

Ellas se sentaron justo al otro lado de la mesa, para mirarlo fijamente.

—Connor, querido —saludó tía Philomena—. ¿Sabes ya qué flores vas a regalar?

Connor levantó las cejas, masticó despacio y se preparó para un interrogatorio por parte de esas tres brujas.

¿Por qué su hermano nunca estaba cuando más se le necesitaba? No era a él a quién debían interrogar sino a Duncan.

Carraspeó para aclararse la garganta.

—Me temo, tía Philo, que estáis equivocada. —Sonrió al responder. Igual su anciana tía estaba empezando a perder la cabeza, algo que causaría un gran estrago en la familia, y por fin, por un despiste, ella confesara pertenecer a una banda de hechiceras.

Las tres mujeres se miraron entre ellas, mientras Connor las observaba atento.

—Creo entender que a lady Sophie le encantan las dalias —se pronunció lady Hermione.

—Sí, una gran elección, elegante y hermosa, tanto como la joven en cuestión —reconoció tía Philomena.

—Debes actuar con celeridad, Connor —aconsejó lady Violet—. La dama fue sin duda una de las debutantes más exitosas.

De no ser porque conocía a esas tres ancianas desde que nació, se habría sorprendido de que ellas hubiesen llegado a obtener tanta información sobre Sophie, pero conociéndolas, lo raro era que no le hubiesen escrito ellas mismas una nota a la joven y hubieran mandado el ramo a primera hora de la mañana.

Iba a responder, cuando su hermano Duncan atravesó el umbral de la puerta, con una radiante sonrisa que captó la atención de las tres ancianas.

—¡Oh, mis bellas señoras! —bromeó—. Deben saber, que gracias a sus consejos, esta tarde seré el hombre más envidiado de Londres. He encargado el ramo de margaritas más grande que puedan imaginar.

Las mujeres se enorgullecieron y asintieron con la cabeza.

Connor, por primera vez se sorprendió. ¿Su hermano pidiendo consejo a

esas tres...?

—Querido —se dirigió lady Philomena al conde, mientras Duncan rodeaba la mesa y tomaba asiento junto a su hermano—. Deberías mandar recado cuanto antes a la floristería, las dalias son tan hermosas que pronto desaparecerán de las estanterías.

—No sé qué les hace pensar que estoy interesado en cortejar a una dama.

—Tus ojos, jovenzuelo, tu brillante mirada mientras bailabas —adujo lady Hermione.

Duncan intentó disimular su regocijo. Sabía que Connor estaba empezando a sentirse molesto, por lo que alargó la mano y, sin utilizar tenedor alguno, tomó entre sus dedos un trozo de tocino del plato de su hermano y se lo llevó a la boca.

—Reconozco que la joven es hermosa —confirmó Connor en voz alta—. Pero les aseguro que su belleza no despertó en mí tanto poder como para querer abandonar mi soltería.

Duncan tragó.

Las tres ancianas parecían trillizas, pues levantaron las cejas al mismo tiempo.

—Oh, mi apreciado Connor, voy a confesarte un secreto —intervino lady Violet.

Connor y Duncan se miraron con rapidez y se inclinaron hacia delante en sus asientos, atentos a la confesión más esperada. ¿Sería posible que después de tantos años, por fin afirmaran que pertenecían a un club clandestino de magas?

—Gracias a nuestro estatus de solteronas...

—Por voluntad propia —la halagó Duncan, interrumpiéndola.

—Por descontado —cercioró Connor.

Los comentarios fueron bien recibidos por las tres ancianas, y como recompensa les regalaron tres sonrisas encantadoras.

—...se nos permite estar al tanto de todo cuanto se dice, se confabula o se especula en todas las fiestas, sin el menor problema —confesó, pues era cierto.

—Nadie repara en las solteronas —intervino tía Philomena—, por lo que podemos escuchar y observar a nuestras anchas sin que nadie repare en

nosotras.

Vaya, lo que venía a decir, que eran las mayores cotillas del reino. Eso ya lo sabían, nadie estaba más al tanto de todo cuanto sucedía en Londres que esas tres arpías.

—¿Y eso en qué me incube? —indagó, molesto, Connor.

Lady Philomena lo miró con intensidad.

—En que anoche pudimos comprobar que tres de las debutantes tuvieron un éxito rotundo —informó sin apartar la mirada de él—: Lady Penelope...

Duncan sonrió pleno; esa muchachita pronto acabaría siendo su esposa.

—...Lady Sophie y lady Jezabel.

—Seguro que las tres estarán encantadas de tal hazaña —pronunció Connor sin interés, restando importancia, como si a él poco le importara.

Lady Hermione negó con la cabeza.

Lady Violet torció el labio en señal de protesta porque él se negase a admitir la realidad.

Lady Philomena chasqueó la lengua antes de pronunciarse.

—Bien, pensé que tenía un sobrino más decidido y valiente —lo regañó, consiguiendo una mirada furibunda por parte de Connor—. En vista de que no eres capaz de admitir en voz alta que te molestaría que otro hombre la cortejara, poco más vamos a decir.

Las tres se pusieron en pie al unísono, clavaron sus bastones con la elegancia y el poder que siempre mostraban, y giraron sobre sus talones.

Connor y Duncan, en un gesto de galantería, también lo hicieron.

Caminaron despacio hasta la puerta para salir al pasillo, pero antes de cruzarla, lady Violet dijo una última frase:

—Qué lástima, Connor. —Se entristeció—. Pensé que los ojos brillantes de la joven estaban a la par de los tuyos —admitió, con la intención de que él supiese que la muchachita sí estaba interesada en él—. Será una pena que a partir de hoy tengan que brillar por otro hombre.

—Será que no era para mí. —Se molestó por el comentario y se pronunció aburrido.

Lady Philomena lo miró con una ceja levantada.

—Ahora sí estoy convencida de ello —reconoció con tristeza, pues su

sobrino era un testarudo que iba a dejar escapar la oportunidad de ser feliz—. No eres digno de recibir el afecto de la dama. Solo el que sepa mostrar su interés sin tapujo alguno será merecedor de tal regalo.

Salieron de la sala como era habitual en ellas, sin hacer ruido.

Connor, antes de tomar asiento de nuevo, miró a su hermano.

—Cada día están más quisquillosas.

Duncan se encogió de hombros.

—Sí, pero como siempre, tienen razón.

Y sin dar opción a réplica, se marchó, siguiendo los pasos de las tres ancianas.

\*\*\*

La marquesa de Stanford ordenó al ama de llaves que despertasen a sus hijas y bajasen a desayunar. El día iba a ser largo, por lo menos para una de ellas.

Jacqueline despertó a Sophie y lo primero que hizo fue sonreír.

—Oh, Jack, prepárame para esta tarde el vestido verde esmeralda —comunicó al tiempo que salía de debajo de las sábanas—. Así los ojos de mi querido Connor resaltarán más cuando paseemos juntos. Voy a ser la muchacha más envidiada.

Jacqueline asintió y, con una gran sonrisa, se dirigió al vestidor.

—Lady Abby, cuando llegó anoche no parecía muy animada —se interesó la doncella.

Sophie apretó los labios con lástima.

—Me temo que no disfrutó tanto como yo —comentó con pena, pues Abby merecía ser feliz—. No estuve muy atenta ya que me pasé media velada buscando al conde —reconoció—. Pero lo poco que pude observar, los hombres que se interesaron por ella no despertaron su interés.

—Qué lástima —se apenó Jacqueline.

—Espera... —Se quedó pensativa—. ¡Sí hubo uno! La vi pasearse por toda la sala de un lado a otro... como si quisiera que ese hombre en cuestión se fijase en ella.

—¿Y no los presentaron?

Sophie hizo una mueca de disculpa.

—No lo sé, porque en cuanto apareció Connor, para mí desapareció todo cuanto había a mi alrededor.

Jacqueline se carcajeó.

Las gemelas bajaron las escaleras y fueron recibidas en el vestíbulo con una gran sonrisa por parte de su madre.

—¡Vuestro debut fue un éxito! —se expresó jovial, haciéndoles una seña con la cabeza para que la siguiesen a una de las salas.

Las gemelas siguieron a su madre hasta allí, y se sorprendieron al ver la cantidad de ramos de flores que llenaban la estancia.

—¿De quién son esos ramos? —preguntó Abby, aunque estaba segura de la respuesta.

—De los caballeros que anoche se quedaron prendados con mis hijas —aseguró orgullosa—. Y por supuesto, con esta muestra floral quieren decir que están interesados en conoceros más. Aquí están las tarjetas de los nobles que quieren cortejaros.

—No sé por qué hablas en plural —rebató Abby, sin dar todavía crédito a la cantidad de ramos que su hermana había recibido.

—Abby, cariño, también hay para ti.

Por un segundo, se permitió soñar despierta, ¿y si el duque había mandado uno para ella? No le duró mucho la ensoñación, pues el marqués, bastante molesto, las interrumpió:

—Me gustaría poder desayunar antes de que se enfríe el café.

La marquesa gruñó por el poco tacto y alegría que mostraba su esposo. Aun así, se dio la vuelta y pasó con la cabeza erguida, demostrando satisfacción.

Abby vio dos montoncitos de tarjetas. Sin pedir permiso a su madre, cogió el que menos tenía y se lo escondió en el bolsillo del vestido.

Una vez estuvieron los cuatro sentados para dar buena cuenta del desayuno, Sophie preguntó:

—¿Hay alguna tarjeta de lord Stanton?

—Me gustaría desayunar tranquilo, os agradecería que todo lo relacionado con esos ramos... —intentó cambiar de tema el marqués, pues detestaba



saber que algún hombre se llevaría lejos a sus hijas, pero la marquesa lo interrumpió:

—No, el conde Stanton no ha mandado ni ramo ni tarjeta.

Sophie se mordió el carrillo interno y Abby la observó.

La marquesa, como se sentía animada, intentó alegrar a sus hijas.

—Luego miraremos las tarjetas y aceptaréis alguna invitación.

Sophie, que se había levantado nerviosa esperando que Connor le mandase una invitación para pasar la tarde juntos, se desanimó.

Una hora más tarde, con la moral por los suelos al no haber recibido la invitación deseada, se sentía agobiada, pues su madre había sido muy tajante, debía aceptar una invitación.

Resopló y se fue en busca de su gemela. Conociéndola, solo había un lugar donde encontrarla a esas horas: la biblioteca.

Y no se equivocaba; allí estaba Abby, quien al escuchar cómo se cerraba la puerta, levantó la mirada un instante y se centró de nuevo en el libro que sostenía entre sus manos.

—Mamá está empeñada en que acepte por lo menos una invitación para hoy —declaró, desplomándose en un diván forrado con motivos florales.

Abby cerró el libro y prestó atención a su hermana, no se la veía muy contenta.

—¿No te interesa ninguna invitación?

Sophie negó con la cabeza mientras barajaba entre sus manos las tarjetas.

—Imagino que estabas esperando una de lord Stanton.

—Sí, pensé... —Se quedó callada por un instante, pero al final continuó; necesitaba compartir con su gemela su estado de ánimo—: Se supone que si un hombre te besa es porque le gustas, ¿verdad?

A Abby se le escurrió el libro de entre las manos y fue a parar al suelo.

—¿Te besó?

—Ssshhh... Baja la voz o mamá se enterará.

Abby reaccionó; recogió el libro y lo dejó a un lado del diván.

—¿Te besó? —repitió, esta vez con una entonación baja.

—Sí —respondió Sophie entre suspiros—. ¿Qué hice mal, Abby? ¿Tan malos son mis besos?

—Besarle es lo que hiciste mal.

—Me besó él —aclaró con sencillez—. Deseaba que lo hiciera, la verdad, pero fue él quien me besó... ¡Y qué beso!

Abby se llevó las manos a la cara, intentando que sus manos frías le quitasen el calor de las mejillas.

—Abby, te juro que jamás pensé que un beso pudiese tener tanto poder —se sinceró—. La sensación es tan placentera, tan perfecta, que jamás podré olvidarlo.

—Sophie, no debiste permitir que hiciese tal cosa.

—¿Por qué no? Sabes que me gusta Connor.

—Lord Stanton —la corrigió, Abby—. Una dama no puede verse comprometida, ¿qué habría pasado si alguien os hubiese visto?

—Hoy estaría prometida a Connor.

Llegó un lacayo para informar de que tenían visita, y Sophie se inquietó.

—¿Será Conn... Lord Stanton?

—Lo dudo. Mamá hubiese venido en persona a darnos la noticia, ¿no crees?

Sophie lo pensó y asintió; buena era la marquesa si el propio conde hubiese ido a buscar a una de sus hijas.

No, no fue el conde quien las visitó, sino una amiga de la marquesa que estaba muy interesada en conocer quiénes eran los futuros pretendientes de las gemelas.

La mujer no paraba de preguntar, quería conocer todos los detalles del debut.

Sophie se puso nerviosa; tanto, que Abby tuvo que intervenir para que no cometiese la fatalidad de confesar ante su invitada y su madre, lo que le había confesado a ella.

—Si nos disculpáis, Sophie y yo tenemos una ardua tarea —se excusó, aludiendo a las tarjetas, aunque ella no tenía nada que hacer, pues no pensaba aceptar la invitación de ninguno de los nobles que la reclamaban.

Se alejaron hasta la sala amarilla, que era la favorita de las gemelas. Así, entre las dos podrían mirar con tranquilidad las notas que había recibido Sophie y elegir a un acompañante para esa tarde.

Abby leía con incredulidad aquellas notas. ¿De verdad los hombres podían decir semejantes niñerías con tal de llamar la atención de su hermana?

Sophie, por el contrario, parecía estar muy lejos de aquel lugar. Su pensamiento se encontraba, una vez más, acaparado por un hombre: Connor.

—¡Oh, no! —se expresó Abby, atrayendo la atención de su hermana—. Tu cabello dorado es más reluciente que el oro bañado por los rayos del sol —se mofó, levantando la tarjeta.

Sophie apenas gesticuló.

—Abby, no quiero aceptar ninguna de esas invitaciones. —Se entristeció—. Lo único que me apetece es ir a *Knight's club* y pedir una explicación...

Abby agrandó los ojos y la interrumpió:

—Sophie, ¿quieres ir al club pugilístico para caballeros a pedir una explicación? ¿Acaso has perdido por completo la razón? —preguntó, alarmada.

—Ahí estará Connor.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque todos los martes a mediodía el conde se ejercita en ese club.

Abby parpadeó nerviosa.

—No me digas que has estado espiando a lord Stanton.

Sophie la miró con intensidad.

—¡Se supone que voy a casarme con él!

Abby se puso en pie como un resorte, se llevó las manos a la cara y se cubrió con ellas, intentando tranquilizarse y no gritar.

Respiró con fuerza y bajó las manos; se puso a caminar de un lado a otro, buscando la forma de relajarse y pronunciarse con tranquilidad...

—¿Te das cuenta de que podría haberte descubierto? —gritó fuera de sí. Era imposible encontrar la calma cuando la reputación de su hermana se podría haber visto comprometida—. ¿Qué crees que pensaría de ti?

—¿Qué importa lo que piense de mí? Lo único que tiene que hacer es conocerme mejor y pedir mi mano.

Abby no daba crédito a las palabras de su hermana.

—Sophie, creo que estás obsesionada —alegó con cautela—. No puedes afirmar con tanta vehemencia que el conde se casará contigo.

—¿Por qué no?

Abby tenía una respuesta en la punta de la lengua, pero por una vez, fue capaz de contener su verborrea, así que por el bien de Sophie, se acercó a ella, alargó sus brazos para sostener las manos de su gemela, y se pronunció con toda la dulzura que pudo reunir:

—Sé lo mucho que el conde significa para ti —musitó—. Por ello comprendo tu enfado —aceptó, aludiendo al beso de la noche anterior—. Pero Sophie, debes comprender que no eres la primera mujer a la que lord Stanton ha besado —pronunció, al tiempo que le acariciaba las manos con los pulgares para relajarla—. Él no le ha dado la misma importancia que tú. De hecho, mal que te pese, es posible que no fueses la única que anoche recibió un beso por su parte.

Sophie negó con la cabeza, no podía creer tal afirmación. No cuando su corazón bramaba que solo le pertenecería a Connor.

—Abby, sé cómo me miraba —comentó con un nudo en la garganta—. Sus ojos brillaban y sus labios me reclamaron.

—¡Oh, Sophie...!

—No digas nada, te lo ruego —suplicó—. Déjame mantener intacto el recuerdo de mi primer beso.

Abby se apenó al ver las lágrimas en los ojos de su gemela.

—Bien, si eso es lo que necesitas, me callaré —cedió—. Pero ahora tendrás que escoger una de las invitaciones, ya que el conde no te ha mandado la suya.

Sophie suspiró resignada.

Abby le soltó las manos.

—No quiero darle esperanzas a ningún otro caballero —reconoció en voz alta—. No sería justo jugar con sus sentimientos.

Abby asintió.

—En ese caso, cuando paseéis, sincérate —apoyó la decisión de Sophie—. Alega que no estás interesada en casarte esta temporada.

La pequeña Allende abrazó a Abby.

—Gracias.

Miró de soslayo las notas y alargó la mano.

—El barón Dexter fue muy agradable —comentó, pensando en el hombre con el que iba a pasar la tarde—. Creo que es el único que entenderá mis palabras.

Abby apretó los labios. Estaba convencida de ello. El barón parecía lo suficientemente sensato como para entender las palabras de su hermana; sin embargo, otros de sus pretendientes no atenderían a razones, ya que algunos estaban desesperados por meter, cuanto antes, mano a su dote.

## Capítulo IV

*De las conversaciones sinceras, salen las amistades verdaderas*

No es que el barón Dexter fuese un mal acompañante, en absoluto. Su caballerosidad era tan loable, como su poco sentido del humor.

Sophie intentó ser lo más cortés que pudo, aunque no estaba ni muy receptiva ni lo suficientemente animada como para escuchar lo poco que el barón tuviese a bien compartir con ella.

Le dedicó un par de sonrisas en un vago intento de que el joven pensase que estaba escuchando lo que le decía.

De pronto, vio a lo lejos a su buena amiga, la duquesa Penelope de Kennt, junto a Duncan St. John, el hermano de Stanton.

Obviando si era prudente alzar la voz en medio de *Hyde Park*, se expresó con júbilo para llamar la atención de la pareja. Era su única esperanza de conocer los planes de Connor para la fiesta organizada esa noche en *Oxford House*; quizá pudiese obtener esa información a través de Duncan.

—¡Penny! —gritó a sus espaldas.

Penelope reconoció la voz de Sophie y, sin pensarlo, se dio la vuelta.

Cuando la muchacha y su acompañante llegaron hasta ellos, se saludaron.

Duncan observó con atención. El barón Dexter mostraba una sonrisa perenne en el rostro, confirmando que estaba orgulloso y satisfecho de haber sido el elegido por la hija del marqués de Stanford para pasear junto a él esa tarde. En cambio, la joven, a pesar de su sonrisa, una característica que era sin duda la mayor virtud de la muchacha, no parecía estar tan encantada como el barón.

—¿Esta noche nos honrará con su presencia en *Oxford House*, milord? —preguntó Sophie a Duncan.

—Por supuesto —comentó sin dejar de estudiar la reacción de la joven—. Es lo bueno de ser el hermano de un conde casadero, su presencia abre todas las puertas.

Dexter se rio y Penélope también; había sido gracioso, pero Sophie, al pensar en Connor, ladeó la boca sin ser consciente, un acto que Duncan reconoció como lástima o pena. Se apiadó de ella, pues estaba convencido de que lady Sophie se habría quedado esperando un ramo junto a una invitación por parte de su hermano mayor.

Maldijo interiormente que Connor dejase escapar la oportunidad de ser de nuevo un hombre feliz. Desde que Anne se casó con el duque de Parma, su hermano no había vuelto a sonreír pleno junto a una mujer, ni había dado muestras de interés por ninguna. Y eso era algo que a Duncan nunca le había preocupado, hasta que la noche anterior vio de nuevo a Connor con la mirada y la sonrisa que durante años lo había caracterizado.

Su hermano debía reconocer su error, deseaba que entrara en razón antes de que fuera demasiado tarde. Y si lo conocía como él creía, esa noche, al ver a la joven bailando con otros caballeros, reconocería su error ante ella.

—En tal caso nos veremos esta noche, St. John —se pronunció el barón—. Voy a ser el afortunado de acompañar a lady Sophie Allende durante la cena.

Duncan observó a Sophie.

La joven fingió una sonrisa.

—Es un hombre afortunado —lo halagó—. Nos veremos en la fiesta, buenas tardes —se despidió.

Sophie miró al barón. Debía ser franca con él, pero al ver la sonrisa tímida del hombre, se sintió sin fuerzas, por lo que le hizo un gesto con la cabeza para seguir paseando.

\*\*\*

La marquesa de Stanford estaba sentada junto a su esposo, orgullosa, en el carruaje que los llevaba a *Oxford House*, donde la condesa organizaba una cena y fiesta posterior. Los había invitado dejando constancia de que sus hijas eran jóvenes promesas; la condesa era conocida por invitar únicamente a las debutantes más destacadas.

Observaba a sus dos hijas, que se encontraban ante ella en el carruaje. Estaban más calladas de lo habitual, cosa rara en Abby. No obstante, creía conocer el temor de su primogénita; esa misma mañana había cometido uno de los mayores errores que una dama podía cometer: hablar de ropa interior en la vía pública. Sin duda, el chisme habría corrido como la pólvora, ya que la vizcondesa Armony y su hija Jezabel habían sido testigos. En fin, tendrían que esperar para saber si aquello había arruinado la temporada a su hija. Pero el nerviosismo de Sophie era lo que más resquemor le daba. ¿Qué pasaba por la cabeza de su hija pequeña?

—¿Ha ido todo bien con el barón Dexter? —se interesó la marquesa.

Abby miró a su hermana, esperando la respuesta.



—Sí —respondió escueta.

—¿Y a qué se debe tu mutismo?

El marqués prestó atención. Cierto era que su pequeña no había hablado mucho ni se mostraba tan dicharachera como de costumbre desde que había regresado del paseo. Por mucho que pareciese un buen pretendiente, como hubiese hecho algo inapropiado, acabaría con él con sus propias manos. No tendría paciencia para batirse en duelo.

Abby, que era la única al corriente de las lucubraciones y el ánimo de su gemela, intentó ayudarla para que sus padres no la presionaran y acabara confesando que lord Stanton era el causante de su inquietud.

—Hemos hecho un pacto para que nuestra madre no acabe con jaqueca antes de la velada.

El padre sonrió.

—Muy considerado por vuestra parte —alegó el marqués.

La marquesa, por el contrario, no creyó ni una palabra, aunque prefirió permanecer callada; antes o después lo averiguaría.

Al llegar a su destino, mientras el marqués se apresuraba en bajar el primero para ayudar a su esposa e hijas, Sophie apretó la mano de Abby.

—¿Y si Connor viene acompañado? —inquirió en un susurro, temerosa de que el conde, a pesar de haberla besado la noche anterior, esa noche hubiese decidido invitar a otra debutante para cortejarla.

Abby le acarició la mejilla con la otra mano.

—Entonces será un tonto que no sabe elegir a la mejor dama.

Sophie sonrió plena. Su hermana lo decía tan convencida y seria, que incluso le pareció gracioso que de verdad lo creyera.

—Sophie, hay multitud de ramos en nuestra casa de hombres que saben que tú eres la mejor elección —pronunció con rapidez, para que su madre no las escuchara, antes de descender del carruaje—. No permitas que lord Stanton te robe el año de tu debut... ni cualquier otra cosa.

Sophie agradeció a su hermana las palabras con un beso rápido en la mejilla. A pesar de ser gemelas, Abby siempre había mirado por ella, como si de verdad fuese la pequeña de la familia. Y tenía razón, no podía permitir que se burlase de ella. ¿Por qué la besó? Fuese por la razón que fuera, no pensaba permitirse sentirse avergonzada ni frustrada en el caso de que Connor esa

noche hubiese elegido a otra joven para pasar la tarde.

En cuanto Sophie puso un pie en la gravilla, se enderezó y esbozó una radiante sonrisa, la que siempre estaba dibujada en su rostro y la que hasta ese día no había perdido ni pensaba perder.

Al levantar los ojos, se topó con una mirada ámbar risueña, que la esperaba junto a la balaustrada de la gigante entrada de *Oxford House*.

—Buenas noches, lord Stanford —saludó el barón Dexter al marqués—. Marquesa, es un regalo vuestra presencia —halagó con galantería al tiempo que hacía una pequeña reverencia—. Sin duda, vuestras hijas han heredado vuestra belleza.

La marquesa respondió un «gracias» con timidez, y miró a su hija Sophie.

—Milady, si sois tan amable —se dirigió a Sophie, ofreciendo su brazo para que lo acompañara.

El gesto de la joven quedó en suspenso, cuando de súbito, una algarabía a su alrededor asustó a todos los que se encontraban en la entrada de la casa.

Al mirar en la dirección que todos señalaban, vio a su hermana Abby como la protagonista de aquel escándalo.

—¡Oh, no! —se expresó, al tiempo que salía rauda para prestarle ayuda.

Pobre Abby, acababa de ofrecer a todas las cotillas y malas lenguas, una jugosa anécdota que narrar durante días. Se había caído por las escaleras, llevándose consigo nada menos que al duque de Hamilton.

Por más que intentaba acercarse hasta su gemela, le resultaba imposible, el corrillo de chismosas le bloqueaban el paso.

Se enfureció al ver que nadie se interesaba por el estado de Abby sino todo lo contrario; escuchó varios comentarios ofensivos que no merecía su hermana recibir por parte de todas esas mujeres malvadas.

Por fin, el marqués puso fin a tanto despropósito, haciendo a un lado a toda la gente que allí se había congregado, para salvar a Abby del escrutinio al que estaba siendo sometida.

En cuanto pudo llegar hasta su hermana, la abrazó con fuerza.

—Ven, acompáñame —la instó, alejándola de todos.

La llevó hasta un lugar apartado, lejos de miradas indiscretas.

Sus padres las siguieron.

Por primera vez, sintió que sus roles estaban cambiados; en ese momento era ella la que tenía la imperiosa necesidad de proteger a su hermana y no al contrario.

Abby solicitó a sus padres poder regresar a su casa, la marquesa asintió, y estaban esperando el carruaje.

—Deberíamos entrar antes de que comience la cena —pronunció Sophie con tranquilidad, para darle a Abby el espacio que necesitaba. Sabía bien que su gemela estaba aguantando las lágrimas a duras penas, y ella no pensaba consentir que se avergonzara más de lo debido delante de sus padres.

—En cuanto Abby monte en el carruaje —convino el padre.

Sophie miró a su madre a los ojos en busca de ayuda.

—Si queremos mostrar tranquilidad ante los demás, es mejor que entremos cuanto antes, así nadie especulará que estamos escondidos o avergonzados por lo ocurrido.

—¡Por supuesto que no estamos avergonzados! —se expresó, alterado, el marqués—. Lo que ha sucedido no ha sido más que un accidente.

La marquesa comprendió la mirada de Sophie. Su hija tenía razón, había que mostrarse con la cabeza alta y, sobre todo, actuar con celeridad, para que los chismes cesasen de inmediato.

—Milord, es hora de que anuncien nuestra llegada —dijo con tranquilidad—. Sophie tiene razón, cuanto antes entremos, antes dejarán de cotillear y buscarán una nueva víctima a quien despellejar.

Sophie le dio un beso en la mejilla a Abby antes de alejarse. Odiaba a todos los que no hacían más que intentar destrozar la reputación de los demás, y parecía que en la alta sociedad, para la mayoría era su pasatiempo favorito.

Mientras el marqués caminaba orgulloso y con la cabeza alta, entre su esposa y su hija Sophie, la marquesa se pronunció:

—Sophie, sonrío y deslumbra a todos —la aconsejó—. Que todos sepan que las hijas del marqués de Stanford no tienen por qué avergonzarse ni ocultarse ante nadie.

La pequeña Allende comprendió el ruego de su madre. Si ella se mostraba brillante, el percance de su hermana quedaría relegado, demostrando que el incidente había sido solo eso, un accidente casual que no perjudicaba a la

reputación de su familia.

En la puerta, un sonriente barón volvió a ofrecerle el brazo.

Fue todo un acierto la decisión de mostrarse maravillosa y de actuar ante los demás como se esperaba de una debutante, pues esa noche todos los caballeros se prendaron de ella. Sin duda, se convirtió en la joven más solicitada como pareja de baile.

Sophie estaba divirtiéndose, o por lo menos, eso creían los que estaban a su alrededor. No había parado de bailar, su carné estaba completo, y en ese instante, estaba bailando una contradanza junto al barón Dexter.

No muy lejos de ellos, el conde de Stanton los observaba desde hacía rato.

Durante la cena, apenas pudo apartar la mirada de ellos, quienes cada dos por tres reían, y eso era inusual en Dexter, por lo que le molestó más de lo que esperaba.

A medida que avanzaba la noche, su enfado se fue intensificando. Estaba que se lo llevaban los demonios. Primero, porque su hermano le había comentado en su casa que había visto a lady Sophie muy a gusto con el barón. Segundo, porque cada vez que intentaba acercarse a ella esa noche, alguien se entrometía. Y por último, ella daba la sensación de estar demasiado a gusto con la compañía de cualquier hombre que tuviese a bien invitarla a bailar.

Estaba esperando el momento oportuno para interceptarla, quería hablar con ella.

—¿No bailas, Stanton? —preguntó el anfitrión de la fiesta.

—Oxford —saludó.

Al mirar al conde de Oxford sintió una extraña sensación; tenía los ojos clavados en alguien y su mirada radiaba odio a raudales.

La intriga pudo con él, por lo que buscó a esa persona y se sorprendió al ver que se trataba de su hermano Duncan, que justo en ese momento estaba sonriendo a su futura esposa lady Penelope.

Se alegró por su hermano. Dos días antes, su padre había puesto al corriente a Duncan de que había llegado a un acuerdo matrimonial con el duque de Whellington, sin su consentimiento. Lo que en un principio molestó a su hermano pequeño, al final pareció ser una bendición, pues

Duncan se había enamorado de Penelope sin remedio.

Iba a interesarse del motivo por el cual miraba mal a su hermano, cuando una joven posó su mano en el hombro de Oxford, y al mirarla, sonrió complacido.

—Permíteme presentarte al conde Stanton —habló el anfitrión, con voz burlona—. Stanton, te presento a la señorita Elaine Hawkins.

Ella le ofreció su mano para que la besara, pero su gesto fue en vano ya que el conde no se mostró galante, sino más bien todo lo contrario; apartó la mirada de la joven y dirigió sus palabras a Oxford.

—Ambos sabemos quién es la *señorita* —le recriminó con acritud—. No sé qué pretendes, Oxford, pero si lo que buscas con su presencia en esta fiesta es armar un escándalo, espero por tu bien que no salpique a mi hermano —lo amenazó, puesto que era del conocimiento de ambos, que Elaine había sido la amante de Duncan hasta hacía dos días.

Oxford se carcajeó.

Ella tuvo la decencia de permanecer callada.

Connor buscó a Duncan de nuevo con la mirada.

—Soy un hombre de palabra, Oxford —adujo—. Si intentas perjudicar a Duncan, viviré tan solo para destrozarte la vida, y no descansaré hasta que te vea mendigar por las calles.

La amenaza quedó flotando entre ambos.

El conde de Oxford dejó de reír. Aun así, no estaba dispuesto a cambiar sus planes: destrozará la relación que mantenía St. John con la duquesa.

Sujetó a Elaine por el codo y la instó a moverse, alejándose de Connor.

El conde los observó un buen rato, hasta que los perdió de vista entre la multitud.

Miró de nuevo hacia la pista donde las parejas amenizaban la fiesta y se inquietó, ¿dónde se había metido Sophie?

Se movió de un lado a otro. En la pista no estaba, con su altura no era difícil localizarla, y en la mesa de los refrigerios tampoco.

Caminó con decisión hasta el lado oeste; desde allí podría controlar el pasillo que llevaba a los aseos de las damas.

De pronto, su corazón se aceleró y giró la cabeza con rapidez. No es que

Sophie no estuviese, es que Dexter tampoco estaba.

«¡Maldición!», se dijo a sí mismo.

Sophie y el barón habían salido a tomar el aire. Se encontraban en los jardines, aunque en esta ocasión la joven había tenido la prudencia de mantenerse a la vista de cualquiera.

—Lord Dexter, debo ser franca con usted —admitió en voz alta, pues así lo sentía.

—Un gesto que le agradecería —reconoció el barón.

La verdad es que Sophie, a pesar del poco tiempo que había pasado junto al barón, le albergaba cierto aprecio. Él se mostraba amable y muy educado ante ella, por lo que no podía recriminarle nada malo, sino más bien todo lo contrario.

—No estoy interesada en casarme —aclaró—. O por lo menos, no con usted. Me temo que mi corazón late por otra persona.

Fue tal su honestidad, que el barón no se sintió ofendido.

Sophie permaneció a la espera.

El barón cruzó sus manos por detrás de la espalda y se balanceó con los talones.

Una...

Dos...

Tres veces.

—Agradezco su sinceridad —dijo al tiempo que dejaba de moverse—, por lo que me veo obligado a responder de igual manera —confesó—. Yo tampoco estoy buscando esposa.

Sophie parpadeó.

—No me malinterprete —se defendió—. Sería un honor para mí que usted me concediera ese privilegio, pero no estoy preparado todavía para pasar por la vicaría.

Ella sonrió; el barón parecía haberse quitado una losa pesada de encima con la confesión.

—¿Y qué le hizo mandarme una invitación?

El barón se sonrojó, un gesto que gustó a Sophie; ese hombre era tímido,

muy tímido.

Él le señaló con la mano un banco de mármol que tenían delante, invitándola a sentarse.

Ambos tomaron asiento.

—No sé si conoce a mi madre.

Sophie asintió con la cabeza.

—Bien, pues entonces sabrá que es una mujer de avanzada edad, ya que me tuvo muy mayor —comentó—. Soy su único hijo varón, y además, el único soltero todavía.

Sophie emitió una risita, pues el barón al decirlo había puesto los ojos en blanco en señal de protesta. Por lo visto, su madre estaba empeñada en hacerle la vida imposible si no le veía dispuesto a abandonar la soltería.

—Comprendo —aseguró Sophie—. Las madres pueden ser muy insistentes.

Los dos rieron, cómplices.

El barón la miró con intensidad.

—Envidio al hombre que os ha robado el corazón —pronunció, honesto—. Os aseguro que de querer abandonar mi soltería, usted sería la única mujer que me interesaría.

Sophie se sonrojó; había sonado tan sincero.

—Decidme, ¿por qué me elegisteis a mí y no a él?

Sophie hizo una mueca de incompreensión.

—Él no mostró interés en mí —respondió con tristeza—. Y mi madre me obligó a...

El barón la interrumpió.

—¡No me diga más! ¡Madres!

Los dos volvieron a reírse.

Durante unos segundos, el silencio los envolvió, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

—Me gustaría proponeros un acuerdo que estoy convencido de que nos beneficiará a los dos —propuso el barón.

—¿Cuál? —se interesó ella.

—Ahora que ambos nos hemos sincerado, si no os parece mal, podríamos seguir siendo amigos.

Sophie sonrió con plenitud.

Él le devolvió la sonrisa con una idéntica.

—Su madre no tendrá que obligarla a elegir otros pretendientes, y la mía vivirá tranquila pensando que estoy interesado en sentar la cabeza.

A Sophie le pareció una buena idea, pero dentro de ella todavía quedaba la esperanza, y así se lo hizo saber al barón.

—¿Y si el hombre por el que late mi corazón se interesa por mí?

—En ese caso me haré a un lado —le aseguró—. Alegaré que mi corazón sufrió al sentirme desplazado, y así mi madre se apiadará de mí y me concederá tiempo antes de volver a insistir en que busque esposa —dijo levantando las manos al aire, en una clara expresión de desesperación porque lo dejasen tranquilo.

Sophie se carcajeó; en el fondo el barón era divertido, aunque no lo pareciese a primera vista.

Dexter la miró con cariño, sentía aprecio por la joven que tenía delante.

—Usted puede estar segura de que ese hombre no tardará en caer rendido a sus pies —vaticinó—. Dudo que ningún caballero sea capaz de resistirse a sus encantos —la halagó—. Al vernos juntos, antes o después la reclamará; no existe hombre que resista ver a la mujer que ama en compañía de otro.

Sophie sonrió con tristeza.

—Igual esos sentimientos solo son por mi parte.

—Lo dudo, Sophie —aseguró—. Stanton no tardará en pronunciarse.

A ella se le agrandaron los ojos.

—¿Co... cómo... cómo lo habéis averiguado? —tartamudeó.

Él se carcajeó.

—Sencillo, durante la cena no me ha quitado el ojo de encima, y mientras bailábamos, estoy convencido de que quería asesinarme.

La respuesta consiguió que a Sophie se le acelerara el corazón.

—¿Sabe, lady Sophie? Gracias a usted tendré la oportunidad de realizar el *Grand Tour* [\[1\]](#) —dijo esperanzado—. Quise aventurarme hace un año, pero la guerra me lo impidió —la informó—. Cuando nuestros soldados consigan



derrotar a Napoleón —vaticinó, muy patriótico—, realizaré el viaje que tanto tiempo llevo anhelando.

Sophie lo miró con cariño.

—Conozco a una joven que os envidiará —pronunció risueña—. Mi hermana intentó convencer a mi padre para realizar el *Grand Tour* —confesó sin tapujos, pues estaba convencida de que el barón no se lo contaría a nadie—. Por supuesto, mi padre se negó en rotundo.

El barón asintió, comprendiendo que a una mujer jamás la dejarían viajar por el continente.

—Es una lástima que su hermana no tenga un porte más pequeño —bromeó el barón, en agradecimiento por la confianza que había puesto en él al confesar aquello—. Podría haberla metido en uno de mis baúles.

Los dos se carcajearon.

## Capítulo V

*Los caballeros también se encelan... sin saberlo*

Stanton se quedó atónito al ver aparecer a Sophie y a Dexter por la puerta que daba a los jardines. Se les veía contentos, demasiado alegres para su gusto.

Inspiró con fuerza, ¿acaso ella pretendía tontear con todos? La sola idea de que Dexter la hubiese besado como hizo él la noche anterior, le hizo hervir la sangre.

Al ver que se paraban a saludar a lady Jezabel, se movió por un instinto primario que hasta la fecha desconocía que tenía.

Caminó con decisión hasta colocarse entre medias de Sophie y Jezabel.

—Buenas noches, milady —saludó a Jezabel, ignorando a conciencia a la otra dama y a su acompañante.

—Buenas noches, milord.

Sophie permaneció callada, esperando un saludo por parte del conde, pero este tenía en mente otros planes.

—Imagino que su carné de baile estará completo —pronunció con voz grave para que Sophie lo escuchara bien—. Un error por mi parte no haberme anticipado, pero esta noche me hice una promesa firme.

Jezabel miró a Connor sin comprender.

—¿Qué promesa?

—Solo bailar con la dama más bella de la fiesta —comentó, sin apartar la mirada de la joven—. Ha sido una ardua tarea, pues hay muchas muchachas en la fiesta —argumentó sin vacilar y sin cambiar su tono de voz—. Y he de deciros, milady, que usted es con diferencia la más hermosa.

A Sophie se le demudó el semblante.

Jezabel sonrió con coquetería.

El conde se felicitó a sí mismo por su gran actuación delante de Sophie y compañía.

El barón Dexter intervino.

—Si nos disculpan —interrumpió la conversación que mantenía el conde con Jezabel.

—Ah, Dexter —fingió Connor no haberse percatado de su presencia, y miró a Sophie a los ojos—. Lady Sophie Allende —saludó, con una ligera

inclinación de cabeza.

A la pequeña Allende le fue imposible devolver el saludo, estaba demasiado consternada como para realizar tal proeza.

—Le debo una limonada a lady Sophie —pronunció el barón con una sonrisa bobalicona—. Estamos sedientos.

Sophie parpadeó al notar cómo el barón la rodeaba con el brazo por la espalda, a la altura de la cintura. Ese gesto no era apropiado. Claro que, cuando giró la cabeza y vio los ojos chispeantes del barón, reconoció en ellos la chanza; quería atormentar al conde.

¿Se lo merecía? Desde luego que sí, por ignorarla y por mostrarse tan atraído por Jezabel.

Connor vio esa mano en la cintura de Sophie y apretó los puños.

El barón, para que nadie más se percatara y no poner en riesgo la reputación de la joven, se inclinó lo justo para musitarle a Connor al oído:

—Es lo que tienen los paseos por los jardines de noche —le echó el envite, aun a riesgo de que el conde le impactase un puñetazo—; siempre se acaba sediento.

La mandíbula del conde se tensó tanto, que incluso al barón le pareció escuchar el crujir de sus dientes.

Regresó a su posición y tomó de la mano a Sophie, se la puso en el hueco de su codo y se despidió.

—Lady Jezabel, espero que le conceda el baile a lord Stanton —comentó jocosamente—. Tenga a su favor, que lleva toda la noche buscándola.

Sin más, comenzó a andar con Sophie a su vera.

Jezabel miró al conde sin comprender qué había pasado exactamente para que el semblante de ese hombre hubiese cambiado de manera tan radical.

Buscó a su madre con la mirada. La noche había sido desastrosa en cuanto a los planes de su progenitora, ya que lo había dispuesto todo para que ella coqueteara con el duque de Hamilton. Pero tras la ruinosa entrada de lady Aberdeen, tirando por las escaleras al duque, este había decidido marcharse a su casa sin darle a ella la oportunidad de conquistarlo.

Bueno, Stanton no era el duque, pero sí un conde; uno que tenía buena posición y mejor reputación, por lo que cedería a su petición.

—Lord Stanton, en gratitud a que os hayáis tomado tanta molestia

buscando a la dama más hermosa —se pronunció la joven al tiempo que hacía una caída de pestañas—, y a que me hayáis honrado eligiéndome a mí entre tantas candidatas, me complace anunciaros que el siguiente baile lo tenéis reservado.

Connor la miró con el ceño fruncido.

¿De qué le estaba hablando? Ah, sí, del baile.

Agradeció el gesto a la joven con una inclinación de cabeza, aunque le fue imposible mostrar su mejor sonrisa, ya que acababa de darse cuenta de lo estúpido que había sido su comportamiento ante Sophie.

Fue pensar en ella y girar la cabeza, buscándola de nuevo.

El barón Dexter le tendió una copa de limonada a Sophie, que ella aceptó de buen grado.

—Oh, Sophie —se expresó jovial—. Gracias a usted mi autoestima ha aumentado.

—¿Perdón? —preguntó sin comprender qué quería decir el barón.

—Nunca he sido un hombre muy... atrevido —se sinceró—. Y mi timidez nunca me ha ayudado a sentirme fuerte o a creer estar a la altura de otros nobles más respetables... ¿Me entiende?

Sophie asintió.

—Pero hoy ha conseguido que todo cambie.

—¿Yo? —preguntó, cauta.

—Sí, usted —aseguró—. De no haberme elegido entre sus cientos de admiradores...

—No fueron tantos —lo amonestó con cariño.

Él hizo un movimiento con la mano restando importancia.

—Hoy no hubiese comprobado en primera persona que por amor, incluso los nobles más loables son capaces de cometer estupideces... ¡Y en público!

Sophie agrandó los ojos y le hizo un gesto con la cabeza para que bajase la voz.

El barón estaba tan contento que no le importaba convertirse en el centro de atención.

—Nada menos que el conde de Stanton celoso de mí. ¡De mí, Sophie! —Se alegró tanto, que le cogió las manos y se las llevó a los labios—. Sois un

ángel. A partir de hoy, recordaré esta noche con cariño, y la atesoraré en mi corazón de por vida —aseguró con júbilo—. Será imposible olvidar cómo el conde ha puesto de manifiesto su estupidez por un ataque de celos.

Se carcajeó; realmente estaba eufórico. Él, que siempre se había tomado por un hombre de poco sentido común, había comprobado que otros hombres muy bien considerados por la alta sociedad, también cometían errores absurdos, y el conde había cometido el mayor de todos: intentar encelar a Sophie delante de él.

Sí, era un gran día; ya no volvería a sentirse de menos ante los demás.

Tres ancianas se miraban entre ellas.

—Jamás pensé que de mis labios saldrían estas palabras —aseguró lady Philomena—: Tengo un sobrino tonto.

Lady Hermione puso los ojos en blanco; ella había llegado a la misma conclusión.

Lady Violet apretó los labios; estaba molesta y no solo por ver a Connor bailando con lady Jezabel.

—Hay dos personas que se merecen un gran escarmiento —adujo, sin un ápice de broma en su voz.

Las otras dos ancianas asintieron. Tenía razón Violet, el anfitrión había cometido el mayor de los insultos: llevar a la amante de uno de sus invitados a la fiesta. Eso era intolerable. Y más, cuando ese invitado era el ojito derecho y niño mimado de las tres.

Philomena se puso en pie.

Las otras dos la imitaron.

—No tenemos tiempo que perder, hoy se nos ha hecho muy tarde.

Miraron el reloj gigante que presidía la sala de baile y confirmaron la hora.

—Bueno, lo de Connor me lo veía venir, por lo que ya tenía algo preparado —informó Philomena mientras salían de *Oxford House*.

—Lo otro, si somos rápidas, todavía podemos llegar a tiempo —aseguró Hermione.

—Tranquilas, en el carruaje está todo dispuesto —se enorgulleció Violet de haber sido precavida y tenerlo todo preparado.

\*\*\*

En la oscuridad de su alcoba, ya metida en la cama, Sophie se permitió el lujo de llorar.

Sus lágrimas eran saladas, aunque a ella le pareciesen agrias, pues así se sentía: ácida y rabiosa por dentro.

No le apetecía hablar, ni sonreír, ni gritar, ni soñar... Solo quería llorar.

Rememoró el momento más maravilloso con Connor una y otra vez, buscando un pequeño indicio que la llevase a la conclusión de por qué el conde se había mostrado tan condescendiente con ella esa noche. ¿Qué había hecho mal?

Se limpió las mejillas con las manos.

Cerró los ojos intentando dejar su mente en blanco y olvidarse de todo y todos. Pero fue inútil, pues nada más cerrarlos, la imagen del conde junto a Jezabel apareció en su mente como si de un retrato se tratara.

«He de decirlo, milady, que usted es con diferencia la más hermosa.», recordó.

La frase de Connor al referirse a Jezabel retumbó en su cabeza.

Se llevó las manos a la cara y se tapó con ellas, como si así pudiese impedir el torrente de lágrimas que brotaba por sus ojos.

No quería admitirlo, pero Abby tenía razón; no debió besar al conde. Ahora era consciente de ello. Ese fue el error, ella lo había incitado a hacerlo. No fue un beso que el conde deseara, sino un acto caritativo por su parte, ya que ella había insinuado que sería su primer beso.

—¡Qué tonta eres, Sophie! —se expresó en voz alta.

¿Cómo había albergado la posibilidad de que el hombre más guapo de la fiesta se fijase en ella? No era fea, pero tampoco poseía la belleza de otras damas como Jezabel. Y su altura... Siempre había escuchado que los hombres preferían a las mujeres menudas.

Escuchó un ruido y se limpió de nuevo las lágrimas.

Se incorporó en la cama y afinó el oído.

Se levantó y descorrió una cortina. Al ver la luna nueva inspiró con fuerza; su hermana había bajado al jardín para contemplar las estrellas.

Se colocó una bata y las zapatillas; por primera vez en su vida acompañaría a Abby en sus salidas nocturnas al jardín.

Bajó las escaleras con sumo cuidado. No quería despertar a nadie, aunque estaba convencida de que sus padres estaban al tanto de esa afición de su hermana de escaparse por la puerta trasera para mirar las estrellas. Sus noches favoritas solían ser las de luna llena, pero con Abby nunca se sabía; daba igual que fuese verano, primavera, otoño o invierno, ella siempre salía en busca de sus estrellas. Era su forma de evadirse de todo y buscar la tranquilidad que el silencio de la noche le aportaba como un remanso de paz.

A medida que se acercaba a su hermana, fue consciente de por qué estaba allí: quería olvidar el desastre de esa noche.

Se sentó justo al lado de Abby, en silencio, y observó a su hermana. Estaba callada, seria, y parecía totalmente abstraída, como si no se hubiese percatado de su presencia.

Así permanecieron casi media hora, el tiempo que necesitó Abby para encontrar su propia paz interior. Una vez tranquila, giró la cabeza y miró a Sophie. Gracias a la claridad de la luna, pudo ver sus ojos hinchados y rojos de haber llorado.

—Oh, Sophie... —fue todo cuanto pudo decir, pues la pequeña Allende se dejó caer, apoyando la cabeza en el hombro de Abby y llorando de nuevo.

La condesa la rodeó con un brazo y le dio varios besos en la cabeza para tranquilizarla.

—Me siento rota —confesó su gemela entre lágrimas—. He sido tan estúpida...

—No, no digas eso, Sophie, tan solo has sido imprudente —intentó animarla Abby.

Sophie negó con la cabeza.

—Sí lo he sido —aseguró convencida—. Dos años fantaseando con Connor, como si por ello mis sueños se fuesen a cumplir —suspiró resignada—. Y en aquel jardín, entre sus brazos, por un segundo pensé que...

Se quedó callada.

—¿Qué?, ¿qué pensaste?

—En mi futuro junto al conde, en que los sueños se podían cumplir —se emocionó—. Llegué a creer que él sentía lo mismo que yo. ¡Qué ingenua! Ni siquiera le gusto.

Abby la apartó, quería mirarla de frente.



—Eso no es verdad.

—Créeme, lo sé —aseguró—. Y sé que hice mal al incitar al conde a que me besara, pues él ha demostrado que los únicos labios que realmente quiere besar son los de Jezabel.

Su hermana no podía creer lo que estaba escuchando, y negaba con la cabeza.

—No te miento, Abby —afirmó, con lágrimas de nuevo en los ojos—. Sé que he hecho las cosas mal —admitió, aludiendo al beso—. Pero no me merecía su desprecio.

Abby se tensó.

—¿Qué quieres decir?

—Delante de mí, ha elogiado a Jezabel —la informó, con un nudo en la garganta—. Le ha dicho que, con diferencia, era la muchacha más hermosa de la fiesta.

Como un resorte, Abby se puso en pie.

—¿Delante de ti? —preguntó, alarmada.

Sophie asintió con la cabeza.

—Dexter estaba presente —confirmó, al tiempo que imitaba a su gemela y se ponía en pie—. Y supongo que el resto de invitados que estaban cerca también lo escucharon, pues lo dijo delante de todos, con la voz firme y sin ambages.

—Creí que el conde era un caballero —alegó Abby—, pero ha demostrado ser un idiota.

Sophie se sorprendió y pestañeó ante el léxico de Abby; no era típico en su hermana usar esas palabras.

—Sé que no debería haber usado ese vocabulario, pero como nuestros padres no están presentes, no pienso retirarlo. ¡Es un idiota!

Sophie la miró con cariño, Abby siempre estaba para animarla.

—No sé qué voy a hacer, Abby —confesó su mayor temor—. Sé que debo intentar olvidarme del conde, pero está tan clavado aquí —Se llevó las manos al corazón—, y aquí —Con el dedo índice se apretó la sien—, que no sé cómo sacarlo porque si lo hago, sé que parte de mí desaparecerá también.

—Nada en ti cambiará —la animó.

—Sí, lo hará —aseguró Sophie tajante—, porque yo le amo. Ahora entiendo los matrimonios por conveniencia —adujo—. Tanto si salen mal como bien, no corren el riesgo de perder parte de sus almas.

Por primera vez en su vida, Abby se quedó sin palabras.

—El amor no es un regalo, Abby, es una entrega total. Yo le he entregado mi corazón por completo a Connor, y aunque mi amor no es correspondido, no podré entregárselo a otro porque ya no tengo nada que otorgar.

—Tienes muchos admiradores. Es posible que si les das la oportunidad de conocerlos, uno de ellos acabe colándose en tu corazón.

—Es posible, pero a partir de hoy voy a vivir a medias —dijo mirando la luna—. Podría incluso llegar a querer a ese hombre, pero ya te lo he dicho, solo podría quererle, porque amar, solo se ama a uno.

## Capítulo VI

*Hay caballeros que merecen una lección*

Connor entró en la casa y se sorprendió al ver al mayordomo con la oreja pegada a la puerta de la sala azul.

—¿Algún problema, Pillman? —se interesó, sobresaltando al hombre, que no lo había escuchado entrar.

—Lo... lo siento, milord —se disculpó—, pero su hermano parece... — No sabía cómo decirlo sin parecer descortés o faltar a su señor.

Cuando Connor escuchó ruidos de cristales, entendió lo que allí estaba sucediendo.

—Puede retirarse —ordenó.

El hombre hizo una pequeña reverencia y desapareció.

El conde abrió la puerta y entró en la sala azul, la que solía estar destinada a los hombres de la casa en *Bristol House*, ya que allí había una licorera con una gran selección de bebidas para ellos. No era tan espectacular como la de *Great Sea*, pero lo bastante grande como para acoger a todos sus invitados cuando se realizaban fiestas allí.

Cerró con sumo cuidado.

Miró a Duncan, que estaba alterado y, por lo visto, algo bebido. Además, tenía al pie de la chimenea la muestra ferviente. No se había equivocado, Duncan había lanzado una copa contra el suelo.

—Si lo que pretendes es despertar a todos... debo advertirte de que vas a conseguirlo.

Duncan le dedicó su mirada más afilada.

—¡Vete al infierno!

Connor no se lo tomó a mal; simplemente se acercó a la mesita de los licores, se sirvió un brandy y, con él en la mano, fue directo al sillón más cercano.

—Lugar del que parece que acabes de regresar —comentó con la intención de invitar a su hermano a desahogarse.

—El infierno no sería tan mal sitio —respondió Duncan alterado—. He caído en su trampa como un...

—¿De quién? —interrumpió Connor.

—¡Oxford! —gritó sin miramiento por los que a esas horas estuviesen durmiendo en la casa, y lanzó de nuevo la copa que tenía en las manos.

Connor levantó una ceja.

—Yo que tú me reprimiría, esas copas son las favoritas de nuestra madre.

Duncan no estaba para sermones; se acercó a la licorera, cogió otra copa y la lanzó con fuerza, haciendo que se estrellase contra la pared.

Connor se puso en pie, se alargó el chaleco, e intentando mantener la compostura, se pronunció:

—A pesar de que la cristalería me importa tan poco como a ti —se mostró taciturno, para restar importancia al estado de agresividad de su hermano—, debo reconocer que me gusta beber en estas copas y no quiero crear disgusto alguno a nuestra madre.

La reacción de Duncan fue acercarse de nuevo, en un gesto de rebeldía contra su hermano mayor, y con una única intención: romper otra copa.

Connor alargó el brazo y lo sujetó con fuerza.

—Lanzar toda la cristalería no va a solucionar tus problemas —dijo mirando directamente a los ojos grisáceos de Duncan—. Cuéntame la historia y permíteme ayudarte —se ofreció, señalando con la mano el sillón más próximo.

Duncan se zafó de su agarre de un tirón. Aun así, se calmó lo suficiente como para tomar asiento y poner al corriente a Connor de lo que había sucedido después de la fiesta.

Mientras el pequeño de los St. John se relajaba, o al menos lo hacía lo suficiente como para no dar voces, Connor sirvió otra copa y se la ofreció a su hermano.

Se sentó en el sillón de enfrente y esperó.

Al ver que Duncan jugaba con la copa entre sus manos, tomó partido y lo invitó a confesar su pesar.

—Oxford te preparó una emboscada, ¿cómo?

Duncan apretó los labios con fuerza, negó con la cabeza y se sintió un auténtico estúpido por tener que confesar su necedad en voz alta.

—A través de Elaine —reconoció—. Le pagó para que me convenciera de pasar una última noche juntos...

—Comprendo...

—¡No! ¡No comprendes nada! —se expresó alterado y se levantó, empezando a caminar por la sala como un lobo enjaulado—. ¡Penelope estuvo allí!

El conde no mostró reacción alguna, aunque en su interior se revolvió.

Le había advertido a Oxford que si su hermano salía perjudicado lo pagaría muy caro, y desde luego que lo iba a pagar. Nadie hacía daño a Duncan de forma gratuita y salía indemne ante él, ¡hasta ahí podíamos llegar! Que Dios le quitase la vida en ese mismo instante, si él no era capaz de darle una lección a Oxford. Se la merecía y él pensaba encargarse de ello.

—Nos vio, Connor —alegó Duncan casi sin fuerzas. Estaba agotado y roto—. Va a anular nuestro acuerdo. No se casará conmigo, de eso estoy seguro.

Stanton no se pronunció, ¿qué podía rebatir ante esa afirmación?

La sola idea de pensar en la escena que Penelope debió de ver con sus propios ojos, era ante todo inmoral. Comprendía la desazón de Duncan. No se trataba solo de que Penelope fuese su futura mujer, sino que además, ninguna joven virginal de alta cuna debería presenciar algo similar.

Duncan se dejó caer en el sillón, apoyó los codos en sus muslos, se inclinó y dejó la cabeza apoyada entre sus manos.

—No sé qué hacer, Connor —musitó, abatido—. La he perdido. Toda la vida esperándola y se me escapa de las manos por dejarme embaucar.

La tristeza golpeó con fuerza a Connor, pues él también había pasado por eso; no de la misma manera, pero sí sabía lo que era perder a la mujer amada.

No permitiría que su hermano pequeño viviese el infierno que él vivió.

—Luchar por ella —adujo, consiguiendo que Duncan levantara la cabeza y lo mirase—. Eres un St. John, nunca nos hemos rendido ante nada, ¿verdad?

Duncan asintió despacio.

—Entonces no lo harás ahora —aseguró—. Mañana te presentarás ante ella y sacarás tu lado más seductor.

St. John mostró una media sonrisa lánguida, mostrando su tristeza.

—Os he visto, Duncan —afirmó, serio—. La manera en que os miráis... La calidez de vuestras miradas es mutua —lo alentó con sinceridad—. Comprendo que la escena ha debido de ser bochornosa...

—Intolerable —aseveró su hermano al recordar a Penelope allí, con los ojos agrandados, el semblante tenso y la mirada asqueada.

—Razón de más por la que mañana irás a pedir disculpas —le aconsejó—. Hablarás con sinceridad y le darás tu palabra de que no volverás a cometer una infidelidad... Porque no piensas ser infiel, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no!

Connor estaba convencido de ello. Conocía a Duncan mejor que nadie, y por ello sabía que llevaba toda la vida deseando encontrar a su gran amor; era un romántico.

—Créeme, Duncan. Penelope sabe que tú eres el hombre con el que quiere casarse y pasar el resto de su vida —dijo del tirón, muy convencido de sus palabras—. Aunque ninguno de los dos pensaba que el acuerdo de vuestros padres fuese el acertado, sin lugar a dudas ha resultado ser perfecto; os habéis enamorado.

Duncan suspiró con fuerza. Él lo tenía claro, pero Penelope tenía un carácter muy fuerte y no estaba convencido de que le fuese a perdonar.

Connor intuyó sus inquietudes.

—Es joven, tiene carácter y estará dolida —aseguró, porque eso no podía negarlo nadie—. Pero está enamorada y eso es lo único que juega a tu favor.

—Ojalá tengas razón —se esperanzó.

—Siempre la tengo —bromeó—. Por eso mañana harás lo que te he dicho y no te ocuparás de nada más.

Duncan levantó las cejas.

—Ah, no...

Connor levantó la mano tajante, impidiendo que dijese una palabra más.

—De Oxford me encargo yo —sentenció.

Se puso en pie, dejó la copa en la mesita y se alejó, dando por zanjado el tema.

—Connor —lo llamó Duncan con voz calmada—. Gracias.

## Capítulo VII



*Los Ecos de sociedad tanto ayudan como destrozan*

Si el final de la noche para las hermanas Allende había sido pésimo, la mañana siguiente estuvo lejos de mejorar. Se despertaron con una fatídica noticia: el duque de Whellington había fallecido.

Abby y Sophie adoraban a Penelope, pues la conocían desde que tenían cinco años. La amistad con la muchacha era sincera y leal, por ello, la muerte del padre de Penny las afectó.

Mientras viajaban hacia Somerset, lugar en el que se encontraba *Golden House*, la casa familiar de los duques de Whellington, la marquesa se sintió indispuesta.

Odiaba viajar en carruaje grandes distancias, su estómago no lo resistía. Por ello, cuando viajaban a Escocia su trayecto duraba casi un día más de lo normal, pues tenían que ir parando en ocasiones para que ella tomase aire y se relajara.

Pero en esta ocasión, el semblante del marqués resultó más preocupante que la lividez de su mujer; tanto, que la marquesa preguntó de inmediato:

—No gozas de buen color, ¿te encuentras mal? —se preocupó.

El marqués bajó de golpe el periódico que estaba leyendo en ese momento, el cual era el causante de su desazón. Bueno, el causante no era el noticiario en sí, sino más bien el panfleto que lo acompañaba y que su esposa no había leído todavía, ya que en el carruaje le era imposible hacerlo para no marearse más.

Levantó la mirada y la fijó en su hija Sophie.

—¿Qué ocurre? —indagó Abby, que estaba muy atenta.

El marqués tragó saliva antes de responder.

—¿Cuánta gente crees que lee los Ecos de sociedad?

La marquesa entrecerró los ojos.

—Más gente de la que compra el periódico —respondió Olivia—. Ten en cuenta que si te interesa pagas un penique extra por él, y si no te interesa el periódico y solo deseas leer el panfleto, pagas dos.

Abby sonrió al ver la cara de espanto de su padre. Pero era una verdad a gritos que los panfletos de chismorreos eran una lectura adictiva y muy codiciada por la sociedad, más que nada, porque allí los chismes se contaban

sin censura y, además, ponían al corriente de los lugares a los que acudirían los hombres más solicitados de Londres; sin duda, una gran información para las madres de debutantes y muchachas casaderas.

La muestra era que el marqués compraba el panfleto por petición de su mujer.

—¿Por qué? —indagó de nuevo la marquesa.

Phillip suspiró con frustración y levantó las manos al aire, en señal de protesta.

—¡Hablan de Sophie! —exclamó, sobresaltando a su mujer e hijas—. ¡Ahora todos querrán cortejarla!

La marquesa parpadeó, y Abby le robó el panfleto a su padre y lo leyó en voz alta:

### »Ecos de Sociedad de Londres, 2 de abril de 1815

*Nada nos complace más que poder anunciar el nombre de la debutante más destacada de la temporada: Lady Sophie Allende. La hija pequeña del marqués de Stanford anoche deslumbró a todos los congregados en la fiesta organizada por la condesa de Oxford. Su sofisticación y elegancia fue un gran reclamo para todos los caballeros interesados en buscar esposa. Pocas jóvenes estuvieron tan solicitadas, pero la joven demostró que con sencillez, naturalidad y una sonrisa encantadora, podría enamorar a cualquiera.*

*Prepárense, caballeros, saquen sus mejores galas y su mejor ingenio, porque dudamos de que lady Sophie Allende sea una debutante fácil de conquistar.*

La marquesa aplaudió.

Abby sonrió orgullosa.

Sophie se quedó petrificada.

El marqués gruñó. «¿Por qué el buen Dios no le había dado hijos?», pensó.

\*\*\*

Connor Stanton viajaba en su carruaje, acompañado por su tía Philomena, Violet y Hermione, en dirección hacia *Bristol House*. Toda la familia se

estaba desplazando a su casa habitual, alejándose de Londres durante unos días; el duque de Whellington había muerto y debían mostrar sus respetos a Penelope, la nueva heredera y supuesta futura mujer de Duncan.

No podía dejar de pensar en su hermano pequeño. Esa misma madrugada habían mantenido una conversación y los planes que tenían se habían visto truncados, ya que la joven Penelope le había mandado una misiva a Duncan rompiendo su acuerdo matrimonial. Por ello, St. John había sido el primero en viajar a Somerset; debía hacer entrar en razón a Penelope, pues tenían que casarse cuanto antes.

Puede que ella estuviese enfadada, y con razón, pero también debía entender que, al heredar el título de duquesa de Whellington, se acababa de convertir en la dama más poderosa del reino y eso solo podía traerle problemas si no tenía a un hombre a su lado. Y ese hombre no podía ser uno cualquiera, debía ser él, más que nada porque estaba enamorado de ella. Ojalá entrase en razón. Claro que, las mujeres eran seres extraños de los que uno nunca sabía qué esperar.

Stanton suspiró, sin percatarse de que las tres damas que viajaban junto a él, lo observaban con gran atención.

—¿Sucede algo, querido? —preguntó tía Philomena, que estaba sentada justo enfrente de él, junto a lady Violet.

—Nada, estaba pensando.

—¿En alguna dama en particular? —se interesó lady Hermione, que se encontraba a su lado.

Connor las miró a las tres y advirtió esas sonrisas sesgadas que tanto las caracterizaba. Esas mujeres no perdían la oportunidad de hacer de casamenteras ni en momentos de luto.

—Pues sí —aseguró, consiguiendo que las tres mujeres ampliaran sus sonrisas, algo que a él lo mortificó—. En mi futura cuñada.

Se sintió triunfador, ya que les acababa de borrar de un plumazo la satisfacción que mostraban. Claro que su dicha duró poco, pues Hermione levantó el panfleto que sostenía entre las manos, para que él lo mirase.

—Ah, pues debes de ser el único hombre de nuestro reino que hoy no esté pensando en lady Sophie Allende.

La mención de la joven en boca de Hermione molestó a Connor y, sin miramiento, le arrebató el panfleto de los *Ecos de Sociedad* de Londres.

A medida que leía, las tres damas sonreían interiormente, pues sin ser él consciente, su semblante se estaba demudando.

—La marquesa de Stanford debe de estar muy orgullosa —se pronunció Philomena.

—El marqués tendrá la ardua tarea de escoger entre tantos pretendientes... —sentenció Violet.

—Aunque será la joven quien tendrá la última palabra —informó Hermione—. Tengo entendido que el marqués les concedió a sus hijas el derecho de elegir a sus futuros maridos —dijo, mirando de soslayo a Connor—. Quiere que el matrimonio de sus hijas sea como el que tuvo él, por amor.

—¡Oh! —exclamó Violet, dando a entender que ese tipo de matrimonios eran una temeridad.

Connor sintió la necesidad de abrir la puerta del carruaje y saltar en marcha. O mejor, lanzarlas a ellas, ya que no tenían más intención que tocarle la moral.

—No creo que por ser nombrada en un panfleto de chismes, los caballeros tomen en serio la decisión de pedir matrimonio —comentó el conde, molesto.

Lady Philomena levantó su bastón y lo apoyó en el codo de Connor con fuerza.

—No subestimes el poder de un cotilleo —lo aconsejó—. Nuestra sociedad siempre se ha movido por la apariencia y el interés —informó, como si Connor no lo supiera—. Si se ha nombrado a Sophie Allende como la debutante más destacada, ten por seguro que cualquier noble interesado en casarse esta temporada, tendrá a bien cortejarla. No existe mayor triunfo para un hombre que casarse con la muchacha más admirada.

Connor apretó los dientes con fuerza. ¡Claro que todos querrían cortejarla! Ese maldito panfleto se había encargado de ponerla en la diana de todos los hombres casaderos.

¿Pero él era uno de esos hombres? No, no lo era. Él no estaba preparado para dar ese paso. Cuando Anne le traicionó, se juró que jamás caería rendido a los pies de otra mujer. Sabía que tendría que casarse en algún momento, ya que debía cumplir con su obligación de traer al mundo un heredero, pero todavía no estaba dispuesto o preparado para abandonar su soltería. Por lo

tanto, lo mejor sería mantenerse alejado de Sophie, y sobre todo, alejarla de sus pensamientos. Sí, eso era lo que tenía que hacer.

Tres pares de ojos seguían observando su reacción y él lo sabía; esas mujeres siempre estaban pendientes de todos sus movimientos, así que decidió aparentar que poco le importaba el anuncio de la joven Sophie, y continuó leyendo.

Su sonrisa se amplió tanto, que las ancianas se miraron entre ellas. No se habían equivocado, estaban convencidas de que en cuanto Connor leyera el cotilleo más jugoso del panfleto de ese día, lo disfrutaría, ya que ellas mismas la noche anterior habían presenciado en primera persona cómo Connor amenazaba al conde de Oxford. Era lo bueno de pasar desapercibidas por los salones de baile, se enteraban de todo sin ser vistas.

### »Ecos de Sociedad de Londres, 2 de abril de 1815

*La nota discordante de la velada la protagonizó el propio anfitrión. Muy a nuestro pesar, nos vemos en la obligación de informar de que el conde de Oxford, en un arrebató de desfachatez y arrogancia, se creyó superior a los cánones que rigen las normas no escritas pero sagradas de nuestra sociedad. Señoras y señores, aténganse a las consecuencias a la hora de invitar al que hasta anoche era uno de los solteros más codiciados, pues el conde parece ser que se cree con el derecho divino de invitar a «señoritas» de baja cuna con una única finalidad: menospreciar a nuestra alta sociedad. ¡Que el buen Dios nos proteja si permitimos que nobles como Oxford nos obliguen a codearnos con personas de cierta calaña!*

Connor bajó el panfleto y miró por la ventana, con una gran sonrisa en su rostro.

¿A cuántas fiestas invitarían a Oxford esa temporada social? Dudaba que a muchas, ya que como bien decía el anuncio, el conde se había saltado una de las normas no escritas más sagradas: jamás invitar a una amante de tus invitados; más, si esa mujer no pertenecía a la alta sociedad.

¡Perfecto! El primer paso para hacer pagar a Oxford su desfachatez no lo había dado él, se lo habían puesto en bandeja. Ninguna dama querría arriesgarse a verse ridiculizada en su propia fiesta, por lo que las invitaciones

al conde no llegarían, y eso le ayudaría a él, pues codearse con gente de alta alcurnia era lo más importante en sus círculos. Si Oxford no lo hacía, no tendría a su alcance la forma de conseguir el dinero que necesitaba, y bien sabía él que estaba pasando un momento delicado. Sus fondos habían menguado por una mala inversión que estaba casi al conocimiento de todos; de hecho, no entendía cómo la noche anterior había podido permitirse el lujo de organizar aquella fiesta.

Abrió los ojos. Acababa de darse de cuenta así, de golpe.

¡Quería casarse con Penelope!

Lady Philomena dio un par de golpecitos con el bastón en el suelo del carruaje, llamando la atención de Connor.

Giró la cabeza para mirarla.

—¡Por fin! —declaró la mujer, como si hubiese leído sus pensamientos—. ¿No es una suerte que cierto cotilleo aleje al conde de nuestra Penelope? — nombró a la duquesa como si ya formase parte de la familia—. Así Duncan no volverá a coincidir con él, o por lo menos no hasta que ya esté casado.

Connor pestañeó. ¿Cómo no iba a pensar que eran brujas si sabían leer el pensamiento?

—Nunca subestimes un cotilleo, Connor —alegó Violet, recordándole el que había leído sobre Sophie—. Las reputaciones son muy frágiles... con o sin títulos.

## Capítulo VIII

*Hay palabras que no se las lleva el viento*

Las hermanas Allende paseaban por los jardines de *Golden House*, donde toda la alta sociedad se había congregado para el sepelio del duque de Whellington.

Pasarían una temporada allí, en solidaridad con su amiga Penelope, ya que la muchacha no tenía parientes en los que apoyarse. Tan solo tenía a la marquesa de York, la mejor amiga de los duques y madrina de la joven.

Abby acababa de tener un encontronazo con tres nobles que habían tenido la desfachatez de criticar a Penelope en su propia casa, alegando que una mujer no podía llevar el peso de un ducado.

Sophie la miraba y sonreía mientras su hermana le narraba la conversación que había mantenido con los caballeros en cuestión.

—Hiciste bien en defender a Penelope —reconoció Sophie, intentando animar a su hermana. A pesar de que, a su parecer, había hecho lo correcto, a ojos de los demás no estaba bien visto que una mujer se enfrentara a tres caballeros.

Abby suspiró resignada; nada podía hacer ya al respecto.

Sophie se tensó y Abby lo notó.

—¿Qué sucede? —se interesó, rauda.

La joven Allende señaló con la cabeza hacia la izquierda.

Abby se giró y vio al conde de Stanton justo a unos cuantos metros, dándoles la espalda, encarado hacia lady Philomena, lady Violet y lady Hermione.

—Deberíamos ir a saludar —dijo Sophie—. Por lo menos a las tres damas —comentó esperanzada.

Abby, en un principio pareció reticente, pero al ver los ojos de emoción de Sophie, cedió.

Se acercaron con pasos lentos.

Connor estaba agobiado. Por un lado, Sophie parecía tener un séquito de admiradores que no se despegaban de ella ni un segundo. Por otro, su tía y amigas no cesaban en su intento de martirizarlo a cada instante; llevaban allí casi tres horas y no se habían despegado de él con una única misión: hablarle de Sophie como si él estuviese ciego y no hubiese visto cada movimiento de



la joven por aquellos jardines.

Estaba realmente cansado de los comentarios de las tres ancianas:

«Sophie sería una candidata perfecta para convertirse en la próxima señora St. John».

«La joven Allende ha sido educada para ser la esposa perfecta».

«No encontrarás una candidata mejor para ti...»

Explotó, no podía más.

—Señoras, les aseguro que no tengo intención alguna de casarme con lady Sophie Allende.

No supo si reír o llorar, pues los semblantes de las tres mujeres tras su confesión fueron dignos de recordar; jamás las había visto tan perplejas... Claro que, al ver cómo su tía Philomena, con el rostro demudado, en vez de mirarlo clavaba sus ojos en algún punto exacto detrás de él, algo en su interior se removió; había alguien más allí.

Con lentitud, se dio la vuelta y... la vio.

Cerró los ojos con pesar.

Sophie apenas podía respirar.

Abby, que pensaba que su enfrentamiento con tres mentecatos había sido más que suficiente por un día, se dio cuenta de que se equivocaba, pues el comentario del conde la enfureció mil veces más que lo anterior. Y es que no existía persona más importante para ella que su hermana Sophie. Por ello, intentando aparentar tranquilidad y con una serenidad que no sentía, se pronunció:

—Palabras sabias por su parte, milord —comunicó con mucha educación—. Un gesto que la familia Allende le agradecerá encarecidamente, ya que no es agradable tener que rechazar la propuesta de matrimonio de un conde.

Sophie bajó la cabeza; no podía mirar esos ojos verdes que eran su perdición.

Connor tragó saliva, sintiéndose un miserable.

Las ancianas permanecieron inmóviles.

—Lo crea o no, a pesar de donde nos encontramos —aludió Abby al entierro—, mi padre se ha visto obligado a rechazar unas cuantas propuestas de matrimonio hoy —se expresó con desgana, pues era intolerable que

algunos nobles hubiesen tenido la poca delicadeza de no respetar un sepelio, para pedir la mano de Sophie al marqués—. Y dudo que mi hermana le haya hablado de su interés por casarse con vos, ¿me equivoco?

Connor apenas pudo pronunciarse, simplemente negó con la cabeza.

—Bien, en ese caso, ya que Sophie no ha manifestado querer contraer matrimonio con usted, y parece que su interés al respecto es mutuo —alegó, inquebrantable—, gracias. De corazón le agradecemos que sea fiel a su palabra y no haga perder el tiempo a mi hermana con falsas esperanzas.

La última frase fue como asestarle un puñetazo certero. Con gran maestría, Abby acababa de informarle de que estaba al corriente del encuentro entre Sophie y él, y le estaba advirtiéndole que se alejara de ella si no estaba dispuesto a pasar por vicaría, ya que su hermana sí se veía en la tesitura de encontrar marido.

—Buenos días —se despidió, con una ligera inclinación.

Sophie no tuvo valor de levantar la cabeza, por lo que se dio la vuelta sin mirar a nadie. Cuando dieron un par de pasos, escuchó el susurro de Abby:

—Alza la cabeza, Sophie, no permitas que nadie se crea con derecho a avergonzarte.

La joven, apenas sin fuerzas, obedeció.

Connor estuvo tentado de salir corriendo y sujetar a Sophie con fuerza entre sus brazos y gritarle que olvidase aquellas palabras.

¿No decían que las palabras se las llevaba el viento? ¿Por qué justo las que él había pronunciado se habían quedado allí y habían sido escuchadas por Sophie?

—Me gustan las hermanas Allende —reconoció lady Philomena.

—Lástima que la condesa se perdiera la fiesta en *Oxford House*. —Se entristeció Violet—. Dudo que hubiese pasado desapercibida por los *Ecos de Sociedad*.

—¿Qué te ha parecido lady Aberdeen, Connor? —preguntó Hermione, con chanza en sus ojos.

Connor se dio la vuelta con agresividad, mostrándoles su mirada más gélida y su enfado.

¿Es que esas mujeres no descansaban nunca? Si no había tenido suficiente con soportar sus indirectas respecto a Sophie, ahora, además, pretendían

incluir como futura candidata a esposa a su gemela.

Por no responder una grosería, apretó los labios y se alejó a grandes zancadas.

Las tres mujeres se rieron por lo bajo.

—Testarudo —comentó, risueña, tía Philomena—. Enamorado, pero testarudo.

Las otras dos asintieron con la cabeza, muy satisfechas.

\*\*\*

Los hermanos St. John estaban reunidos en la sala para caballeros de *Great Sea*.

—Connor, necesito que protejas a Penelope durante mi ausencia —pidió Duncan a su hermano mayor.

—No entiendo por qué has decidido marcharte a Jamaica.

—Necesito estar alejado de Penelope —se sinceró—. De lo contrario, seré incapaz de cumplir mi palabra de respetar su tiempo de duelo.

Connor asintió despacio.

—Ha rechazado la ayuda que le ha ofrecido nuestro padre —lo informó Connor, por si su hermano no estaba al tanto.

Duncan sonrió de medio lado.

—Esa es *mi pelirroja* —habló con cariño—. Siempre tan orgullosa. No esperaba menos de ella —reconoció, satisfecho.

Connor lo observó atento; su hermano mostraba un afecto y una seguridad inusitada en él.

—¿Cómo lo supiste? —aclaró con celeridad, al ver la confusión en el rostro de Duncan—. ¿En qué momento decidiste que Penelope era la mujer de tu vida?

Duncan miró a Connor y se acercó a él.

—En cuanto la tuve entre mis brazos —reconoció en voz alta algo que jamás pensó que llegaría a contar a nadie—. Ni siquiera pude verle la cara, pero su cuerpo y el mío se amoldaron a la perfección.

Se quedó pensativo al recordar cómo conoció a Penelope, escondidos entre los helechos de los jardines de Almack's.

—Y en cuanto sus ojos y los míos se cruzaron, reconocí al instante que

delante de mí estaba la mujer que llevaba tantos años esperando —confesó sin sentir vergüenza por ello—. No existe ninguna otra mujer que pueda ocupar el puesto que Penelope ocupa en mi corazón; es y será la mujer de mi vida.

Connor inspiró y se enorgulleció de Duncan por ser capaz de mostrar con tanta sinceridad sus sentimientos por la duquesa. Y entonces pensó en Sophie, sin pretenderlo, sin esperararlo... Simplemente la joven acudió a su cabeza como una ráfaga de aire fresco.

Duncan, que también observaba con atención, le puso una mano en el hombro.

—Tú también la has encontrado, ¿no es verdad?

Connor se tensó.

—No —respondió, aturdido, pues esa muchachita se había colado en su interior sin pedir permiso—. Una vez fui demasiado incauto. —Se entristeció al recordarlo—. No volveré a cometer el mismo error, no creeré de nuevo en el amor.

—¿Volverás a permitir que Anne vuelva a derrotarte?

Connor entrecerró los ojos, sin comprender a qué se refería Duncan.

—Ella te robó tus sueños —sentenció Duncan—. Tú tenías muchos planes de futuro, eras un hombre enamorado y ella, con su traición, te los robó todos —dijo molesto, al pensar en aquella mujer que tanto daño le había causado a su hermano—. Si impides que Sophie entre en tu corazón, Anne te habrá vencido por completo. No dejes que el dolor de la traición te cierre la puerta de la felicidad, tú sabes que Sophie no es como Anne.

Connor prefirió cambiar de tema. No quería pensar en Sophie, porque a pesar de que en el fondo estaba convencido de que ella no era como Anne, también era cierto que no esperaba que la mujer que amaba fuese a traicionarlo. ¿Por qué Sophie no podría hacer lo mismo?, ¿quién le garantizaba que no fuese a recibir una nueva traición?

—Puedes irte tranquilo, estaré al tanto de todo cuanto necesite Penelope.

## Capítulo IX

## *Las amigas no guardan secretos*

Una semana había pasado y la familia Stanford permanecía unida en *Golden House*.

Tanto el marqués de Stanford como el de Bristol habían brindado a Penelope su apoyo. De buen gusto la ayudarían en lo que fuese necesario.

La nueva duquesa, de corazón agradeció el gesto a ambos, pero desechó la ayuda; quería mantener sus ducados con su propio esfuerzo.

Esa tarde, mientras las marquesas de York, Stanford y Bristol paseaban por los extensos jardines afines a la propiedad, Penelope, Abby y Sophie se encerraron en la sala violeta, lugar preferido de la duquesa, ya que se trataba de la sala donde siempre había disfrutado de la compañía de su madre.

No era la más grande, pero sí la más acogedora, por la calidez que las cortinas y las mejores alfombras daban al lugar, además de que estaba amueblada con sillones y divanes de lo más cómodos.

Se sentaron alrededor de una mesa redonda, donde un lacayo acababa de dejar la bandeja de té con pastas que Penelope había reclamado minutos antes.

Tras un gesto de cabeza por parte de Penelope pidiendo que se retirara, el hombre salió de la sala dejándolas a solas.

—¿Pero te casarás con él? —se interesó Sophie, ya que antes de ser interrumpidas por el lacayo, Penelope les había estado confesando lo sucedido con St. John el día del entierro.

—¿Acaso tengo otra opción? —preguntó, desmotivada—. Duncan se ha encargado de dar voz a nuestro compromiso.

Abby la miró con dulzura; comprendía el decaimiento de Penelope, pero debía animarla.

—Hay que reconocer que su gesto fue un acto de amor.

Penelope la miró con rapidez; no entendía aquella afirmación.

—¿A qué te refieres? —se interesó Sophie, que tampoco comprendió la frase de su hermana.

—Que St. John corriese la voz de vuestro compromiso fue un gesto de amor —aclaró—. Fue su manera de protegerte ante los demás. Si alguien intentase hacerte daño alguno, estará sobre aviso de que tendrá que rendir

cuentas ante él. Eso es un gesto de amor, Penny.

Sophie miró a Penelope.

La nueva heredera, por su parte, no pudo evitar esbozar una tímida sonrisa.

Abby se llevó la taza a la boca y dio un pequeño sorbo.

—Dijo que somos almas gemelas —confesó Penelope, sonrojándose.

—¡Oh, qué romántico! —se alegró Sophie.

—¿Y tú qué respondiste? —se interesó Abby.

—Nada, no fui capaz de responder nada.

—¿Pero piensas como él? —indagó de nuevo Abby.

Penelope se quedó pensativa durante unos segundos.

—¿La verdad? Creo que tiene razón —aseguró, soñadora—. Dudo que mi corazón pueda latir con tanta fuerza como lo hace por él. Y si os soy sincera, a pesar de todo lo ocurrido —dijo, aludiendo al encuentro de Duncan con su amante Elaine—, cuando lo pronunció fui capaz de reconocer la sinceridad tanto en sus ojos como en su voz.

—Qué bonito, Penny.

Penelope miró con lástima a Sophie; sabía que ella deseaba con todas sus fuerzas que Connor fuese capaz de declararle algo parecido.

—Y tú, ¿perdonarás a Connor después de lo que dijo? —se preocupó.

Entre las tres no había secretos y estaban al tanto de todo lo ocurrido.

Sophie se encogió de hombros.

—Me gustaría ser más fuerte —admitió, reconociendo su debilidad—, pero ante él pierdo la capacidad de odiar. Si pudiese hacerlo, me sentiría menos tonta...

—¡No eres tonta, Sophie! —la amonestó Abby—. Simplemente eres una... —Se quedó callada.

—¿Una qué?

—Joven enamorada.

Sophie sonrió. ¿Qué podía decir? Abby tenía razón, estaba enamorada y poco podía hacer al respecto.

—Y hablando de jóvenes enamoradas... —comentó Penelope—. ¿Acaso

tú no lo estás del duque de Hamilton?

Abby se sonrojó de inmediato.

Penelope y Sophie sonrieron al verla.

—¡No estoy enamorada!

—No mientas —la sermoneó Sophie—. Entre nosotras no hay secretos ni mentiras.

—No miento —aseguró, enfadada porque pensaran que lo hacía—. Es cierto que ha despertado cierto interés en mí, pero no estoy enamorada.

Penelope sorbió, y en cuanto dejó la taza en su sitio, se pronunció:

—Todavía.

Abby levantó las manos al cielo en señal de protesta.

—Vale, todavía, lo que quiere decir que es posible que se me pase el interés o, por el contrario, que acabe enamorada de él —vaticinó—. Mientras tanto, os agradecería que no me hablaseis de él.

Sophie y Penelope se miraron; conocían el temor de Abby por no estar a la altura del duque, por lo que prefirieron no insistir más.

Penelope suspiró.

—Creo que Dexter será un gran aliado para mí —reconoció en voz alta Sophie—. En el entierro coincidimos y... bu... bueno... —tartamudeó, avergonzada—. Le expliqué lo sucedido.

—¿Fuiste capaz de contarle lo que el conde dijo? —preguntó, alarmada, Abby.

La joven asintió con la cabeza.

—Según Dexter, solo hay una alternativa para conseguir mis deseos.

—¿Cuál? —interrogó Abby de nuevo.

—Dar celos a Connor —aseguró—. Dice el barón que no hay nada más tentador para un hombre, que una mujer parezca inalcanzable.

Penelope y Abby se miraron.

—Pero el conde ya sabe de tus anhelos por él —le recordó Penelope.

—Sí, pero a partir de hoy me convertiré en la mujer más inalcanzable de Inglaterra para él —comentó risueña y esperanzada por las palabras del barón respecto a cómo conquistar al conde de Stanton.



—Parece irreal todo —alegó casi en susurros Penelope—. Hace tres semanas estábamos debutando en la corte y aterradas por cómo sería nuestro debut en Almack's —comentó mirando a Abby y a Sophie indistintamente—. Y de golpe, sin verlo venir, aquí estamos, con Sophie suspirando por Connor, el hombre que le regaló su primer beso.

La aludida se llevó las manos al corazón en un gesto dramático.

—Abby sumida en sus pensamientos, y en todos aparece Niall.

La condesa se avergonzó, pero asintió con la cabeza.

—Y yo prácticamente comprometida con Duncan, aunque ni siquiera él sabe que aceptaré su proposición en cuanto regrese de Jamaica... ¿No es todo como irreal?

Las tres lo pensaron durante un buen rato y al final acabaron riendo. Y no era para menos, cómo habían cambiado sus vidas en cuestión de días. Todo parecía ir muy rápido; tanto, que no parecía real.

Pero así era la vida de las jóvenes inglesas, ¿no? Por algo las hacían debutar. Era como jugar al todo o nada. Debutaban con la intención de poder ser cortejadas, o por lo menos algunas de ellas. Otras, directamente las unían en matrimonio sin previo cortejo, tan solo por convención. Por lo tanto, sus vidas desde ese instante cambiaban de forma radical, tanto para bien como para mal.

## Capítulo X

*Si a un caballero quieres conquistar, tu sonrisa has de regalar*

La temporada estaba en pleno auge, por lo que Penelope insistió en que Abby y Sophie regresasen a Londres.

Los marqueses, sin duda se enorgullecieron de la joven; mostraba ser una mujer cauta, responsable y, sobre todo, agradecida y altruista. Podría haber sido egoísta y haber mantenido a sus amigas a su lado para sentirse acompañada, pero prefirió ser generosa y brindarles la oportunidad de disfrutar del año de su debut. Ya que ella no podía, deseaba que dos de las personas que más quería lo hiciesen por ella.

Y ahí estaban, en la fiesta de los vizcondes Armony, disfrutando de la velada. Bueno, fingiendo divertirse, ya que la marquesa de Stanford no sentía simpatía alguna por la anfitriona y su hija Jezabel, puesto que por un pequeño desliz verbal de su primogénita Abby delante del duque de Hamilton, se solían mostrar ariscas y burlonas frente a su hija. Estaba convencida de que la intención de la vizcondesa en esa fiesta era desprestigiar a Abby, pero también sabía que gracias al recorte de los *Ecos de Sociedad* de Londres, donde habían vanagloriado las virtudes de su hija Sophie, proclamándola la debutante más destacada de la temporada, se habían visto obligados a invitarlas, ya que sería una decepción en cualquier fiesta el ausentismo de la debutante más afamada.

Esos pensamientos la hicieron sonreír, buscó por la pista de baile a Sophie y la vio sonriente, bailando un minué con el barón Dexter.

Esa sonrisa también la observó Connor, que no podía apartar la mirada de la joven... una vez más.

Fueron cinco los intentos infructuosos de intentar acercarse a ella. La última vez, incluso llegó a saludarla, pero la joven parecía estar sorda, o, más bien, ignoraba por completo su voz.

Una descortesía por su parte, pero la muy ladina fue ingeniosa al escabullirse entre la multitud sin tener que dar explicación alguna ante él, justo cuando iba a amonestarla por su falta de educación.

Intentó disimular su enfado, pero le fue imposible. Todo cuanto tenía que ver con Sophie le provocaba desazón, y estaba cansado de permanecer al margen. Esta vez ella tendría que escuchar lo que él tenía que decir. ¡Faltaría más!

—Ha rechazado cinco propuestas de matrimonio —escuchó Connor justo a su espalda—. El marqués va a tener que lidiar con unos cuantos caballeros.

No necesitó darse la vuelta para saber que era su tía Philomena la que estaba poniéndole al corriente de las pedidas de mano que había recibido el marqués de Stanford con respecto a Sophie.

Su enfado se acrecentó, él no quería conocer esos detalles.

¿Qué le importaba en realidad? Ay, caramba, sí le importaba, ¿verdad?

Aun así, se dio la vuelta, mostró su sonrisa más petulante y miró a su anciana tía y a las dos amigas inseparables que estaban junto a ella.

—Si yo fuese el marqués, no rechazaría tan a la ligera —dijo con tono cínico—. Sus hijas han debutado con un año de retraso, por lo tanto, les resta para convertirse en *solteronas* antes que otras damas que muestren más interés en casarse con nobles, sin que estos se sientan amenazados por un rechazo por parte de sus padres.

Tía Philomena, lady Hermione y lady Violet, se quedaron perplejas ante el comentario; ellas eran solteronas.

No se mostró victorioso delante de las tres mujeres (aunque no iba a mentir, estaba saboreando su triunfo interiormente).

—Querido Connor —pronunció lady Violet—, me satisface sobremanera que te desvincularas del séquito de admiradores de la joven —agradeció, sin pizca de humor—. Nunca serías el elegido.

Connor levantó una ceja.

Lady Philomena golpeó con energía el suelo con su bastón.

—Cierto, querida —aseguró—. Mal que me pese, ya que es mi sobrino.

El conde no entendía nada, y así se lo hizo saber a las ancianas.

—¿Qué tratan de decir? —preguntó con cautela, pues no le gustaba la forma en que ellas comenzaron a curvar sus labios; eso significaba que una vez más, él sería el derrotado ante ellas.

—Que no me avergonzaré al ver que mi sobrino acaba siendo el perdedor y que otro se alza con la victoria —adujo tía Philomena.

—¿Cómo dice?

—Fijaos en la dama —invitó Hermione a que Connor mirase a Sophie.

Él giró la cabeza y la buscó con la mirada.

Sophie estaba rodeada por cuatro nobles.

Él maldijo interiormente.

Ella sonrió con tanta ternura, que a Connor se le revolvió el estómago, ya que ese mohín había conseguido que aquellos hombres quedaran prendados de ella.

¿Acaso él no lo había hecho también?

—El reto es lo que mueve a todos esos caballeros que la adulan — intervino Hermione—. Cuantos más rechazos haya por parte de la joven, más cazadores saldrán interesados en atrapar a la presa.

Connor tragó con dificultad, no le gustaba escuchar aquello.

Regresó a su posición inicial, para mirarlas de nuevo.

Lady Philomena levantó su brazo, sujetó con fuerza la barbilla del conde, y se pronunció tajante:

—Tú nunca has sido un buen cazador.

Dicho esto, las tres mujeres giraron sobre sus talones y se alejaron con sonrisas triunfales.

¿Por qué siempre acababa siendo el bufón de esas tres?

Debía hablar con su padre seriamente; había que encontrar un lugar lejano, muy lejano, donde mandar a tía Philomena y, con suerte, las otras dos la acompañarían en ese destierro.

Cabreado hasta más no poder, se dio la vuelta con tanto ímpetu, que al dar los dos primeros pasos le fue imposible detenerse a tiempo antes de chocar con la mujer causante de su alteración.

Bueno, en realidad las culpables habían sido tres ancianas, pero eso no quitaba que Sophie tuviese parte de culpa, ¿verdad? Claro que, ¿por qué estaba enfadado con ella? Por ignorarlo, por no dirigirle siquiera una mirada, por no regalarle una sonrisa, por...

—Lo lamento —se disculpó Sophie con una mirada traviesa.

Él era el caballero, debía ser él quien se disculpara. Claro que, cuando ella le brindó la sonrisa más bonita del planeta se quedó aturdido; tanto, que le fue imposible hablar.

¡Por fin! Ese mohín era para él y solo para él.

«Para mí», pensó.

Tragó con dificultad; solo anhelaba besarla, allí, delante de todos...

Al darse cuenta de lo que eso suponría, reaccionó. Echó un vistazo rápido; parecía que nadie los observaba, por lo que la sujetó por el codo y la arrastró con elegancia hasta el jardín, asegurándose de que no los viese nadie. Caminaron hasta llegar a un lugar apartado de miradas indiscretas y donde poder hablar con ella sin ser interrumpidos.

—¿Me está evitando, *milady*? —preguntó, molesto.

—¿Acaso importaría?

Gracias a que había unos farolillos colgados por todo el jardín, pudo ver los ojos de Sophie, los que llevaba todo el día recordando sin poder apartarlos de su mente.

La respuesta fue suficiente para saber que la dama estaba molesta con él. Y la verdad, no le faltaba razón para ello, así que quiso ser franco con ella, pues merecía saber la verdad.

—Sophie —pronunció con voz aterciopelada—, no existe ninguna otra mujer que me interese.

—Excepto la mujer más bella para vos, lady Jezabel.

Connor odió haber sido tan necio.

—Repito —insistió con seriedad, para que notase la sinceridad en su voz—. No existe ninguna *otra* mujer que me interese.

A pesar de que ella sintió alivio, comentó rápida.

—Ni siquiera yo.

—Eso no es cierto... —Ella iba a interrumpir, pero Connor le puso un dedo enguantado en sus labios—. Tú eres la única que me interesa.

Sophie sintió que todas sus barreras se desplomaban. No podía evitarlo, Connor tenía tanto poder sobre ella, que le resultaba imposible seguir permaneciendo esquivo ante él.

El conde bajó la mano y ella habló con derrota.

—Pero no me has mandado ninguna invitación, ni siquiera un ramo de flores, al contrario de otros nobles que sí parecen interesados en mí.

Al escuchar esa frase, algo en el conde se removió. ¿Cuántos? Con desdén, escupió las palabras.

—¿Como el barón Dexter?

—Entre otros.

La respuesta hizo reaccionar a Connor, que rodeó a Sophie por la cintura y la atrajo hasta él con rapidez.

—Pues ya los puedes ir olvidando a todos —ordenó antes de besarla con fuerza y reclamo.

Sophie se perdió en aquel beso, dejando salir toda su rabia contenida. Estaba besándola y eso era todo cuanto necesitaba.

Al separar sus bocas, con la respiración agitada, Sophie habló con una tranquilidad que no sentía:

—No puedo olvidarlos —y aclaró con rapidez—: No mientras mi madre no vea que he elegido a alguien para ser cortejada.

Connor gruñó.

Sophie bajó la mirada, parecía que Connor no estaba dispuesto a dar ese paso con ella.

El conde observó su reacción y se sintió estúpido, ella merecía una aclaración.

—No entra en mis planes casarme todavía —se sinceró, al tiempo que atraía más a Sophie hacia él, pues necesitaba sentirla muy cerca—. Sé que mis palabras el día del entierro del duque te molestaron. Lo lamento.

Ella apretó los labios. Sí que le habían molestado y, además, le dolieron en lo más profundo de su ser.

Connor se inquietó, ella parecía demasiado desanimada.

—Si dije aquello fue para que mi tía y sus amigas dejasen de hacer de casamenteras —confesó, honesto—. Créeme, Sophie, es agotador soportar a tres viejas solteras durante horas.

La joven levantó la cabeza y lo miró con esperanza. Se quedaron en silencio un buen rato, hasta que Sophie, comprendiendo esa frase, sonrió con ternura; el típico mohín capaz de encandilar a toda una sociedad y que, por supuesto, él no iba a ser menos, así que cayó rendido ante la evidencia. Ella le atraía. No era amor, pero sí sentía un deseo perturbador cada vez que la tenía cerca.

Sin control, se quitó los guantes, que dejó caer al suelo sin miramiento, y acunó el rostro de Sophie; necesitaba sentir su piel.

—Que se interese por mí y pueda ser un candidato para cortejarme no

implica matrimonio, ¿verdad, milord?

Connor, que no podía dejar de acariciar el rostro de Sophie, analizó en silencio lo que la joven le había propuesto. Pensándolo con detenimiento, ella estaba en lo cierto.

—Entonces, ¿un ramo de flores y una invitación bastará para que olvides a los demás? —preguntó, risueño.

—Ya estaban olvidados, pero sí, mi madre estará tranquila y ayudará a que no me vea obligada a escoger un candidato.

La respuesta honesta conmovió a Connor, pues ella le acababa de confesar que pasear y bailar con el barón lo hacía por obligación. Más que eso, había afirmado con esa respuesta que solo había estado pensando en él.

—¿Y qué flores desea recibir, milady?

Sophie sonrió, consiguiendo que Connor sintiera una chispa de vitalidad, la que hacía años que no sentía ante ninguna mujer.

—Dalias.

Y volvieron a besarse, sellando un pacto entre los dos.

Aquello era excitante, perturbador y glorioso. Eso pensaba Sophie mientras la boca de Connor se adueñaba de ella.

Le permitió recrearse como también concedió que él entrara en su interior, entreabriendo sus labios para darle el acceso que él declamaba a través de su lengua ávida y maestra.

¡Colosal!



## Capítulo XI

## *Las mejores carabinas no son las damas de compañía*

Un mes había pasado desde que Sophie recibió su ramo de dalias. Treinta días en los que el conde había acompañado a la joven a todos los eventos, ya que la muchacha seguía siendo la más solicitada en cualquier acto social. Y dos quincenas tediosas para Stanton, ya que el marqués parecía ser la mejor carabina de la historia. No despegaba sus ojos de él, impidiendo así todos sus intentos por buscar cualquier momento de intimidad con su hija.

Solo tenían una aliada, Jacqueline, que cuando por las mañanas, mientras Sophie daba sus paseos diarios por *Hyde Park*, convergían fingiendo encuentros casuales, se rezagaba para otorgarles la intimidad que él demandaba.

Pero esa noche el conde estaba al borde del colapso. Necesitaba abrazar y besar a Sophie como si le fuese la vida en ello, ya que la joven, sin pretenderlo, con ese vestido verde mar, de escote bajo que mostraba más carne de la que debería estar permitida enseñar, lo había calentado hasta lo más profundo.

Lamentó haber girado la cabeza y haberla mirado; o más bien, habérselas mirado. Allí, sentados en medio de la sala de música de *Treinton House*, sus ojos traicioneros bajaron hasta ese escote pálido y suave que reclamaba su atención, y desde esa posición elevada pudo recrearse en esos turgentes senos que no hacían más que gritar: «¡Tócanos!»

Odió la moda femenina y más la masculina, pues los pantalones esa temporada debían llevarse muy ajustados, y su epicentro se había tensado con tanta virulencia, que no estaba muy seguro de que fuese a estallar la tela del pantalón, allí, en medio del recital de música, en la casa del barón Treinton.

Tragó con dificultad. Lo apropiado habría sido levantarse y abandonar la sala de inmediato, buscar un aseo y recomponerse; pero teniendo en cuenta que las hijas del barón estaban destrozando una pieza musical, todos los allí congregados buscaban la forma de evadirse sin parecer groseros, y eso habría jugado en su contra, pues en cuanto se hubiese puesto en pie, todas las miradas se habrían clavado en él, y la verdad, mostrar su endurecimiento a cincuenta personas, no habría sido lo más adecuado.

Inspiró con fuerza a la vez que cerraba los ojos en un vago intento de olvidar su última visión; esos pechos...

Sophie, ajena a sus elucubraciones, y pensando que ese suspiro había sido proferido como una queja por la mala ejecución de la pieza musical, acercó su mano cálida hasta su rodilla, dándole un pequeño apretón en señal de ánimo, para que aguantase con estoicismo hasta el final de la actuación.

Eso fue el mayor error que podía haber cometido, pues Connor, al notar esa mano caliente y suave como si hubiese traspasado el tejido de la prenda, se sintió salvaje. Deseó atrapar entre sus manos el rostro de ella, besarla hasta dejarla sin aliento y hacerla suya allí mismo.

¡Santo Dios!

Las hermanas Treinton finalizaron su actuación y eso salvó a Connor, pues al ponerse la gente en pie para aplaudir (por cortesía, no por la buena ejecución de aquellas notas), aprovechó para sujetar la mano de Sophie, entrelazar sus dedos con los de ella, y sacarla de allí con tanta premura, que incluso la joven se asustó.

Menos mal que nadie los había visto, pues era inapropiado que se cogiesen de la mano; menos, cuando ninguno de los dos llevaba los guantes puestos.

Claro que a Connor en ese momento todo le importaba poco, lo único importante lo tenía justo a un paso de él.

Se había escabullido por un pasillo poco iluminado que llevaba a unas cuantas salas apartadas y solitarias, el lugar perfecto para esconderse de todos.

Se decidió por la más lejana, abrió la puerta y obligó a Sophie a colarse junto a él.

Todavía no había terminado de cerrarse, cuando se dio la vuelta y acunó el rostro de la joven, dejándola atrapada entre la puerta y su cuerpo, que estaba excitado y con ansias de devorarla.

Y lo hizo. Sus labios apresaron los de ella, que estaban cálidos y receptivos para él.

¿Cuándo fue la última vez que había sentido tanta necesidad por una mujer? Lo cierto es que no recordaba haberse sentido tan excitado y alterado por ninguna otra. Nunca antes su apetito había sido tan vorágine. Sophie estaba llevándolo a un mundo desconocido y casi fuera de su control. ¿Eso era amor?

Rechazó ese pensamiento con celeridad; era mejor pensar que todo se debía a su abstinencia sexual, ya que desde que conoció a Sophie, no había

pasado por la cama de ninguna cortesana.

Tuvo que separar sus labios un momento para tomar aire, pero como era incapaz de dejar de sentir la piel de ella, continuó besándola, trazando un reguero de ósculos desde la barbilla, pasando por aquel largo cuello hasta el punto donde se unía este con el hombro.

—¿Por qué eres tan perversa? —pronunció, excitado.

Sophie, que todavía no se había repuesto de aquel beso arrollador, con la respiración abrupta respondió, casi en un hilo de voz:

—¿Yo?

—Sí, tú —la acusó, sin dejar de rozar aquella piel que se estaba convirtiendo en su mayor adicción—. ¿Acaso no eres consciente de lo que este vestido provoca en mí?

En realidad, estaba convencido de que no solo le afectaba a él, pero no quería imaginar a otros hombres deseando a Sophie o los mataría a todos.

—Connor —musitó ella, excitada por las caricias que estaba recibiendo—. No sé...

El conde la cortó, acercándose cuanto pudo al cuerpo de ella para que notase su excitación.

Cuando la joven notó aquel miembro duro en su bajo vientre, agrandó los ojos.

—¿Eres consciente ahora?

Ella parpadeó y asintió lentamente.

—Vas a volverme loco de deseo —jadeó y se interrumpió al pegar su boca justo en el centro de su escote.

Ese contacto fue la perdición de Sophie, que jamás había experimentado una sensación tan extraña como placentera. Su cuerpo reaccionó sin control alguno sobre su persona, llevando sus manos alrededor del cuello de Connor para acariciarlo, al tiempo que su espalda se contorneaba para darle mayor acceso.

El conde notó aquella entrega, un sentimiento primitivo afloró en su interior, y así se lo hizo saber a ella con dos simples palabras.

—Eres mía.

Ella no pudo retener un grito ahogado, al notar cómo los labios de él

lamían su piel.

—Eres mía, Sophie, totalmente mía.

—Lo soy, Connor, soy tuya —atinó a decir en un susurro.

Él cesó en su ataque, levantó la cabeza y pegó su frente a la de ella.

—Repítelo —ordenó, ansioso por escuchar lo que tanto anhelaba.

—So... soy... —tartamudeó por la emoción—. Soy tuya.

Esas dos palabras fueron tan arrolladoras como un ejército entero; eso es lo que pensó Connor en ese momento.

—Mía —sentenció.

Y como tal, la reclamó.

La besó de nuevo, incapaz de separar sus labios de los de ella, sin descanso, sin control, y sin apenas poder respirar.

Tuvo que ser Sophie quien, agarrándolo del pelo, le hizo retirar la cabeza; necesitaba aire.

Él estaba perdido, era incapaz de parar, por lo que sus manos buscaron aquellos senos por los que había perdido esa noche por completo la razón.

Los rozó con maestría por encima del corsé.

Sophie gimió y ese sonido perturbó el poco sentido común que esa noche quedaba en el interior de Connor. Con sus dedos pulgares bajó la tela del vestido tentador, dejando expuestos aquellos pechos a su merced.

Odió la poca luz que había en la estancia. Aun así, sus ojos, un tanto acostumbrados a la oscuridad de la sala, se clavaron en ellos.

—Son perfectos —alabó—. Y son míos.

Sophie no pudo emitir palabra alguna, estaba demasiado excitada.

A él le temblaron las manos. Sabía que no debía llegar tan lejos, no tenía que haber llegado tan lejos, pero era incapaz de parar en aquel momento.

Con las manos temblorosas, los acunó.

—Di que eres mía, Sophie —No fue una orden, sino más bien una súplica.

La joven apenas podía pronunciarse, por lo que asintió con la cabeza.

—Dilo —exigió.

—Soy tuya.

Y él recompensó aquella afirmación llevándose a la boca uno de sus senos

y lamiéndolo con delicadeza, como si fuese el manjar máspreciado que jamás fuese a probar.

Con el eco de aquellas dos palabras en su interior: «Soy tuya», cerró los ojos y una escena de su pasado se coló en su mente.

*Anne, con una coquetería sin igual, con ciertas dotes interpretativas y con una gran lección aprendida de cómo camelar a un hombre, lo arrastró hasta una sala solitaria y oscura en mitad de un baile al que habían sido invitados.*

*Lo había calentado con sus caricias y con palabras de amor que a él le llegaron al corazón.*

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Connor con cierta sonrisa canalla.

—Reclamar lo que es mío —sentenció Anne, mirándolo a los ojos.

—¿Y eso es?

—Tú, mi querido Connor; tú eres mío.

*Y lo era, o eso creyó durante mucho tiempo.*

—Dilo, di que eres mío —exigió ella, como él acababa de exigirle a Sophie.

—Soy tuyo.

Aquel pensamiento lo paralizó.

Sophie se sorprendió.

—¿Sucede algo? —se inquietó, nerviosa por si había hecho algo mal.

El negó con la cabeza. Se alejó un palmo de ella y suspiró con frustración por haber llevado a Sophie tan lejos.

¿Qué estaba haciendo? Si alguien los hubiese encontrado en aquella habitación, la reputación de Sophie se habría echado a perder. El marqués le exigiría que cumpliera como se esperaba de él, y desde luego que lo habría hecho. Claro que, ¿estaba preparado para casarse? No, no lo estaba, y dudaba mucho que pudiese estarlo en mucho tiempo. Anne le había robado más de lo que debió permitir: su confianza y sus anhelos por formar una familia.

Sophie lo miraba incrédula, sin estar segura de cómo actuar. ¿Debía cubrirse los senos o esperar a que él continuase?

El conde la miró con cariño y reconoció la duda en ella, por lo que alargó las manos y colocó de nuevo la tela del vestido en su sitio.

—¿He hecho algo mal? —indagó, alarmada.

Él negó con la cabeza, besó su frente y se retiró otro palmo para no seguir tocándola.

—En absoluto —aseguró con firmeza y se odió porque ella se sintiera culpable—. Pero debo apartarme antes de que acabe mancillándote.

A pesar de la oscuridad, observó el rubor en las mejillas de Sophie, y ese pequeño gesto lo hechizó.

—Saldré por esa ventana. —Señaló con la cabeza el ventanal que tenían justo a su derecha—. Espera un par de minutos y regresa al salón.

Ella asintió, un tanto cabizbaja.

—Sophie —musitó, acercándose a ella—. Te deseo tanto que si no me alejo ahora, no seré capaz de parar hasta hacerte mía por completo.

Ella levantó la cabeza para mirarlo directamente a los ojos.

Él sonrió y ella suspiró, emocionada, reconociendo la verdad en ellos y, por fin, pudiendo respirar tranquila. No la estaba rechazando por no desearla, sino por todo lo contrario.

Él le guiñó un ojo y se dirigió hacia el ventanal, subió la pesada madera y desapareció saltando por el hueco como un vulgar ladrón.

En el fondo se sentía así, porque había estado a punto de robarle la virginidad a Sophie.

Ella esperó en silencio, recomponiéndose la ropa y deseando que Connor no la hubiese despeinado demasiado; no sabría justificar su aspecto desaliñado.

Analizó las palabras del conde y se preguntó: «¿Si tanto la deseaba por qué no pedía su mano?». Sería la forma más sencilla de poder dar rienda suelta a la pasión de ambos.

Sonrió plena; antes o después se casaría con él.

Con esa positividad, salió de la sala oscura y caminó con decisión por el pasillo poco iluminado. Justo cuando estaba a punto de llegar al salón para integrarse de nuevo ante el resto de invitados, una anciana la paró.

—Querida, debe acompañarme —se pronunció lady Violet, estudiándola de arriba abajo—. Hay que arreglarle el bajo del vestido.

Sophie se miró con celeridad y no vio nada fuera de lugar.

—Me temo que se equivoca —comunicó con su típica sonrisa, pues no

quería ofender a la anciana—. No parece estar descosido.

Dio un paso adelante y notó un tirón a su espalda; un pequeño desgarró de la tela de su vestido le impidió continuar su camino.

—Ahora sí —sentenció lady Hermione justo detrás de ella, satisfecha por su fechoría; había clavado su bastón en el bajo del vestido.

—Acompáñeme —ordenó lady Violet, ensanchando su sonrisa al mirar a su buena amiga Hermione.

Entraron en uno de los aseos preparados para las damas, donde lady Philomena, junto a su doncella personal, esperaba a la joven y a sus amigas.

—Sentaos —ordenó lady Philomena—. Antes de arreglaros el vestido, debemos ocuparnos de su cabello —habló al tiempo que ordenaba con la cabeza a la doncella que empezara su trabajo—. Veo que ha decidido salir a tomar el aire.

Sophie se avergonzó. Aquella mujer sabía perfectamente lo que había estado haciendo, ya que esa noche no corría ni una brizna de aire, por lo que su sedosa melena revuelta la delataba.

Nadie pronunció una palabra hasta que la doncella dio por terminada su faena. Una vez peinado y arreglado el vestido de la joven con celeridad, salió del aseo, dejando a Sophie con las tres ancianas.

—Lady Sophie Allende —se pronunció lady Philomena—, voy a daros un consejo.

La joven la miró con preocupación, pues no sabía si esas palabras iban con doble intención.

—Usted dirá.

—No cedáis a los encantos de ningún caballero hasta que no tengáis un anillo en el dedo —aconsejó, porque le tenía aprecio a la joven—. Y menos, si ese caballero es mi sobrino.

—Manteneos en vuestro lugar y conseguiréis que el hombre caiga rendido a vuestros pies —dijo lady Hermione.

—Dad lo necesario para que el caballero anhele más, pero jamás lo entreguéis todo hasta haber pasado por el altar —advirtió lady Violet.

La joven se sonrojó tanto, que consiguió la aprobación de las tres ancianas. No se habían equivocado con ella, era una muchachita inocente y, ante todo, enamorada.



## Capítulo XII

*Cuando una dama está enamorada, olvida los consejos de tres ancianas*

Los marqueses de Stanford, junto a sus hijas gemelas, habían sido invitados a la fiesta campestre organizada por la vizcondesa Armony en su casa de campo, en el condado de Wiltshire. Y no es que la marquesa estuviese demasiado contenta por tener que acudir al evento, pero teniendo en cuenta que Sophie seguía siendo la dama más admirada de la temporada, una vez más se habían visto obligados a convidar a las gemelas, y los marqueses no habían podido rechazar la invitación.

Y ahí estaban, pues, además de a la familia Stanford, la vizcondesa había invitado a unos cuantos ilustres caballeros casaderos, entre los cuales se encontraba el duque que había llamado la atención de su primogénita.

Además, la fortuna le sonreía a Abby, pues en los juegos organizados para pasar la mañana, en la caza del tesoro la habían emparejado con el duque de Hamilton, algo que había trastocado los planes de la anfitriona, que se había tomado muchas molestias para que su hija Jezabel conquistara ese fin de semana al duque.

—El vizconde parece enfadado —dijo, burlona, la marquesa de Stanford—. Está deseoso de casar a su hija con Hamilton.

Phillip miró a su esposa.

—Dudo que su enfado alcance al mío —replicó el marqués.

—¿Por qué? —indagó Olivia, sin comprender a su esposo.

—Sophie y el conde de Stanton van a pasar la mañana juntos —pronunció molesto, y añadió—: ¡A solas!

La marquesa reprimió la risa; ver a su marido nervioso era muy divertido.

—No debes preocuparte.

—¡Claro que sí, Olivia! —se expresó alterado—. Yo también he sido joven, y sé perfectamente lo que Stanton...

—Ah... Sí, es cierto —lo interrumpió su mujer, bromeando—. Recuerdo que en un lugar parecido a este, me secuestraste de mi acompañante y me diste mi primer beso.

El marqués la miró y ella sonrió, complacida por aquel recuerdo.

—Exacto, pero tú eras tú y Sophie es mi hija.

La marquesa se carcajeó.

—Entonces, querido esposo, deja que nuestra hija reciba también su primer beso —pronunció soñadora—. Porque yo guardo un grato recuerdo de aquel momento.

Y el marqués sonrió, enamorado sin remedio de su esposa.

Sophie se encontraba atrapada entre un árbol y el cuerpo de lord Stanton. Sus labios estaban unidos por un beso ardiente que les estaba haciendo perder el control.

Connor todavía no podía creerse la suerte que había tenido. La vizcondesa había elegido el pasatiempo perfecto para una pareja que siempre buscaba encontrar un momento a solas para gozar de la intimidad que de normal no hallaba.

Él había arrastrado a su bella Sophie por entre los arbustos, hasta hallarse lo más alejados de la casa posible. Se había cerciorado de las pistas de sus contrincantes, de modo que sabía que nadie pasaría por donde ellos estaban escondidos en ese momento.

—Connor... —pronunció su nombre casi en un gemido.

—Mi bella Sophie, cuando pronunciáis mi nombre entre suspiros, me volvéis loco.

—Cada vez que me besas y me tocas me haces sentir cosas extrañas...

Connor la miró como un lobo hambriento.

—Sophie, a eso que tú llamas sentimiento extraño, se le denomina deseo.

La joven se sonrojó.

—¿Quieres comprobar hasta qué punto te puede llevar el deseo?

Ella se mordió el labio inferior, excitada y a la vez avergonzada. ¿A una señorita se le estaba permitido experimentar el deseo? Daba igual si podía o no, ella quería comprobarlo. Y aunque todavía podía escuchar los consejos de las tres ancianas en su cabeza, su corazón enamorado parecía acallar aquellas voces, pues ante Connor le era imposible negarse a nada, porque le amaba, porque le deseaba, y porque sabía que ella le pertenecía a él, y ya nada podía hacer para cambiarlo. Por ello, en respuesta a su pregunta, asintió con timidez.

Connor atrapó de nuevo los labios de la joven. Eran cálidos, suaves, adictivos, y lo mejor, eran suyos. Le pertenecían solo a él.

Era imposible permanecer inmóvil ante tanta perfección. Sus manos empezaron a vagar por el largo cuello, marcando a fuego lento con sus dedos la piel de Sophie.

Bordeó la tela que marcaba el escote. Abarcó con una mano uno de sus senos y notó que el cuerpo de Sophie reaccionaba ante su contacto.

No lo pudo evitar, solo era un humano; pararse ante semejante estímulo era mortal. Sacó los pechos de la joven bajando el escote, y se encontró con unos pezones rosáceos y duros, que se convirtieron en su debilidad, y pronto, en su nueva adicción.

Trazó un reguero de besos desde la barbilla, pasando con la mayor ternura que pudo entregar por el cuello, hasta alcanzar aquel turgente seno que tanto había deseado lamer y besar, y esta vez a la luz del día, para cerciorarse de que no había sido su imaginación. Era perfecta... Perfecta para él.

Al contacto de su lengua, Sophie gimió.

—¿Te gusta lo que te hago sentir?

—Sí...

La respuesta sincera y jadeante lo enloqueció.

Bajó uno de sus brazos y subió el vestido de Sophie cuanto pudo. Mientras su boca se entretenía con un pecho, metió la mano dentro de las calzas de seda; necesitaba acariciar el gran tesoro de la joven que jadeaba cada vez con más fuerza entre sus brazos.

Acarició los rizos que tanto tiempo llevaba deseando tocar y sus dedos recibieron un calor inesperado.

—¡Oh, Sophie, me deseas tanto como yo!

La joven no pudo responder. Estaba sujetándose con fuerza al árbol, pues sus piernas no paraban de temblar.

Connor, al ver que ella cerraba los ojos, en un movimiento rápido se dejó caer, arrodillándose ante ella. Bajó aquella prenda que tanto le estorbaba y se quedó fascinado.

—Connor, no —susurró—. No podemos...

—Shhh... Permíteme probarte, Sophie —suplicó—. No podré seguir viviendo si no lo hago en este instante.

Y sin previo aviso, escondió su cabeza entre los muslos de ella, arrancando un grito ahogado de Sophie.

La estaba matando de placer. Quería gritar, reír, llorar... Todos sus estímulos estaban descontrolados. ¿Qué hacía ese hombre entre sus piernas? ¡Estaba lamiéndola! ¿Eso se podía hacer? Sí, sí se podía, porque él no cesaba; al contrario, con los brazos la obligó a abrir más las piernas para tener mejor acceso.

—Connor... Connor —lo llamó asustada, sin elevar la voz.

—¿Sí?

—Creo... que... me voy... a desmayar...

Stanton sonrió. La ingenuidad de Sophie era tan maravillosa, que todavía le provocaba mayor deseo; quería ser él quien tomase su virginidad.

—No te desmayarás, te lo prometo —aseguró—. Tan solo déjate llevar.

Dicho esto, se recreó de nuevo en el bajo vientre de la joven, lamiendo con mayor ansia. Al ver que ella empezaba a moverse sin control, llevó su dedo pulgar hasta el epicentro de su deseo, provocando que ella estallara en un orgasmo único y sin igual. La atrapó al vuelo al ver cómo sus rodillas cedían y levantó la cabeza con rapidez, pues no quería perderse ese momento tan especial.

Su miembro más viril palpitó, poniéndose duro como una roca. Era imposible no hacerlo, pues el rostro de Sophie al llegar al éxtasis le pareció el reflejo de la lujuria personificada. Hubiese dado la vida por desnudarse y hacerla completamente suya.

La besó con ardor y luego la abrazó, dándole tiempo a que se repusiera y, de paso, que él intentase bajar su hinchazón.

—Mi bella Sophie —susurró—. No te imaginas cuánto me haces enloquecer cuando contemplo cómo te derrites entre mis brazos.

Sophie, algo más repuesta, dejó su cabeza apoyada sobre el pecho de él, escuchando los latidos acelerados de su corazón.

Sonrió plena, pues las palabras de Connor anunciaban que pronto se cumpliría su gran sueño: ser su esposa.

En cuanto se repusieron, continuaron con la búsqueda del tesoro.

Al llegar a la entrada principal de la casa, Jezabel sonreía plena; su pareja y ella habían conseguido ser los primeros y habían ganado el premio: un collar de perlas.

Sophie la felicitó, aunque en realidad ella se sentía la triunfadora, pues

poco le importaba un collar en comparación con lo que había experimentado esa mañana junto a Connor.

La voz del vizconde Armony, alterada, sobresaltó a todos los presentes.

—¿Dónde está el duque de Hamilton?

Sophie y Connor se miraron sin comprender aquel arrebato. Ciertamente era que llevaban un buen rato esperando tanto al duque como a Abby, puesto que eran los únicos que faltaban por regresar, pero eso no era motivo para que el vizconde se mostrase tan enfadado.

La marquesa de Stanford se pronunció con voz sosegada:

—Buscando el tesoro, junto a mi hija Abby.

El vizconde la miró con hastío, y ese gesto molestó al marqués.

—¡Pues hay que ir en su busca! —gritó encolerizado—. Su tardanza solo puede significar que le ha pasado algo.

Que el vizconde hablase en singular, sin incluir a la dama que lo acompañaba, hizo que saltase la alarma entre los cotilleos de los presentes. Ahora lo entendían todo, el vizconde quería casar a su hija con el duque a toda costa.

El marqués, que había permanecido callado, por fin se pronunció:

—En tal caso, iré a buscarlos —informó, aludiendo a su hija también—. ¿Dónde ha escondido la pista? —preguntó directamente a la vizcondesa.

Esta se mostró un tanto nerviosa antes de responder, un gesto que al marqués no le hizo gracia.

—En el viejo refugio.

—¿Cómo?! —Se mostró enfadado el marqués—. ¿Cómo se le ocurre esconder una pista tan lejos?

Sophie miró a Connor y se acercó a él con sigilo, para que los demás no escuchasen lo que le iba a decir.

—Creo que la intención de la vizcondesa era que su hija Jezabel acompañara al duque, pero algo ha debido de salir mal.

Connor asintió, él también lo creía.

La vizcondesa miró a su esposo buscando ayuda. Al fin y al cabo, la idea había sido suya, ya que habían aleccionado a su hija Jezabel para que conquistara al duque durante ese trayecto, o más bien, le habían dejado claro

que hiciese todo cuanto estuviese en su mano para que el duque de Hamilton pidiese su mano. En ese largo itinerario, si la joven no veía muestras de interés por parte del duque, ella debería buscar una situación comprometida...

El fallo de las tarjetas para emparejar a los jóvenes ponía en riesgo todos los planes del vizconde, lady Abby podía haber actuado como su hija y, si no se deban prisa en encontrarlos, sus propósitos de desposar a Jezabel con el duque se irían al traste.

El marqués esperaba una respuesta mientras su enfado aumentaba por momentos, además, por múltiples razones. La primera y más acuciante, que creyeran que su hija Abby podría caer tan bajo como para querer comprometer a un hombre para casarse con él. ¡Intolerable!

La reacción de su esposa alertó al marqués, pues al verla sonrojarse, mirando justo detrás de él, consiguió que se olvidara por un momento de la vizcondesa Armony, para darse la vuelta y contemplar la escena.

Su hija Abby, junto al duque de Hamilton, caminaban con tranquilidad hacia ellos, completamente embadurnados de... ¿De qué iban tan manchados?

Sophie se llevó las manos a la boca para no reírse porque la escena era inaudita. Quién iba a pensar que el gran duque de Hamilton, un hombre que derrochaba elegancia a mansalva, caminase erguido, con su mejor paso ducal, ofreciendo su brazo a su hermana, que lo hacía a su vera con la cabeza bien alta, como si fuese lo más lógico ver al duque con el cabello, rostro y todo su elegante vestuario, manchado de negro. Y si a eso le sumaba que su hermana iba a la par que el duque... ¡Era fantástico! Seguro que Abby tendría una historia memorable que relatar.

Los ojos de la vizcondesa se agrandaron.

Las mejillas de la marquesa a medida que se acercaba la pareja, tomaron un matiz granate preocupante.

El marqués, al igual que Sophie, aguantó la risa porque jamás pensó ver una imagen parecida.

—Lady Armony —se pronunció el duque en cuanto llegó hasta el corrillo de invitados—. Espero que tenga la amabilidad de procurarnos un buen baño.

Sophie observó a su gemela, o más bien sus ojos, que eran lo único que lucían brillantes, ya que su rostro estaba totalmente ennegrecido.

—Por supuesto —aseguró la vizcondesa de mala gana—. ¿Pero podría decirme a qué se debe su estado?

El duque miró a Abby, esta lo imitó y él, sin apartar la mirada de la joven, respondió:

—Tuvimos un pequeño incidente.

Abby sonrió con ternura.

El duque le devolvió la sonrisa.

Sophie inspiró con fuerza. Nunca había visto al duque sonreír, y además, había notado que siempre buscaba con la mirada a su hermana Abby. Eso le gustó, pues conocía los anhelos de su gemela por el duque.

Claro que esa sonrisa la observaron más personas, entre ellas la vizcondesa que, molesta porque el duque mostrase cierto grado de amabilidad con la joven que había trastocado sus planes, se pronunció muy enfadada:

—Lady Aberdeen, conociéndola me atrevería a asegurar que el lamentable estado en el que se encuentra el duque es por vuestra culpa.

Olivia iba a amonestar a la vizcondesa por acusar a su hija, pero Abby, que era una muchacha sincera y honesta, se adelantó a su madre.

—Más bien a un roedor —respondió sonriente, sin apartar la mirada del duque, que todavía la observaba ampliando la sonrisa al escucharla—. Me asusté y me tambaleé, perdí el equilibrio y...

Dejó la frase en el aire y se encogió de hombros.

El duque giró la cabeza con rapidez porque ver a la condesa de Aberdeen gesticulando con los hombros le producía una inquietud superior, y no estaba seguro de poder contenerse delante de todos. Si ella volvía a hacerlo, la tomaría entre sus brazos y la besaría, de eso estaba seguro, por lo que acribilló con la mirada a la vizcondesa por haber acusado a Abby sin miramiento alguno y delante de todos los invitados.

—Caímos en la chimenea —terminó la frase por Abby—. Y como usted no se preocupó por mantener aquel lugar en las condiciones apropiadas, ahora nos encontramos en esta molesta situación —la acusó con su típica pose ducal y su mirada fría—. Por lo tanto, proporciónenos el baño que necesitamos.

La vizcondesa tembló. La voz y la acusación del duque no la esperaba, así que se movió con celeridad para ir a dar la orden.



La condesa de Aberdeen estaba disfrutando del baño mientras su hermana Sophie se encontraba recostada en un diván de estampado floral, mirándola.

—¡Ay, Abby! Ha sido tan divertido —se mofó.

—Cállate —amonestó la condesa a su gemela.

—Es que veros aparecer, caminando con elegancia y llenos de mugre... — Estalló en risas—. ¡Tenías que haber visto la cara de mamá! Pensé que arderían en llamas sus mejillas.

Abby cerró los ojos.

—Y al vizconde Armony por poco se le salen los ojos, igual que a su mujer. —Bufó, imitando al lord—. Llevaba más de una hora nervioso, instigando a todos para ir a buscaros.

—¿Qué? —preguntó Abby, alarmada—. ¿Por qué?

—Tardabais mucho en regresar —respondió su hermana. Acto seguido, se incorporó y se inclinó un poco para bajar la voz y que así nadie más las escuchara—. Está casi arruinado, necesita que Jezabel se case con el duque.

Abby no dijo nada, ella mejor que nadie lo sabía.

—Vuestra tardanza podría deberse a... —Dejó en el aire la frase.

—¿A qué?

—Ya sabes. —Movié las cejas.

—No, no sé.

Sophie se acercó más.

—Un hombre y una mujer a solas...

Abby abrió los ojos.

—¡Sophie! —se ofendió—. El duque es un caballero.

La pequeña de las gemelas Allende se carcajeó.

—Y esa ha sido tu suerte —dijo sonriente—. Porque al vizconde le hubiese encantado salir a vuestro encuentro con una escopeta.

—Si hubiese matado al duque no le habría servido de nada...

—No, el tiro te lo hubieses llevado tú —se mofó.

Abby achicó agua para mojar a su hermana.

—¡Abby! —le recriminó Sophie.

—Déjame sola, quiero disfrutar de mi baño.

Sophie se puso en pie.

—Por cierto, papá se enfadó mucho con la vizcondesa —aseguró—. No entendía cómo había sido capaz de dejar una pista de la caza del tesoro en el antiguo refugio. ¡Casi salís de la comarca!

Abby se encogió de hombros. La verdad es que ella tampoco lo entendía, pero había merecido la pena haber podido pasar tanto tiempo junto a Niall.

Cerró los ojos y disfrutó de su baño reparador, aunque su tranquilidad se vio perturbada cuando su hermana volvió a entrar en el aseo.

Abby se quedó mirándola.

—¿Qué sucede? —se inquietó.

Sophie inspiró con fuerza y se acercó a la bañera, se arrodilló para tener a su hermana cerca y se expresó jovial.

—¡Tengo que contarte algo maravilloso!

Abby parpadeó; no esperaba tanta efusividad por su parte.

—Abby, hoy he experimentado algo tan... tan... —No sabía cómo expresar con palabras lo que había sentido—. ¡Glorioso!

La mayor de las hermanas Allende entrecerró los ojos sin comprender nada.

—Sophie, estás muy rara —habló, estudiando el rostro feliz que mostraba su gemela—. ¿Podrías explicarte un poco mejor?

La joven Sophie asintió enérgicamente.

—Mientras buscábamos la pista del tesoro —comenzó con voz tranquila—, Connor me llevó a un lugar apartado.

Abby levantó una ceja.

—Créeme cuando te digo que las manos de un hombre —y aclaró con celeridad—, o por lo menos las de Connor, son capaces de hacer vibrar a una mujer hasta llevarla a un lugar mágico.

Abby volvió a pestañear. Sophie, poco a poco estaba elevando la voz, al tiempo que se sonrojaba.

—Un lugar mágico —repitió para que su hermana se explicara mejor.

—¡Y tan mágico! —se expresó en voz alta, al tiempo que se ponía en pie—. No te miento, Abby, sus caricias son certeras y perfectas.

La condesa agrandó los ojos.

—¿Sus caricias?

Sophie asintió de nuevo con la cabeza.

—Y su lengua... —Se tapó la cara al recordarlo—. ¡Oh, Abby, ha sido fantástico, maravilloso, colosal!

Abby no sabía cómo reaccionar al ver a su hermana dando vueltas por la estancia, con los ojos cerrados y la tez sonrojada, y cada vez más sonriente.

—¿Qué ha pasado exactamente, Sophie? —preguntó con cautela.

—¡Que me ha hecho sentir mujer!

A la condesa se la paró la respiración.

Sophie la miró y sonrió.

—No, no... —aclaró rauda—. No hemos llegado tan lejos, puedes estar tranquila —apaciguó a su gemela—. Mi virtud está intacta... O parte de ella.

—¿Sophie?!

La joven se carcajeó al ver la reacción de Abby.

—Oye, no te hagas la remilgada conmigo —bromeó—. Estoy segura de que a ti te hubiese encantado que el duque te hubiese besado, acariciado y lamido, como Connor ha hecho conmigo.

Si a la vizcondesa se le habían agrandado los ojos una hora antes, los de su hermana superaron con creces a los de esa mujer.

A Sophie le dio risa y se llevó las manos al corazón.

—Estoy segura de que pronto seré la condesa de Stanton. —Guiñó un ojo a su hermana, que continuaba asombrada por la confesión de Sophie—, y podré darte consejos.

A Abby se le formó un óvalo en la boca y acabó cerrándola.

Sophie le lanzó un beso al aire y salió de la alcoba.

La condesa de Aberdeen se quedó pensativa, y en su mente se coló el duque. Al imaginar lo que el conde le había hecho a su hermana, se sonrojó, pues Sophie estaba en lo cierto; ella hubiese deseado recibir esos besos, caricias y lamidos... Sintió tanto ardor en su cuerpo solo de imaginarlo, que se tapó la nariz y se hundió en la bañera, aprovechando que el agua se había quedado fría.

## Capítulo XIII

*Cuando una dama es única, nunca le afectarán las injurias*

La marquesa de Stanford había pasado varios días en Londres, y acababa de llegar a *Valley of Thistles*. Había dado la orden de que avisasen a su esposo e hijas para que acudiesen a la sala de mañanas de inmediato, en cuanto regresaran de su paseo a caballo.

Cuando el marqués recibió el recado de su amada esposa, sonrió; por fin la tenía de nuevo en casa. Odiaba separarse de ella, por corta que fuese su estancia en Londres.

Desmontó del caballo y fue raudo a saludarla.

Al entrar al salón, en cuanto se cruzaron sus miradas, supo que algo no iba bien. En primer lugar, no lo había recibido con el entusiasmo que esperaba o creía merecer. En segundo lugar, estaba pálida y no tenía buen semblante; claro que, Olivia siempre se mareaba en los viajes largos. Y en tercer lugar, su saludo fue desconcertante.

—¿Han avisado a nuestra primogénita de que quería verla de inmediato?

El marqués asintió.

Las voces de Abby y Sophie irrumpieron en el salón.

—¡Mamá, qué alegría! —saludó con júbilo Abby.

La marquesa la miró con frialdad. Su abrazo fue tímido y sin un ápice de cariño.

—Dentro de un momento dudo que pienses lo mismo —vaticinó, descolocando a su hija.

Sophie también se sorprendió, pero aun así, se acercó para abrazarla.

—Hola, cariño —pronunció con afecto.

El marqués estudió el semblante de Abby.

—Sentaos —ordenó—. Tengo mucho que decir y quiero retirarme cuanto antes a descansar.

El marqués tomó asiento en el mismo sofá que su esposa.

Abby y Sophie utilizaron dos banquetas que estaban encaradas hacia sus padres.

—¿Qué sucede, Olivia? —se interesó el marqués.

—Que nuestra hija por lo visto no ha aprendido nada de lo que le he

enseñado —la acusó sin perder tiempo—. La vizcondesa Armony ha tenido a bien ponerme al corriente de la poca educación con la que la he instruido en todos estos años.

Sophie se apretó las manos, nerviosa. ¿Acaso alguien la habría visto con Connor durante la búsqueda del tesoro? Esperaba que no, pero su corazón empezó a latir con fuerza y notó que las palmas de sus manos se empapaban de sudor.

Abby permaneció en silencio, muy segura de que se refería a ella.

—¿Qué majadería es esa?! —se expresó el marqués muy enfadado.

—La misma que se comenta por todo Londres —informó sin pestañear—. Y parte de culpa la tienes tú —le recriminó a su esposo—. Cuida tu lenguaje delante de tus hijas.

El marqués la miró con desafío, pero debía reconocer que acababa de utilizar una expresión poco apropiada delante de las jóvenes.

—Parece ser que Abby ha intentado ridiculizar a lord Urrea en varias ocasiones —explicó, para que su marido supiese hasta qué punto su hija se había extralimitado.

Sophie respiró tranquila, la bronca no iba con ella.

—¿Acaso yo te he enseñado esos modales? —preguntó a su primogénita con el rostro pálido y serio.

Abby negó con la cabeza.

—No te he escuchado —la increpó.

—No —respondió la joven.

—Llevo muchos años instruyéndote para que fueses una dama perfecta —alegó la marquesa—. Te he consentido más de lo que debería, craso error por mi parte.

El marqués intentó mediar.

—La vizcondesa tiene ojeriza a nuestra hija...

—Razón de más para que sus palabras me hiriesen —lo interrumpió, enojada—. No pude defenderla, pues su comportamiento es inadmisibile.

Abby tragó saliva.

Sophie la miró con lástima; conocía esa fijación enfermiza que el vizconde mostraba hacia su hermana. No lo entendía, o quizás sí. Como muchos otros

nobles, Urrea detestaba que Abby poseyera un título.

—Es posible que exagerara —opinó el marqués.

—¡La condesa calzones!

Abby cerró los ojos, deseando morir por la vergüenza.

—¿Qué? —preguntó, sin comprender, el marqués.

—Así llaman a nuestra hija —declaró—. Y por si eso no fuese suficiente, Urrea se ha dedicado a proclamar a los cuatro vientos que Abby tiene la cualidad de responder e intentar desprestigiar a cualquier noble.

—¡Eso no es cierto! —se defendió Abby.

—¿No?

—No, yo no respondo a cualquier caballero —aseguró—. Solo a él.

La marquesa cerró los ojos, intentando controlar su malestar.

Se puso en pie.

Su esposo la imitó.

—¿Cuándo te enseñé yo a comportarte con tan poco respeto?

Abby se mordió el labio inferior.

—¡¿Cuándo?! —bramó.

—Nunca.

La marquesa asintió con ímpetu; estaba furiosa.

—En tal caso no es por mi culpa, ¿cierto? —preguntó, irguiéndose.

—Cierto.

—Pues tendrás que meditar mucho qué es lo que no has aprendido bien —señaló—, porque no volverás a asistir a ninguna fiesta, ni participarás en los eventos de la próxima temporada, hasta que consigas comportarte como la hija del marqués de Stanford.

Sophie agrandó los ojos, su madre no podía estar hablando en serio. Abby estaba muy ilusionada con la invitación a la fiesta de cumpleaños del duque de Hamilton, y tan solo faltaban tres días para su aniversario.

—Olivia... —terció el marqués.

—No permitiré que defiendas su mal comportamiento —puntualizó—. He sido muy benevolente con ella —aseguró—. No merezco que mi prestigio se vea afectado por su falta de respeto y educación. Y bajo ningún concepto

volverá a arrastrar nuestro apellido con tales mofas.

Abby se sintió desfallecer. Su madre tenía razón, el marquesado de Stanford no merecía ser ridiculizado por su culpa.

—No volverá a suceder —se pronunció Abby con la voz rota, tal cual se sentía.

—Por supuesto —aseguró la marquesa—. En lo que resta de año te mantendrás alejada de toda la sociedad —comunicó—. Aprenderás a comportarte como una condesa y daremos tiempo a que los rumores cesen.

Sophie no sabía si intervenir o no, pero necesitaba ayudar a su hermana de alguna manera.

—Pero este sábado ya hemos aceptado la invitación que nos han hecho para pasar el fin de semana en *Great Castle* —expuso. *El gran castillo*, como bien anunciaba su nombre, era la propiedad del duque de Hamilton.

La marquesa miró a los ojos a Abby. Le dolía tener que llegar a esos extremos, pero su hija merecía una lección; de seguir por esos derroteros, acabaría siendo la diana de todas las mofas de Inglaterra.

—Acudiremos todos excepto Abby.

El marqués se pronunció.

—No podemos hacer tal cosa. El duque podría tomárselo como una ofensa; parece que siente aprecio por nuestra hija.

La marquesa eso ya lo sabía.

—En ese caso —accedió—, aceptaremos la invitación pero Abby se mantendrá al margen de la fiesta —declaró mirando a su esposo, pues no tenía valor para encararse a su hija—. Tan solo en el almuerzo se codeará con los invitados. Por la tarde se mantendrá recluida en la alcoba que le destine el duque y estará exenta de acudir al baile de máscaras. Alegaremos una indisposición.

Abby bajó la cabeza, no pensaba protestar.

Sophie sintió la pena de su gemela. Era el primer baile de máscaras al que iban a acudir y eso lo hacía todavía más especial.

El marqués no pensaba poner en entredicho las decisiones tomadas por su esposa delante de su hija.

—¿Algo que objetar? —preguntó la marquesa.



—No —respondió Abby en un hilo de voz.

—Entonces me retiro —se despidió—. Necesito descansar del agotador viaje.

El marqués prefirió alejarse, ya que no sabía qué decirle a su hija.

En cuanto las dos muchachas se quedaron a solas, Sophie alargó el brazo y acarició la mano de su hermana, quien en ese momento se sentía muy apenada.

—Se le pasará —la animó con voz dulce y compasiva.

Abby se encogió de hombros.

—Nunca sabré comportarme. —Se entristeció—. Lo intento, Sophie, te doy mi palabra de que todos los días intento mejorar... pero nunca lo consigo.

A Sophie le dio un vuelco el estómago. Admiraba a su hermana más que a nadie en el mundo, la adoraba, y para ella, su personalidad era sin duda su mayor poder. No podía permitir que Abby creyese que no era una mujer maravillosa.

—Me temo que estás en un error.

Abby la miró a los ojos, sin comprender qué quería decir su hermana.

Sophie, al ver su desconcierto, continuó su explicación:

—No tienes necesidad de mejorar en nada —habló franca, tal cual pensaba—. Poco importa que te comportes a cada segundo del día con corrección, los que te envidian siempre encontrarán fallos —sentenció, acusando a todos aquellos que trataban mal a su gemela—. Los tengas o no, ellos siempre sacarán o inventarán cualquier cosa con tal de sentirse superiores a ti.

Abby agradeció aquellas palabras, pero no las compartía; estaba convencida de que nunca llegaría a tener la sofisticación necesaria para que la considerasen una dama perfecta.

Y con ese pensamiento, habló en voz alta, exponiendo su mayor temor:

—Jamás seré perfecta —reconoció con humildad que, bajo su punto de vista, tenía muchos defectos—. ¿Cómo he podido albergar la posibilidad de convertirme en duquesa? Nunca estaré a la altura.

Sophie se levantó y caminó despacio por la sala, analizando aquella confesión; su hermana estaba enamorada del duque y soñaba con casarse con él.

—Esa afirmación solo la puede decir el duque.

Abby negó con la cabeza, muy alicaída.

—A veces pienso que él siente lo mismo que yo —dijo con ensoñación—. No sé por qué, pero cuando me mira siempre noto en sus ojos una súplica de que le dé tiempo —confesó, manifestando abiertamente lo que sentía cuando estaba cerca de Hamilton—. Pero seamos francos, Sophie, ese tiempo es su forma de estudiarme para cerciorarse... o más bien, para que yo le confirme con mis actos que soy apta para ostentar ante los demás que puedo comportarme como una dama sofisticada... —Le resbaló una lágrima—. Y nunca lo seré, Sophie; nunca seré esa mujer que todo hombre, o más bien, que todo duque necesita a su lado.

—Abby, no puedes creer tal necedad —amonestó Sophie a su gemela—. ¿Para qué quiere Hamilton a una mujer sofisticada? El duque necesita una mujer como tú, una mujer capaz de descongelar su corazón —afirmó, aludiendo al apodo de «el duque de hielo» con el que era conocido por todos—. La única que no le ha bailado el agua, la única que ha sido capaz de mantener una conversación con él sin necesidad de sentirse intimidada ante su gélida mirada. La única que consigue hacerle sonreír. La única que ha sido capaz de ver en él al hombre y no al duque... —argumentó con vehemencia—. ¿Y sabes por qué? Porque tú eres única, Abby.

La condesa de Aberdeen no se sentía única, pero rebatirle a su hermana aquella afirmación solo conseguiría que Sophie continuara ensalzándola para que se sintiera mejor. Por lo que inspiró con fuerza e intentó redirigir la conversación hacia otros derroteros.

—Y tú, ¿estás preparada para ver mañana a Connor?

Sophie, al escuchar aquel nombre, sonrió como una tonta y suspiró ilusionada.

—Le he echado tanto de menos —se sinceró—. ¿Crees que él estará tan anhelante como yo por volver a vernos?

Abby sonrió, su hermana estaba tan enamorada que contagiaba.

—Es posible —la animó.

Sophie se dejó caer en el sofá al tiempo que suspiraba.

—¿Cuándo crees que pedirá mi mano?

Abby se encogió de hombros.

Durante unos segundos, las dos permanecieron en silencio, cada una sumida en sus propios pensamientos.

—Igual en la fiesta de máscaras... —Pero se quedó callada antes de terminar la frase; había sido un error mencionar la fiesta cuando Abby no podría acudir.

La mayor de las Allende comprendió ese silencio y se expresó franca:

—¡Ah, no, Sophie! No puedes eludir el tema. Es más, te imploro que disfrutes de la fiesta y así puedas comentarme después todos los detalles.

Sophie, una vez más adoró a su gemela.

—Podríamos intentar que tú acudas, al fin y al cabo iremos todos con máscaras. Nadie te reconocería, ni siquiera nuestros padres.

Abby sonrió con cariño, Sophie a veces era muy ingenua.

—Claro —ironizó, aguantando la risa—. Es un plan perfecto.

Sophie ensanchó la sonrisa pensando en urdir un plan para que Abby disfrutase de la fiesta.

—Solo que... —Dejó en el aire la frase, estudiando la reacción de su hermana.

—¿Qué? —indagó expectante.

—¿Cuántas damas de *cuello de jirafa*, además de nosotras, crees que estarán invitadas?

Sophie agrandó los ojos; ese mote despectivo lo habían escuchado infinidad de veces al referirse a ellas en el colegio para señoritas.

—No me gusta que digas eso —la amonestó.

Abby sonrió. Era hora de que Sophie dejase de odiar aquel estúpido mote que siempre habían usado para dañarlas por ser tan altas.

—Pues debería gustarte —habló con una sonrisa en los labios, para que Sophie se diese cuenta de que a ella no le molestaba—. De hecho, me encantaría tener delante a todas aquellas que nos llamaban *cuello de jirafa*, para que comprobasen que nuestros cuellos siguen siendo tan esterilizados como antes.

—Abby...

—¿Acaso no es cierto? Y es una bendición, Sophie, puesto que según los cánones de belleza, no existe mayor perfección en una dama que un cuello

largo y esterilizado —proclamó casi riéndose—. ¡Y las hermanas Allende lo tenemos! ¿Qué tienen las *cuellos cortos* que nos criticaban?

Sophie acabó carcajeándose. ¡Abby era única! Y tenía razón.

Una vez más, su gemela conseguía superar las injurias buscando siempre la salida más digna, con sinceridad y alegría, sin una brizna de rencor por sus venas, y sin importarle que aquellas palabras durante años las hubiesen herido. Abby era así, y así era como la adoraba. Además, tuvo que aceptar que su hermana se perdería la fiesta de máscaras, pues como bien había dicho con tanta gracia y buen humor, pocas mujeres invitadas tendrían el *cuello de jirafa* de ellas.

## Capítulo XIV

*Cuando una dama ama de verdad, se entrega sin pensar*

Durante dos meses, Connor había tenido que alejarse de la asfixiante ciudad de Londres para ocuparse de sus deberes como conde en Trowbridge, en el condado de Wiltshire, lugar que él gobernaba.

*Trowbridge Abbey* debía ser su lugar de residencia habitual, pero él continuaba acomodado en *Great Sea*, postergando su marcha, ya que esa casa era un recuerdo constante de su deber: casarse y tener un heredero. Y ahí radicaba el problema: él tan solo había tenido pensamientos de matrimonio y futura descendencia cuando soñaba con un futuro feliz junto a Anne, la única mujer que había llegado a colarse en su corazón y la única que lo había traicionado.

Aunque para ser franco consigo mismo, cierta jovencita de nombre Sophie había ocupado en su mente más pensamientos de los que él quería admitir durante esos dos meses. Incluso una noche, tumbado en su cama, llegó a permitirse el lujo de convocarla en su pensamiento, consiguiendo que acabara sonriendo ilusionado, al soñar despierto con que la bella Sophie acabara convirtiéndose en la dueña y señora de *Trowbridge Abbey*. La verdad es que no le disgustó imaginarla allí, a su vera, envejeciendo juntos.

Pero tampoco quería mentirse a sí mismo, y acabó cruzándose por su mente la traición que todavía no había superado.

Sin darse cuenta, resopló, y las tres ancianas que viajaban junto a él en ese momento en el carruaje lo observaron.

—Ya estamos llegando, querido —informó lady Philomena.

Connor asintió con la cabeza, en un vago intento de hacerles creer que su resoplido se debía a las ganas que tenía de llegar a *Great Castle*, el castillo que pertenecía al duque de Hamilton en Escocia; lugar al que habían sido invitados tanto su tía y sus dos amigas como él mismo, para la celebración del vigésimo octavo aniversario del duque.

Estuvo tentado de rechazar la invitación, pues soportar a las tres ancianas durante cuatro días de viaje era, ante todo, «inhumano». Pero era consciente de que Sophie estaría allí, y ese fue motivo más que suficiente para aceptar.

\*\*\*

Sophie se miró ante el espejo. Había elegido un vestido verde mar muy favorecedor, más una máscara negra bañada en purpurinas de oro y plata, a

juego con las plumas que adornaban tanto su cabello recogido como el antifaz, favoreciendo el brillante azul de sus ojos.

Pensó en Abby, pues antes de la cena había abandonado el castillo del duque para cobijarse con su pena por el castigo impuesto por su madre, en *Valley of Thistles*, no sin antes haberle hecho prometer a ella que disfrutaría de la velada por las dos. Y ese pensamiento la hizo sonreír; debía cumplir su promesa.

Mientras se ponía los guantes se carcajeó, pues Abby, esa misma tarde había protagonizado una escena digna de memorar, al intentar recuperar el último pañuelo que había bordado la difunta duquesa de Hamilton. En su empeño por conseguirlo, había acabado embadurnada de barro, y nada menos que delante del hombre que la hacía suspirar. Claro que, tuvo una recompensa tanto esfuerzo y vergüenza, pues el duque había compartido con ella uno de los grandes secretos de *Great Castle*, llevándola por los pasadizos secretos hasta su alcoba, para que nadie la hallase en ese estado. Puede que pareciese una tontería, pero dudaba mucho de que el duque se hubiese tomado tantas molestias y que le hubiese descubierto aquellos pasadizos a cualquier otra dama, solo para que no la descubrieran. Más bien, estaba convencida de que él quería compartirlo todo con su gemela; aunque todavía no hubiese dado muestras de querer cortejarla, no había pasado desapercibido para nadie que el duque solo tenía ojos para su hermana.

Negó con la cabeza, ¿quién entendía a los hombres? Eran seres extraños por naturaleza, nunca se sabía qué les pasaba por la mente, pues Connor, esa mañana al verla se había mostrado cauteloso, como si estuviera estudiando su reacción, y unas horas más tarde la había devorado, literalmente, mientras permanecían escondidos en uno de los jardines. No es que ella no hubiese disfrutado de ese encuentro, pues una vez más, con Connor su cuerpo había reaccionado sin que ella pudiese controlarlo; tanto, que fue tan osada como para magrear el cuerpo del conde sin miramiento alguno.

Se sonrojó al recordar cómo sus manos atrevidas habían acariciado la turgencia prominente de Connor por encima de sus pantalones, y cómo había deseado poder hacerlo sin ningún textil de por medio.

Soltó aire abruptamente; no podía pensar en esas cosas, pues no era adecuado ni propio de una dama. Más, cuando esos pensamientos le provocaban un calor sofocante.

Inspiró con fuerza y salió de la habitación para disfrutar de la fiesta.

Connor llevaba cinco minutos esperando en el salón grande, lugar al que debían acudir los invitados una vez disfrazados. Y aguardaba ansioso a Sophie.

Esa mañana, al verla aparecer optó por permanecer un tanto distante, pues quería observar la reacción de ella; deseaba encontrar anhelo por su parte. Y lo encontró, pues los ojos de Sophie se iluminaron como nunca, tanto como su gran sonrisa; una muestra de afecto que a él lo encandiló, y esa misma tarde decidió que no desperdiciaría ni un solo segundo en su compañía. Por ello, la llevó hasta el jardín de los helechos, lugar perfecto para citas clandestinas, y allí la besó, o más bien la devoró, porque su apetencia por ella era tan salvaje que le resultaba imposible de controlar. Y la muy osada había tocado sin pudor todas las partes de su cuerpo. ¡Todas! Y por Dios que a él le costó casi la vida no tumbarla en el suelo y hacerla suya. Claro que, desde ese momento su cuerpo seguía reclamando una compensación, pues estaba endurecido hasta la médula y le era imposible mantener su mente fría.

Cuando sus ojos se desviaron para ver a las personas que entraban en la sala, tuvo que apretar los puños y morderse los labios para no gritar de frustración. ¿Cómo iba a mantenerse frío si Sophie, con aquel vestido verde, derrochaba sensualidad a raudales?

Ya podía llevar mil máscaras, que sus ojos vivaces, sus labios carnosos, su cuello sensual y sus pechos redondeados, eran imposibles de enmascarar.

Se acercó lentamente por detrás y le susurró al oído:

—Dudo que exista dama más hermosa en toda la fiesta bajo esa máscara.

Con un movimiento lento y estudiado, o eso le pareció a Connor, se giró ensanchando una sonrisa capaz de derretir las montañas nevadas. Hizo una caída de pestañas y lo hipnotizó por completo.

—Es muy osado por vuestra parte asegurar tal afirmación sin conocer la identidad de la dama.

Connor sonrió de medio lado.

—Creedme, milady, que tan solo vuestra dulce entonación testifica mis palabras.

Sophie sintió un calor interno al mirar de arriba abajo al conde, que llevaba un traje oscuro, junto a una máscara negra con purpurina de plata. Esos ojos verdes que ella adoraba rezumaban deseo. Estaba convencida de



ello, pues esa mirada la había observado en cada ocasión que sus cuerpos se habían tocado, cuando sus bocas se habían reclamado, y cada vez que Connor conseguía hacerla sentir mujer.

Se acercó más al conde y pegó su boca al oído de él.

—Dudo que mi voz sea tan dulce como vuestros labios —manifestó, embriagada por los cosquilleos que sentía en lo más profundo de su ser—. Y si de mí dependiera, los probaría de nuevo, pues solo su boca me hace arder.

Connor tragó con dificultad. Aquella sensualidad, aquella frescura al hablar, y aquellos labios rozando su piel lo calentaron sin control.

Pensó en raptarla y llevarla de nuevo a algún lugar privado, porque le resultaba imposible comportarse como una persona racional cuando estaba cerca de ella.

Claro que sus planes se truncaron en el mismo instante en que su mano estaba a punto de enlazarse con la de Sophie, cuando la voz de su tía Philomena, acompañada por la del marqués de Stanford a su espalda, llamaron su atención.

Y el buen Dios debía de odiarle, pues se encargaron de no dejarlos a solas ni un segundo durante el resto de la velada.

Por eso estaba ahora así, totalmente frustrado y rabioso.

Llevaba un buen rato sentado en la cama.

Excitado.

Se llevó las manos a la cabeza y se echó el pelo hacia atrás.

Suspiró tres veces consecutivas.

No podía dejar de pensar en el sabor de Sophie y en la maravillosa forma en la que se había dejado llevar por el deseo.

¿Cuán apasionada sería en el lecho? Una pregunta que lo martirizó.

Con un movimiento seco, tiró de la manta, se incorporó y se puso el pantalón, sin usar ninguna otra prenda, ni una camisola siquiera sin meter por la cinturilla del pantalón, y salió del dormitorio descalzo para no hacer ruido al caminar.

Llegó al aposento que estaba utilizando su bella Sophie, y entró como un depredador a punto de cazar a su presa.

Sophie estaba tumbada en la cama, dándole la espalda. La luz de la luna

que entraba por el ventanal iluminó esa figura recostada que él tanto deseaba.

La joven notó su presencia y se volteó, ofreciéndole una imagen inolvidable; estaba asustada y excitada al mismo tiempo.

—¡Connor! —siseó—. ¿Qué haces aquí?

Lord Stanton se acercó hasta el borde de la cama, donde ella lo recibió poniéndose de rodillas.

—Esta tarde te enseñé lo que era el deseo —susurró—. Ahora voy a demostrarte lo poderosa que puede llegar a ser la pasión.

Llevó su boca a los labios de Sophie, que lo acogió de inmediato.

—¿Qué pasará si alguien nos descubre? —se preocupó la joven.

—Que adelantaremos nuestros futuros votos.

La respuesta emocionó a Sophie, pues hasta la fecha él había hablado de cortejarla pero sin intención de pasar por el altar. Era una gran revelación y, como siempre que estaba junto a él, fue incapaz de negarle nada, así que se entregó sin medida al hombre de sus sueños.

En cuanto los brazos de Sophie rodearon el cuello de Connor, él la lazó, pegándola a su piel desnuda, sin dejar de besarla. Tan solo se apartó de ella lo justo para quitarle aquel camión de algodón virginal, una muestra que le recordaba que era pura... todavía.

Al quedarse desnuda se sonrojó. Su primera reacción fue taparse involuntariamente con las manos, pero Connor se lo impidió al pegarse de nuevo a ella y estrecharla contra su cuerpo.

—Eres perfecta, Sophie —la alabó entre susurros agitados por lo excitado que estaba.

Ella se dejó besar y tocar, consciente de que su cuerpo ante Connor no le pertenecía, era plenamente de él. Y cada beso se convertía en cientos de llamas sobre su piel. Ardía por dentro con tan solo una mirada, y cuando los labios de Connor recorrían su rostro, bajando por su esterilizado cuello para llegar peligrosamente a sus senos, ella notaba que se empapaba de una etérea suavidad en su bajo vientre.

Connor estaba fuera de sí, incapaz de controlar su instinto animal, y como tal actuó, rugiendo con desesperación, al tiempo que la levantaba y la postraba en la cama.

Sophie lo miró aturdida. No estaba asustada, pero aquel gruñido salvaje,

salido de lo más profundo de su ser, la hizo temblar.

—No me temas, Sophie —la tranquilizó—. Mi comportamiento se debe a lo loco que me has vuelto de deseo —dijo sin sonar a reproche—. Todo mi cuerpo arde en llamas por ti. Es hora, mi bella Sophie, de que decidas si quieres entregarte plenamente a mí, porque si continúo, no podré parar —habló casi entre dientes, pues la sola idea de que ella cambiara de opinión, le estaba costando la vida—. Quiero demostrarte cuánta pasión se puede entregar y disfrutar entre un hombre y una mujer... Entre tú y yo.

Sophie alargó los brazos y fue directa a la cinturilla de su pantalón, demostrándole de esa manera cuánto lo deseaba, y además, que lo anhelaba totalmente desnudo.

Él sonrió y, en agradecimiento, la besó con una ternura inusitada, mientras se dejaba desnudar.

Una vez los dos estuvieron desnudos y sin obstáculos de por medio, él se reclinó sobre ella para acariciarla con suaves besos por todo su cuerpo, demostrando una veneración sincera.

Recorrió pausadamente la hendidura que había entre un pecho y otro, recreándose en la oleada de deseo que Sophie mostró al notar cómo su piel se calentaba al momento.

Alzó la cabeza para mirarla; quería memorizar su rostro.

—No pares, Connor, te lo ruego —suplicó con la respiración abrupta, reconociendo en voz alta que quería llegar hasta el final, que no se oponía y que, ante todo, lo deseaba.

Y esa entrega llenó por completo a Connor, que continuó con la exploración de aquel cuerpo cálido y tembloroso; unos estremecimientos que él producía con cada beso, con cada caricia, con cada lamido y con cada dedo.

Sus dedos se posaron en el rizado vello que cubría la parte más íntima de Sophie, como si fuesen un ejército protegiendo la entrada sagrada y él fuese el soldado que iba a atravesar aquel lugar, porque ella se lo estaba permitiendo.

A Sophie le hubiese encantado tener algo más de luz. A pesar de estar bañados por los rayos de la luna, no hubiese estado de más poder contemplar los hercúleos brazos de su amado y maravillarse ante los músculos marcados de su estómago. Y no es que no lo estuviese haciendo en ese momento, pero

con la luz de las velas, además de verlo habría podido buscar cualquier imperfección en aquel robusto cuerpo, ya que deseaba encontrar alguna impureza porque sabía que amaba a Connor porque lo consideraba perfecto. Era como estar enamorada de un dios, cuando ella tan solo era Sophie Allende, una muchacha normal.

Pensó en moverse para acariciar el cuerpo el Connor, recorrerlo nuevamente con sus manos, y de paso, de ser posible memorizarlo, porque deseaba darle tanto placer a él como estaba recibiendo. Además, era la primera vez que veía el cuerpo de un hombre desnudo, y su curiosidad estaba a la par de su deseo.

Pero Connor no podía esperar más, necesitaba entrar en ella.

—Necesito poseerte, Sophie —pronunció, desesperado—. Déjame hacerte el amor y entrar en tu interior.

Ella apenas tuvo tiempo de asentir, pues la boca de él apesó la suya acallando cualquier palabra. Y para excitarla y poder así penetrarla con mayor facilidad, con movimientos expertos tocó con sus manos en los puntos más sensibles de ella, consiguiendo que Sophie gimiera dentro de su boca, momento que él aprovechó para penetrarla.

Ella abrió los ojos desconcertada; había pasado del mayor de los placeres y estímulos ardientes, a sentir como si un relámpago la hubiese partido en dos.

Connor habló rozando sus labios con ternura:

—Mi bella Sophie, te doy mi palabra de que en unos segundos pasará esa sensación de dolor. —Trazó besos por todo su angelical rostro—. Vas a desear más, mucho más.

Ella no estaba muy convencida de eso, pero aquel dolor, poco a poco fue desvaneciéndose.

En cuanto Connor notó que ella empezaba a relajarse, se movió con presteza y cuidado, moviendo sus caderas en círculos para comprobar si Sophie estaba preparada para ser embestida como debía.

El gemido de placer que le arrancó de sus labios le dio la respuesta, por lo que él se entregó por completo y le hizo el amor, porque ya no podía esperar más.

Jamás habría imaginado que Sophie y él llegarían al clímax al mismo tiempo; menos, cuando ella era, hasta hacía unos minutos, virgen. Tampoco

había sentido tanto placer y ternura al mismo tiempo con nadie. Y por alguna extraña razón, no sabía si sentirse pletórico o asustado, ya que con Anne nunca le había pasado, y quizá, y solo quizá, eso podía significar que Sophie...

Negó con la cabeza; la mujer de su vida había sido Anne. Sophie lo sería con el tiempo, pero nunca sería su amor verdadero, ¿no? ¿O igual él estaba equivocado y Anne no había significado tanto como él pensaba?

Al mirarla, una oleada de pánico lo embargó. Verla allí tumbada, desnuda y dormida, con la sonrisa más tierna que jamás había visto nunca, lo paralizó. Más, cuando las dos últimas palabras de ella antes de dormirse habían sido «te amo». Al escucharlas, él se había sentido un hombre feliz; más que eso, se había sentido único y, de haber sido capaz de olvidar su pasado, incluso afirmaría que había llegado a sentirse por primera vez *enamorado*.

Se levantó de la cama y se marchó.

## Capítulo XV

*No todos los hombres están preparados para asumir la verdad*

El duque de Hamilton, como solía ser habitual en él, había madrugado. Estaba bajando las escaleras para dirigirse hacia la sala que habían preparado para desayunar sus invitados, y dudaba que alguno estuviese ya levantado. Por eso, al ver al conde de Stanton preparado para salir, se sorprendió.

—Buenos días —saludó el duque.

—Ah, Excelencia, debéis perdonarme —se excusó—, pero debo partir de inmediato. He recibido una misiva urgente de *Trowbridge Abbey*, y apenas puedo esperar a mi tía, a lady Violet y a lady Hermione.

Niall hizo un gesto con la cabeza disculpándolo.

—No os preocupéis —alentó el duque a su invitado—. Me encargaré del transporte de las damas.

Connor agradeció con la cabeza el gesto del duque y se marchó.

El mayordomo, que estaba presente, no se pronunció. Jamás dejaría en evidencia a un invitado de su señor, pero bien sabía él que nadie había recibido una misiva urgente, pues ningún aviso o carta entraba en *Great Castle* sin su conocimiento o aprobación.

Mientras Connor se alejaba del castillo, se sorprendió al darse cuenta de que de todos los lugares a donde podía ir, había decidido regresar a *Trowbridge Abbey*, como si allí pudiese encontrar la respuesta que buscaba. También comprendió que, por una vez, era él quién necesitaba el consejo y la ayuda de su hermano pequeño y no al revés. Y maldijo interiormente que Duncan estuviese en Jamaica, porque lo necesitaba.

Sophie se despertó con una gran sonrisa, abrió los ojos de golpe al percatarse de que ya había amanecido, se puso en pie y se colocó su camisón, que estaba en el suelo, donde lo había dejado Connor al quitárselo.

Ese recuerdo le hizo esbozar una risita, y se dispuso a arreglar un poco las sábanas, ya que ella no era como su hermana Abby, que siempre deshacía la cama por lo mucho que se movía. Ella, por costumbre dormía plácidamente y sin apenas moverse. Sus ojos se agrandaron al ver la pequeña mancha de sangre; iban a descubrir que...

Al escuchar pasos, se metió de nuevo en la cama.

En cuanto su doncella entró para vestirla, Sophie la miró, fingiendo estar medio dormida.

—¡Oh, Jack, necesito de tus sales milagrosas!

La doncella la miró extrañada. Sophie odiaba tomarlas, pero al ver que la joven se llevaba las manos a su vientre, lo comprendió.

—Enseguida preparo el brebaje.

Sophie suspiró lacónica, para terminar de convencer a su doncella.

—Con este dolor no podré cabalgar. —Hizo un mohín—. Justo hoy que podía disfrutar de la compañía de Connor, alejándonos con nuestros jamelgos para gozar de intimidad.

La doncella suspiró, ella era toda una romántica.

—En otra ocasión será.

Sophie asintió con la cabeza.

—Aunque el conde ha tenido que partir con urgencia —la avisó la doncella al recordarlo—. Recibió una misiva de *Trowbridge Abbey*.

Sophie parpadeó.

—¿Ha sucedido algo? —se inquietó, y la doncella notó su temor.

—No lo sé —respondió sincera—. Debía de ser muy urgente, pues no le ha dado tiempo siquiera a despedirse de su tía.

Sophie se quedó pensativa.

Jaqueline salió de la habitación para preparar las sales.

La joven Allende se estremeció. No sabía por qué, pero algo le decía en su interior, que Connor estaba huyendo de ella.

\*\*\*

Llevaba casi tres meses, ¡tres!, sin recibir noticias de Connor, y se sentía estúpida. Si al menos hubiese podido compartir su desazón con su gemela, pero ¿cómo iba a explicarle que había perdido su virtud? No podía confesar aquello; no cuando el hombre que tendría que estar pidiendo su mano había desaparecido.

Se retorció las manos mientras miraba desde la ventana de su habitación cómo paseaban sus padres por los jardines de estatuas.

Suspiró con los ojos llenos de lágrimas. Ella había anhelado tanto un matrimonio como el de sus padres, que era demasiado doloroso haber casi



rozado ese sueño y haberlo perdido.

Y es que no se equivocaba cuando pensó que Connor huía de ella. Sabía que algo había hecho mal, ya que le había asegurado que *adelantarían sus votos*, justo antes de entregarse a él por completo. De ser ciertas sus palabras, Stanton le habría pedido su mano a su padre; sin embargo, no solo no lo había hecho, sino que además, ya ni siquiera estaba interesado en verla.

Se abrigó con sus manos al recorrerle un escalofrío.

«Estás mancillada», se recordó y, sin fuerzas para asumir su desgracia, cayó arrodillada en el suelo y lloró.

\*\*\*

Los ánimos del conde últimamente no eran muy halagüeños, había huido de *Great Castle* como un cobarde, y así se sentía cada vez que pensaba en ello.

Llevaba en Londres toda la semana, después de haber llegado a la conclusión de que no tenía respuestas para lo que estaba buscando, ya que exactamente ni él sabía qué era lo que buscaba.

Intentando poner su mente en orden, o más bien, rogando por apartar sus pensamientos de Sophie, se había dirigido al club de caballeros *Brook's*; cualquier distracción sería bien recibida.

Aunque todos los dioses griegos se habían confabulado para que sus planes, una vez más, se fuesen al traste, ya que esa noche había una distracción tan patética como hiriente, más que nada porque el majadero de Oxford había apuntado en el libro de apuestas, que antes de un mes se casaría con Penelope; y no era una Penelope desconocida, sino la futura esposa de su hermano Duncan.

Inspiró con fuerza antes de ponerse en pie. No podía creer que se le hubiese olvidado castigar a Oxford; más, cuando se lo había prometido a su hermano. Puede que hubiese estado distraído, eso no lo iba a negar, pero la desfachatez del conde merecía un escarmiento, pues era de todos conocido que Duncan y la duquesa de Whellington contraerían matrimonio en cuanto acabase su tiempo de duelo, y lo sabían porque su propio hermano se había encargado de correr la voz para protegerla.

—Tres mil libras —anotó lord Denvore.

Hubo un barullo general, era una cantidad elevadísima.

Oxford asintió, necesitaba el dinero más que respirar. Además, él se había encargado de dilapidar la relación entre la duquesa y St. John, gracias a la colaboración de la antigua amante de él. Ahora solo tenía que engatusar a la joven duquesa para ganar no solo la apuesta, sino toda la riqueza que el duque había legado a su hija.

—Una apuesta muy descabellada teniendo en cuenta que mi hermano pidió la mano de la duquesa al duque de Whellington y este, antes de morir, se la concedió —se pronunció con voz pausada Connor, para llamar la atención de los presentes.

Las risas y conversaciones cesaron en el acto.

Oxford miró con desprecio a Stanton.

—Según mis fuentes —convino en voz alta para que todos le escuchasen —, ha habido un distanciamiento en la pareja, y al no haberse hecho público el compromiso, la duquesa ya no tiene intención de desposarse con St. John.

—Merecéis que os rete por semejante acusación —lo amenazó Connor con voz firme—. Nadie pone en tela de juicio la palabra de un St. John.

Por primera vez, al conde de Oxford se le esfumó la sonrisa de la boca.

Connor, que había estado observando durante un buen rato a todos los caballeros del club, buscó con la mirada al único que le importaba; nada menos que un hombre diez años menor que su tía Philomena y que se había pasado la vida enamorado de ella. ¡Increíble!

—Han sido mis fuentes. —Intentó desvincularse de la acusación, Oxford.

—Por ello os voy a dar la oportunidad de seguir viviendo —habló con la típica arrogancia que se esperaba en un hombre de su posición—. Además, para demostrar que la palabra de un St. John es sagrada —advirtió a todos, no solo a Oxford, por haber creído las habladurías, dejando a su hermano como un mentiroso—, para que a nadie le quepa duda de que mi hermano está prometido a la duquesa de Whellington y Kennt, apuesto quince mil libras esterlinas en nombre de Duncan.

El barullo fue general.

Stanton sabía que era una apuesta realmente descabellada; por ello, todo aquel que tuviese algo de sesera se retiraría del juego. Y también era consciente de que Oxford no podría recular, pues él sería quien quedaría en evidencia después de haberse jactado de que Duncan no estaba realmente prometido con la duquesa. La verdad, el conde se lo había puesto muy fácil.

Connor le había prometido a su hermano que se encargaría de él, además de haberse jurado a sí mismo acabar con Oxford hasta dejarlo en la miseria, y mira por dónde, ahí estaban, jugándose una cantidad de dinero que el conde no se podía permitir, pues todos sabían que sus ingresos habían menguado considerablemente.

Denvore tachó su apuesta del libro, seguido del resto de nobles que habían apostado.

Stanton permaneció callado, a la espera.

A Oxford se le ampliaron las fosas nasales. Él no podía asumir esa cantidad, pero tenía en mente casarse con la duquesa, bien fuera por las buenas o por las malas.

—Así sea, quince mil libras.

Los presentes comenzaron a chismorrear.

—Lord Tumbler —llamó en voz alta Connor al hombre que seguía suspirando en secreto por su tía Philomena—. Como decano de los jueces lores, espero que confirme aquí, ante todos, si esta apuesta es legal.

Oxford parpadeó. No esperaba al decano de los jueces lores, porque si fallaba en su intento (algo casi improbable ya que tenía asumido que tanto por las buenas como por las malas, acabaría casándose con la duquesa), sí habría pasado por alto el pago de la apuesta, y prefería vivir con el apellido mancillado por hombre de poca palabra, que asumir la deuda, más que nada porque no tenía el dinero para pagarla.

El magistrado asintió con la cabeza, acercándose a ellos y situándose justo en medio de los dos.

—Como testigo de este irracional envite —los sermoneó por lo absurdo que era el asunto—, esta apuesta, si el conde de Oxford no se retracta, será válida y tendrá que hacer entrega del pago de quince mil libras esterlinas si la duquesa no contrae matrimonio con él.

Oxford no se echó atrás.

—En tal caso, y de igual manera, el conde de Stanton asumirá la misma cantidad si la duquesa acepta su propuesta.

Stanton asintió.

La gente estaba contenta, era la apuesta más esperada de la temporada.

Connor, a pesar de sentirse victorioso, pues al hacer partícipe al decano de

los jueces lores, se aseguraba de que Oxford pagaría de una forma u otra su deuda, odió haber tenido que llegar tan lejos; su futura cuñada no se merecía estar en boca de todos por culpa de un majadero como Oxford.

Deseaba marcharse, pero se quedó un par de horas más, fingiendo estar interesado en las noticias del periódico para que todos creyesen que a él le daba igual la apuesta, y que no le había dado la menor importancia. Pero su cabeza no paraba de darle vueltas a qué demonios pensaba hacer Oxford, porque estaba seguro de que sus intenciones no serían buenas, y eso le producía resquemor ya que la víctima de sus ansias de salir victorioso era Penelope y, por tanto, él tendría que protegerla, puesto que se lo había prometido a su hermano antes de partir a Jamaica.

Miró su reloj de bolsillo y decidió que ya era hora de regresar a *Bristol House*.

Al entrar, el mayordomo lo recibió.

—Buenas noches, señorita —lo saludó, cansado—. Lady Philomena lo aguarda en la sala privada.

Connor levantó una ceja, era muy tarde.

—¿A estas horas?

—Sí, milord —afirmó, cauto—. Sus palabras fueron: «Avisad a mi sobrino de que venga a verme de inmediato».

—¿Y cuándo dio esa orden?

—Hace más de dos horas.

Connor asintió lentamente con la cabeza.

—Puede retirarse.

El hombre inclinó la cabeza y cumplió su orden.

El conde se dirigió presto a la sala privada. Tras abrir la puerta, se sorprendió al ver a su tía Philomena *sola*.

—Tía, ¿os encontráis bien? —llamó su atención, ya que la dama estaba sentada en una butaca encarada hacia la ventana, en vez de a la chimenea, con un chal sobre las piernas.

La anciana no giró la cabeza ni hizo amago de mirarle, sino que mantuvo la vista clavada en la oscuridad del exterior.

—El apellido St. John siempre ha sido sinónimo de *lealtad* —adujo, sin

cambiar de posición—. Una nobleza de la que pocos aristócratas pueden presumir, pero nosotros sí.

Connor se acercó lentamente hasta colocarse justo al lado de la anciana; quería verla.

—Tu apuesta ha dejado clara nuestra lealtad hacia nuestro Duncan —alegó, sin mirarlo—. Descabellada a todas luces, pero necesaria.

Connor tragó con dificultad; él hubiese deseado que los rumores no llegasen hasta su familia. Aunque tía Philo no estaba recriminándole nada, algo había en su tono de voz que lo mantenía alerta.

Lady Philomena por fin giró la cabeza y clavó su grisácea mirada en sus ojos verdes.

—Siempre he admirado tu nobleza y tu fuerza a la hora de proteger a los tuyos, Connor —habló con orgullo—. Por ello, me duele a la par que me ofende, que justo el St. John más puro, el más protector, el más astuto y complaciente, no tenga los arrestos suficientes de sacar su fuerza para protegerse a sí mismo.

Connor parpadeó.

—¿Qué queréis decir?

La anciana se puso en pie, ayudada por su bastón.

Connor retiró el sillón para que la mujer tuviese mayor movilidad.

En cuanto tía Philomena se puso frente al conde, él bajó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Trato de hacerte entender que si eres capaz de enfrentarte a todos para salvaguardar a tu familia —explicó sin pestañear—, debes luchar por tu felicidad con la misma disciplina.

—Yo... —La anciana levantó la mano para acallarlo.

—El pasado no te deja avanzar —expuso con cariño—. No puedes huir de una casa donde has dejado a una joven a su merced; no es propio de ti —le recriminó su marcha de *Great Castle*—. La traición de Anne te está nublando la razón, y no puedes vivir anclado en el pasado, Connor —lo aconsejó—. Tu presente es el ahora, y estás evitando enfrentarte a la realidad por temor a ser traicionado.

—¿Qué realidad? —indagó, emotivo.

—El amor que sientes por Sophie —sentenció—. Te niegas a creer que

esa jovencita ha entrado en tu corazón, porque tus sentimientos por ella son tan fuertes, que te avergüenza afirmar que sufriste por una mujer a la que no llegaste a amar.

El conde se enfadó por la afirmación tan categórica.

—Amé a Anne como nunca llegaré a amar a nadie.

Lady Philomena gesticuló con los labios, dando a entender su desacuerdo.

—Te aferras a esa creencia porque como hombre, no estás dispuesto a admitir que te equivocaste —aseguró, molesta porque él no se diese cuenta de la verdad—. Quisiste a Anne y tu orgullo no acepta su traición. Pero el amor acabas de conocerlo y te niegas a admitirlo, porque tendrías que reconocer que tu sufrimiento fue por el orgullo herido y no por el amor, ya que el amor con Anne fue un espejismo; nunca fue verdadero amor, más bien, una cegadora atracción juvenil por su belleza y seducción.

Él se enfadó, no quería escuchar aquello.

—Nunca ha estado enamorada —le recriminó Connor, ofendido—. Por ello, jamás entenderá lo que sentí por Anne.

Lady Philomena golpeó con el bastón en el suelo.

—Qué necio eres, querido Connor —le insultó, pues a su edad se podía permitir ciertas libertades—. Mi estado de solterona se debe precisamente a haber conocido el verdadero amor.

Connor parpadeó, incrédulo.

Ella continuó.

—Amé al único hombre que entró en mi corazón —confesó con voz nostálgica—. Pero a sus padres no les pareció tan grata la dote de la hija de un conde como la de la hija de un marqués.

Connor se apenó al escucharla.

—Por ello conozco perfectamente lo que es el amor, un sentimiento arrollador que solo se entrega una vez en la vida —aseguró con voz firme—. Pude casarme con cualquier otro hombre, pero me negué a compartir mi vida con alguien a quien no amaría, y preferí vivir mi vida sin donar migajas de amor. Hubiese llegado a quererlo, pero sabía que no llegaría a amar a ningún otro —reconoció en voz alta su mayor secreto, ya que jamás lo había contado con anterioridad—. Tuve que decidir y preferí vivir sola si no podía tenerlo todo, porque para mí él lo era todo. Así es el verdadero amor: o todo o nada.

Connor se quedó pensativo.

Lady Philomena estudió su semblante.

—Anne no fue tu verdadero amor, Connor —habló con dulzura y mucho cariño—. Mira dentro de ti y, si al pensar en Sophie sientes que tu corazón vuelve a latir, es que Anne no fue el amor de tu vida.

Se acercó para darle un beso en la mejilla y se alejó, dejando a su sobrino para que pensara y se diera cuenta de que su futuro dependía de si era capaz de reconocer que Sophie le hacía palpar el corazón.

Connor se sentó en el mismo sillón que había ocupado su tía y se quedó allí durante un buen rato, escuchando su voz interior. Llegó a reconocer que su corazón latía con fuerza por Sophie, pero se negaba en rotundo a admitir que sus sentimientos eran tan fuertes como los que sintió por Anne. No, lo que le pasaba con Sophie era que esa muchachita, con su encanto personal lo calentaba por dentro como nadie... Eso era pasión, no amor.

Luego pensó en la recriminación de su tía al recordarle su huida de *Great Castle* y se enojó. Tenía razón la anciana, no era propio de él salir corriendo y dejar a su suerte a la gente que le importaba y, desde luego, Sophie le importaba.

Se maldijo por su estupidez; no se podía dejar a una joven de alta alcurnia desamparada después de haberla comprometido...

Agrandó los ojos.

Se puso en pie como un resorte y maldijo una y otra vez en voz alta.

«¡Necio, la has comprometido por completo! ¿Cómo no has pensado antes en las consecuencias?», se recriminó interiormente. Llevaba casi tres meses sin que ella tuviese noticias de él, ¿y si estaba esperando un hijo suyo? Tembló al imaginar la angustia de Sophie por sentirse abandonada.

Tía Philomena tenía razón, él siempre había sido el más protector de todos y a Sophie la había dejado a su suerte. Iba a tener que cumplir como se esperaba de él. No entraba en sus planes unos desposorios, pero como caballero que había comprometido a una joven, debía cumplir con ello.

Bien, se aferraba a esa creencia, pero en realidad... ¿No era cierto que al pensar en casarse con ella su corazón se había agitado con fuerza?

## Capítulo XVI



*Ni toda duquesa es una verdadera dama, ni todo conde un caballero*

En *Stanford House* se celebraba el vigésimo aniversario de boda de los marqueses, una fiesta muy concurrida, que ningún miembro de la alta sociedad quería perderse.

El conde de Stanton había sido invitado y apareció temprano, sorprendiendo a los sirvientes, pues ningún invitado llegaba nunca antes de la hora. Claro que Connor había solicitado ser recibido por lady Sophie.

En cuanto anunciaron su visita, Sophie tembló, pero también sintió paz interior; había ido a verla.

Bajó las escaleras, acelerada, pues quería comprobar que no era un sueño y que él estaba allí.

Connor la esperaba en la sala de visitas.

Sophie se detuvo delante de la puerta, inspiró con fuerza en un vago intento de tranquilizarse, pero le fue imposible.

Al entrar, sus ojos conectaron.

Él le regaló una sonrisa y ella estuvo a punto de echarse a llorar de felicidad.

El conde dio varios pasos para acercarse y besarla, pero la aparición de la marquesa por la puerta que comunicaba a la sala amarilla se lo impidió.

—Qué sorpresa, lord Stanton —saludó Olivia.

El conde apretó los puños, necesitaba hablar con Sophie a solas y disculparse.

—Lamento no haber podido visitarlas con anterioridad —se disculpó mirando a los ojos a Sophie—. Unos asuntos urgentes en *Trowbridge Abbey* me han retenido más tiempo del que deseaba.

Sophie se relajó al escuchar aquellas palabras, igual no había huido de ella como creía.

—No se disculpe, milord —dijo la marquesa—. Nos complace que esté de vuelta y pueda asistir a la fiesta.

Él conde asintió con la cabeza.

—Felicidades, milady —congratuló a la marquesa por su aniversario.

—Gracias —respondió, y notó a su hija intranquila—. Soy una mujer

afortunada, veinte años felizmente casada.

«Matrimonio», se recordó el conde.

Abby entró sin saber que tenían un invitado, entretenida con un libro en la mano.

—Sophie, Jacqueline te espera, ya tiene tu vestuario preparad... —empezó a decir, pero se interrumpió al ver al conde—. Perdón, no sabía que...

La marquesa miró el reloj que había en la repisa de la chimenea.

—Tendrá que disculparnos, Stanton, pero debemos prepararnos para la fiesta.

—Por supuesto, no las entretengo más —aclaró con rapidez para que Sophie se quedase tranquila—. Regresaré en un par de horas. Tan solo quería visitar a lady Sophie para anunciarle mi regreso.

La joven sonrió plena, creyendo a pies juntillas que el conde acababa de regresar de *Trowbridge Abbey*.

Dos horas y media más tarde, como bien había prometido, se encontraban en el jardín, rodeados de otras parejas que charlaban y reían.

El conde no había podido hablar con tranquilidad con Sophie todavía, pero ahora ya no sentía que debía disculparse; más bien, debía cumplir con su deber.

La joven miraba de un lado a otro, encantada de que sus invitados disfrutaran, a pesar de la noche gélida propia del mes de noviembre.

—Mañana vendré a pedir tu mano —pronunció el conde, sin más, atrayendo la atención de Sophie.

—¿Has dicho lo que creo que has dicho? —preguntó temerosa de haber entendido mal.

El conde de Stanton sonrió y asintió.

—Sí, mi bella Sophie —aseguró—. Desde que te entregaste a mí, ya no puedo dejar de soñar con tu cuerpo. Es un suplicio acostarme y sentir mi lecho vacío. Necesito tu calor... Te necesito a ti, Sophie, de día y de noche.

A la joven se le iluminó la mirada; estaba emocionada, feliz, alegre y enamorada.

—Oh, Connor —musitó—. Yo también te necesito.

El conde miró en rededor. Al ver que nadie los observaba, alargó su mano, enlazó sus dedos con los de ella y la llevó a la parte más oscura, donde poder besarla lejos de miradas curiosas.

Sus bocas se unieron y sus lenguas danzaron en sintonía.

—No podré esperar mucho tiempo, Sophie —reconoció en voz alta su anhelo—. Pediré una licencia especial mañana mismo, antes de venir a pedir tu mano.

No mentía, en cuanto vio a Sophie unas horas antes, surgió en él ese sentimiento primitivo y salvaje que lo calentaba por dentro. La joven tenía el poder de encenderlo con tal solo una mirada.

La risita nerviosa de la joven aleteó el corazón de Stanton.

—Tendremos que esperar el tiempo de las amonestaciones... —Al ver que el conde iba a protestar, aclaró ella con celeridad y timidez—. De no hacerlo, pensarán que hay algún motivo de causa mayor para casarnos con tanta precipitación.

Esa respuesta tranquilizó a Connor. Por lo menos no estaba esperando un hijo, algo que desde la noche anterior lo estaba martirizando, porque no podría perdonarse haberle hecho pasar a Sophie por esa angustia sola durante tres meses.

—¡La hay, Sophie! —exclamó, desesperado—. Mi hombría no soportará tanto celibato. Voy a estallar de un momento a otro.

Y para que ella lo comprobara, la acercó a su cuerpo, mostrando la erección que tenía en ese mismo momento.

Sophie se ruborizó y su temperatura corporal también aumentó, deseando estar en cualquier otro lugar donde pudieran dar rienda suelta a la pasión que ambos contenían.

—Está bien, que piensen lo que quieran —accedió la joven—. Una vez casados qué nos importarán las habladurías.

Connor volvió a besarla. Sin pretenderlo, esa joven se había grabado a fuego lento en su interior, y ya no podía imaginar una vida sin ella.

Agrandó los ojos y se tensó al llegar a esa conclusión: «¿No podría vivir una vida sin ella?».

La estrechó con más fuerza, como si así pudiese calmar su corazón agitado ante tal revelación. Apenas se podía creer lo que acababa de descubrir.

¿Estaba realmente enamorado?

Esperaron unos minutos para recomponerse y entrar de nuevo en la casa y disfrutar de la velada.

Al tiempo que cruzaban el umbral, se escuchó cómo anunciaban la llegada de una nueva invitada.

—Su excelencia la duquesa de Parma.

Al conde se le paralizaron las piernas, su rostro se descompuso y su vista se centró en las escaleras, por donde apareció la mujer que menos esperaba encontrar, o la que desearía no haber tenido que cruzarse de nuevo en su vida.

Pero ahí estaba ella, ataviada con un elegante y ostentoso vestido negro, recordando a todos que era viuda.

Sophie, ajena a las elucubraciones del conde, miró en la misma dirección. Al notar cómo los presentes se escandalizaban por la entrada de la duquesa, y observar el movimiento de abanicos, obtuvo la respuesta.

—Dudo que mi madre haya invitado a la duquesa —pronunció mientras buscaba a su madre con la mirada—. Tan solo hace un mes que la duquesa enviudó, es un escándalo su falta de duelo.

Connor no prestó atención a las palabras de Sophie, pues la duquesa había clavado sus ojos en él, regalándole una sonrisa pícaro. La clase de mohín que advierte a un hombre como si le dijese: «Ya estoy aquí y tú no te vas a escapar.».

El marqués de Stanford, como buen anfitrión, recibió a la duquesa sin llegar a comprender por qué se había autoinvitado y, más aún, expuesto a un escándalo.

La marquesa hizo lo propio. Era mejor atender a la duquesa que mostrar su desacuerdo; al fin y al cabo, estaban ahí para celebrar su aniversario de bodas, no para atraer cuchicheos innecesarios, aunque los habría y odiaba que fuese en su casa.

Una hora más tarde, el cotilleo continuaba. Todos tenían los ojos puestos en la duquesa, aunque por suerte, el baile consiguió su propósito: divertir a los invitados.

Mientras todo el mundo parecía disfrutar, la duquesa se acercó al conde de Stanton.

—No te recordaba tan frío y distante —amonestó a Connor por no haberse

acercado a ella para saludarla.

Antes de responder, buscó a Sophie entre la multitud y la vio sonriente, con los ojos chispeantes, plena de alegría y vitalidad junto a su hermana Abby.

—¿Acaso esperabais una bienvenida por mi parte? —repuso con seriedad.

—Sin duda, sigues enfadado conmigo —afirmó, reconociendo el rencor en los ojos del conde—. Aunque ambos sabemos que me vi obligada a actuar como lo hice.

Stanton se irguió, molesto por las palabras de la duquesa.

—Lo único que sé es que te comportaste como una auténtica víbora —escupió las palabras sin importarle que alguien pudiese escucharle—. Tu codicia y egoísmo te hicieron tomar la decisión.

Ella fingió dolor ante sus palabras.

—Después de todo cuanto te entregué —protestó, aludiendo a la noche que se entregó a él en el lecho—, no puedo creer que pienses eso de mí.

Él la miró con desdén y ella continuó:

—¿Por qué crees que estoy aquí? No me importan las habladurías. Sé perfectamente que mi presencia está siendo catalogada como el mayor escándalo de la temporada —aseguró—. Pero nada de eso me importa, pues lo único relevante es que he venido a por ti; a por el único hombre al que he amado.

El conde sintió que la sangre le hervía en su interior. Desvió la cabeza para buscar una salida; al encontrarla, le hizo una seña para que lo siguiera.

Ambos se adentraron en un pasillo poco iluminado que llevaba directo a la sala de música donde Sophie practicaba a diario piano.

Una vez dentro, el conde se expresó con furia; tanta, que incluso las velas que iluminaban la cámara parpadearon.

—¡Basta de mentiras, Anne! No sé qué pretendes, pero aléjate de mí.

La duquesa obvió las palabras, se acercó a él y apoyó sus manos en el pecho del conde.

—Era joven, Connor —pronunció con voz melosa—. Cometí un error y pagué por ello más de lo que puedas imaginar —aseguró, al tiempo que subía sus manos para acunar el rostro del conde—. He vivido un infierno, pues no podía dejar de pensar en tu sonrisa, en tus ojos, en tu boca...

El conde se estremeció, pues cada palabra pronunciada fue seguida de un casto beso por cada parte del cuerpo que indicaba.

—En tus manos rozando mi cuerpo... —Sujetó las manos del conde y las llevó a su cintura—. En tus labios lamiendo cada centímetro de mi piel... — Y lamió el cuello de Stanton.

Connor sintió cómo su hombría se endurecía.

—Tu cuerpo y el mío se necesitan —musitó al oído del conde—. Libéranos a ambos del sufrimiento y poséeme —suplicó, antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja, sabiendo que era su punto más sensible.

La contención del conde se evaporó, sujetó a la duquesa con fuerza, la besó con desesperación y la arrastró hacia atrás, hasta dejarla apoyada sobre el piano.

Ella se aferró a sus hombros y echó el cuello hacia atrás para tensar sus pechos y dejarlos expuestos ante él, una invitación que el conde no pudo rechazar.

Mordisqueó uno de sus senos por encima de la tela y ella soltó un suspiro al tiempo que llevaba sus manos hasta el pantalón de él. De un tirón, se los bajó con premura, la misma que la llevó a subirse las faldas para que a él no le quedara duda alguna de que estaba ahí para entregarse de nuevo.

Unas risas femeninas a sus espaldas los detuvieron.

Sophie y Abby acababan de entrar, risueñas, llevadas hasta allí por la felicidad de la primera, que quería compartir con su hermana su estado de ánimo y su secreto.

Las risas cesaron en el acto.

El rostro de Sophie se contrajo, y su deslumbrante belleza se apagó. Sus ojos perdieron brillo; más que eso, perdieron cualquier atisbo de vida en ellos.

Y esa imagen es la que vislumbraron Abby y Connor.

A la gemela, el corazón le dio un vuelco, ¿dónde estaba su hermana? La muchacha que permanecía a su lado parecía estar muriéndose por dentro en ese mismo momento.

Connor apenas podía hablar; el perfil de Sophie, su bella Sophie, parecía evaporarse ante él. Su calidez, su ternura, su sensibilidad, su luminosidad, su cáliz inocente; todo ello se estaba transformando en rigidez, sombría,

angustia, tristeza y dolor.

Cuando por fin Sophie reaccionó, se dio la vuelta y salió de la estancia corriendo.

Connor, que estaba recolocándose bien la ropa, gritó su nombre e intentó ir tras ella, pero Abby alargó el brazo y pegó un portazo cerrándole el paso.

La duquesa no parecía muy afectada, más bien lo contrario; se estaba alisando las faldas sin una pizca de remordimiento.

El silencio los envolvió como un abrigo a los tres.

Abby tenía en la retina la imagen de su hermana, un retrato tan triste, vacío e inexpresivo, que sintió náuseas. ¡Le habían robado la inocencia!

—Antes de entrar en una habitación, es de buena educación llamar a la puerta—pronunció con altivez la duquesa.

Abby miró primero a la duquesa, luego al conde, y pensó en Sophie; una reflexión que la llevó a un estado protector que hablaría por ella, sin importarle seguir las normas protocolarias. Poco le importaba tener ante ella a una duquesa; el comportamiento de ambos había sido ofensivo para su hermana y la hospitalidad de sus progenitores, y eso era más que suficiente para dejarles las cosas claras.

—Teniendo en cuenta que esta es mi casa, no veo la necesidad de tener que llamar a ninguna puerta —dijo clavando sus ojos en la duquesa—. Aunque ustedes se han equivocado de lugar, ¡esto no es un lupanar! —se expresó con rotundidad.

Connor tragó saliva, avergonzado, y sintiéndose doblemente mezquino. Primero, al recordar la última imagen de Sophie; jamás se perdonaría haber sido el causante de esa desolación. Y segundo, por haber provocado que la joven Abby hubiese tenido que perder los modales en su propia casa.

—Mida sus palabras —advirtió la duquesa—, tenga presente con quién está hablando.

Abby ni parpadeó, simplemente respondió:

—Con una mujer que se sube las faldas en casa ajena —sentenció.

—Una duquesa —rebatió Anne, haciéndose la ofendida.

Lo bueno de haber prestado atención a sus invitados, y sobre todo, de haber escuchado los chismorreos entre los corrillos de esa noche, es que le habían dado a Abby una información poderosa.

—Por poco tiempo, ¿verdad? —pronunció con altanería la joven, cansada de la soberbia que mostraba la duquesa.

Connor miró a Anne, sin comprender nada.

Abby, al ver el desconcierto del conde, quiso aclarar el motivo por el que esa mujer se había presentado en la fiesta sin ser invitada.

—No le dio hijos al duque —informó—. El nuevo heredero del ducado de Parma está casado y en breve nacerá su primogénito —concluyó—. Si a eso le sumamos su mala relación con ellos, la despojará del título de duquesa viuda, ¿me equivoco? —preguntó con cinismo—. Por eso está aquí, escondida y con la imperiosa necesidad de cazar a un hombre con título, porque el nuevo duque la ha despojado de todos sus bienes y la ha echado de su antigua casa.

Connor apretó los puños.

¿Cómo había podido ser tan necio? ¿Cómo había caído en la trampa? ¿Cómo conseguiría el perdón de Sophie?

Abby dio varios pasos hasta alcanzar el tirador.

El mayordomo se presentó, incrédulo al ver que alguien se hubiese colado en esa estancia de la casa.

—Por favor, que preparen los carruajes de... —Dejó en el aire los títulos, pues no pensaba referirse a ellos con esa educación, no lo merecían—... de estos dos invitados, en la puerta trasera.

La duquesa se ofendió.

El conde apenas prestó atención; solo quería disculparse con Sophie, saber que estaba bien era todo cuanto deseaba.

El mayordomo, al ver la seriedad de su joven señora, asintió con la cabeza y desapareció de inmediato.

—Es un ultraje —protestó la duquesa—. ¡Soy una dama!

Sí, seguramente debía de serlo, pensó Abby; pero ellos habían ultrajado a su hermana, y eso no se lo perdonaría a ninguno de los dos.

—Está usted en *Stanford House*, una casa decente —pronunció Abby sin amilanarse—. Por la puerta principal solo entran y salen las verdaderas damas y caballeros —aseguró—. Si hubiese sabido mantener las faldas bajadas, y él —obvió de nuevo el título de ambos—, los pantalones subidos, es posible que les hubiese permitido salir por la puerta principal; pero ante su bajeza en



casa ajena, saldrán por la trasera, que es la que les corresponde.

Y dicho eso, la puerta se abrió, para que el mayordomo comunicase que los carruajes estaban listos.

Abby esperó a que saliesen.

En cuanto se quedó sola, se llevó las manos a la boca para no gritar. ¡Pobre Sophie!

Inspiró repetidas veces para tranquilizarse; debía reunirse con sus invitados y disimular durante el resto de la velada.

Por un segundo pensó que no sería capaz, pero Sophie era la persona más importante de su vida y por ella fingiría cuanto hiciese falta.

Fue un infierno sonreír ante todos, pero por fin se había acabado la fiesta.

—¿Dónde está Sophie? —preguntó la marquesa.

—Estaba agotada y se retiró hace media hora —mintió Abby a su madre—. Ya estará dormida.

La marquesa asintió con la cabeza, la noche había sido agotadora.

—Ya podemos descansar nosotros también —dijo el marqués a espaldas de su mujer.

—Buenas noches, Abby —se despidió la marquesa.

La mayor de las hermanas Allende les dio un beso en la mejilla a sus padres, subió las escaleras y se metió en su alcoba, donde su doncella personal la esperaba.

En cuanto la mujer recogió la ropa de Abby y esta se metió en la cama, la mujer se marchó.

Abby esperó un par de minutos y fue en busca de su gemela.

Al entrar en la alcoba de Sophie, tuvo que parpadear para acostumbrarse a la oscuridad.

—Sophie —susurró.

Al no obtener respuesta, se acercó al tocador para encender un candil.

La tenue luz iluminó lo suficiente como para que Abby se acercara a la cama de su hermana, dejó en la mesita de noche el candelabro y se sentó en un borde de la cama. Alargó la mano y acarició la cabeza de Sophie.

—Lo había conseguido, Abby —habló su gemela, derrotada y sin abrir los

ojos—. Connor me había pedido matrimonio.

Abby tragó con dificultad, la voz de su hermana llegaba a doler.

—Esa mujer vino con malas intenciones —intentó animar a Sophie.

La joven Allende abrió los ojos y Abby se estremeció; seguían sin vida.

—Con buenas o malas, Connor accedió —dijo con pesar—. Fíjate en mí, Abby, acabo de convertirme en un fantasma.

—No digas eso.

—Es cierto, me siento muerta y sigo viva.

Abby se tumbó y la abrazó.

El silencio las envolvió, y al cabo de unas horas, el cansancio las llevó junto a Morfeo.

## Capítulo XVII

*Hay errores imposibles de subsanar*

En la sala donde solían desayunar los marqueses junto a sus hijas, el silencio reinaba. El marqués tenía cierta inquietud; algo en su interior le advertía de que no iba a ser un buen día.

Abby, antes de retirarse la noche anterior, había ido en busca del mayordomo para que guardase silencio. El hombre, tras recibir una gratificación monetaria, prometió ser una tumba.

—La fiesta fue un éxito —comentó la marquesa, feliz.

Abby asintió con la cabeza y mostró una sonrisa fingida. No tenía ánimo para sonreír, pero su madre no merecía sentirse decaída; más, cuando siempre había sido considerada una gran anfitriona.

El mayordomo entró, portando en las manos una bandeja con la tarjeta del conde de Stanton.

—El conde de Stanton desea ser recibido.

El marqués miró a su mujer y esta sonrió. La noche anterior Sophie había mostrado una felicidad radiante en su rostro, por lo que ambos pensaron que ese día el conde iría a pedir su mano.

Abby se tensó.

Sophie, con las manos temblorosas, se llevó la servilleta a la boca, se dio un par de toquecitos y la dejó encima de la mesa.

—Acompáñelo a mi despacho —ordenó el marqués al mayordomo.

Sophie miró a Abby buscando fuerzas.

Abby le hizo una mueca.

El marqués se puso en pie.

—Papá, por favor —suplicó Sophie—. Si lord Stanton pide mi mano... —Su voz se quebró—... no se la concedáis.

La marquesa miró a su hija con intensidad.

El marqués se sentó de nuevo.

¿Quién entendía a las mujeres? Desde luego, él no.

—Si el conde viene a pedirte en matrimonio, ¿por qué motivo tendría que rechazar su petición? —indagó el marqués, intentando aparentar estar en calma; un talante que estaba muy lejos de sentir, pues algo debía de haber

pasado para que su hija rogara tal petición.

—Porque no deseo desposarme con él —respondió, sin más aclaración.

La marquesa, que todavía no se había fijado en Sophie con atención, al ver su rostro se sorprendió.

Fue tal el impacto en ella, que se llevó las manos a la boca para no gritar.

¿Cuánta tristeza plasmaba su rostro? ¿Y el brillo característico de sus ojos?

El marqués también lo notó. La joven que estaba sentada a la mesa no parecía su hija.

Unió las manos y se las apretó, hasta que todos los huesos de sus dedos crujieron.

—No puedo declinar tu petición sin una aclaración pertinente.

Sophie se llevó las manos al regazo, para evitar que la vieses temblar.

La marquesa se llevó una mano al corazón; le palpitaba con fuerza.

El marqués, de nuevo se puso en pie.

—Dejadnos a solas —ordenó a su mujer e hija mayor.

Sin protestar, se levantaron ambas y salieron de la sala.

Sophie permaneció en su asiento, esperando a que su padre se pronunciara.

El marqués dio varios pasos por la estancia y al final se paró justo enfrente de ella, al otro lado de la mesa.

—Hasta hoy había considerado al conde un caballero —pronunció con tranquilidad para que Sophie se serenase—. Si su conducta ha sido impropia...

La joven lo interrumpió:

—No hay ningún motivo por el que debáis pensar lo contrario.

—Entonces, ¿cuál es la causa de tu rechazo a la petición del conde?

Sophie se mordió los labios.

El marqués esperó la respuesta sin presionarla.

—Preferiría guardarme para mí ese secreto.

—Lo lamento, Sophie, pero en esta ocasión no puedo complacerte —aseguró el marqués—. Si voy a rechazar la petición de mano del conde,

quiero saber el motivo.

La joven suspiró, derrotada.

Se puso en pie.

—Porque ama a otra mujer.

Apenas había terminado la frase cuando salió corriendo; necesitaba refugiarse en su recámara, llorar y evadirse de su padre, de su madre, de su hermana, de Connor... Y del mundo.

La familia Allende respetó la intimidad que Sophie necesitaba; no perturbaron su encierro durante toda la mañana, e incluso le permitieron faltar al almuerzo.

Por la tarde, mientras los marqueses paseaban por los jardines de *Stanford House*, un lugar envidiado por muchos nobles, puesto que su colección de estatuas de mármol estaba considerada como una de las mejores de Inglaterra, Abby fue a interesarse por su gemela.

Y ahí estaba, sentada en un taburete, observando a su hermana, que se encontraba de pie, frente a la ventana, mirando a sus padres a lo lejos.

—Es hermoso saber que después de tantos años de matrimonio, todavía se aman —pronunció Sophie sin apartar la mirada de sus padres.

—Sí, lo es.

El silencio de nuevo envolvió la estancia.

—Yo nunca podré experimentar esa sensación; jamás me casaré —sentenció Sophie.

Abby se puso en pie y se acercó hasta su gemela.

—No digas eso, Sophie...

—Es cierto, Abby —la interrumpió su gemela, afirmándolo con pesar—. Mi destino ya está marcado —aseguró—. Seré una solterona por voluntad propia.

El dolor que emanaban sus palabras alertó a Abby.

—Lord Stanton no es el único hombre de Inglaterra —la animó sin éxito—. Cualquier noble deseará desposarte.

A Sophie se le empañaron los ojos.

—Y yo me veré obligada a rechazarlos a todos —adujo, aguantando el

llanto—. Jamás podré aceptar ninguna propuesta de matrimonio.

Abby alzó su brazo y acarició la mejilla de su hermana.

—Te acaban de romper el corazón, Sophie, pero el tiempo lo cura todo.

Una lágrima rodó por la mejilla de la pequeña Allende, al tiempo que negaba con la cabeza.

—No lo entiendes, Abby —aseguró al tiempo que su voz se quebraba—. Ningún noble se casará conmigo; *soy material defectuoso*.

Abby agrandó los ojos, y su corazón se aceleró al escuchar esas palabras.

Sophie se desplomó en el hombro de su gemela; no podía mirar a su hermana a la cara.

—Me dejé llevar por la lujuria —confesó llorando—. Y ahora tendré que pagar por mi pecado.

Abby permaneció inmóvil, pues le costaba asimilar la información.

—Nunca volveré a ser cortejada —aclaró—. Intentaré recluirme en esta casa. No permitiré que mi mala conducta empañe el buen nombre de nuestro padre.

Abby parpadeó. La pena que Sophie transmitía era tan palpable, que sintió el mismo dolor.

—Si esto trascendiera, tú serías la más perjudicada, Abby —admitió, reconociendo una gran verdad, la que más le pesaba—. El escándalo te afectaría a ti más que a nadie. Ningún hombre querría casarse contigo, nos apartarían de la sociedad y nos tratarían como a parias.

Al terminar la frase, Sophie no pudo aguantar más; rompió en un llanto desgarrador, asustada, avergonzada y apenada.

Cuando por fin Abby reaccionó, la abrazó con fuerza.

Odiaba aquella situación. Qué fácil había sido para lord Stanton arrebatarse la inocencia a su hermana y salir indemne de sus actos. ¿Por qué su hermana era la única que tenía que pagar las consecuencias?

—Sophie, mientras yo viva, jamás estarás desamparada —reconoció en voz alta Abby.

La pequeña Allende abrazó con más fuerza a su hermana. Sabía que podía contar con Abby, ella siempre la protegería. Y en vista de que sería una solterona de por vida, era de agradecer que su gemela le brindara su ayuda y

protección. La segunda hija de un marqués, al no casarse, estaba desamparada ante la ley, pues cuando faltase su progenitor, nada le pertenecería.

—Estoy total y literalmente arruinada —sollozó—. Y no sé cómo voy a poder evitar que nuestra madre me obligue a buscar otro pretendiente.

Abby cerró los ojos. Eso era cierto, su progenitora no permitiría que Sophie se encerrase en casa; debía buscar un nuevo candidato a marido.

Se separaron y se miraron, cómplices.

—Mamá piensa que te han roto el corazón —dijo Abby con aire práctico—. Así podremos evitar lo que queda de temporada. Estoy convencida de que se apiadará de tu melancolía.

Sophie suspiró, derrotada.

—Necesito toda una vida, una temporada no es suficiente.

Abby alargó el brazo y limpió con su mano las lágrimas de su hermana.

—Las batallas no se ganan en un día, Sophie —adujo la condesa—. Tiempo al tiempo. Buscaremos soluciones a medida que pasen los días.

Sophie asintió lentamente, agradeciendo el consuelo y apoyo que su hermana le estaba ofreciendo.

Durante unos minutos permanecieron calladas, mirando por la ventana cómo sus padres cada vez se alejaban más de la casa.

—¿Por qué lo hiciste? —rompió el silencio Abby.

Sophie, sin apartar la mirada y sin moverse, contestó con melancolía.

—Lo amaba.

Una respuesta tan directa y sincera, que llegó al corazón de Abby.

—Pequé, lo sé, pero no me arrepiento de nada —confesó con lágrimas en los ojos—. Cada vez que me tocaba, mi cuerpo se derretía, mi corazón se agitaba y mi razón se perdía en un mundo nuevo y desconocido.

La condesa de Aberdeen ladeó la cabeza para mirar a su hermana.

Sophie hizo lo propio.

—Lo creas o no, incluso sin haber cedido al pecado carnal —reveló honesta—, Connor me había arruinado para el resto de los hombres.

Abby levantó las cejas.

Sophie aclaró sus palabras para que su hermana la entendiese mejor.



—El amor ciega. No podría mirar ni sentir algo por ningún otro hombre que no fuese Connor, porque es él quien está clavado en mi corazón.

Abby se mordió los labios. Se movió por la recámara y se sentó de nuevo en el taburete frente al tocador. Desde allí, a través del espejo, miró a Sophie.

—El conde vino a pedir tu mano —comentó estudiando la reacción de su hermana—. Si nunca podrás mirar ni sentir nada por otro hombre, ¿por qué lo rechazas?

Sophie inspiró con fuerza antes de responder.

—Estar arruinada para cualquier otro hombre por él, es mi pecado —confesó su pena—. Casarme con Connor sabiendo que no soy la única para él, sería mi condena.

—Sophie...

La pequeña de las hermanas Allende levantó la mano pidiendo silencio.

—Moriría de pena, Abby —declaró—. No podría vivir junto al hombre que amo y acostarme junto a él pensando que comparto a mi marido con otra. Preferiría morir a tener que vivir con tanto dolor en mi interior.

Abby se dio la vuelta para mirarla de frente, aunque no se levantó.

—Ambas sabemos que la mayoría de los hombres tienen amantes.

Sophie asintió con la cabeza.

—Pero yo no soy de las mujeres que pueden vivir y aceptar todo cuanto su marido haga.

Una respuesta que lo decía todo; Sophie no se casaría con Connor y moriría soltera.

\*\*\*

Connor salió de *Stanford House* sintiéndose vacío y desconcertado. Al subir al carruaje, se quedó por un momento mudo, sin saber qué responder al cochero. ¿A dónde iba a ir?

—A *Great Sea* —soltó sin pensar. Algo le decía que necesitaba estar en aquel lugar.

Al llegar a la casa familiar, consciente de que tan solo estarían sus padres, pues su tía pasaría el resto de la temporada en Londres, suspiró derrotado.

Bajó del carruaje y anduvo taciturno. Para su asombro, no se dirigió hacia la entrada de la casa, sino que sus pies se movieron sin que él prestase

atención, sumido en sus pensamientos, caminando durante un buen rato, hasta que se dio cuenta de que había llegado al arroyo que delimitaba las tierras del marqués de Bristol, las de la duquesa de Whellington y las suyas propias; un lugar que conocía muy bien, pues había pasado allí grandes momentos de su infancia junto a su hermano.

Y como si lo hubiese invocado con sus pensamientos, la mano de Duncan apretando su hombro lo sobresaltó.

Al darse la vuelta, su reacción fue abrazar a su hermano pequeño, porque si alguna vez lo había necesitado de verdad, sin duda era en ese momento.

El regreso de Duncan a Inglaterra cuatro meses antes de lo que tenía estipulado, fue una decisión que tomó en cuanto recibió la última carta de Connor, pues pudo leer entre líneas que necesitaba ayuda y, consciente de que su hermano no era un hombre que soliera pedirla, sino que más bien siempre era él quien ayudaba a todos, decidió abandonar Jamaica de inmediato. Ahora, al sentir el fuerte abrazo de su hermano mayor, estaba convencido de que había hecho lo correcto.

—Ya estoy aquí, Connor —dijo devolviendo el abrazo—. Lo solucionaremos.

El conde apretó los ojos; era la primera vez en su vida que necesitaba que lo ayudasen, y se sentía como un niño desvalido.

Caminaron en silencio durante el camino de vuelta hasta la casa.

Una vez acomodados en la sala para caballeros, con dos copas en las manos y sentados uno frente al otro, Duncan fue el primero en romper el silencio.

—¿Qué te tiene tan apenado?

Connor apretó los labios antes de responder.

—Descubrir que soy un necio —aseguró, convencido—. No te escuché, como tampoco escuché a tía Philo y... —Inspiró—. Lo más lamentable es que no escuché a mi propio corazón.

Duncan se llevó el vaso a la boca y dio un sorbo de su brandy.

—Hablas en pasado —dijo estudiando la reacción de Connor—. ¿Significa que Sophie se ha prometido a otro?

El conde agradeció que su hermano fuese tan perspicaz. El único ciego había sido él, su tía y su hermano habían visto desde el principio que él había

encontrado a su verdadero amor en Sophie.

Negó con la cabeza.

—Anoche le aseguré que hoy pediría su mano...

—¿Y te ha rechazado? —interrumpió, un tanto aturdido. No podía comprender que Sophie lo hubiese hecho, más que nada porque los había visto juntos y la joven mostraba un enamoramiento imposible de ocultar.

—Justificadamente —aseguró, melancólico—. Pocas damas aceptan una propuesta de matrimonio tras haberte pillado con los pantalones bajados ante otra mujer.

A Duncan se le resbaló la copa, que estuvo a punto de caerse al suelo.

—¿Perdón?

Connor, muy avergonzado, se levantó y caminó hasta la puerta que daba a uno de los jardines. No podía mirar a los ojos a su hermano, la vergüenza lo mataba.

—Me encontró con Anne en la sala de música, a punto de... —Se le quebró la voz.

Duncan cerró los ojos, consternado al imaginar la escena que la joven Sophie debió de presenciar. Y comprendió el estado de su hermano, ¿cómo no iba a entenderlo si él había vivido algo parecido?

Sabía que tenía que decir algo, pero Connor se adelantó; se notaba que necesitaba sacar toda su rabia, su dolor, su vergüenza y, sobre todo, su temor.

—Descubrí que nunca había amado a Anne —confesó con agonía—, en cuanto los ojos de Sophie perdieron su brillo ante mi mirada.

Duncan cambió de sillón y se sentó en el que había ocupado su hermano para verlo de frente.

—Habría preferido morirme en ese mismo instante con tal de evitar aquella desolación en su rostro —se sinceró, pues así lo sintió al verla—. En ese mismo momento, en esa décima de segundo, comprendí que para mí la felicidad de Sophie estaba muy por encima de mi propia vida. —Se giró y miró a Duncan—. Descubrí el amor, el amor verdadero, en el mismo instante en que perdí a la mujer que amo.

Agachó la cabeza, angustiado por tener que reconocer en voz alta lo que su tía Philomena le había asegurado; él no había amado a Anne.

La noche anterior lo comprendió todo, había confundido amor con odio.

No le destrozó ser abandonado por la mujer que amaba, sino el hecho de que ella lo traicionase. Pero el dolor que sintió no fue por amor, sino por su orgullo golpeado por la traición. Y lo comprendió al ver a Sophie, porque se odió a sí mismo por dañarla; porque su pena en ese momento no era por sí mismo, sino por la tristeza que ella emanaba. Eso era amor. Sophie era lo único que le importaba.

Duncan dejó su copa en la mesa, se levantó y se acercó a su hermano.

—Mírame, Connor —habló en voz baja—. Una vez, un hombre al que admiro y respeto me dio un consejo.

—¿Cuál? —se interesó Connor.

—Luchar por ella —adujo, consiguiendo que Connor se emocionara, pues fue él quien le había dado ese consejo a su hermano hacía meses—. Eres un St. John, nunca nos hemos rendido ante nada, ¿verdad?

Connor asintió despacio.

—Entonces no lo harás ahora —aseguró, utilizando las mismas palabras que Connor había pronunciado en su día—. Mañana te presentarás ante ella y sacarás tu lado más seductor.

Connor mostró una media sonrisa lánguida, mostrando su tristeza. Era como estar viviendo la misma escena, con las mismas palabras y gestos, solo que esta vez no era él quien daba el consejo sino su hermano.

—Os he visto, Connor —informó, serio—. La manera en que os miráis... La calidez de vuestras miradas es mutua —lo alentó con sinceridad—. Comprendo que la escena ha debido de ser bochornosa...

—Intolerable —aseveró al recordar a Sophie, consciente de que su hermano respondió lo mismo aquella noche.

—Razón de más por la que mañana irás a pedir disculpas —aconsejó—. Hablarás con sinceridad y le darás tu palabra de que no volverás a cometer una infidelidad... ¿porque no quieres ser infiel, verdad?

—¡Por supuesto que no!

Connor estaba convencido de ello. Le había costado demasiado asumir que había encontrado al amor de su vida como para lanzar su felicidad por la ventana por una amante. Él no necesitaba una amante, él necesitaba a Sophie.

—Créeme, hermano, Sophie sabe que tú eres el hombre con el que quiere casarse y pasar el resto de su vida —dijo del tirón, recordando cada palabra

que pronunció Connor—. Aunque no tenías previsto casarte, y menos pensabas que encontrarías una mujer que te llenase el corazón, os habéis enamorado.

—¿Podrá perdonarme?

—Espero que lo haga. —Deseó con todas sus fuerzas—. Está dolida y enfadada, pero también está enamorada.

—Ojalá tengas razón —se esperanzó.

—Siempre la tengo —bromeó—. Por eso, mañana harás lo que te he dicho y no te ocuparás de nada más.

Connor levantó las cejas.

—Ah, no... Eso sí que no puedes apropiártelo —dijo un tanto más alegre Connor—. Soy yo quien siempre tiene razón.

Duncan soltó una carcajada.

—Por poco lo consigo —bromeó.

## Capítulo XVIII

## *Una dama con el corazón roto no perdona*

El conde de Stanton siguió el consejo de su hermano, o más bien su propia recomendación, ya que Duncan se la había apropiado, pero no sirvió para nada, pues Sophie se negó en rotundo a recibirlo; el propio marqués se lo notificó.

¿Qué podía hacer?, ¿cómo iba a disculparse si ella no le daba la oportunidad?

Podría obligarla a casarse con él, pues la había comprometido, pero no quería jugar tan sucio; no quería llegar al altar sabiendo que ella lo esperaría allí obligada.

Estaba sentado en un butacón de piel, en la biblioteca, teniendo como única compañía el crepitar de la leña prendida en la chimenea.

Sus pensamientos vagaban sin cesar. Su mente estaba colapsada con imágenes de Sophie y Anne.

Inspiró con fuerza, estudió el paralelismo de ambas relaciones, y se sintió frustrado al llegar a la conclusión de que él se había comportado como la mujer que le destrozó la vida en el pasado.

Fue él quien se quedó prendado por Anne nada más verla, al igual que fue él quien más demostró sus sentimientos por ella y quien cedió a todas sus peticiones. Anne le pidió tiempo, quería ser cortejada antes de prometerse y él acató su petición. Fue ella quien lo buscó una noche para entregarse a él, prometiendo que con el tiempo acabaría siendo su esposa. Y él, creyéndose enamorado como jamás pensó que llegaría a estarlo de alguien, la creyó. Y no solo eso, sino que le declaró su amor; pronunció dos palabras que ella atrapó entre gemidos: «te amo». Sí, Connor Ashton Robert St. John de Stanton había pronunciado esas dos palabras mientras le hacía el amor.

—Grrr... —gruñó en voz alta, rompiendo el silencio de la estancia.

Se llevó las manos a la cara y se la frotó en un burdo intento por hacer desaparecer su malestar interior. ¡Él había actuado como Anne! Cuando conoció a Sophie, a pesar de quedar impresionado por la belleza y vitalidad de la joven, fue ella quien mostró sus sentimientos por él. Y fue él quien le pidió tiempo, el mismo que ella le concedió porque deseaba estar a su lado. No le presionó, no intentó convencerlo de lo contrario. Más que eso, delegó a otros candidatos incluso sin prometerle que acabaría pidiéndola en

matrimonio.

Se puso de pie, se acercó a la chimenea y apoyó sus manos sobre la repisa. Cerró los ojos y negó con la cabeza al recordar que fue él quien la buscó aquella noche. Fue él quien pronunció la frase que alentó la esperanza de Sophie cuando ella preguntó, temerosa, qué pasaría si los descubrían, y él respondió sin vacilar: «que adelantaremos nuestros futuros votos».

Apretó tanto los dedos que se le quedaron blancos.

Abrió los ojos y miró el fuego, el mismo que sintió cuando Sophie se entregó a él sin pudor, sin resistencia, y sin temor. Porque ella lo amaba y así se lo hizo saber cuando de sus suaves labios flotaron esas dos palabras que él había pronunciado una vez con otra mujer: «te amo».

Cambió de posición y se echó hacia atrás, alejándose del fuego con un movimiento brusco, sin ser consciente de que no era el hogar el que le quemaba, sino su mala conciencia.

Se odió a sí mismo por haber actuado como Anne y por haber dañado la inocencia y la confianza de Sophie, una joven que no debería haber conocido el desamor ni el dolor que provoca un corazón roto; más, cuando él, nada más verla salir de la sala de música de *Stanford House*, se había dado cuenta de que sentía por ella más de lo que pensaba. Y se odió todavía más por haberle hecho pagar a Sophie su rencor por Anne, privándola de haberle mostrado desde el principio su amor por ella.

Decidió marcharse a la cama, porque si continuaba así, acabaría loco.

\*\*\*

Tras varias semanas de exclusión social por parte de Sophie y varios meses por parte de Abby, la marquesa de Stanford reunió a sus hijas en la sala de música, lugar al que la pequeña se había negado a entrar desde la fatídica noche.

Ahora estaban las hermanas Allende de pie, deleitándose con la pieza musical que su madre interpretaba en ese instante.

Al finalizar, las gemelas aplaudieron.

—Deberías practicar esta pieza, Sophie —aconsejó su madre—. Esta noche acudiremos a la velada musical organizada por la familia Treinton.

Sophie negó con la cabeza. No quería acudir a esa reunión, en realidad a ninguna, pues sabía que antes o después acabaría encontrándose con Connor.



Para mal de males, las dos hijas del barón Treinton tenían cierta tendencia a provocarle jaqueca.

La negatividad de Sophie resquemó a la marquesa, por lo que llegó la conversación que tanto Abby como Sophie temían que llegase.

—Como mujer, puedo llegar a entender tu melancolía —convino con estudiada tranquilidad—. Como madre, mi obligación es ayudarte a superarla.

—Obligarme a acudir a eventos sociales no me ayuda, mamá —dijo la pequeña Allende—. Todavía no estoy preparada.

La marquesa se levantó del taburete y rodeó el piano para acercarse a sus hijas.

—Si lo que te asusta es que no te vean junto al conde de Stanton, no tienes nada que temer —comentó sin dejar de estudiar la triste mirada de Sophie—. Tan solo te estaba cortejando, no había compromiso oficial por su parte.

Sophie bajó la cabeza.

La marquesa llevó su mano a la barbilla de su hija, consiguiendo que volviese a alzarla.

—No tienes nada por lo que avergonzarte —afirmó—. Hay unos cuantos nobles interesados en cortejarte, Sophie.

Los ojos apagados de la joven brillaron y las lágrimas se acomodaron en ellos.

—No quiero ser cortejada por nadie —confesó con mucho dolor; tanto, que Abby sintió una punzada en el pecho al escucharla—. Sé que la mayoría de matrimonios son por convención, pero yo no puedo fingir un amor que nunca sentiré en mi interior. —Le rodó una lágrima—. No me obliguéis a ser cortejada, os lo suplico, permitidme la libertad de tomar esa decisión.

La marquesa se sintió desfallecer al ver a Sophie tan rota. Se llevó la mano al bolsillito de su chaqueta, sacó un pañuelo y se lo tendió a su hija pequeña.

—Eres todavía muy joven para comprender ciertas cosas —comentó Olivia, mientras Sophie se limpiaba las mejillas—. El primer amor nunca se olvida —reconoció, sin apartar la mirada de los ojos enrojecidos de su hija—. Pero el tiempo nos da la madurez para entender que hay otros caminos. Tú has llegado al final de uno, ahora debes empezar a recorrer el siguiente; puede que en ese trayecto encuentres a una persona que quiera acompañarte

en el viaje y mostrarte que hay muchos pasajes, cientos para elegir, pero que no importa lo largos que sean; lo único importante es quien esté a tu lado para recorrerlo sin soltarte de la mano.

Abby se emocionó; su madre era tan sensata y tan madura, que se enorgulleció de ella. Por un momento se permitió soñar, y se vio paseando por un largo y verde paisaje cogida de la mano del duque.

Sophie, por el contrario, quería morir. ¿Qué más daba lo que dijese su madre para hacerla sentir mejor? Ella se había echado a perder. Encontrar a otro hombre que quisiera cogerla de la mano sería hermoso, pero ella no podría entregarle la suya.

Miró a su madre y se sintió tan avergonzada por no poder decirle la verdad, que flaqueó; se abrazó a ella y lloró.

—Perdóname... perdóname... —sollozaba sin parar.

Abby tragó saliva, sabiendo el infierno interior que estaba viviendo su hermana.

—¿Qué debo perdonarte, cariño? —indagó, mimosa, frotando la espalda de su hija.

Esa pregunta era como una daga directa hacia Sophie, pues no soportaba mentirle a su madre. No quería mancillar el apellido de la familia por su conducta libertina. No deseaba arruinar la reputación de su hermana. No podía soñar con un futuro, pues debía cumplir su condena. Por lo que decidió responder de la manera más sincera que pudo, sin tener que llegar a mentir del todo.

—Porque no soy tan fuerte. Todavía no estoy preparada para buscar mi camino.

La marquesa la abrazó con más fuerza.

—Está bien, buscaremos alguna alternativa —concedió—. Esta noche acudirás a la velada musical, ya que es el último evento de esta temporada. La semana que viene nos marcharemos a Escocia, y allí te repondrás y tomarás fuerzas.

Sophie se separó de su madre y continuó negando con la cabeza. No podía; no, no estaba preparada.

Abby intentó mediar. El nerviosismo de Sophie era tan palpable, que si continuaba su madre indagando, acabaría confesando la verdad.

—Yo puedo acudir en su lugar.

Sophie se giró rauda para mirarla.

La marquesa levantó las cejas.

—Pocas personas nos distinguen. De hecho, en esta casa todavía hay sirvientes que nos confunden.

Era cierto, pero la marquesa no quería arriesgarse.

—Aceptaste la invitación —comentó Abby—, y confirmaste que acudirías junto a Sophie —le recordó—. Yo iré en su lugar.

La marquesa respiró hondo. Por un lado, lo mejor sería mandar una misiva para disculparse por su ausencia, pero Abby ya llevaba una larga temporada sin acudir a eventos, y apartar ahora a Sophie tan solo conseguiría que se especulase sobre ellas.

—No —negó la madre—. En cuanto las hijas del barón terminen su actuación, te pedirán que les deleites con el piano —comunicó la marquesa, pues siempre sucedía lo mismo en esas veladas musicales, y Abby no era tan erudita con ese instrumento como su gemela.

Sophie, que ya estaba algo más calmada, se pronunció:

—Podemos vendarle un dedo y decir que se lo ha lesionado —dijo esperanzada—. Así no tendrá que tocar.

La marquesa miró a una y a otra, no muy convencida.

Abby intuyó las elucubraciones de su madre.

—Vamos, mamá, no abriré la boca —aseguró—. Me limitaré a sonreír y a pestañear.

Imitó de manera exagerada a Sophie, provocando una sonrisa en su madre y gemela.

—¿Lo ves? Es muy fácil —bromeó Abby—. Sé lo que todos esperan, tan solo tengo que fingir y aparentar ser una debutante callada, sensible y sofisticada. Eso es lo que te abre las puertas en esta sociedad.

La madre levantó las cejas.

—Y si lo sabes, ¿por qué no lo has hecho hasta ahora? —preguntó, intentando aparentar estar molesta.

Sophie se mordió el labio para no reír.

Abby se encogió de hombros.

—No lo necesito. A mí, les guste o no, me abren las puertas porque yo ya soy condesa.

Y las tres se echaron a reír.

Esa misma noche, la marquesa de Stanford y su supuesta hija Sophie estaban en la sala de música junto a sus anfitriones, el barón Treinton y su esposa.

Connor había acudido a la velada musical porque sabía que Sophie estaría allí. Al ver a Abby fingiendo ser su gemela, no quiso descubrirla, pero actuó con decisión. Si Sophie no estaba allí, solo podía estar en *Stanford House*, por lo que se dirigió en esa dirección sin vacilar.

Debía hablar con Sophie y aclarar con premura que ella, y solo ella, era la mujer que acabaría siendo lady Stanton.

Sophie paseaba por los jardines de *Stanford House* cuando unos brazos fuertes la atraparon. Dio un brinco y su grito quedó silenciado por la mano del conde de Stanton.

—Shhh... Sophie, soy yo —tranquilizó el conde a la joven, pegado a su espalda y sin soltarla.

Sophie tembló; tener al conde tan cerca y susurrándole en el oído la estremecía.

Cuando Connor reparó en que ella ya no daba muestras de pánico, la soltó.

Sophie se dio la vuelta y se quedaron uno frente al otro con las respiraciones aceleradas.

—¿Qué hace aquí? —amonestó al conde, y además dejó de tutearlo; ya no se merecía su trato íntimo.

Connor inspiró con fuerza, tratando de encontrar la calma necesaria para hablar con ella con la tranquilidad y seriedad que merecía.

Miró en rededor y tomó de la mano a Sophie para llevarla justo detrás de una estatua de mármol que los parapetase de la vista de cualquier sirviente o del propio marqués, que estaba en la casa (se había cerciorado de ello gracias a unas cuantas monedas que había pagado a uno de los lacayos para obtener esa información).

Lo primero que hizo nada más verse a buen recaudo, fue llevarse la mano

de Sophie a la boca y besar su muñeca, el único punto de piel expuesto, ya que los guantes elegidos por la joven eran cortos.

—Mi comportamiento fue...

—Descortés, humillante y grotesco —sentenció Sophie, interrumpiendo al conde.

Connor asintió con la cabeza.

—Lo fue, no puedo negar la evidencia —reconoció—. Por ello estoy aquí, para pedirte perdón.

Sophie se zafó de su agarre y dio un paso hacia atrás para alejarse de él.

—Si cree que voy a poder perdonar tal proeza, es que no me conoce —se lamentó la joven—. Jamás pensé que llegaría a despreciarle con tanta vehemencia, pero sus actos hacia mí han conseguido lo inimaginable.

—No quise lastimarte. Sé que mi comportamiento es indefendible y no llego a comprender cómo me pude ver arrastrado de esa manera... —Sophie lo volvió a interrumpir.

—Por su lujuria, milord —adujo—. La misma que me arrastró a mí en su día.

—Aquello no fue lujuria, Sophie —aclaró—. Nuestro momento más íntimo fue amor puro.

Sophie negó con la cabeza.

—¿Qué sabréis vos lo que es el amor? El amor es más que un beso, una caricia, un cuerpo enredado en otro... —Bajó la cabeza, avergonzada al recordar la noche que ambos yacieron en la misma cama—. El amor es respeto y adoración, dos palabras que usted destruyó en un segundo.

—Mi veneración por ti es sincera —sentenció con voz firme.

Sophie se sintió molesta. ¿Cómo podía asegurar algo con tanta convicción, cuando sus actos habían demostrado todo lo contrario? Enfadada y humillada por el recuerdo, se expresó al tiempo que elevaba la cabeza:

—¡Bajándose los pantalones con otra! Esa es la verdadera veneración que siente por mí.

El conde apretó los puños. No podía borrar ese momento. Ojalá pudiera, pero ya estaba hecho y tenía que pagar por ello.

—Soy un hombre, Sophie —dijo en un vago intento de ser comprendido

por ella—. No puedo ser perfecto, cometo errores como cualquier mortal. Pero estoy aquí, pidiéndote perdón e intentando abrirte mi corazón, porque en él solo estás tú.

La confesión los dejó turbados.

—Bonitas palabras carentes de sentido —convino la joven—. Si fuesen ciertas, no habríais sucumbido a los encantos de otra mujer.

—Anne no significa nada para mí —reconoció honesto, pues desde esa misma noche no había vuelto a pensar en ella. De hecho, había devuelto cada misiva enviada por la duquesa sin ni siquiera abrirla. No le interesaba nada de lo que tuviese que decir, pues para él Sophie era la única mujer que de verdad necesitaba en su vida.

—Entonces es todavía más lamentable vuestro comportamiento —pronunció Sophie con pesar—. Me ridiculizasteis por una mujer por la que no sentís nada.

El conde estaba desesperado al ver la negatividad de ella.

—Te amo —sentenció, y se sorprendió por haber dicho en voz alta unas palabras que ni él creía que volvería a pronunciar nunca más en su vida—. Puede que mis palabras en este momento para ti no signifiquen mucho, pero te lo demostraré cada día de mi vida hasta que estés convencida por completo.

Él podía amar, ¿verdad? Una vez creyó haberlo hecho. Si Sophie le daba una oportunidad, es posible que él mostrara su verdadero yo; sacaría a la luz sus sentimientos y la amaría como solo un hombre enamorado es capaz de hacer... ¡Dios santo, se iba a volver loco! Ya no estaba seguro de lo que podría mostrar ante esa mujer.

A Sophie el corazón se le aceleró. Qué triste le parecía que esas dos palabras, tan ansiadas por escuchar de los labios de Connor, llegasen cuando ella sabía que jamás volvería a creer en él. Además, a pesar de haberlas pronunciado en voz alta, algo en su entonación, o más bien en su gesto de sorpresa, la alertaron de que Connor no la amaba como bien había afirmado. Ella sí sabía lo que era amar, pero él no parecía convencido; tan solo le estaba diciendo lo que él creía que ella quería escuchar.

—Podéis ahorraros el esfuerzo —aconsejó—. No malgastéis palabras ni hechos con alguien que no puede perdonar vuestra traición.

Connor gruñó; Sophie no podía estar hablando en serio. ¿Acaso ella no era

consciente de que la había mancillado? ¿Tendría él que soportar un nuevo desaire por parte de una mujer? Primero Anne con su traición, y ahora Sophie por su cabezonería... Vale que él no había hecho las cosas bien, pero estaba pidiéndole matrimonio; cualquier otra mujer estaría encantada de convertirse en condesa.

Enfadado, se pronunció. No quería llegar a esos extremos, pero no tenía más opción.

—Comprendo que tu enfado hable por ti —convino, acercándose más a ella—. El tiempo borrará esta herida y conseguirá que nuestro matrimonio sea perfecto.

—¿Nuestro matrimonio? —preguntó, incrédula.

—Sí, mi bella Sophie. Tú y yo vamos a casarnos.

La joven se enervó.

—Mi padre rechazó vuestra petición —le recordó.

—Y ahora tendrá que aceptarla.

—¡No lo hará!

—¡No tendrá más remedio, Sophie! Te he comprometido por completo —estalló—. Si no te casas conmigo, no podrás hacerlo con nadie.

—Mejor convertirme en una solterona de por vida que casarme con un hombre por el que siento desprecio.

Las palabras de Sophie fueron hirientes. Connor la miró con furia. Él era un hombre, y como tal, tenía su orgullo; no pensaba consentir más reproches por parte de ella. Había admitido su error y pedido perdón por ello, no pensaba rebajarse más. Con la rabia instalada en su ser, habló sin medir sus palabras, pues la ira se apoderó de él.

—En tal circunstancia, vuestro futuro se antoja solitario —vaticinó—. Por el aprecio que os tengo —dejó de tutearla también—, siempre tendréis un hueco en mi cama para calentaros. Considérelo un acto caritativo, ya que nunca pasaréis por un altar y vuestro lecho permanecerá siempre frío.

Sophie levantó la mano y le dio una bofetada en la cara.

## Capítulo XIX



*Hay damas que se ganan la admiración más sincera de los hombres*

La marquesa de Bristol entró en la sala familiar de *Great Sea* como un vendaval.

Lady Philomena, lady Violet y lady Hermione, que habían decidido regresar a *Great Sea* al enterarse del regreso de Duncan, se sobresaltaron.

—¡El conde de Oxford es el ser más despreciable de Inglaterra! —se expresó, encolerizada.

Las tres ancianas levantaron las cejas, y el carraspeo de Connor a su espalda llamó la atención de su madre.

La marquesa se dio la vuelta con lentitud. No esperaba que su hijo mayor estuviese en la sala a esas horas, pero lo estaba, sentado en uno de los butacones, sosteniendo el periódico entre sus manos.

—¿Qué sucede, madre?

La marquesa inspiró con fuerza. Una cosa era desahogarse con las viejas, que siempre la habían comprendido y eran mujeres discretas, y otra tener que confesar delante de Connor lo que el conde de Oxford había intentado hacer con Penelope: mancillar su buena reputación. Conociendo a su primogénito y su adoración por Duncan, no estaba segura de cómo reaccionaría.

Connor esperó paciente. Al ver que su madre no respondía, dobló el periódico, lo dejó sobre la mesita baja que tenía delante, y se levantó de su asiento.

—Me gustaría conocer la historia por la que mi madre considera a Oxford el ser más despreciable de Inglaterra —la invitó con voz calmada a que le contara lo que había sucedido—. De antemano, puedo asegurar que lo es.

La marquesa hizo un gesto de rendición; era mejor contárselo porque los rumores llegarían de un momento a otro.

Connor le hizo una seña para que tomase asiento en el sofá, así tanto las ancianas como él podrían mirarla, atentos a sus explicaciones.

Georgina aceptó la invitación y se sentó con su pose más erguida. Se notaba que estaba tensa.

Connor permaneció en pie, con los brazos cruzados, a la espera.

—El conde se presentó en *Golden House* —comenzó a declarar el motivo por el que estaba tan alterada—. Primero brindó su ofrecimiento para

proteger a Penelope —y aclaró—: O más bien, a sus ducados.

Lady Hermione carraspeó, mostrando su desacuerdo.

Lady Violet negó con la cabeza, dando a entender que el conde tenía poca sesera.

Lady Philomena tomó partido:

—Un conde intentando proteger un ducado —se mofó—. ¿Qué le han enseñado a ese joven en Eton?

Connor, a pesar de que todo lo relacionado con Oxford le producía cierta inquina, no pudo más que sonreír ante el comentario de su tía.

La marquesa de Bristol gesticuló, tanto con la cabeza como con las manos, dando a entender que le repugnaba el hecho de que los padres de Oxford se hubiesen gastado tanto dinero en la educación de su único hijo, en el colegio más prestigioso de Inglaterra, para nada.

—Créame cuando les digo que la enseñanza en Eton comprende mucho más que aprender la jerarquía nobiliaria —intervino Connor. No sabía por qué, pero debía defender el lugar donde tanto su hermano como él habían estudiado.

—En tal caso, continúa, querida —dijo lady Philomena—, porque es evidente que el joven no aprendió mucho.

Connor aguantó la risa.

—No conforme con su estupidez inicial —Miró a Connor y, con sus ojos, pidió disculpas por su vocabulario—, se le ocurrió rebajar a Duncan delante de Penelope.

Al conde se le esfumó la sonrisa.

Las ancianas se tensaron.

—Claro que Penelope lo defendió sin titubear.

—La duquesa ha demostrado su inteligencia —reconoció lady Hermione.

Las otras dos asintieron con la cabeza.

La marquesa se levantó como un resorte, pues al recordarlo se había encolerizado, y se expresó tal cual se sentía:

—¡Pidió su mano! —gritó muy enfadada—. Y cuando Penelope le recordó que estaba prometida a Duncan... ¡Él la amenazó!

Connor llevó la cabeza hacia atrás, intentando mantener el control.

—¿Cómo se atrevió a hacer tal desfachatez? —increpó lady Violet.

El conde volvió a ponerse recto.

—¿Y qué hizo ella? —preguntó, inquieto.

—Reírse en su cara y asegurarle que era un hombre de poca palabra —sentenció Georgina.

Las tres ancianas se rieron.

Connor no lo hizo; él quería conocer toda la historia, de principio a fin.

—¿Con qué la amenazó?

—Presumió de que si no aceptaba su propuesta de matrimonio por las buenas, divulgaría por toda Inglaterra que la había comprometido por completo.

Connor bajó sus brazos y apretó los puños. Ese majadero merecía, además de la ruina, una paliza, y él estaba dispuesto a dársela.

—Claro que, no contaba con que Penelope volviera a reírse en su cara —recordó, algo menos molesta—. Por un momento pensé que la duquesa había perdido la sesera por completo.

—¿Por qué? —preguntó lady Hermione.

—Porque se le ocurrió decir que contara la historia por toda Gran Bretaña.

—Esa muchacha cada día me gusta más —reconoció lady Violet.

—¿Qué dijo exactamente? —se interesó lady Philomena.

—Sí, por favor, madre, cuente exactamente qué sucedió.

—Está bien, esto es lo que pasó:

*«El conde de Oxford se mofó de Penelope diciendo:*

*—Es una suerte que en nuestro Imperio la palabra de un hombre sea tomada más en consideración que la de una mujer.*

*A lo que la duquesa adujo:*

*—La palabra de un hombre, sí; la de un mentiroso como vos, no.*

*Él asintió con desgana, dando a entender que poco le importaba lo que ella tuviese que decir, y continuó:*

*—Bien, pues llegados a este punto, es hora de que me marche para que mi palabra llegue a todos los recovecos de Londres.*

*Y Penelope, aludiendo a sus dos ducados, añadió:*

—Hágame un favor, Oxford. Teniendo en cuenta mi estatus, que su historia recorra toda Gran Bretaña.

—Así sea —afirmó el conde.

Entonces, Penelope asintió, se dejó caer en el butacón y sonrió, dándoles las gracias, victoriosa, y recalcándole que así sería más notorio y placentero su encierro. Oxford, que no entendía por qué se mostraba tan contenta, preguntó, como quien pretende que le repitan algo para averiguar lo que se le escapa:

—¿Perdón?

Y Penelope se mofó de él, riéndose en su cara, ¿os lo podéis creer? Atención a lo que le contestó:

—No me gusta repetir las cosas, Oxford, pero haré una excepción con vos, pues veo que su intelecto no está a la par del mío. Os repito, os equivocasteis de dama. No soy de las mujeres que cuando reciben una amenaza bajan la cabeza y acatan la orden de un hombre. Gracias a mi posición, es algo que me puedo permitir. Y gracias a vos, otros maleantes se alejarán de mi persona. Las injurias ante una duquesa son un delito que se contempla en nuestro Gran Imperio. Será un placer desmentir ante un juez vuestros vilipendios, así toda Gran Bretaña será conocedora de lo que yo ya sé, que sois un enfermo mentiroso.

El conde no contaba con ello, y Penelope, al ver la duda en él, zanjó el tema haciendo aspavientos con la mano para que saliese de allí mientras le decía unas últimas palabras:

—Por favor, marchad, cumplid vuestra palabra.

Pero cuando Oxford estaba a punto de marcharse, añadió la duquesa, jocosamente, haciendo muecas para fastidiar al conde:

—Y por cierto, que creyeseis que estábamos solos en este despacho es una quimera. Nunca he sido tan necia como vos. Así que en vuestra historia romántica en la que me poseísteis y en la que mi virtud quedó comprometida, decidme, ¿dónde vais a incluir a las marquesas de Bristol y York? Lo pregunto porque serán mis testigos. Y yo que pensaba que estar de luto era aburrido. Gracias, milord, de no ser por vos, hoy hubiese sido un día muy anodino.

Y en ese mismo instante, Eleanor y yo entramos en el despacho para que nos viera.»

Las tres ancianas se carcajearon.

Connor sintió un afecto y admiración inaudita por la que acabaría convirtiéndose en su hermana. Ya se sentía orgulloso de ella, conocía todo cuanto había hecho, o más bien batallado, para hacerse respetar, gracias a que su madre lo tenía al tanto de todos sus movimientos. Pero en esta ocasión, cayó rendido ante ella.

—No le comentéis nada a Duncan —aconsejó el conde—. Le prometí encargarme de Oxford personalmente.

La madre lo miró e hizo una mueca; hubiese deseado no hacerle partícipe de aquella historia.

Connor sonrió para que se quedara tranquila.

Se dio media vuelta y miró a su tía con cariño.

—Tía, Penelope ha demostrado ser merecedora de pertenecer a la familia St. John.

La anciana asintió y le regaló una sonrisa.

## Capítulo XX

*Una vez más, los Ecos de Sociedad pueden dilapidar a los nobles que no se saben comportar*

En *Stanford House*, todo estaba preparado para partir a mitad de semana hacia las tierras de Escocia, donde la familia al completo más dos invitados, pasarían toda la temporada invernal y celebrarían las navidades.

Abby llevaba varios días intranquila por su gemela; parecía que su melancolía aumentaba con el paso de los días. Por ello, insistió en que sus padres invitaran a pasar esas fechas a la señorita Hook y al señor Boston. A la primera, porque su reciente amistad con Sophie era palpable; ambas habían sufrido un engaño amoroso y parecían disfrutar de su mutua compañía. Al segundo, porque el americano siempre conseguía sacarles una sonrisa tanto a su hermana como a toda la familia. El marqués, que en un principio se había mostrado reticente, abdicó a la petición de Abby, pues en el fondo él también parecía disfrutar de la compañía del americano.

—¿No te parece apuesto el señor Boston? —preguntó Sophie a Beatrice, mientras tomaban un té en la sala familiar de *Stanford House*.

La señorita Hook se sonrojó.

Sophie la miró atenta.

—No te preocupes, Beatrice, no saldrá nada de mis labios —la tranquilizó, pues se notaba que le daba vergüenza responder.

—Es el hombre más apuesto que he conocido —admitió—. Pero es americano —dijo con cautela—. Además, no estoy interesada en ser cortejada por nadie.

Sophie asintió, pues la entendía. Bueno, creía entenderla, porque se notaba que suspiraba por el señor Boston, pero también sabía que su madre, la señora Hook, era de tradiciones arraigadas. Para ella, la apariencia lo era todo; tal era el caso que, al verse arruinada por culpa de su esposo, se escondió de todo el mundo y estuvo a punto de obligar a su hija a contraer matrimonio con un decrepito aristócrata, con tal de volver a tener el prestigio que su familia había tenido antaño. La suerte de Beatrice fue que su hermano Leighton se negó a que su hermana pasara por el altar con tal vejestorio. Su trabajo como ayuda de cámara del duque de Whellington no les aportaba el dinero al que estaban acostumbrados, pero sí el suficiente para pagar el alquiler y darles de comer tanto a su madre como a su hermana. También era

cierto que la madre, aun así no estuvo conforme, y Beatrice se puso a trabajar de doncella a escondidas, para que entrase más dinero en la casa, como si procediese de su hermano. Tan a escondidas lo hizo, que incluso utilizó un nombre falso.

Abby irrumpió en la sala portando entre sus manos pegadas a su pecho, el panfleto que estaban esperando.

—¡No os lo vais a creer! —se expresó, alterada—. Nombran a Penelope, y nada menos que por enemistarse con el conde de Oxford.

Beatrice, al escuchar aquel nombre tembló.

Aquel hombre se había burlado de ella. Estuvo a punto de casarse con él porque le hizo creer que la amaba, cuando en realidad lo único que quería el conde era la supuesta dote que ella tenía. Una dote elevada que su padre, meses antes de la boda, se gastó en un salón de juegos.

—Léelo —pidió Sophie.

Abby extendió el panfleto y leyó en voz alta.

**»Ecos de Sociedad de Londres, 15 de diciembre de 1815**

*Queridos lectores, una vez más la consternación nos obliga a contar la historia de cómo uno de nuestros nobles, que hasta hace poco era considerado uno de los mejores partidos de nuestro reino, hoy ha vuelto a defraudarnos. Creemos que lord Oxford ha perdido la sesera, pues no encontramos lógica alguna a su empeño por dilapidar la muy alta e intachable reputación de la duquesa de Whellington y Kennt. Su desfachatez alcanzó su grado máximo cuando irrumpió en la casa de la duquesa, que todos sabemos que está retirada por su tiempo de duelo, para reclamar su mano. Sí, como han leído, se atrevió a pedir la mano de la duquesa estando ella de luto y saltándose de nuevo la jerarquía de nuestro imperio, cuando además, es del conocimiento público que la joven duquesa está prometida al lord Duncan St. John.*

*Comprendemos el desasosiego que tuvo que vivir la duquesa ante semejante temeridad en su propio hogar, y desde aquí la felicitamos por su comportamiento ejemplar, al enemistarse con el conde de Oxford.*

Beatrice se llevó las manos a la boca.

Sophie agrandó los ojos.

Abby bajó el panfleto y sonrió.



—Penelope es ejemplar —sentenció con orgullo.

Se dejó caer en el sofá.

El mayordomo entró.

—Lady Aberdeen, ha recibido correo.

Abby se tensó. Esperaba que fuese una nota del duque de Hamilton disculpándose por su enfado de hacía unos días; una pelea entre ellos tras descubrir el duque que ella llevaba meses instruyendo al señor Boston, que había acabado con mal sabor de boca. Ella, a pesar de la trifulca, deseaba con todas sus fuerzas no perder la amistad del duque, no solo porque su corazón latía por él, sino porque era el único hombre que hasta la fecha la había comprendido mejor que nadie.

En cuanto tomó la carta se relajó, aunque le embargó la pena, pues por un momento había albergado la esperanza de que fuese de Niall.

—¿Quién te la manda? —se interesó Sophie.

—Penelope —respondió—. Estoy convencida de que en esta carta está la historia completa de su desencuentro con el conde.

Sophie apretó los labios, consciente de que su gemela esperaba una disculpa del duque.

En cuanto Abby leyó la nota, asintió con la cabeza. No se había equivocado; por ello, compartió las palabras de Penelope en voz alta, para que su hermana y Beatrice escuchasen el motivo por el que se había enemistado con el conde de Oxford.

La señorita Hook se quedó pálida.

Sophie se alegró de que Penelope hubiese defendido a St. John y hubiese mostrado su poder, y no precisamente el que le aportaban sus ducados, sino su lealtad y su inteligencia.

También se entristeció, porque durante un tiempo se había hecho ilusiones de futuro junto a Connor, pensando que algún día acabarían siendo hermanas.

El recuerdo de Stanton la deprimió. Cada día se sentía más culpable por mentir a sus padres y ya no sabía cómo continuar con su farsa, puesto que la marquesa estaba haciendo planes para la siguiente temporada, y como era de esperar, eso implicaba que ella tendría que encontrar a otro pretendiente.

El pánico la abordó. La gente acabaría enterándose tarde o temprano, si es que no habían empezado a especular ya sobre ello; al fin y al cabo, la habían

nombrado la debutante más destacada. ¿Y cómo la señorita más solicitada todavía no había dado el «sí quiero»?

Mientras Sophie elucubraba, Connor Stanton estaba sentado frente al marqués de Stanford; lo había recibido directamente en su despacho para que no se cruzase con su hija Sophie.

Phillip odiaba esa situación porque su pequeña continuaba con la mirada vacía y, a pesar de sonreír, ya no lucía su brillo especial.

—Stanford, le ruego que me permita hablar con Sophie —rogó desesperado, pues era la tercera vez que pedía su mano y el marqués se la denegaba—. En cuanto hable con ella...

—Stanton, creedme cuando os digo que dudo que exista mejor partido para mi hija que usted —habló con honestidad—. Pero como padre, me veo en la obligación de rechazar tanto vuestra petición de mano como de verla —aseguró—. Porque le di mi palabra a Sophie y no podré actuar de otra manera a no ser que ella, por propia voluntad, cambie de decisión.

Connor se tapó la cara con las dos manos, totalmente exasperado por la negatividad de ella.

El marqués se apiadó del joven que tenía delante.

—Tened paciencia —recomendó—. Mañana partiremos hacia Escocia, quizá la distancia haga cambiar de opinión a mi hija.

Connor hizo una mueca. No creía que eso llegase a suceder, pero no podía hacer ninguna otra cosa; él se había comportado como un idiota y se merecía el castigo de Sophie.

## Capítulo XXI

*Cuando la vergüenza llama a la puerta, la razón sale por la ventana*

En *Valley of Thistles* se respiraba ambiente navideño. Los sirvientes se ufanaban en tenerlo todo preparado para los próximos días. La Navidad siempre había sido una fecha especial para la familia Stanford.

Ese año, además, sus invitados, el señor Boston y la señorita Hook, aportaban una alegría extra a la gente del servicio, pues además de a sus señores e hijas, podrían invitar a ambos a la fiesta de los sirvientes, una ceremonia que en toda casa de bien, se celebraba todos los años, unos días antes de Navidad. Era el único día en el que los empleados agasajaban a sus señores con comida, además de un baile.

Todos parecían animados, excepto la joven Sophie, que desde que abandonó Londres, su estado anímico parecía haber menguado.

La marquesa la observaba en silencio. No quería presionar a su hija, pero cada día que pasaba, sus ojos estaban más apagados y su rostro mostraba más tristeza y cansancio.

El marqués también se percató e hizo llamar a su esposa para hacerla partícipe de su preocupación.

La mujer, al recibir el mandado de su esposo, se dirigió al despacho del marqués. Entró en silencio, miró a su marido, y este le señaló la butaca de piel que estaba frente a su mesa; así podrían hablar mirándose a la cara.

—Sophie me preocupa —sentenció, sin titubeos y sin ambages, para que su mujer conociese su desasosiego.

—Es joven —declaró, intentando aparentar tranquilidad—. Se enamoró de Connor y...

—¿Y por qué rechazó su propuesta? —interrumpió el marqués, alterado.

—Porque ella piensa que él no siente el mismo aprecio.

El marqués se puso en pie, caminó hasta la vitrina donde guardaban el licor, y se llenó un vaso de whisky de su propia destilería. Lo bebió de un solo trago y se dio la vuelta.

La marquesa permaneció sentada, a la espera. Conociendo a su marido, no tardaría en pronunciarse.

—Stanton pidió su mano —la informó—, y puedo asegurarte que su interés por nuestra hija era sincero. Sé reconocer a un hombre enamorado,

Olivia, y el conde lo está.

La marquesa se levantó de su asiento y caminó despacio hasta la ventana. Miró al exterior y, al cabo de un minuto, se giró para mirar a su marido.

—No lo suficiente como para rechazar a cierta duquesa —declaró.

El marqués levantó sus cejas negras, sin comprender las palabras de su mujer.

—¿Qué queréis decir? —preguntó, inquieto, y como era habitual entre la familia Stanford cuando trataban temas importantes o querían bromear, no la tuteó.

Olivia hubiese dado cualquier cosa por no haber tenido que llegar a mantener esa conversación, pero debía confesar ante su esposo la verdad.

—¿Recordáis el día de nuestro aniversario?

—Por supuesto —aseguró—. Al día siguiente fue la primera vez que vi a nuestra hija sin vida en la mirada. ¡Eso a un padre no se le olvida!

La marquesa asintió con lentitud. Sintió que se enamoraba de él de nuevo, como si eso fuese posible, pues lo amaba con locura desde el mismo día que se conocieron. Pero la adoración de su esposo por sus hijas era tan notable, que cualquier gesto de preocupación, a ella le llenaba el alma.

—Entonces recordaréis que se presentó la duquesa de Parma.

—Sí.

—Pues debéis saber que la duquesa no fue invitada —declaró, como si él no estuviese al tanto—. Si se presentó en nuestra fiesta fue por un único motivo.

—¿Cuál? —indagó, con cautela.

—Connor Stanton.

—¿Qué tratáis de decir?

—La verdad, Phillip —respondió concisa—. La duquesa tan solo tenía un propósito en la fiesta: acercarse al conde, el hombre que estuvo cortejándola antes de casarse con el duque.

El marqués, que tonto no era, empezó a elucubrar y llegó a una conclusión: su hija había sido testigo del encuentro furtivo entre el conde y la duquesa en su casa.

Volvió a rellenar su copa y esta vez la bebió con más calma, bajo la atenta

mirada de su mujer.

—No puede continuar así —dijo pensativo—. Debemos encontrarle un futuro marido cuanto antes.

La marquesa se retorció las manos.

—No es tan sencillo.

—¡Por supuesto que lo es! —exclamó—. Piensa en un buen candidato para nuestra hija, porque en cuanto regresemos a Londres me afanaré para que Sophie se despose. Aumentaré su dote si es preciso —argumentó—. Pero necesito ver a Sophie de nuevo... viva.

La marquesa se acercó a su marido, levantó las manos y le acunó el rostro.

—Comprendo vuestra preocupación —alegó—. El problema es que ella sigue enamorada; encontrar otro candidato no hará que nuestra pequeña abandone su melancolía.

—¿Y qué lo hará? —musitó, preocupado.

—El tiempo.

Sophie se disculpó ante su familia e invitados alegando cansancio, y se retiró a sus aposentos. En cuanto su doncella personal abandonó la alcoba, ella se levantó con sigilo, se acercó a su tocador y abrió uno de sus cajones. Sacó un objeto que tenía a buen recaudo, protegido con un pañuelo de seda para que nadie lo descubriera.

Regresó a la cama y lo apretó entre sus brazos.

Con los ojos brillantes, el corazón acelerado y las manos temblorosas, suspiró intentando mantener la calma.

El futuro que se le presentaba era incierto, solitario y triste; jamás podría enamorarse de nuevo.

Una lágrima recorrió su rostro hasta estamparse en su pecho.

Cuanto más pensaba, más dolor le causaba. Por su culpa su familia podría verse envuelta en un gran escándalo. Y no en uno cualquiera, sino en el más temido por cualquier noble con hijas casaderas.

La vergüenza la embargó tanto, que tan solo encontró una solución a su problema.

Otra lágrima surgió de sus ojos, seguida de un torrencial.

Inspiró con fuerza. No podía echarse atrás, así que rezó para no perder el valor; su familia no merecía las consecuencias nefastas por culpa de su pecado.

Desenvolvió el objeto y lo miró sin pestañear. Tenía entre sus manos la solución perfecta: acabar con su vida.

Sintió lástima. Sabía que causaría dolor a sus padres y a su hermana, pero era mejor eso que sufrir la vergüenza que les perseguiría durante toda la vida en caso de que saliese a la luz su secreto. Y bien sabía ella que era algo que no podría ocultar si sus padres la obligaban a casarse.

Aferró con fuerza la botella de láudano con una mano, mientras con la otra descorchaba el tapón.

Inspiró fuerte; tan solo tenía que beber todo su contenido y el dolor desaparecería. Se acabaría su tormento emocional y mantendría a salvo la buena e intachable reputación de la que siempre había gozado su familia.

—Perdóneme, Abby —musitó en voz alta—, por no despedirme de ti.

Se inclinó hacia adelante, bebió todo el contenido de la botella y se recostó de nuevo.

Empezó a notar cansancio en sus ojos, cada vez le costaba más mantenerlos abiertos, y poco a poco fue notando cómo su cuerpo se paralizaba, ahuyentando todos sus temores y su conciencia.

En la planta baja, los marqueses sonreían. El señor Boston declamaba con gracia un poema en voz alta.

En cuanto el americano terminó, los cuatro presentes aplaudieron.

—Jamás hubiese imaginado vuestro ingenio y arte escénico a la hora de declamar —confesó, asombrada, Abby.

—Ha sido conmovedor y muy gracioso, señor Boston —admiró la señorita Hook.

El americano le ofreció una media sonrisa. Esa muchacha se había convertido para él en alguien muy especial. Sin buscarlo, sin premeditarlo y sin quererlo, ella se había colado en su interior. Y eso era un hecho que lo trastocaba, pues su intención al llegar a Inglaterra no era ni por asomo enamorarse, ya que él tenía intención de regresar a América en cuanto sus asuntos de negocios quedasen cerrados.

Los marqueses se miraron cómplices; su invitado no disimulaba su interés por la joven, sino que más bien era ella quien parecía negarse a aceptar lo evidente.

—Será mejor que nos retiremos —anunció la marquesa.

El marqués siguió sus pasos, dejando a los más jóvenes en la sala.

—Creo que yo también voy a retirarme —avisó Abby.

La señorita Hook también siguió sus pasos, dejando al americano a solas.

Este se tomó su última copa de whisky frente a la chimenea, mientras intentaba mantener su mente relajada. No quería seguir pensando en la señorita Hook, ella había mostrado poco interés en él y, aunque en cierta medida su ego se había sentido ofendido, su parte más racional se había clamado victoriosa. Enredarse con una mujer no entraba en sus planes. Por lo tanto, era mejor continuar su camino. Además, él estaba acostumbrado a relacionarse con mujeres más exuberantes, normalmente rubias, de ojos claros, con pechos voluptuosos y de dudosa reputación. Beatrice era todo lo opuesto: bajita, castaña, de ojos marrones, delgada y, lo más importante, su estado era virginal; no hacía falta ser un gran experto para saberlo, la forma de sonrojarse y su manera de evitar su cercanía lo decía todo. ¿Cuándo había sentido él atracción por una mujer como ella? Nunca. De ahí que se sintiese algo desconcertado. Por ello, no quería indagar más en su interior, no fuese cosa que llegase a una conclusión que no le gustase.

Movió la copa entre sus dedos y sonrió al recordar a su hermana. Era tan distinta a las muchachas inglesas, que no pudo evitar reírse al pensar en lo inapropiada que sería su presencia en Inglaterra. Dudaba mucho que algún *caballero* inglés tuviese los arrestos necesarios para enamorarla.

Negó con la cabeza, apuró la copa de un solo trago y se dirigió a la mesa para recoger el candil que le había dejado preparado un lacayo, ya que él mismo le había dado permiso al joven para retirarse. No necesitaba que lo esperase nadie, y menos, que lo acompañasen hasta su alcoba.

Al llegar a la primera planta, a mitad del pasillo, escuchó un grito desgarrador de una mujer.

Giró sobre sus talones y, con premura, se acercó a la habitación de donde provenía el aullido. Sin pensarlo, abrió la puerta y se encontró una escena demoledora. Sophie se hallaba inerte, con la tez cetrina, mientras Abby intentaba moverla sin éxito.



Hizo a Abby a un lado, vio sobre la cama la botella de láudano y se temió lo peor.

Volvió a tumbar a la joven y, con voz autoritaria, ordenó:

—Avisad a vuestra madre.

Abby, con lágrimas en los ojos, apenas se movió.

—¡Ahora! —gritó el americano, consiguiendo que la condesa reaccionara.

Abby salió corriendo en busca de su progenitora, y el americano también se apresuró. Fue directo a su alcoba, abrió uno de los baúles y sacó un maletín negro de piel. Regresó al dormitorio de Sophie, justo cuando el matrimonio Stanford cruzaba el umbral de la puerta.

—¡Oh, Dios mío, Sophie! —se expresó la marquesa, agitada y llorosa.

El marqués se lanzó a por el cuerpo inerte de su pequeña, la abrazó con fuerza y la levantó sin el mínimo esfuerzo.

—¡Sophie, Sophie! —clamaba, al tiempo que la zarandeaba.

El señor Boston tomó los mandos de la situación; había que actuar con celeridad y no había tiempo para explicaciones.

—Stanford, saque a Abby de aquí —ordenó—. Su esposa y yo atenderemos a Sophie.

El marqués lo miró con rabia. ¿Quién se creía el americano para ordenarle nada en su propia casa?

—El único que abandonará esta alcoba es usted...

Boston no tenía ni tiempo ni paciencia, por lo que agarró al marqués de las solapas de la bata que llevaba puesta, lo arrastró hasta la puerta y se expresó sin miramiento:

—No tengo tiempo para explicaciones —aseguró—. Aunque no ejerzo como tal, soy médico —le informó—. Y ahora, usted se llevará a Abby de aquí. Es el señor de esta casa, por ello ordenará que nadie, ¡nadie!, entre en esta habitación.

Lo soltó de malos modos y cerró la puerta, dejando al marqués y a Abby fuera.

Stanford se quedó paralizado, pero fue cauto y se dio cuenta de que las órdenes del americano solo tenían una función: salvaguardar a Sophie de las habladurías de los sirvientes.

Las horas pasaban y el marqués cada vez se sentía más angustiado. Había obligado a Abby a acostarse una hora antes del alba, para que cuando la despertara su doncella, ella fingiera no estar al corriente de lo que sucedía con su hermana.

Y así actuó la joven condesa. Mostró asombro, desconcierto y preocupación, cuando su doncella personal la informó de que el marqués había dado orden de que nadie se acercase al dormitorio de su gemela. Por lo visto, había amanecido con fiebres y el doctor americano no estaba seguro de que no fuesen contagiosas.

La noticia corrió por toda la casa y agradecieron en silencio que el invitado de la familia hubiese tenido la deferencia para con todo el personal de *Valley of Thistles*.

El marqués, a pesar de que nadie sospechó lo contrario, estaba intranquilo. Poco le importaba nada, excepto una cosa: su hija había intentado quitarse la vida.

La señorita Hook, ajena a lo acontecido la noche anterior, se mostraba cauta e intentaba mantener a Abby ocupada para que no sufriera por el estado de su gemela, algo que el marqués agradeció interiormente, pues el sufrimiento que había mostrado su primogénita durante la noche, abrazada a él, llorando sin encontrar consuelo, había sido bastante perturbador.

Las horas se hicieron eternas. Estaba a punto de anochecer y la esposa del marqués y el americano todavía no habían salido de la habitación.

El señor Boston entró en la biblioteca, donde se encontraban el marqués, Abby y la señorita Hook, con un aspecto reprobable; en chaleco y con las mangas de la camisa dobladas hasta los codos, sin pañuelo y con dos botones abiertos, dejando al descubierto su piel bronceada.

El marqués se puso en pie como un resorte.

Abby y la señorita Hook lo imitaron.

—Dejadnos a solas —imploró el marqués.

Abby, en esta ocasión no tuvo fuerzas para protestar, por lo que obedeció sin rechistar.

—¿Cómo está Sophie? —preguntó nada más cerrarse la puerta.

—Desorientada —adujo—. Aunque es normal, ingirió una gran dosis de

láudano.

—Pero está viva —musitó, casi para sí mismo.

—Sí, lo está —afirmó el americano—. Tuvimos suerte de poder actuar a tiempo.

El marqués cerró los ojos y apretó los labios. ¿Suerte? No había nada de afortunado en aquello.

—Gracias, Boston —agradeció, casi sin aliento.

El americano asintió, y para que se quedase tranquilo, dijo lo que creyó pertinente.

—Tengo una hermana pequeña —informó, por si no se lo había contado su esposa—. Aprecio a sus hijas tanto como a ella —declaró, sincero, pues así lo sentía—. Nunca saldrá de mi boca nada que pueda perjudicarlas.

El marqués sintió un gran aprecio por el americano.

—Os lo agradezco de corazón.

## Capítulo XXII

*El amor de padre está por encima de toda una sociedad*

Dos horas después de anunciar que lady Sophie estaba fuera del peligro de las fiebres, en *Valley of Thistles* se respiraba tranquilidad. Excepto para el marqués, a quien su desasosiego interior lo estaba carcomiendo.

Era hombre, era adulto y era padre. Después de pasarse toda la noche especulando por qué su hija había tomado la decisión más drástica a la que cualquier persona podría llegar, tan solo había encontrado una respuesta; la única.

Ahora estaba en su despacho, con las manos apoyadas en la mesa y reclinado hacia delante, moralmente abatido.

Así lo encontró su esposa, al entrar en el despacho en su busca.

—¿Cuándo y en qué momento preciso fallé como padre? —pronunció, alicaído.

La marquesa respiró con profundidad y, con un nudo en la garganta, pues la voz afligida de su esposo la había trastocado, respondió, honesta:

—Nunca habéis hecho tal cosa.

El marqués se dio la vuelta y miró a su esposa a los ojos.

—Tengo una hija postrada en la cama que rebate vuestra afirmación.

—Phillip, nunca le habéis fallado.

—¡Claro que sí! —exclamó, al tiempo que se daba la vuelta, haciendo un barrido con sus manos sobre la mesa y lanzando al suelo todo cuanto había en ella.

La marquesa tragó con dificultad.

Él, en vez de sosegar después del arrebato, volvió a su posición inicial; necesitaba mirar a su mujer y decir en voz alta lo que tanto le torturaba.

—¡Fallé como padre en el mismo instante en que Sophie pensó que para mí era mejor enterrarla que asumir que tengo una hija mancillada —gritó.

A la marquesa le salieron un par de lágrimas.

—¿Cómo es posible, Olivia?! —bramó—. ¿Cómo ha podido creer que mi título está por encima de ella!? ¡Por el amor de Dios, ante todo soy padre!

La mujer se acercó, pero él se echó hacia atrás; no quería sentir su contacto, pues se asqueaba de sí mismo.

—El día que nacieron mis hijas, en el mismo instante en que respiraron por primera vez, mi título de marqués quedó relegado a un segundo plano — confesó en voz alta—. Mi único título, el único y verdadero que me he ganado por mérito propio, es el de padre. ¡El único!

Olivia se ahogaba; el dolor que emanaba su marido era tan palpable que podía sentirlo en su interior.

—¿Creéis que me importa un escándalo? Podría vivir apartado de la sociedad. Podría vivir siendo señalado toda mi vida porque un hombre comprometió a mi hija —adujo del tirón—. ¡Por mí la sociedad al completo puede irse al infierno! —explotó—. Pero no podría vivir sin una de las tres personas que amo, ¡porque sois lo único que necesito para seguir viviendo!

Olivia se abrazó a él en cuanto lo vio derrumbarse, llorando ante ella, algo que jamás había hecho con anterioridad.

—Phillip... —susurró su nombre, para tranquilizarlo.

El marqués, con lágrimas en el rostro, cerró los ojos y apretó con más fuerza a su esposa entre sus brazos.

—Me levanto cada día por vosotras —murmuró—. Respiro por vosotras. Y vivo con un único objetivo: manteneros a salvo y haceros felices... — confesó y lloró, sin importarle mostrar su debilidad ante su mujer—. Eso es ser padre, Olivia. Y yo he fallado a nuestra hija, si ella no se ha dado cuenta de que lo único que me importa en esta vida sois vosotras.

—Ella lo sabe, Phillip —intentó tranquilizarlo, sin soltarse de entre sus brazos—. Lo sabe, creedme.

El marqués negaba con la cabeza.

Olivia, a pesar de no querer dejar de sentir el cuerpo de su marido, se echó hacia atrás lo suficiente como para levantar la cabeza y mirarlo a los ojos.

—La primera palabra que ha pronunciado Sophie una vez consciente ha sido «papá» —lo informó para que Phillip entendiese cuánto significaba él para su hija—. Y no paraba de repetir una y otra vez la misma frase.

—¿Cuál?

—«¿Me perdonará?» —Acunó el rostro del marqués—. «No podré vivir sin su perdón.»

El marqués levantó las cejas.

—Ella os adora. Al igual que vos no podéis vivir sin nosotras, os aseguro

que nosotras sin vos tampoco.

El marqués se emocionó.

—Entonces, ¿por qué?, ¿por qué lo hizo? —indagó con dolor.

—La sociedad es cruel, Phillip —respondió, mientras le acariciaba la mejilla—. Nos pasamos la vida bajo el yugo de las normas morales. Inculcamos a nuestras hijas lo que se espera de ellas y los límites que no se deben cruzar —habló con sinceridad y con el corazón en la mano—. Sophie lo cruzó, el amor fue más fuerte que el sentido común, y ese error la arrastró a un infierno interior que ninguno de nosotros podía imaginar.

El marqués inspiró hondo.

—No fallasteis como padre. Ni ella como hija —adujo—. Es la sociedad la que la arrastró hasta el límite, porque así es el mundo en el que vivimos. Un mundo en el que la apariencia es lo primero, en el que el honor y la respetabilidad está por encima de todo, y donde las mujeres no tenemos derecho alguno a equivocarnos. No se nos permite cometer el mínimo error, pues todos están esperando un fallo, un desliz, para tacharnos y hacernos pagar por ello —dijo del tirón, sin tomar aire—. Las normas, las leyes, la sociedad en sí está creada por los hombres. Vosotros hacéis y deshacéis sin ser cuestionados, sin reproches, sin ataduras... Ningún hombre es tachado por sus pecados; solo las mujeres somos condenadas y arrastradas por la afamada vergüenza, por un acto en el que hemos participado los dos.

El marqués volvió a abrazar a su mujer. Como hombre lo entendía; pero como padre, no estaba dispuesto a entrar en el juego de la sociedad.

—Mi hija no debe avergonzarse. Caminará con la cabeza alta.

La marquesa sonrió con tristeza. Era loable el pensamiento del marqués, pero triste la vida solitaria de solterona que tendría que vivir su hija pequeña.

—Debéis hablar con ella.

Él asintió.

—Phillip... —musitó. Debía hacerle entender el futuro que le esperaba a Sophie.

—Shhh... Lo sé, Olivia —aseguró, como si le hubiese leído la mente a su mujer—. Nunca tendrá el futuro que habíamos soñado para ella.

La marquesa tembló.

—Pero haré cuanto esté en mi mano para que sea lo más feliz posible —

aclaró—. Esa es mi misión como padre, y eso es lo que voy a transmitirle a ella.

En cuanto el marqués se serenó, subió a la primera planta para dirigirse al dormitorio de su hija.

Llamó con los nudillos y esperó a ser invitado a entrar.

La doncella, que había subido a adecantar a Sophie, tras darle el aviso de que su padre iba a visitarla, hizo una pequeña reverencia y salió.

Sophie, semiprostrada en la cama, miró a su padre con vergüenza.

El marqués se acercó con lentitud, intentando aparentar calma. Tomó asiento en una butaca de estampado floral, al lado de la cama. Se miraron a los ojos y permanecieron en silencio.

Sophie estaba demasiado avergonzada y nerviosa, por lo que sus manos comenzaron a temblar, al igual que lo hicieron sus labios por aguantar las lágrimas.

—Sophie... —musitó el marqués.

Ella se derrumbó, presa del llanto.

El padre no lo dudó y se incorporó para abrazarla.

—Lo siento tanto... —Se entristeció la joven—. Perdóname, papá, perdóname.

El hombre tenía un nudo en la garganta. ¿Cómo no iba a perdonarla? Había estado a punto de perderla.

—Solo si me prometes que jamás volverás a cometer locura semejante.

—Te lo prometo.

Cuando Sophie apaciguó su llanto, el marqués regresó a su asiento.

—Lord Stanton ha pedido tu mano en reiteradas ocasiones —la informó.

La muchacha agrandó los ojos, presa de sorpresa.

—En vista de lo acontecido, lo más aconsejable sería aceptar su pedida de mano.

Sophie negó con la cabeza.

—No, no puedo... —Se angustió de nuevo.

El padre alargó su brazo y acarició la mano de su hija.

—Mi niña, comprendo tu temor, pero sé juzgar a la gente y Connor te



quiere.

Ella continuó negando con la cabeza.

—No puedo casarme con él —dijo con pesar—. Su corazón no me pertenece.

—No estoy de acuerdo...

—Papá, creedme, yo sí lo estoy —afirmó con nostalgia—. He crecido rodeada de amor —aludió a sus padres—. Deseaba encontrar un hombre como tú, honesto y leal. Soñaba con un matrimonio como el vuestro, donde el amor y la confianza primase ante todo.

—Y puedes tenerlo con Stanton.

—No. Él destruyó mi confianza y me pasaría la vida angustiada a todas horas cada vez que mi esposo saliese por la puerta. ¡Así no podría vivir! ¿Qué clase de vida me esperaría si no soy capaz de confiar en el hombre que tengo a mi vera?

—¿Y podrás vivir sola el resto de tus días? —indagó, preocupado.

Sophie lo miró a los ojos, para que viese la verdad en ellos.

—Sí. La soledad me aportará la tranquilidad que no encontraría en la compañía de Stanton.

El marqués sintió que su pequeña había madurado.

—Tu soltería no es el futuro que yo había soñado para ti —reconoció, honesto.

—Pero es el futuro más acertado porque no puedo redimirme de mi pecado.

El marqués, durante un buen rato permaneció en silencio. Necesitaba poner en orden sus pensamientos. Su esposa tenía razón una vez más. Si en lugar de Sophie, el que estuviese en su lugar hubiese sido un hijo varón, no estaría manteniendo esa conversación. Habría hecho la vista gorda, e incluso se habría sentido en parte orgulloso por sus hazañas libertinas. Pero no, no era un varón, sino su pequeña.

Al fijar su mirada en el rostro de su hija, contempló desánimo y vergüenza.

—Lo creas o no, aparecerá un hombre que se enamorará de ti tanto como tú de él, y dejarás de estar sola.

Sophie sonrió con tristeza.

—Desearía que ese hombre no apareciese nunca —rogó—. ¿Cómo podría apartarlo de mí sin sufrir?

El marqués se puso en pie y caminó hasta situarse junto a la ventana.

—No podrás apartarlo, como él no podrá alejarse de ti —sentenció—. Créeme, Sophie, si un hombre se enamora de ti, no encontrará obstáculos para casarse contigo. Así es el amor verdadero.

La hija miraba a su padre incrédula; ningún hombre aceptaría casarse con una mujer mancillada.

El padre ladeó la cabeza, y al ver las dudas en el rostro de ella, continuó:

—Cuando conocí a tu madre, supe, en ese momento exacto, que acabaría siendo mi esposa.

Sophie sonrió con timidez.

—Me impactó tanto su dulzura, su sonrisa y su... —Se quedó callado, había ciertas cosas que no podía contar a una hija— Todo en ella me fascinó.

—Al igual que le pasó a mamá —reconoció Sophie.

El marqués soltó una carcajada que alegró a su hija tanto, que el rostro de la muchacha tomó color de nuevo.

—Pues si fue así, déjame que te diga que lo ocultó muy bien —declaró nostálgico y alegre al pensar en aquella época—. Cada vez que coincidíamos, ella me ignoraba.

Sophie sintió curiosidad.

—¿En serio?

El marqués asintió.

—Cada vez que yo me acercaba a ella, se las ingeniaba para alejarse de mí con gran maestría. —Suspiró al recordar el momento exacto en el que se tocaron por primera vez—. Hasta que un día no pudo escaparse; el destino nos unió en el juego de la búsqueda del tesoro y no pudo negarse a ser mi acompañante delante de todos.

Sophie sonrió al ver la cara de enamorado que su padre mostraba al memorar aquel momento.

—¿Y qué pasó?

El hombre negó con la cabeza mientras su sonrisa se ampliaba, dando a

entender que nada bueno.

—Caminamos un buen rato, y al ver que ella no me miraba como yo esperaba, la cogí de la mano. No fui capaz de soltarla, y con presteza, la rapté.

La hija se llevó las manos a la boca, mientras su padre se carcajeaba.

—Continúa, por favor —rogó, pues necesitaba escuchar toda la historia.

El marqués se apoyó en la ventana con el cuerpo ladeado hacia la cama, y cruzó los brazos.

—Le pregunté por qué huía de mí, cuando ella era consciente de que si acudía a todos los eventos, era solo por verla.

Sophie se mordió el labio inferior, ansiosa por conocer la respuesta de su madre.

—¿Y qué respondió?

—Que lo hacía porque yo era el único hombre que le hacía temblar el corazón y las rodillas con solo mirarla.

La hija agrandó los ojos.

—¿Mamá confesó eso? —preguntó incrédula.

—Sí.

—¿Y qué hiciste?

—Besarla.

Los dos se rieron.

—Te aseguro que en ese instante me juré que haría cuanto estuviese a mi alcance para que acabase siendo mi esposa.

Sophie se emocionó.

—Hija, ¿crees que habría cambiado de opinión si tu madre hubiese sido comprometida por otro hombre?

La joven sintió que el corazón se le aceleraba, ¿podría ser cierto lo que su padre estaba diciendo?

—Me habría dolido en lo más profundo de mi ego varonil enterarme de que otro hombre había gozado antes que yo de los placeres maritales —reconoció—, pero nada me habría impedido casarme con ella. Y eso es lo que te pasará a ti en el futuro —vaticinó—. Aparecerá ese hombre que desee con fervor convertirte en su esposa.

A Sophie le resbaló una lágrima. Las palabras de su padre le dieron esperanza, quizá algún día...

—Gracias —agradeció a su progenitor tanto las palabras como su gesto de protección, apoyo y amor.

El padre descruzó los brazos y se estiró el chaleco.

—Bien, una vez solucionado este asunto —dijo, ocultando una sonrisa—, ahora nos toca esperar y ver si Abby soluciona el suyo.

—¿Abby? —preguntó, preocupada. ¿Acaso su hermana tenía un problema y ella no lo sabía?

—Llevamos quince días aquí y no ha hecho alusión alguna a invitar al duque de Hamilton —reveló—. Y tampoco ha orquestado ningún encuentro fortuito con él, por lo que tengo entendido.

Sophie agrandó los ojos y el duque se carcajeó al ver el rostro de sorpresa de su hija.

—¿Cómo...? ¿Cómo...? —titubeó la joven.

—Sophie, soy vuestro padre —pronunció, jovial—. Sé perfectamente por quiénes suspiran mis hijas.

Sophie se sonrojó.

—Oh... Papá, no te preocupes por Abby —tranquilizó al marqués—. Ella es más inteligente, nunca cometerá mi error.

El marqués se puso serio.

—¿Por qué? ¿Acaso no es humana?

Esas palabras consiguieron aclarar una gran verdad para Sophie: su padre era el hombre más maravilloso del mundo, y se enamoró de él, con el mismo afecto que cuando era pequeña. Su madre, sin duda, era la mujer más afortunada de todas.

## Capítulo XXIII

*Las hermanas no pueden estar toda la vida enfadadas*

Sophie parecía estar totalmente repuesta, tan solo le faltaba poder encontrar el momento oportuno para hablar con su hermana. Su padre le había pedido calma; tenía que comprender que Abby estuviese enfadada con ella y por ello la evitara.

La joven lo comprendió, pero se sentía vacía sin su gemela cerca.

Abby estaba nerviosa, también necesitaba compartir con su gemela sus inquietudes, pero seguía enfadada con ella.

Después de tres intentos en los que fue incapaz de cruzar el umbral de la puerta de Sophie, se dio por rendida; debía perdonarla.

Tocó con los nudillos la puerta de su alcoba.

—Adelante —invitó Sophie, que estaba delante del espejo.

Cuando Abby entró, las dos se miraron.

La más pequeña tragó con dificultad; necesitaba el perdón de Abby más que respirar.

La condesa cerró la puerta, y nada más girarse se pronunció, molesta:

—¡Me diste un susto de muerte! ¿Cómo pudiste hacer semejante estupidez?

—Lo lamento —se disculpó Sophie, con los ojos llenos de lágrimas.

Abby la miró fijamente.

—No pensaste en mí —le recriminó.

Al ver que Sophie no decía nada, se volvió a pronunciar, aunque en esta ocasión lo hizo con ternura.

—¿Por qué lo hiciste?

—La vergüenza me superó —reconoció con sinceridad—. La culpa de las consecuencias me martirizaba por dentro. Y fue justo en ti en quien más pensé, Abby —confesó con dolor—. No podía permitir que tú tuvieses que pagar por mis pecados. ¡Te mereces una vida llena de amor! No podía soportar la idea de que por mi culpa tú no tuvieses la oportunidad de enamorar al duque. ¡No podía!

Abby se apiadó de ella.

—Sophie, podría vivir apartada de la sociedad, pero jamás podría vivir sin

ti.

La joven la abrazó con fuerza y lloró en su hombro.

—Perdóname, Abby —suplicó—. Yo tampoco puedo vivir sin tu perdón.

—No vuelvas a darme un susto así, jamás —pronunció con emoción—. No te podría perdonar.

—Te lo prometo, Abby.

Durante un rato, las dos permanecieron abrazadas. Cuando Sophie dejó de llorar, Abby la ayudó a limpiarse las lágrimas.

Se sentaron en el borde de la cama para que Sophie supiese que ya no existía rencor por su parte, y compartió con ella su mayor secreto. La noche anterior, el duque había estado a punto de besarla en el mirador de *Great Castle*.

Durante un buen rato las dos sonrieron, se llevaron las manos a la boca en señal de escándalo y vergüenza, y las risas que tanto echaban de menos, embriagaron el dormitorio de Sophie.

—¡Oh, Abby! —se expresó con júbilo—. No sé qué decirte. No entiendo por qué el duque no pide tu mano a nuestro padre.

Abby se encogió de hombros.

Sophie la observó; su hermana estaba tan radiante, tan enamorada... No comprendía que Hamilton, después de todo lo que hacía por ella, no fuese capaz de reconocer que su gemela le importaba de verdad. Sus gestos con su hermana lo delataban. ¿Qué hombre hubiese sido capaz de preparar una cita clandestina tan especial, si no estuviese enamorado?

—Si la lechuza no os hubiese... —Abby se tapó la cara con las manos por la vergüenza y Sophie se interrumpió por la risa—. ¿Hubieses dejado que te besara?

—Sí —respondió con las mejillas encarnadas—. Sé que no debería pero...

Sophie la interrumpió.

—Me gustaría persuadirte de lo contrario, pero no puedo —reconoció con nostalgia.

Abby le acarició la mejilla.

—Sophie...

—No, Abby, no me duele pensar en ello —confesó—. Es complicado de

explicar cuando ni siquiera yo sé cómo entenderme —se sinceró, pues con su gemela era con la única que podía hacerlo—. Por un lado, le odio y soy incapaz de perdonar su traición. Pero por otro, no puedo guardarle ningún rencor. Supongo que mi parte enamorada lo añora y quiere mantener su recuerdo intacto y puro. Sin embargo, la parte que está dolida solo quiere aferrarse a un futuro en el que él no estará presente.

Abby la miró con cariño.

—¿Crees que tiene sentido lo que digo?

—Sí.

Sophie le sonrió con gratitud.

—Entonces, ¿quieres que te acompañe? —preguntó, volviendo a la conversación que previamente habían mantenido.

—Sí, pero antes debes ayudarme a elegir el retrato que voy a regalarle.

Sophie se puso en pie, encantada de volver a tener a su hermana a su lado y de poder compartir sus vidas como lo habían hecho siempre.

Salieron juntas del dormitorio de Sophie para dirigirse a la sala de pintura, lugar donde Abby solía pasar muchas horas, pues al igual que su gemela era una erudita al piano, ella siempre había destacado por sus dotes de retratista. Desde pequeña, el dibujo había sido su válvula de escape. Se sentía libre a la hora de dibujar, y por ello lo hacía a menudo.

Los marqueses, que estaban sentados en la sala de mañanas, sonrieron cómplices al ver pasar a sus hijas y escuchar sus risas.

Una vez dentro, Abby le enseñó cuatro retratos del duque que había pintado al óleo.

Sophie se maravilló. Era admirable la capacidad que tenía Abby para plasmar los rostros con tanta perfección.

Uno de ellos le llamó mucho más la atención que los otros tres.

—Este es precioso —reconoció obnubilada, pues la mirada del duque parecía tener vida propia—. Tiene algo especial... No sabría decir exactamente qué es, pero lo tiene.

Abby lo miró y sonrió.

Sí, tenía algo especial. Fue el primer retrato que pintó de Niall. Se había quedado tan grabado en su retina ese momento, que le fue imposible dejar de pintar hasta que lo terminó.



Aquel rostro la impactó, pues era la primera vez que el duque sonreía ante ella. Fue el día que caminaron en busca del tesoro. Incluso recordó la conversación:

«—¿Sabéis, Excelencia? Creo que soy una persona muy afortunada.

—¿Por?

—Os he visto reír, ¿creéis que hay mucha gente que lo haya comprobado?

—Eso es porque los demás no son tan divertidos como usted —dijo sonriente—. El mérito es solo suyo.»

Sophie la observó; su hermana se había quedado en un estado de ensoñación tan palpable, que incluso llegó a sentir su ternura.

—Pues este es el elegido —pronunció triunfal, Sophie.

Abby asintió con una gran sonrisa.

—Ahora tenemos que ir sin falta a comprarle el regalo.

Sophie se carcajeó. Su hermana estaba locamente enamorada del duque, ¿acaso no veía que el retrato ya era un buen regalo? Estaba segura de que Hamilton no lo esperaba y de que cuando lo recibiera se quedaría prendado, no solo de las prodigiosas manos de Abby a la hora de plasmar su retrato, sino por haberlo podido hacer sin tenerlo a él posando.

¿Acaso no decía mucho ella con ese gesto? ¿Tan ciego era el duque para no darse cuenta?

Y entonces a Sophie le dio un pinchazo el corazón. ¿Y si el duque al final no pedía la mano de su hermana? No quería pensar en ello, Abby estaba demasiado enamorada y no podía imaginarse por nada del mundo, que su gemela sufriera tal desengaño. Bien sabía ella lo doloroso que podía ser perder al hombre que amabas.

Sonrió a su hermana para que no se percatara de sus elucubraciones, pero en lo más profundo de su ser, temió que Abby acabara sufriendo tanto como ella.

—Tenemos que darnos prisa —la animó Abby—. Quiero que le graben sus iniciales en la caña de pescar.

Sophie asintió; el duque se sorprendería mucho con ese regalo, pues dudaba que lo esperase.

Y juntas, salieron en busca de la señorita Hook; así se acercarían a visitar puestos de cintas para el cabello en las tiendas de la comarca.

## Capítulo XXIV

*Ahogar las penas en alcohol siempre trae problemas*

Los hermanos St. John no habían pasado las mejores navidades de sus vidas. El conde porque todavía no había encontrado la forma de reconquistar a Sophie y conseguir su perdón. Y Duncan, porque cada día que pasaba y escuchaba todos los meritorios movimientos de Penelope, consiguiendo por ella misma triunfar en el combate contra todos los que intentaban perjudicarla, le desgarraba el alma, pues si la duquesa no le necesitaba, ¿qué podía aportarle él?

Ya estaban en febrero y no parecía que ninguno de los dos hubiese conseguido ningún avance; Duncan porque debía esperar todavía un tiempo hasta que acabase el periodo de luto de Penelope, y Connor porque Sophie, tras regresar a Londres, no había dado muestras de querer recibirlo.

Ahora estaban sentados en una taberna a las afueras de Londres, ahogando sus penas en alcohol.

—No debes preocuparte —animó Duncan a su hermano mayor—. Por lo que tengo entendido, el señor Boston goza de una buena amistad con las hermanas Allende, pero no está interesado en cortejar a ninguna de ellas.

Connor hizo una mueca con los labios.

—El americano no es tonto —adujo, molesto y algo ebrio—. ¿Qué hombre con ojos en la cara no caería rendido ante Sophie?

Duncan se carcajeó, tan afectado por el alcohol como su hermano.

—Yo tengo ojos y no he caído rendido a sus pies.

Connor le señaló con un dedo.

—¡Y gracias a eso sigues viviendo!

Duncan volvió a reírse, su hermano parecía decirlo muy convencido.

—Sigo diciendo que no tienes motivos para preocuparte.

Connor bebió de un trago lo que le quedaba en la copa y se llenó otra, ya que el tabernero había dejado la botella en la mesa, porque los hermanos St. John así lo habían solicitado.

—No es con el americano con quien debería acudir a la gala benéfica de San Valentín —dijo, arrastrando las palabras—. ¡Sino conmigo!

Duncan asintió.

—Dale tiempo, Connor —sugirió—. Nuestra madre siempre dice que el tiempo lo cura todo.

El conde no estaba seguro, pero deseaba fervientemente que así fuera, porque el dolor que sentía por dentro estaba consumiéndolo.

Una hora más tarde, los dos apenas se tenían en pie y se arrastraban el uno al otro, cogidos por los hombros, mientras salían de la taberna para acercarse al carruaje.

—Echo de menos su cuerpo —dijo sin ser consciente de lo que hablaba, pues su estado de embriaguez había llegado al límite.

Duncan se carcajeó.

—El celibato acabará con nosotros —afirmó, reconociendo en voz alta que desde que se había marchado a Jamaica no había visitado la cama de ninguna mujer.

Se tropezaron contra una viga de madera que había a la salida de la taberna.

—Perdone —se disculpó el conde, pensando que se había tropezado con alguna persona.

Duncan tampoco estaba muy seguro de si debía excusarse, pues no asimilaba bien contra quién o qué se habían golpeado.

Estaban a punto de montar en el carruaje, cuando una muchacha de dudosa reputación se acercó hasta ellos.

—Disculpen, caballeros —llamó la atención de los hermanos.

Los St. John se giraron, o hicieron amago de ello, pues Connor se tuvo que sujetar a la puerta que el cochero había dejado abierta, y Duncan fue a parar directamente a los brazos de la mujer.

La risa de la joven llamó la atención del cochero, que puso los ojos en blanco al contemplar la escena desde su asiento elevado del carruaje.

—Milady —saludó Duncan, con una inclinación tan poco correcta y desestabilizada, que por poco se cae al suelo.

A la meretriz le hizo gracia que se dirigiese a ella con esos términos.

—Milord, creo que ambos nos necesitamos —comentó la mujer de pechos voluptuosos y muy bien expuestos—. Necesito transporte y usted compañía.

Duncan parpadeó. Sí, él necesitaba compañía con urgencia, pero la de una

pelirroja de ojos violetas, y no la de una mujer morena de ojos castaños.

Connor, haciendo un gran esfuerzo por sujetarse a la puerta para mantenerse en pie, se pronunció:

—Por supuesto, podemos acercarla... —Y se quedó con la mente en blanco.

La mujer sonrió ampliamente.

—Debo llegar a Somerset —anunció la mujer.

Connor tuvo que pensar si conocía ese lugar.

Duncan, por el contrario, al escuchar la comarca pensó en Penelope una vez más; incluso borracho le resultaba imposible olvidarla.

—Mi hermano se dirige hacia allí.

—¿Sí? —preguntó Connor.

Duncan asintió con la cabeza.

—Ah... pues en tal caso... —Señaló con la mano el carruaje para que la mujer subiera y ella no lo pensó; pasó por delante de Duncan y de Connor para montar en el carruaje. Pocas veces se tenía tanta suerte; encontrar clientes era fácil, pero encontrar clientes pudientes y apuestos... no.

Connor hizo el intento de subir, pero le falló la pierna al atinar el pescante.

Duncan lo ayudó y cerró la puerta.

El cochero miró a Duncan, esperando que él también subiese.

—La dama va a Somerset —informó.

El hombre asintió; eso quería decir que antes de llegar a *Great Sea* debía parar para que la mujer bajase.

Connor se asomó por la ventanilla.

—¿No vienes?

Duncan negó con la cabeza; el recuerdo de Penelope le había hecho entender que necesitaba más alcohol. O eso es lo que pensaba él.

Se despidió con la mano y vio alejarse el carruaje.

Se dio la vuelta pero no entró en la taberna; prefirió caminar e ir a otra que conocía y que no estaba muy lejos de allí.

Dando tumbos, paseó por las calles sin ser consciente de a dónde se dirigía.

Ya no sabía ni quién era él, cuando un carruaje paró a su lado y una mujer abrió la puerta.

—Mi querido Duncan —saludó con voz melosa Elaine, su antigua amante—. Sabía que nos volveríamos a ver.

Duncan la miró, pero no reconoció a la mujer. De hecho, justo en ese momento se desplomó en el suelo.

Elaine sonrió y le pidió a su acompañante que la ayudase a subirlo al carruaje.

El conde de Oxford, con su mejor sonrisa, se prestó a ello; sería maravilloso poder chantajear a Duncan en el futuro si se le ocurría casarse con Penelope, la mujer causante de su destierro social.

Desde que se hizo público aquel panfleto de cotilleos, nadie lo había vuelto a invitar a ninguna fiesta. Y para mal de males, tenía una deuda pendiente y llevaba tiempo escondiéndose para que Connor Stanton no fuese a reclamarla. ¡Sería su fin! Pero ahora se abría una gran oportunidad ante él; tenía que pensar muy bien cómo actuar y cuándo dar el toque de gracia, porque acabaría con Duncan y con Penelope a la vez.

\*\*\*

Connor cerró los ojos porque el martilleo de las ruedas en el empedrado asfalto lo estaba matando, y además, se encontraba demasiado mareado.

La mujer le acarició la pierna.

—Por unos peniques, milord, os haré rozar el cielo.

El conde no entendió nada, tan solo comprendió que alguien le estaba pidiendo dinero, por lo que sus manos fueron directas al bolsillo de su chaleco y sacó una moneda, que ofreció a la mujer.

Ella parpadeó. ¡Una guinea! Sonrió de oreja a oreja; se había ofrecido por unos peniques y se iba a llevar veinte chelines.

La tomó y se la guardó entre los pechos con rapidez.

Se colocó en el asiento encarado al conde y se arrodilló ante él.

Sus manos comenzaron a acariciar su miembro viril.

Connor suspiró.

—Sophie, mi amor —dijo suplicante—. Por más que lo he deseado, te aseguro que ahora no es el momento.

La mujer negó con la cabeza; los hombres cuando iban borrachos decían cualquier cosa.

Ella le sacó la camisa por la cinturilla del pantalón y metió la mano.

El contacto de la mano fría de la mujer en su epicentro le hizo dar un brinco.

En ese mismo instante, el cochero tuvo que parar a los caballos con virulencia, puesto que en la oscuridad de la noche apenas había podido advertir que había otro carruaje parado en mitad del camino.

Connor, con el golpe reaccionó.

—¿Qué haces? —recriminó a la mujer, apartando las manos de su pene de un tirón.

La mujer lo miró sorprendida.

Se escucharon voces en el exterior y el conde abrió la puerta sin pensar, descendió con poco equilibrio y se pronunció molesto:

—¿Qué demonios está pasando?

El cochero, que se había bajado para comprobar si los caballos estaban bien, se giró.

—No se preocupe, milord —lo tranquilizó el sirviente—. Otro carruaje había sufrido un percance pero ya lo han solucionado.

—¿Se encuentra usted bien? —La voz de una joven surgió de entre la oscuridad.

Connor sintió que el corazón se le salía del pecho; esa voz, esa dulzura era la de...

La muchacha apareció frente a él portando un candil en la mano que alumbró su rostro.

—Sophie... —musitó.

La pequeña de las hermanas Allende parpadeó perpleja, y miró a Connor de arriba abajo.

Él se percató del escrutinio al que estaba siendo sometido, y se apresuró en recolocarse bien la ropa.

La hermana de la joven se acercó a Sophie.

—¿Están todos bien? —se preocupó. Claro que, al ver al conde, se paralizó.

—Sí, todo está bien... —atinó a decir Connor sin apartar los ojos de Sophie.

Aunque la respuesta fue corta, también fue suficiente para entender que el conde estaba en un estado de embriaguez preocupante, pues no había sonado tan certero como él pensaba.

Cuando la acompañante del conde bajó del carruaje para interesarse por lo que estaba sucediendo, a Sophie se le agrandaron los ojos. Y es que esa mujer, a todas luces se notaba que no era una dama de la alta sociedad; sus ropas extremadamente apretadas, dejando al descubierto tanta carne que hasta se podían atisbar las aureolas de los pechos, evidenciaban cuál era su procedencia.

Connor observó el cambio de expresión de Sophie y ató cabos; él, con los pantalones casi bajados, su camisa por fuera...

¡No podía pasarle eso a él!

Abby, que había llegado a la misma conclusión que su hermana, la tomó por el brazo.

—La rueda está arreglada, podemos continuar nuestro camino.

Sophie se giró lentamente.

—Sophie, por favor, no te marches así —suplicó el conde a su espalda—. No es lo que parece.

—Es usted un hombre soltero, milord —respondió ella sin darse la vuelta—. Es libre de hacer cuanto le plazca.

Él intentó alargar su brazo para retenerla, pero Abby se lo impidió.

—Buenas noche, lord Stanton.

Las muchachas desaparecieron dejándolo allí, en medio del camino, a oscuras y desorientado.

Vio pasar el carruaje de ellas a su vera, pero Sophie no se asomó por la ventanilla para mirarlo.

Sophie se miró las manos, las tenía temblorosas.

Abby permaneció callada durante un rato.

Había sido mala suerte tener un percance de regreso a casa desde *Golden House*, donde habían acudido a visitar a su amiga Penelope. La visita había sido provechosa, ya que el señor Hook sería su acompañante durante la gala



benéfica para las viudas y huérfanos de los soldados que lucharon en Francia. Pero eso había sido lo único bueno, porque el remate de su mala fortuna había sido tener que tropezarse con el conde.

—Sophie, el conde estaba ebrio —quiso calmar a su hermana—. Los hombres cuando beben no saben muy bien lo que hacen.

—¿Como llevar a mujeres de dudosa reputación en sus carrozas?

¿Qué rebatir a eso?

\*\*\*

Duncan se despertó con una terrible jaqueca, le dolía tanto la cabeza que deseaba poder arrancársela.

Abrió los ojos y parpadeó varias veces, ya que de normal él solía tener las cortinas corridas para evitar la claridad.

Cuando sus ojos se acostumbraron, se dio cuenta de que no estaba en su cama.

Pegó un salto.

Elaine entró en la habitación y al verlo sonrió.

—Buenos días, querido —saludó cantarina, ataviada con un camisón de encaje que él conocía perfectamente, ya que lo había pagado en el pasado.

Duncan se miró y maldijo por estar desnudo. Echó un vistazo rápido y localizó su ropa en el suelo. Se acercó raudo y empezó a vestirse con celeridad.

—No sé cómo llegué hasta aquí... —quiso aclarar la situación, pero ella lo interrumpió:

—Llamando a la puerta.

Duncan apenas la miró. Continuó vistiéndose.

—Un error que no volverá a suceder.

Elaine soltó una carcajada.

—No era precisamente eso lo que decías anoche.

A él se le contrajo el estómago. Había sido fiel a Penelope todo ese tiempo y ahora...

—Pues no volverá a suceder —sentenció, al tiempo que caminaba para salir de aquella habitación dando un portazo.

Elaine se dejó caer en la cama y suspiró.

—No, querido, no será la última vez que nos volvamos a ver —vaticinó en voz alta, aunque él ya no pudiese oírla.

Y no sería la última vez, porque el conde de Oxford y ella, tras llevar a St. John hasta allí, lo habían desnudado y metido en la cama, para luego urdir un plan que les beneficiaría a ambos, ya que los dos querían venganza. El conde porque Penelope lo había ninguneado ante todos; y Elaine, porque la duquesa le había arrebatado al único hombre de la alta sociedad con el que pensó que podría casarse.

## Capítulo XXV

*Hay damas que incluso sin brillo en la mirada son admiradas*

Las hermanas Allende acababan de entrar en Almack's. Esa noche estaba más concurrida de lo habitual, ya que todos querían aportar sus donaciones al Departamento de Guerra, destinadas a las viudas, huérfanos y soldados heridos.

Sophie gozaba de la compañía del señor Boston, un gran amigo que desde que tuvo el incidente en Navidades, se había mostrado más cercano y protector.

Estaban observando a Abby, que esa noche lucía más hermosa que nunca, cómo saludaba al duque de Hamilton y a su acompañante, lady Victoria Stewart, la hija del duque de Manfford; una muchacha preciosa que estaba interesada en el mismo hombre que su hermana.

Había algo en ella que a Sophie no le gustaba, la forma en que miraba a Abby no era normal, y algo en su interior se removió; estaba convencida de que tenía malas intenciones.

Aunque su interior se removió todavía más, cuando anunciaron a los próximos asistentes.

—El conde Connor Ashton Robert St. John de Stanton —sonó su nombre como un eco—, y sus acompañantes, lady Philomena, lady Hermione y lady Violet.

Sophie giró la cabeza y, sin quererlo, sonrió.

Sintió algo de paz, porque había pasado toda la semana preocupada pensando en quién sería la acompañante de Connor. Ahora, verlo allí con las tres ancianas, que según él adoraba pero que conseguían crisparlo, le hizo gracia.

El marqués de Stanford buscó con la mirada a su hija Sophie; quería ver su reacción, pues desde su fiesta de aniversario, que él supiese, no se habían vuelto a ver cara a cara.

La marquesa hizo lo mismo, solo que ella sí conocía el fortuito encuentro que su hija había tenido con el conde, ya que la doncella personal de Abby se lo había contado, asegurando que el estado lamentable del conde había sido impropio de un hombre de su categoría.

El señor Boston ofreció su brazo a Sophie para acercarse a la pista, donde

estaba todo preparado para comenzar el baile.

Connor no tardó nada en localizar a Sophie; su altura siempre la hacía destacar entre el resto de las damas.

Observó atento, estudiando minuciosamente cada movimiento y cada reacción de ella ante el americano.

—Negarse a aceptar una invitación para un baile en público es una grosería que ninguna dama está dispuesta a cometer en un lugar tan concurrido. —Escuchó Connor a su espalda.

Sin girarse, sabía que era lady Violet quien le estaba dando la pista para que invitase a bailar a Sophie delante de todos.

Él sonrió. Esas tres brujas, a pesar de sacarlo de quicio, también conseguían ayudarlo en contadas ocasiones, como en esa, en la que él no estaba muy seguro de si podría llegar hasta Sophie. Pero claro, lady Violet tenía razón, su bella Sophie no le haría un desplante delante de todos, pues eso la dejaría en evidencia.

Se giró y, sin pensarlo, le dio un beso en la mejilla a la anciana.

—¡Ohh...! —se pronunciaron lady Philomena y lady Hermione, fingiendo estar consternadas por el descaro del joven. Claro que, las tres estaban disfrutando.

En cuanto el baile terminó, él esperó con paciencia el momento oportuno para invitarla a bailar.

Pero tuvo que esperar más de lo que deseaba, ya que lady Victoria volcó su copa sobre el vestido de su hermana Abby, y Sophie la acompañó a los aseos destinados para las damas.

Abby tenía los ojos brillantes, las lágrimas se agolpaban, pero se negaba a derramar ni una sola de ellas.

Sophie intentaba animarla pero poco podía hacer; su hermana tendría que regresar a la casa. Si ese era el plan que había urdido Victoria, lo había conseguido. Ninguna dama permanecía en una fiesta con el vestido arruinado.

—Si hubiese sido limonada —se entristeció Abby.

Sophie se mordió los labios. Ahora sí que estaba convencida de que Victoria lo había derramado con malicia, ya que el contenido era clarete.

—Regresaré a casa —la informó su gemela de su partida—. Discúlpame ante el señor Hook.

—¡Pero Abby! —Sophie iba a recriminarla, pero su hermana levantó de nuevo la mano para acallarla.

—Este evento puede ser muy beneficioso para el señor Hook —reconoció—. No permitiré que él abandone la fiesta por culpa de Victoria.

Sophie torció los labios.

Comprendía a su hermana; si el señor Hook se enteraba de que ella pensaba abandonar la fiesta, como caballero que era la acompañaría hasta la casa.

—Intenta distraerlo —rogó—. Saldré por una de las puertas laterales.

—¿Y cuando se entere? —se inquietó Sophie.

—Ya estaré en casa y no estará obligado a marcharse. Además, utilizaré el carruaje de nuestros padres, por si Hook necesita el suyo antes de que regrese.

Sophie se quedó pensativa. Estaba convencida de que Hook se molestaría; él era su acompañante y estaba en la obligación de proteger a Abby hasta su regreso a *Stanford House*.

—Está bien, esperemos que no se incomode demasiado —deseó—, y que nuestros padres no se enteren.

Abby le dio un beso en la mejilla a su hermana y se despidieron.

Lo que las gemelas no sabían, era que había dos hombres, cada uno a un lado del salón, esperándolas.

El duque de Hamilton, que había sido testigo de lo ocurrido desde la distancia, permanecía en un lateral de la sala, con la mirada clavada en el corredor por el que debía salir Abby del aseo.

Vio aparecer a Sophie, pero no encontró a la persona que esperaba. Se movió para acercarse más, y justo en ese instante, observó cómo Abby se colaba por una de las puertas laterales que daban a los jardines.

¿En qué pensaba esa mujer?

Gruñó sin importarle que alguien pudiese escucharle, y salió a buscarla.

Connor, que era el otro caballero que estaba esperando, siguió a Sophie con la mirada. ¿Qué estaba haciendo? La vio escabullirse por una de las

puertas que daba a los jardines del ala norte, inspiró y fue a su encuentro.

La pequeña Allende se escondió detrás de unos helechos con la intención de darle tiempo a su hermana; así, cuando se encontrara con el señor Hook, ya sería tarde para ir a buscarla.

Se sobresaltó al notar cómo la sombra de un hombre alto se colaba en su escondite.

Aguantó la respiración.

El conde no tardó en reconocer la silueta de Sophie entre las sombras. Alargó sus brazos y la sujetó por la cintura.

La joven dio un grito y él, para acallarla, la besó.

Al principio, ella mostró resistencia y lo golpeó con los puños cerrados en los hombros; pero reconoció su boca, su lengua, su sabor y, poco a poco, dejó de luchar y de resistirse.

Durante un momento se permitió disfrutar de aquel beso, pero el recuerdo de Connor con los pantalones bajados delante de otra mujer que no era ella la hizo reaccionar, dándole un empujón para apartarlo.

—¿Cómo os atrevéis? —le increpó.

Connor tomó aire antes de hablar.

—Sophie, necesitamos hablar con tranquilidad —dijo calmado, aunque no se sentía así. Menos, después de ese beso arrollador y desesperado que le había calentado por dentro.

La joven tenía mucho rencor en su interior, y el conde no era consciente de cuánto.

—Puede que yo pecara una vez —habló con resentimiento—. Pero os aseguro que no encontraréis en mí lo que estáis acostumbrado a obtener de otras. ¡Yo no soy como ella!

Connor recibió el golpe, se lo merecía.

—Sé perfectamente que no eres como ella —reconoció—. Por eso no es con Anne con quien deseo casarme sino contigo.

Sophie agradeció la oscuridad, porque se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Porque ella os rechazó —adujo, con dolor en el corazón.

—Eso no es verdad...

—No quise darme cuenta —lo interrumpió ella, entristeciéndose—, pero

en el fondo lo sabía. Pensabais en otra mientras estabais conmigo.

A él se le contrajo el estómago al escucharla, porque en parte tenía razón, pero debía conocer la verdad: que descubrió que nunca había amado a Anne justo en el momento en que la vio a ella partir de aquella sala de música.

—Tardé en darme cuenta de que solo te he amado a ti...

—¡Callad! —se expresó Sophie encolerizada, pues le dolían aquellas embusteras palabras —¡Dejad de mentir!

—No miento, es la verdad —sentenció, enfadado porque ella no creyese en su palabra.

—La verdad... —repuso ella con agonía—. La verdad es que mientras me decías que desde que me entregué a ti ya no podías dejar de soñar con mi cuerpo; que era un suplicio acostarte y sentir tu lecho vacío; que necesitabas mi calor; que me necesitabas a mí de día y de noche; os faltó tiempo para bajaros los pantalones y notar el calor de la mujer que os dejó por otro hombre. ¡Esa es la auténtica verdad!

Connor golpeó uno de los helechos gigantes, como si de un contrincante de sus sesiones de boxeo se tratase, porque estaba frustrado al no poder borrar el pasado, y cabreado por no hacerla entender que la amaba a ella, solo a ella.

—¡Maldita sea, Sophie! —Perdió los modales por la desesperación—. ¿Qué tengo que hacer para conseguir tu perdón?

A ella le rodó una lágrima que él no vio.

—Os puedo perdonar, Stanton —reconoció con un nudo en la garganta—. Pero no puedo olvidar.

Una respuesta aplastante que dejó al conde K.O., como él había dejado a algunos de sus contrincantes en el ring, y a ella temblorosa, porque esa no era la auténtica verdad, sino el pánico a reconocer en voz alta que nunca dejaría de amarlo, que por más que le doliera, siempre sería así, pero que no podía olvidar su traición y ese era su gran temor, vivir un futuro con el conde y no sentirse nunca segura de ser la única para él.

El conde no se quiso dar por vencido.

—Conozco mejor que nadie el rencor —pronunció, rompiendo el silencio que los había envuelto—. Es un sentimiento muy cegador, Sophie, tanto como para no dejarnos ver lo que tenemos delante y que nos hace cometer



errores imperdonables porque no nos deja ver la realidad —alegó, rememorando los años que él se había sentido así—. No permitas que te ciegue —rogó—. Piensa en mí y reconoce en tu interior, que tu corazón palpita por mí.

Ella lo sabía, pero no podía condenarse a una vida junto a Connor sin ser capaz de confiar plenamente en él. No podía.

—Palpitó por vos —declaró una verdad a medias—, como espero que algún día palpите por otro hombre que sea capaz de amarme sin pensar en otras.

Aquello era más de lo que el conde podía soportar, ella esperaba enamorarse de otro hombre... Con la sangre hirviendo en su interior, se expresó rabioso y se carcajeó.

—Os deseo suerte, lady Sophie —ironizó para dañarla, con la intención de que sintiera en sus propias carnes lo mismo que él—. Encontrad un pretendiente que os ame lo suficiente como para pasar por alto que me entregasteis a mí vuestra virtud.

Y por segunda vez en su vida, recibió una bofetada de la mujer que amaba.

Sophie salió del escondite y se limpió las lágrimas, irguió la espalda y entró en el salón con la cabeza bien alta. Le demostraría que ella podía tener a cualquier hombre si así se lo proponía.

Dos horas más tarde, el conde de Stanton decidió abandonar el baile, cansado de ver cómo todos los hombres solteros y no solteros correteaban alrededor de Sophie, como lobos hambrientos esperando el momento para cazar a su presa.

El marqués de Stanford llegó a la misma conclusión que Connor, y no le gustó, porque ninguno de los que acechaban esa noche a su hija merecían el afecto de su pequeña. Además, ahora tenía doble peligro, pues él no aceptaría la propuesta de ninguno de ellos a no ser que estuviese convencido de que realmente estaba enamorado de Sophie, porque ella no gozaba de la virginidad que todo esposo esperaba encontrar en la mujer con la que decidiera casarse.

No podía negar la evidencia. Su hija, a pesar de haber perdido el brillo de su mirada, su sonrisa cándida y su alegría, era capaz de encandilar a cualquiera. Tenía un poder muy especial: su naturalidad.

## Capítulo XXVI

*Un hombre enamorado intentará proteger siempre a su dama*

Duncan St. John estaba desesperado, pues solo faltaban un par de días para poder visitar a su pelirroja. El tiempo de luto había sido para él una eterna condena. Tenerla tan cerca y no poder visitarla lo estaba consumiendo poco a poco.

Llevaba un par de meses consternado; aquella fatídica noche con Elaine era una pesada carga en su conciencia pues, ¿cómo podría explicar aquello? No podía.

Como cada mañana se levantaba con un único pensamiento: Penelope.

Decidió cabalgar y despejar su mente. Sin saber por qué, tomó el camino que llevaba al arroyo, el lugar donde encontró a su hermano hacía unos meses, donde le prometió ayudarlo y, por desgracia, todavía no había conseguido hacerlo, pues parecía que todos los intentos por parte de Connor de reconquistar a Sophie habían sido infructuosos; más que eso, por lo que le había confesado, en su último encuentro había perdido toda posibilidad de conseguir que la joven lo perdonase.

Se entristeció al recordarlo, pues había visto el agobio y la pena en el rostro de Connor.

Inspiró con fuerza intentando ahuyentar aquel recuerdo, y deseando que su reencuentro con Penelope fuese más halagüeño, porque él no sería tan fuerte como su hermano.

Volvió a pensar en Penelope y sus ojos se agrandaron al verla a lo lejos, junto al arroyo. Su corazón se agitó y espoleó a su caballo para llegar cuanto antes junto a ella, porque la necesitaba.

Cuando llegó a la altura de Penelope, paró, y sin descender de su blanco corcel, la miró con intensidad.

Llevaba un año añorando a esa muchacha. Durante todo ese tiempo, no había dejado de pensar en ella ni un solo día. Jamás pensó que una persona podría llegar a clavarse en su corazón con tanta intensidad. Pero lo había hecho, y ahora le tocaba esperar que a ella le hubiese sucedido lo mismo con él.

Necesitaba con todo su ser que ella no lo hubiese olvidado y que lo hubiese perdonado.

Le impactó la delgadez que mostraba. No es que al conocerse ella tuviese alguna libra de más, todo lo contrario; por ello, su pérdida de peso se acentuaba más.

Y sus ojos, esos brillantes ojos violáceos que él tanto había añorado, estaban muy apagados.

Descendió y se acercó a ella.

El silencio los envolvió como un manto.

Penelope tembló. Duncan estaba a un palmo de ella, tan cerca que con tan solo alargar la mano podría acariciar aquel bronceado rostro masculino.

El aroma que él desprendía se coló en ella como un mágico elixir, un olor a algodón limpio y fresco que la perturbó.

Duncan, tan observador como siempre, se alegró al notar el desconcierto de ella. Por ello, aprovechó ese momento para pronunciarse:

—Vaya, Pen —la tuteó con cariño—, esperaba un recibimiento más efusivo por tu parte.

Ella parpadeó, y en sus ojos apareció un brillo especial, el mismo que Duncan memorizó, al tiempo que se sintió satisfecho; había conseguido que aquella mirada apagada y vacía desapareciera.

Sí, definitivamente tenía la esperanza de conquistarla.

—St. John —pronunció ella casi en un hilo de voz, pues todavía continuaba conmocionada por la sorpresa.

Si ella supiera cuánto la había echado de menos. Si fuera consciente de todas las noches que sus sueños la habían elegido como protagonista, se mostraría más afectuosa.

Ahora que la tenía delante, no pensaba dejar escapar su oportunidad; era hora de actuar, pues ya había esperado demasiado durante un largo y tedioso año. Estaba cansado de que Penelope fuese la causante de su insomnio. A partir de ese momento, haría lo posible para que fuese de otra manera; seguiría siendo por ella, pero en esta ocasión sus desvelos serían por tener a su pelirroja entre sus sábanas.

Alargó su mano y acarició la mejilla de ella.

Penelope no se apartó.

—¿No crees, cariño, que ya es hora de que me llames por mi nombre?

Su dedo pulgar recorrió todo el óvalo de su cara, hasta llegar a su barbilla, donde se recreó.

Penelope no sabía qué decir, se había quedado muda. Y no era para menos, pues no lo esperaba, y además, él parecía más maduro, más apuesto, más... hombre.

El mutismo de ella no supo cómo tomárselo St. John.

—Te he echado de menos —musitó—. Regresé hace unos meses y ha sido un suplicio no salir corriendo para buscarte.

Ella tragó con dificultad.

Él acarició con su dedo el labio inferior de ella, sin poder apartar la mirada de aquellos carnosos labios que tanto ansiaba besar.

Alzó la vista poco a poco, recreándose en aquellas pecas tan maravillosas que pintaban su nariz, hasta que encontró los ojos de sus sueños; los de Penelope, los de la mujer que amaba.

—Amor, no podía soportar un día más sin ti —confesó—. Qué difícil es borrar tu recuerdo.

Penelope se sonrojó, pues aquella mano seguía acariciando su rostro.

—¿Y tú? —preguntó él sin apartar la mirada, mientras recorría con la palma de la mano su mejilla, con lentitud, con suavidad, hasta llevarla hasta su nuca—. ¿Has sido capaz de olvidarme?

La pregunta quedó flotando en el aire entre ellos, con cierto matiz a súplica, como si él necesitase una respuesta honesta, la única posible.

Penelope no estaba segura de poder confesar la verdad, pero estaba cansada de fingir, de sentirse vacía, de luchar contra el mundo, de llorar a escondidas, de abrigar esperanzas, de mostrarse fuerte ante los demás...

La entonación de Duncan le llegó al corazón como si aquella súplica le brindara la oportunidad de liberar su conciencia y su alma. Por eso, ni se negó ni le negó a él la verdad. Movié la cabeza a ambos lados.

—Entonces olvidemos los angustiosos días de soledad y melancolía —pronunció Duncan, inclinándose poco a poco—. Sellemos de una vez nuestro amor.

Y atrapó los labios de Penelope, con una caricia certera y profunda.

Duncan, totalmente sediento de amor, se entregó con toda su alma. Quería borrar todo el sufrimiento que le había causado. Que ella olvidara para

siempre aquella escena bochornosa de la que fue testigo. Que su amor fuese más fuerte que su odio.

Deseaba convertirse en el hombre que ella merecía tener a su lado.

Sus manos vagaron por aquel cuerpo femenino, recreándose en la sensación de sentirla excitada.

—Esto sí es un recibimiento —susurró rozando sus labios.

Penelope sonrió.

Esa sonrisa alentó el corazón de Duncan.

—Eres un sueño hecho realidad —musitó mientras le regalaba cientos de besos por todo su rostro—. Me he dado cuenta de que me sobra el tiempo si tú no estás —confesó, seguido de un beso en su clavícula.

Penelope gimió y se aferró a él con más fuerza.

Él sonrió de medio lado.

—Tengo que regalarte miles de caricias. —Sus manos se desplazaron a la cintura de ella y la aupó un palmo, para tenerla a su altura—. Todas las que no nos hemos podido entregar durante el tiempo que hemos estado separados.

Y sus labios se unieron con fuerza.

No fue él quien tomó la iniciativa. Fue Penelope quien se lanzó a su boca. La que lo devoró con pasión. La que ansiaba marcarlo como suyo.

Duncan, con el corazón acelerado y la felicidad instalada en su interior, empezó a dar vueltas con ella, sin bajarla, sin soltarla, y sin querer dar por finalizada aquella plenitud.

No solo era una danza física, sino también emocional. Sus almas bailaban unidas.

Los cascos de un caballo a galope y los gritos de un hombre llamando a Penelope los asustaron.

Con desgana, dejó a la muchacha en el suelo, y antes de soltarla, volvió a regalarle un último beso.

—¡Excelencia, Excelencia! —gritaba uno de los lacayos, mientras se aproximaba a ellos.

—¿Qué sucede? —preguntó Duncan, al notar el agobio del hombre.

—Fuego, hay fuego en el establo.

Penelope perdió el equilibrio.

Duncan con rapidez la sostuvo.

—Alguien ha prendido fuego intencionadamente.

A Penelope en ese momento le importó poco la intención o no del fuego, lo que le preocupaban eran sus sirvientes y sus caballos.

Se dirigió hacia su caballo Ítaca, Duncan la ayudó a montar, y sin perder tiempo, la duquesa salió al galope.

Duncan la imitó, siguiéndola. Admiró la soltura y maestría con la que ella cabalgaba, saltando obstáculos sin perder el equilibrio, y eso que hacerlo a sentadillas era bastante complicado; sin embargo, ella lo hacía con tanta naturalidad que parecía una verdadera amazona.

\*\*\*

Duncan estaba sentado en una de las butacas del despacho de sir Murray, un caballero de la orden real, un hombre bien situado en la sociedad y afamado investigador, con el que había coincidido en Eton cuando eran niños, lugar en el que la amistad entre ellos se había estrechado hasta el punto de considerarlo parte de su familia.

En cuanto salió de *Golden House*, su mente no dejó de buscar culpables, pues no podía entender quién querría dañar a Penelope.

—¿Tiene enemigos? —indagó Murray, mientras le tendía una copa de brandy.

—No sabría decirte —se sinceró—. Su posición actual la ha puesto en una tesitura... —Dejó la frase en el aire.

Sir Murray asintió con lentitud, comprendiendo la preocupación de Duncan. Aunque Penelope no tuviese enemigos declarados, el hecho de haberse convertido en duquesa había despertado animadversión escondida entre muchos nobles que no soportaban que una mujer tuviese más poder que ellos.

—Por lo que tengo entendido, la duquesa está enemistada con el marqués de Mirinell y con el conde de Oxford.

Duncan apretó la mano que tenía desocupada; escuchar aquel nombre lo encolerizaba.

—Sí —reconoció—. Pero el marqués no está en situación de poder ordenar algo así —expuso su teoría—. Desde que fue desterrado por su hijo, vive alejado y sin posibilidad de acceder a sus arcas.

Murray volvió a asentir con la cabeza. Era cierto, el hijo del marqués lo había despojado de todo y él mismo se encargaba de los gastos de manutención de su padre.

—En cuanto a *Oxford* —pronunció el título con desprecio—, es un cobarde despreciable, pero no sé qué obtendría quemando los establos de Penelope.

Murray sacó una pluma de su cajón del escritorio y anotó algo en una hoja, mientras Duncan permanecía pensativo.

—Voy a serte sincero, St. John —adujo el hombre, clavando su mirada ámbar en los ojos de Duncan—. Encontrar al causante del incendio es casi imposible —dijo con honestidad—. No hay testigos, o más bien, no uno que pueda reconocer a quien lo hizo.

Duncan dejó la copa sobre la mesa.

—No obstante, voy a intentar averiguar quiénes tienen motivos para llegar tan lejos quemando las cuadras de la duquesa.

Eso no era lo que Duncan deseaba, él quería al culpable. Aunque Murray tenía razón, el único testigo del incendio no le había visto la cara y era imposible encontrarlo.

Sir Murray observó a su amigo y quiso tranquilizarlo.

—Dudo que la duquesa esté en peligro.

Duncan lo miró inquieto.

—Si mis sospechas son ciertas, el motivo de este incidente ha estado más encarado a destrozarse los establos y perjudicar a los afamados sementales que posee, que al hecho de hacerle daño físico a ella.

St. John, por un momento se quedó pensativo.

—¿Por las carreras en Ascot? —preguntó.

—Exacto, hay mucho en juego en esas carreras —corroboró Murray su sospecha—. La duquesa posee unos cuantos caballos ganadores y eso perjudica los intereses de otros participantes.

En parte se sintió algo aliviado, pues si esa sospecha era cierta, Penelope no corría peligro alguno. No obstante, no le tranquilizaba que alguien estuviese tan desesperado como para acabar con los jamelgos de su futura esposa.

—Mantenme informado —pidió, extendiendo la mano para despedirse.



—Así lo haré.

Ambos se levantaron de sus asientos.

—Espero que encuentres al culpable, porque dentro de poco aumentará la cría de esos caballos con seis pura sangre —confesó—. Serán mi regalo de boda.

Murray se carcajeó.

—Duncan St. John enamorado. ¡Ver para creer! —bromeó.

—No te rías, amigo mío, porque cuando menos lo esperes, tú también pasarás por el altar.

El hombre levantó las manos al cielo.

—¡Que el buen Dios se apiade de condenarme de tal manera!

Ambos rieron, pues Sir Murray había declarado públicamente que él no creía en el amor y que tampoco estaba dispuesto a casarse por convención; su título no era hereditario, por lo que no estaba obligado a buscar descendencia.

## Capítulo XXVII

*Hay damas cansadas de las normas morales establecidas por los hombres y así lo hacen saber*

La marquesa de Stanford estaba releendo el panfleto de cotilleos en el que habían nombrado a su hija mayor tiempo atrás, en voz alta, mientras caminaba de un lado a otro por la sala. Entretanto, su hija Sophie sonreía al observarla tan feliz.

**»Ecos de Sociedad de Londres, 15 de febrero de 1816**

*Sin duda, la velada de la pasada noche mostró la generosidad y patriotismo de nuestros conciudadanos.*

*No podemos evitar hacer mención especial a la pareja que eclipsó la fiesta, la formada por la condesa Abigail Yvaine Allende de Aberdeen y su acompañante el señor Leighton Andrew Hook. Señoras, anoten bien el nombre, porque el caballero acaba de entrar en la lista de los solteros más codiciados de nuestro Reino.*

Bajó el panfleto y su semblante se demudó.

Sophie se inquietó.

—Mamá, estás muy pálida.

La marquesa apenas respondió, se le pusieron los ojos en blanco y se desplomó.

Los reflejos raudos de Sophie impidieron que su madre llegase a tocar el suelo. La tumbó y le mantuvo la espalda levantada, mientras pedía auxilio.

—¡Ayuda! —volvió a gritar Sophie.

El marqués fue el primero en llegar a la sala amarilla, seguido de su hija Abby.

Al abrir la puerta, su corazón sintió un pinchazo.

La imagen de su hija, arrodillada en el suelo sosteniendo la cabeza de su mujer en su regazo, lo dejó turbado.

El cuerpo de Olivia estaba tendido en el suelo, inmóvil y pálido.

—¡Olivia! —bramó, y su voz salió desde lo más profundo de su ser.

Abby se quedó paralizada.

El marqués se arrodilló y tomó a su mujer sin el mínimo esfuerzo. Se alzó con ella entre sus brazos y, sin pensarlo, salió raudo hacia su habitación.

El mayordomo se cruzó con el marqués en el pasillo.

—¡Avisad al médico de inmediato! —ordenó, sin pararse, mientras se dirigía hacia las escaleras para llevar a su mujer hasta su dormitorio.

Olivia parpadeó.

—Olivia, mi amor —pronunció el marqués sin dejar de caminar.

Sophie y Abby iban un paso por detrás, siguiendo a su padre.

—¿Qué... qué ha pasado? —musitó la marquesa, un tanto desconcertada.

En cuanto Phillip la dejó en la cama, se sentó a su vera y besó su frente.

—Mi amor, mi Olivia —susurró—. Te has desmayado.

La marquesa parpadeó, todavía se sentía descuadrada.

Sophie y Abby rodearon la cama. Se quedaron allí de pie, en el lado contrario al elegido por el marqués.

—Mamá, me has dado un susto de muerte —confesó Sophie, alterada—. Te has desplomado de repente.

—Es lo que tienen los desmayos —rechistó Abby, que estaba muy nerviosa.

Sophie la miró con enfado.

—Tú no estabas, no sabes el susto tan grande...

—¡Basta! —las amonestó el padre—. ¡Fuera!

Las dos iban a protestar, pero la mirada reprobatoria del marqués las hizo callar.

Salieron sin rechistar.

Una vez fuera, Sophie agarró fuerte la mano de su hermana, como cuando eran niñas y tenía miedo de algo.

Abby la miró con ternura y la condujo por el corredor sin soltarla, bajaron las escaleras y regresaron a la sala amarilla, donde su madre se había desmayado.

Una vez allí, Abby soltó la mano de Sophie y se sentaron en el sofá, a la espera de tener noticias.

—Se ha quedado sin color en el rostro y...

—Shh... No lo pienses más, Sophie —tranquilizó Abby a su hermana.

Esperaron con impaciencia, sin moverse de allí hasta que bajaron sus

padres.

En cuanto los vieron, se levantaron y fueron raudas hasta su madre, a la que abrazaron con fuerza.

—Por favor, tomad asiento —anunció Olivia—. Vuestro padre y yo debemos anunciaros algo.

Las dos muchachas obedecieron, algo intranquilas.

—No debéis preocuparos por el desfallecimiento de vuestra madre —aseguró el marqués.

—¡Qué bien! —se alegró Sophie.

—¿Y qué lo ha causado? —se apresuró Abby en preguntar.

El matrimonio se miró.

—Mi estado de buena esperanza —anunció la madre, con una sonrisa radiante.

Las gemelas se miraron entre sí.

—¿Cómo? —preguntó dubitativa Sophie, por si no habían entendido bien.

—Estoy encinta, Sophie.

Abby palideció.

Sophie parpadeó repetidas veces por si estaba soñando.

—¿No vais a darnos la enhorabuena? —indagó la marquesa, un tanto preocupada por la reacción de sus hijas.

—Nos dijiste que el médico había asegurado que después de nuestro alumbramiento no podrías concebir de nuevo —recordó Abby, por si se habían olvidado de sus propias palabras.

—Está claro que se equivocó —dijo el marqués.

—¿Entonces es cierto? —preguntó Sophie.

La marquesa asintió con la cabeza.

—¡Oh! —se expresó, poniéndose en pie y acercándose a su madre para abrazarla—. No me puedo creer que vaya a tener un hermano.

A pesar de la conmoción inicial, se sintió pletórica.

Abby, al escuchar la palabra «hermano» agrandó los ojos.

El marqués no dejaba de observar a su hija mayor.

Sophie, ajena a las elucubraciones de su hermana, abrazó también a su

padre.

—Enhorabuena —lo felicitó.

—Abby —pronunció la marquesa.

La aludida se puso en pie, se estiró las faldas y se irguió.

—Enhorabuena —pronunció seca—. Si me disculpáis, necesito tomar el aire.

Sophie cerró los ojos al darse cuenta en ese instante de que el embarazo de su madre podía cambiar la vida de todos. Claro que, la más perjudicada sería su hermana; si nacía varón, la despojarían del título de condesa de Aberdeen.

Al abrirlos, se encontró con una estampa horrible; sus padres se miraban con pesar. Ella tenía que hacer algo para ahuyentar esa pena porque, aunque Abby podría perder su título, sus padres debían sentirse felices por el futuro alumbramiento.

—Si me lo permitís —llamó la atención de sus progenitores—. Os aconsejaría que la institutriz del bebé no fuese Abby.

Los marqueses se sorprendieron, pero notaron la burla mal disimulada en su voz.

—Lleva un año instruyendo al señor Boston —bromeó—, y no ha conseguido convertirlo en un auténtico caballero inglés.

Los marqueses se rieron. Era cierto que el americano había mejorado mucho en cuanto a sus modales protocolarios, pero en la intimidad, el hombre continuaba mostrándose... americano.

Por la noche, Sophie se quedó pensativa, miró por la ventana y vio a su hermana Abby, sentada en el césped contemplando las estrellas.

Se puso una bata y salió al exterior, se sentó junto a su hermana y esperó con paciencia.

En cuanto la mayor de las hermanas Allende giró la cabeza, Sophie la miró con ternura.

—Es todo tan ilógico —comentó Abby con tristeza—. Cuando nuestra madre dé a luz, si nuestro hermano es varón, se convertirá a vista de todos en el primogénito.

Sophie apretó los labios. Era triste pero cierto que, después de diecinueve

años, un bebé con tan solo un segundo de vida le arrebatase a su hermana su posición.

—Lord Balmoon tuvo la osadía de pedir la fecha estimada del alumbramiento... —Se enfadó al recordarlo.

Sophie asintió. Lo sabía, ella también había escuchado la conversación que mantuvieron lord Balmoon, el doctor y su padre. Una charla que molestó tanto al marqués, que lo expulsó de la casa sin miramiento alguno, porque fue muy osado solicitarle al doctor una fecha concreta, como si el médico tuviese los poderes de garantizar el alumbramiento en un día exacto.

—Papá se enfadó mucho con lord Balmoon —informó Sophie a su hermana, para que supiese que su padre no había sido quien había informado al Comité de Privilegios de la Alta Cámara, sino que había sido el doctor McAlister.

Abby suspiró resignada.

—No tardó ni una hora en mandar la misiva. —Se entristeció al pensar en lo poco que le había costado al médico avisar del embarazo de su madre, y en la premura con la que había acudido uno de los portavoces del Comité de Privilegios de la Cámara de los lores, los encargados de dar fe en los alumbramientos, para atestiguar en primera persona que el bebé alumbrado era un legítimo heredero, e impedir cualquier cambio de bebé en caso de nacer mujer. Una muestra más de que parecían impacientes por arrebatarse a ella su título de condesa de Aberdeen.

—No tiene por qué nacer varón —animó Sophie a su hermana, sin éxito.

Abby sonrió con tristeza.

—Lo será, estoy convencida de ello —vaticinó, pues así lo sentía—. Y nuestro padre por fin será un hombre plenamente feliz.

—No es justo lo que estás diciendo —la amonestó Sophie.

Abby negó con la cabeza.

—No lo digo como un reproche —justificó sus palabras—. Dudo que exista un padre mejor que el nuestro —sentenció, orgullosa de su progenitor, y Sophie asintió con la cabeza, pues pensaba lo mismo—. Pero estoy convencida de que a nuestro padre ya no le quedan fuerzas para ver debutar a otra hija.

A las dos se les ampliaron las sonrisas. Conociendo al marqués, sería muy

duro pasar de nuevo por la tesitura de otro debut.

—¡Qué desastre, Abby! —se expresó Sophie, jovial—. Ha pasado más de un año desde nuestro debut y míranos.

La condesa hizo una mueca de incompreensión.

—Tú enamorada del duque de Hamilton —dijo para aclarar la confusión de su hermana—, esperando a que él se decida a pedir tu mano. Y yo intentando convencer cada día a nuestra madre para que no me obligue a acudir a ningún acto social... ¡Qué desastre de hijas!

Abby la miró con pena, la rodeó con un brazo por los hombros y miró al cielo.

—Entonces esperemos que nuestra madre alumbré a un hermano —deseó sincera—, porque está claro que las mujeres de esta familia acabaremos con la salud de nuestro padre.

Sophie no pudo evitar carcajearse porque su hermana lo decía con mucho pesar; estaba realmente convencida de que si nacía otra mujer Allende, las probabilidades de que su debut acabase siendo un desastre estaban casi garantizadas.

—Me hubiese encantado ser madre —se le escapó la confesión sin pensar.

Abby la miró con ternura.

—Sophie...

La pequeña Allende negó con la cabeza, pidiendo que no la consolara.

—Es parte de mi castigo, Abby —afirmó, reconociendo su pecado—. Nuestro hermano será lo más próximo que tendré a un hijo propio.

Abby sintió tanta pena como admiración; su hermana parecía haber madurado tanto...

—Espero que tú pronto me des sobrinos —animó a Abby—. Porque pienso convertirme en la tía más consentidora de las islas británicas.

Abby no pudo reprimir una sonora carcajada.

—Sophie, tengo entendido que ninguna mujer es capaz de alumbrar a un hijo sin intimar con un hombre primero —bromeó—. ¿Crees que por soñar con un hombre te puedes quedar encinta?

La pequeña Allende parpadeó.

—¿Has tenido sueños pecaminosos con el duque? —indagó, porque Abby



siempre era muy recatada a la hora de exponer sus sentimientos más íntimos.

A pesar de la oscuridad de la noche, pudo atisbar cómo las mejillas de su hermana tomaban un matiz grana.

Abby se encogió de hombros.

Sophie sonrió.

—Abby, no debes avergonzarte por ello.

—No me avergüenzo, tan solo es que no sé si es apropiado en una buena dama tener ciertos... —Se quedó callada.

—¿Qué? Continúa —rogó.

Abby se tapó la cara, totalmente avergonzada.

Sophie le quitó las manos para que hablara.

—A veces pienso en él —reconoció con timidez—. Y recuerdo cuando nos besamos. —Bajó la cabeza.

Sophie llevó su mano a la barbilla de su hermana y la obligó a levantarla para que la mirase.

—No tiene nada de malo que pienses en ello.

Abby se mordió los labios.

—No lo entiendes —habló en voz baja, como si le diese miedo que alguien las escuchara—. Siempre deseo más, mucho más, Sophie —confesó con los ojos brillantes—. Y no sé qué sería capaz de hacer si él quisiera tomar más de mí. No sé si podría poner límites, porque mi deseo por él es superior a mi control.

Aquella confesión dejaba expuestas muchas más cosas de las que Abby admitiría en voz alta, pero Sophie la conocía mejor que nadie y leyó entre líneas lo que su hermana mayor decía y, lo más importante, lo que más temía. En silencio, agradeció que el duque tuviese la contención necesaria de no deshonrar a Abby sin estar dispuesto a pasar por el altar.

Estaba asqueada de las normas morales que los hombres habían establecido, porque en todas ellas siempre eran las mujeres las que tenían que acabar sintiéndose culpables por todo; por sus actos, por sus pensamientos... Por todo. Y hasta la fecha le había importado, pero no permitiría que su hermana se sintiera culpable por estar enamorada. Poco le preocupaba lo que estuviese establecido; jamás consentiría que la mujer más noble que conocía tuviese que vivir a medias. Por ello, pensaba alentar a su hermana mayor,

porque lo merecía, fuese o no apropiado lo que le iba a decir. Tanto le daba. Por Abby sería capaz de dejarse lapidar en la vía pública, si con ello conseguía que nunca más se sintiese culpable por ser mujer.

Le acarició la mejilla.

—Tus pensamientos no son pecado —habló con el corazón en la mano—. Tus sentimientos son puros y no existe mal alguno en que una mujer desee a un hombre —dijo tal cual pensaba—. ¿Por qué van a ser pecado para nosotras unos pensamientos, cuando a los hombres el mismo raciocinio los lleva a consumir?

A Abby le rodó una lágrima que Sophie paró con su mano.

—Mírame, Abby —pronunció con calma, mientras acariciaba el rostro de su gemela—. Sigo siendo la misma, mi único pecado fue entregarme a un hombre que no me amaba —pronunció con pena—. Pero no soy una pecadora. No he robado, no he matado, no he hecho daño alguno a nadie... Solo me entregué a un hombre que amé con todo mi corazón y que no me correspondió.

Abby apretó los labios, apenada por las palabras de Sophie.

—Algún día las cosas cambiarán —vaticinó esperanzada—. Llegará el momento en que una mujer tendrá libertad para exponer públicamente sus pensamientos sin ser tachada ni menospreciada por actuar como un hombre. —Suspiró con gran ensoñación—. No sé si tú y yo lo veremos, pero tus hijas, o tus nietas, vivirán una época en la que las mujeres dejaremos de sentirnos siempre cuestionadas.

Abby se quedó pensativa y sonrió.

Sophie observó a su gemela y continuó:

—Serán libres, Abby, y podrán hablar con libertad. Verán la vida ante ellas sin miedos, sin ataduras, y sin que nadie les haga sentirse culpables por amar con la plena libertad de intimar. Las normas cambiarán y se reconocerá que si no existe pecado para los hombres, tampoco podrán ser ellas juzgadas. —Miró al cielo—. Llegará ese día, Abby, y entonces ya nada las podrá parar.

Abby suspiró, animada con aquellas palabras. Ojalá la predicción de Sophie fuese cierta, porque era verdad que hasta la fecha, las mujeres eran juzgadas a todas horas. Nacían y crecían con unas normas llenas de represión, siempre con miedo de fallar o cometer el mínimo error; errores que solo castigaban a las mujeres, como si tuviesen que pedir perdón por respirar.

Tendió la mano a Sophie y se levantaron.

—Llegará el día, Sophie —dijo convencida, y le dio un beso en la mejilla, en gratitud por haberle ahuyentado el desasosiego interior que sentía por creer que era pecado tener pensamientos impuros, como le habían inculcado durante años, cuando le decían que las mujeres no podían pensar en hombres porque se convertirían en pecadoras. Otra cosa era que fuese apropiado decirlo en voz alta... Pero todo se andaría, porque como su hermana decía, ese día llegaría.

## Capítulo XXVIII

*De la alegría a la tristeza solo hay un suspiro*

En la sala de música de *Stanford House*, la melodía de las notas tocadas al piano entre Sophie y Beatrice embargaban la estancia. Las dos jóvenes disfrutaban y se divertían juntas.

La música cesó en el acto, pues la entrada precipitada de Abby junto a Penelope las sobresaltó.

—¡No os lo vais a creer! —se expresó Abby, dando saltitos por la emoción que la embargaba, mientras Penelope se apresuraba en cerrar la puerta para que nadie las escuchara.

Beatrice y Sophie se miraron entre sí, volvieron a dirigir sus miradas a las recién llegadas, y la pequeña de las Allende se pronunció, sin levantarse del taburete que compartía con la señorita Hook:

—¿Qué sucede?

—¡Hemos entrado en *Tattersall*! —exclamó la duquesa de Whellington, mostrando la misma euforia que Abby.

Sophie parpadeó.

A Beatrice se le abrió la boca, totalmente impresionada por lo que acababa de escuchar.

—¡¿No os parece fantástico?! —gritó Abby, al tiempo que cogía de las manos a Penelope y la incitaba a saltar con ella.

—No... No... No puede ser —titubeó Sophie, incrédula—. Las mujeres tenemos la entrada prohibida.

—Oh, sí, sí puede ser, Sophie —habló Penelope con una sonrisa plena en el rostro—. Abby y yo hemos entrado y participado en la subasta de caballos.

Beatrice se llevó las manos al corazón; era casi imposible de creer, y si lo hacía era porque no tenía a la duquesa por una mentirosa. Aunque cierto era que tan solo la conocía en persona desde hacía una semana, cuando su hermano se la presentó tras ser invitadas su madre y ella a tomar el té en *Golden House*, ya que el tiempo de luto por la muerte del duque había acabado.

Sophie se puso en pie como un resorte y se dirigió al centro de la sala, justo donde se encontraban su hermana y su amiga.

—¿Cómo lo habéis conseguido? —se interesó, muy animada,

contagiándose de la alegría de las otras dos.

Beatrice imitó a Sophie, colocándose a su vera.

—Fácil —bromeó Abby—. Vanagloriando la escasa cultura equina de algunos de los caballeros presentes en la subasta y fingiendo tener menos inteligencia que cualquier hombre.

Sophie y Beatrice se miraron de nuevo, luego miraron a las otras dos, y acabaron las cuatro riéndose.

—¡Ha sido colosal! —se expresó Abby, arrancando un aplauso por parte de las otras tres.

El ama de llaves entró y las cuatro se paralizaron.

—El almuerzo está dispuesto —anunció la mujer.

Abby asintió con la cabeza y esperó a que se retirase.

—Ahora viene la parte más complicada —informó con voz cauta—: decírselo a nuestro padre antes de que se entere por un tercero.

Sophie agrandó los ojos.

Beatrice se mordió los labios, un tanto nerviosa, pues la reacción del marqués podría no ser tan alegre como la de ellas.

Penelope miró a Abby con cariño, sintiéndose un tanto culpable de haber arrastrado a su amiga hasta allí.

Abby las miró una a una.

—Por eso está aquí Penelope —dijo con tranquilidad—. La presencia de una duquesa calmará un poco los ánimos de nuestro padre.

—¿Tú crees? —se preocupó Sophie porque no quería que volviesen a castigar a su hermana otra temporada entera.

Abby se encogió de hombros. Poco le importaba, la felicidad que la embargaba por lo que habían conseguido era superior a cualquier castigo.

Se sentaron a la mesa y permanecieron durante un buen rato en silencio, hasta que Abby, como era habitual en ella, no pudo permanecer callada por más tiempo.

—Debéis felicitar a Penelope —dijo, dirigiéndose a sus padres—. Hoy ha conseguido lo imposible.

El marqués levantó una ceja, alertado por el tono de voz de su hija.

La marquesa se interesó con premura.

—¿Cuál ha sido el logro?

Penelope, con una sonrisa estudiada, giró la cabeza para mirar al marqués.

—He podido adquirir un nuevo jamelgo —informó con su típica voz calmada y su pose serena—, en *Tattersall*, por mí misma.

Al marqués se le resbaló la cuchara que tenía en la mano, cayendo al plato y provocando un estrepitoso ruido, además de una mancha de sopa en su impoluto pañuelo blanco.

La marquesa se quedó sin respiración.

Sophie observaba en silencio, al igual que la señorita Hook.

—Es un gran logro, ¿no creéis? —intervino Abby para que sus padres reaccionaran—. Ha sido todo un honor para mí ser testigo de tal proeza.

El marqués levantó la otra ceja.

—Testigo —repitió, invitando a su hija a profundizar en aquella aclaración, o más bien, dándose tiempo para asimilar que esa palabra implicaba que su primogénita había puesto los pies en un lugar prohibido para las mujeres.

—En efecto —corroboró—. El aprendizaje que me ha impartido Penelope para pujar por un caballo ha sido todo un privilegio para mí.

El marqués lanzó su servilleta encima de la mesa, un acto que aventuraba que su estado de ánimo no era precisamente apacible.

Se puso en pie y miró a su esposa.

La marquesa le regaló una sonrisa serena, pidiendo con ese gesto que se tranquilizara, pero el marqués estaba demasiado turbado como para acatar aquella petición tácita por parte de su esposa.

—Acompañadme —ordenó a su hija y a la duquesa.

Abby y Penelope se levantaron y lo siguieron sin rechistar.

Sophie y Beatrice miraron a la marquesa, un tanto preocupadas.

Olivia hizo un gesto con la mano restando importancia, para que continuasen dando cuenta del almuerzo.

—Es un hombre —dijo sin dar mayor importancia—. Lo que para ellas ha sido un logro, para vuestro padre ha significado una pequeña derrota —comentó para que lo entendieran—. Está obligado a sermonearlas... pero acabará felicitándolas.

Sophie y Beatrice se miraron y acabaron sonriendo. La marquesa tenía razón, el logro de ellas había supuesto poner en jaque una prohibición establecida por los hombres, pero les gustase o no, Penelope y Abby habían abolido la restricción entrando en la subasta nada menos que por la puerta grande.

En el despacho del marqués, las dos jóvenes estaban sentadas frente a él, separados por la mesa.

—Habéis entrado en un lugar que tenéis prohibido.

—Teníamos —corrigió Abby con sencillez.

A Phillip se le ampliaron las fosas nasales, abrió la boca para amonestarlas de nuevo, pero Penelope se anticipó.

—Me criaron para convertirme y actuar como la duquesa de Whellington —confesó, llamando la atención del marqués—. Mi padre nunca me vio como una mujer —aclaró—, sino como la futura duquesa, y como tal he actuado.

El marqués de Stanford la miró con intensidad.

Penelope continuó con su explicación.

—En *Tattersall* acuden hombres de todas las clases sociales, sin restricciones. —Se molestó al pensarlo—. Poseo los jamelgos más afamados de las islas británicas y un título superior a la mayoría de los hombres que entran en la subasta —adujo sin pestañear—. Si mi estatus es superior, ¿por qué se me ha de prohibir la entrada?

El marqués se quedó sin respuesta. ¿Cómo podía explicarle que no importaba que fuese la persona de mayor rango jerárquico, porque lo primordial era que las normas se cumplieran?

Abby, con su típica espontaneidad, sonrió y, sin poderlo evitar, como un resorte se puso en pie.

—¡Ha sido fantástico, maravilloso, divino, colosal! —se expresó, dando de nuevo saltitos y palmaditas, mostrando así su alegría plena.

El marqués parpadeó. No esperaba ese arrebató por parte de su hija, y al ver la felicidad estampada en su rostro, le fue imposible seguir sermoneando a las muchachas, pues bien sabía el buen Dios que él daría la vida por continuar viendo esa sonrisa durante el resto de sus días, y con el futuro incierto que le esperaba con el nuevo estado de buena esperanza de su mujer,



se vio obligado a callar. Así era como actuaba un buen padre, ¿verdad? Anteponiendo la felicidad de un hijo ante cualquier otra cosa.

Penelope miraba a Abby y aguantaba la risa.

—Por esta vez —sentenció el marqués—, voy a pasar por alto vuestra hazaña. Pero no volveréis a entrar en un lugar prohibido.

Penelope asintió con la cabeza. Era mejor fingir que estaba de acuerdo para que Abby no fuese castigada; y la verdad, habían conseguido mucho en un día como para estropearlo. Sin embargo, no estaba muy segura de cumplir con la petición del marqués, pues había decidido no volver a rebajarse ante las prohibiciones establecidas por los hombres.

Abby invitó a Penelope a levantarse tendiéndole la mano.

El marqués las imitó, las miró y negó con la cabeza; sería mejor salir de allí antes de arrepentirse de la decisión tomada.

En cuanto el marqués desapareció, las dos jóvenes se abrazaron con fuerza y, entre risas, empezaron a dar saltitos y vueltas por el despacho; hasta que el marqués irrumpió y las pilló, haciendo que las dos se separaran y fingieran estar calmadas.

—El almuerzo no ha terminado —dijo con voz serena, aunque aguantaba la risa por haberlas pillado de ese guisa.

Las jóvenes le siguieron los pasos, y a mitad del camino se escuchó la voz de Abby.

—Papá, se te ha olvidado.

El marqués, que iba un paso por delante de ellas, no se giró para responder.

—¿El qué?

—Felicitar a Penelope por su logro.

El hombre puso los ojos en blanco y a punto estuvo de alzar los brazos y quejarse al buen Dios por no haberle dado hijos. A pesar de ello, se pronunció:

—Enhorabuena.

—Gracias, milord —respondió Penelope, dando un codazo a Abby en señal de victoria.

\*\*\*

St. John estaba junto a su hermano Connor en el *White's*, charlando animadamente, cuando sir Murray se acercó hasta ellos.

—Tu prometida acaba de aumentar su lista de enemigos —dijo sin apenas saludar.

Duncan frunció el ceño.

—¿Cómo dices? —se interesó.

Connor le hizo una seña a Murray con la mano, invitándolo a tomar asiento.

El hombre agradeció con la cabeza el gesto y se acomodó en uno de los sillones.

—Su entrada en *Tattersall* es el mayor cotilleo que circula hoy por todo Londres —y añadió—: Fue acompañada por la condesa de Aberdeen.

Connor no pudo esconder su regocijo, pues cada día sentía más aprecio por Penelope. Era inexplicable que se sintiera orgulloso por haber cometido la desfachatez de saltarse las normas, pero lo cierto es que sintió un ramalazo de satisfacción interior por ella.

Duncan, por el contrario, se llevó las manos a la cara y se la frotó con fuerza, intentando contener su genio.

—Debo admitir con admiración, que sabe adquirir un buen ejemplar —vanaglorió la destreza de la duquesa a la hora de reconocer un buen jamelgo.

—No me puedo creer que haya tenido la osadía de dejarme en ridículo —habló Duncan con el ego herido—. ¡Tenía que haberme pedido ayuda!

Connor se tensó; conocía de sobra el irreprimible temperamento que definía a su hermano.

—Duncan... —intentó mediar para tranquilizarlo, pero fue en vano, pues St. John se levantó de su asiento como un resorte, y se alejó a grandes zancadas, sin prestar atención a nadie.

Sir Murray y Connor se miraron.

—¿Habrá boda? —cuestionó Murray, porque conforme había salido Duncan de allí, ambos sabían que iba directo a buscar a Penelope.

—Me temo, querido amigo, que mi hermano va a sellar su futuro —vaticinó Connor—. Y no es consciente de que está enamorado de una mujer que antepondrá su estatus social a su corazón.

Sir Murray asintió con lentitud. Sí, si algo caracterizaba a lady Penelope, era su rectitud a la hora de proteger su legado; sus ducados estarían por encima incluso de St. John. Ella había actuado como una duquesa y Duncan debía comprender que, a pesar de que su hazaña entrando en la subasta había supuesto poner en jaque ciertas normas, lo había hecho para atestiguar que ella tenía el poder, y en el fondo él comprendía que su proceder ante todos era necesario. Solo deseaba que su amigo llegara a la misma conclusión a la que habían llegado tanto Connor como él.

\*\*\*

Penelope fingía delante de todo el mundo estar serena, mas no era así como se sentía, pues la felicidad que la había embargado esa mañana, se había truncado en cuanto Duncan St. John había entrado en su casa, enfadado tras haberse enterado de su incursión en la subasta. Un enfado que los había llevado a una discusión, donde el orgullo de él y la rabia de ella por no ser comprendida, había hecho que se reprochasen demasiadas cosas; tantas, que Penelope había anulado la cita que tenían para esa misma tarde, en la que ella tenía previsto acordar su futuro enlace.

Ahora observaba a Duncan, desde la distancia, en la velada musical mensual organizada por la baronesa, en *Treinton House*.

Sophie le dio un pequeño apretón cariñoso en el brazo para que supiera que tenía tanto el apoyo de su hermana como el de ella, pues conocían lo que había sucedido.

Penelope le sonrió con gratitud.

—Lady Sophie Allende, ¡qué alegría verla! —se expresó un caballero, llamando la atención de las tres muchachas.

—¡Oh, lord Dexter! —Se alegró la joven al ver al barón—. Me complace veros de nuevo —dijo contenta—. Pensé que estaríais ya en el continente.

El hombre negó con la cabeza.

—Partiré dentro de una semana —informó.

Sophie se entusiasmó, pues conocía los anhelos del barón por realizar el *Gran Tour*.

El hombre le ofreció el brazo con galantería y ella lo aceptó encantada.

Se alejaron de la concurrida sala, buscando un poco de intimidad para poder hablar con tranquilidad, y caminaron hasta uno de los balcones que en

ese instante estaba vacío.

El marqués los observó desde la distancia y lamentó que el joven Dexter no consiguiera que a su hija le volviese a brillar la mirada, pues estaba convencido de que sería un buen marido para Sophie; dudaba que el muchacho la repudiara por haber entregado su virtud a otro hombre. Y aunque el barón había comentado que no estaba preparado para casarse, él no era tonto; ese muchacho suspiraba por su hija.

Mantuvieron una charla extendida y animada en la que el barón puso al corriente a Sophie de todos sus planes.

Durante un momento se quedaron en silencio. El marqués no se equivocaba, Dexter suspiraba por Sophie desde que la conoció, aunque su instinto de supervivencia le había llevado a mentir ante ella, pues no era agradable dejar expuestos sus sentimientos cuando la muchacha le había confesado su amor por otro hombre.

La miró con cariño y estudió su rostro mientras ella permanecía ajena a su escrutinio. ¿Dónde estaba la mirada llena de vida de Sophie? Era la misma mujer, pero algo en ella había desaparecido.

Se quedó pensativo. La última vez que habían hablado ella estaba muy animada y, sobre todo, enamorada del conde. Durante un tiempo, incluso todos se enteraron de que Stanton la estaba cortejando. Entonces... Cerró los ojos al llegar a una conclusión: había desaparecido su inocencia.

—Sophie —susurró su nombre.

La muchacha ladeó la cabeza con una ligera sonrisa.

—Estaré dos años fuera —le recordó—. Si a mi regreso no estáis casada, me gustaría poder pedir vuestra mano.

A Sophie se le aceleró el corazón, al tiempo que sus ojos se empañaban.

—Dexter... —musitó emocionada. Le dolía tener que rechazar a un buen hombre, uno que le había ofrecido su amistad, pero ella no podía aceptar su propuesta, pues no era digna de él.

El barón le puso un dedo enguantado en los labios, consciente del dolor que debía de estar sufriendo por guardar un secreto tan grande, uno que cualquier otro hombre aprovecharía para chantajearla.

—En dos años pueden pasar muchas cosas —dijo él, sonriente, para alentarla—. Puede que a mi regreso ya estéis desposada.

—O que vos estéis enamorado de otra dama.

Él sonrió. Con Sophie siempre se había sentido libre, ella nunca le había mentado, y su naturalidad a la hora de expresarse lo hechizaba. Cualquiera otra dama hubiese obviado esa frase para asegurarse un matrimonio, pero ella no. También sabía que llegado el momento, Sophie le confesaría el verdadero motivo por el que rechazaba su pedida de mano, y eso todavía lo encandilaba más.

—En tal caso, seguiremos manteniendo una buena amistad —concedió el barón, consiguiendo así que los labios de Sophie volviesen a curvarse en esa sonrisa perfecta que la caracterizaba—. Pero si ambos somos libres de cargas emocionales, pediré vuestra mano.

—Vaticináis demasiado a tan largo plazo, ¿no os parece, Dexter? —criticó Connor muy molesto, sobresaltando tanto a Sophie como al barón.

Se dieron la vuelta y los ojos cargados de rabia de la joven se clavaron en la mirada reprochadora del conde.

Connor había escuchado la conversación y sintió cómo su sangre empezaba a hervir, pues Sophie no había rechazado al barón, y eso ya era darle más esperanzas de las que le había concedido a él.

—Mostráis pocos modales escuchando a escondidas e interviniendo en una conversación privada y ajena —le recriminó Sophie.

En cualquier otra ocasión, habría pedido disculpas, pero si ella pensaba que iba a pasar por alto que otro hombre se declarase delante de él y que se iba a quedar de brazos cruzados, es que había perdido por completo la sesera.

Primero miró a Sophie y luego se centró en Dexter.

—Os pediría disculpas, de no ser porque yo ya pedí la mano de lady Sophie —dijo sin miramiento y sin importarle que pudiesen escucharle más personas—. Comprenderéis, barón, que un hombre no puede quedarse al margen cuando escucha que otro planea, por desconocimiento, prometerse a la mujer con la que va a casarse.

Sophie apretó los puños.

El barón reconoció la frustración en los ojos del conde y se enceló, pues a pesar de que Sophie no parecía estar de acuerdo en cuanto a la afirmación de Stanton, sí pudo observar cómo su mirada, incluso vacía de vida, tenía un brillo distinto cuando miraba a Connor; una luz especial que él nunca conseguiría arrancarle.

Cogió la mano de la joven, más que nada para cabrear al conde. Él sabía perder, y esa batalla la tenía perdida incluso antes de empezar a luchar, así que se la besó en señal de despedida.

—Mi buena amiga —pronunció con voz firme y serena, para que Stanton lo escuchara bien—, tenéis dos años por delante para tomar vuestra decisión. —Le guiñó un ojo, consciente de que el conde no lo veía y ella reconocería así la chanza—. Si a mi regreso no estáis desposada con Stanton, visitaré al marqués.

Connor se tenía por un hombre tranquilo y capaz de controlar su temperamento, pero en ese instante su templanza lo abandonó, apretó el puño y se preparó para, en cuanto se diese la vuelta, darle el puñetazo que había pedido a gritos con su osadía.

Pero un hombre que no se caracterizaba precisamente por su contención temperamental, le salvó de cometer aquel escándalo. Su hermano Duncan le sujetó el brazo y ambos se miraron a los ojos.

Connor apretó la mandíbula.

Duncan le hizo una seña para que mirase a su alrededor, no era el lugar apropiado.

El barón se dio la vuelta.

—Que disfruten de la velada —se despidió.

Duncan soltó a su hermano con disimulo.

Stanton vio alejarse al barón y, aunque estaba más calmado, pues agradeció en silencio la intervención de su hermano, con un arrebato incontrolable sujetó a Sophie del codo y se alejó con ella.

Duncan respiró tranquilo. No lo había dudado; en cuanto vio cómo su hermano tensaba la espalda, se había dirigido raudo hacia él. Llevaba años viendo entrenar a su hermano y conocía muy bien los estragos que podía ocasionar el gancho derecho tan certero que siempre dejaba noqueados a sus contrincantes. Por ello, el barón no habría tenido oportunidad de defenderse, lo habría noqueado de un solo impacto.

La risa de Penelope llamó su atención. No estaba siendo un buen día para él. De hecho, si su hermano estaba enfadado, no llegaba ni a la milésima parte del enojo que a él lo embargaba; por lo que, sin controlar su cabreo, se acercó hasta ella e interrumpió la conversación que estaba manteniendo con la otra descarada que esa mañana había acompañado a su pelirroja a

*Tattersall.*

—Se os ve muy contenta, *duquesa* —pronunció su título con despotismo.

Abby parpadeó, perpleja.

Penelope, por el contrario, sonrió con más efusividad para martirizarlo.

—Es que hoy es un gran día para mí —respondió sin mostrar su malestar.

Él asintió despacio y apretó los labios fingiendo asco, como si no le importara nada de lo que dijera.

—Yo también estoy contento —mintió—. Gracias a que vos anulasteis nuestra cita para tomar el té —le reprochó su comportamiento—, me he pasado la tarde pensando en mi futuro... —Hizo un corto silencio para ver la reacción de ella—. Y he decidido desposarme. Pediré la mano de la dama elegida y haré público mi compromiso al final de la semana.

Y sin más, se alejó como había llegado, con paso decidido y sin mirar atrás.

Penelope sintió que se tambaleaba y Abby la sostuvo con presteza, impidiendo que perdiera el equilibrio y cayera en mitad de la sala.

—Penny, en cuanto localice a Sophie te acompañaré a tu casa —le susurró al oído, aunque la muchacha no escuchaba nada; solo oía una y otra vez la frase de Duncan.

En el jardín de la parte oeste de la casa, Connor soltó el brazo de Sophie de malas maneras. Estaba enfadado. No, estaba encolerizado. Podía comprender que Sophie todavía se sintiera molesta con él. Incluso entendía su desconfianza, a pesar de lo desgarrador que era que ella no se fiase de él. Pero que diese esperanzas a otros hombres no iba a tolerarlo, porque eso significaba que Sophie había decidido definitivamente negarse a darle una oportunidad. Y conociendo los sentimientos que ella había mostrado por él desde el principio, había algo que se le escapaba, no sabía exactamente el qué, pero eso hacía que no comprendiera por qué Sophie le odiaba tanto. Lo único que sabía era que estaba dispuesto a averiguarlo, aunque fuese lo último que hiciese en su vida, porque sin conocer ese dato no podría reconquistarla.

—Esto está llegando muy lejos —le reprochó—. No puedes esperar a otro hombre cuando sabes que no podrás desposarte con él.

Sophie lo miró con desprecio.

—Te estoy concediendo el tiempo suficiente para que recapacites —habló con calma—. Antes o después, tendrás que perdonarme —y rectificó, al recordar la última conversación que mantuvieron—. Lo olvidarás, Sophie, tendrás que olvidar mi error.

La respiración de la joven fue in crescendo. Si él estaba encolerizado, ella estaba rabiosa, dolida, rota, amargada... Quería mantenerse serena, pero le estaba costando contenerse, y no quería perder su autocontrol porque llevaba meses guardando dentro de ella un dolor y un secreto que no había sido capaz de compartir ni siquiera con su gemela.

El conde estaba desesperado, ya no sabía qué decir, por lo que optó por rozar la mejilla de Sophie, y ese contacto fue lo que hizo estallar a la joven, que lo empujó con fuerza y gritó sin control.

—¡No me toques! —bramó, al tiempo que las lágrimas caían como cataratas por sus pálidas mejillas—. ¡Nunca podré olvidar tu abandono!

Connor se quedó paralizado, no esperaba aquella reacción tan desgarradora.

—Me entregué a ti totalmente enamorada —reconoció sin poder dejar de llorar—. Y tú huiste de mí sin ningún miramiento, sin importarte cuán doloroso era para mí sentirme abandonada. —Se limpió las lágrimas con las manos, pero su rostro continuó mojándose—. Te esperé impaciente durante tres meses, enloqueciendo por saber qué había hecho mal para que tú me rechazaras.

Él se estaba ahogando mientras escuchaba aquella confesión.

—Y me moría, Connor, me moría por dentro porque creí que estaba esperando un hijo tuyo —confesó su gran secreto y su gran dolor, de una manera muy desgarradora—. Me preguntaba cómo podría ocultar algo tan bello y tan grande como es crear una vida en tu interior, cuando su padre se había marchado sin preocuparse de ninguno de los dos.

Connor se quedó sin respiración.

—¡No estabas ahí! —Le golpeó con los puños en el pecho—. ¡Te necesitaba y no estabas! Y yo estaba desesperada porque no sabía qué hacer.

Cayó arrodillada, y se abrazó a sí misma con fuerza.

—Llegué a desear... —No pudo terminar la frase. Era tan doloroso haber rogado durante días perder ese bebé, que le quemaba el alma.



Connor también se arrodilló y la abrazó con fuerza.

—Fue un alivio contemplar que tan solo había sido un retraso —liberó su carga, rodeada por los brazos de él—. Pero no podré olvidarlo, porque yo llegué a querer a ese bebé, un hijo inexistente que a pesar de todo ya amaba y al que tú me obligaste a desear que muriera en mi interior... ¡Porque no estabas!

Sophie jamás llegaría a saber el dolor que llegó a sentir Connor en ese instante.

—Guardé ese secreto para mí, pensé que podría olvidarlo con el tiempo. —Se entristeció al recordarlo—. Estaba convencida de que lo conseguiría hasta que os vi, allí, a los dos, y entonces comprendí que si yo había perdido lo que más había llegado a amar, incluso sin haber crecido en mi interior, era porque tú no querías un hijo mío —sentenció convencida—. En ese mismo instante murió algo en mi interior, porque amé tanto la idea de llevarte dentro de mí, que al veros sentí que ese bebé no había crecido en mi vientre porque mi amor no había sido suficiente para ti. Y me siento culpable. No debería, pero así me siento, porque nunca entenderás cuán doloroso fue amar tanto y desear perderlo... porque tú no estabas ahí.

El conde de Stanton aborreció haber sido tan miserable, tan cobarde, tan déspota... Besó la cabeza de Sophie, consciente de que por su culpa ella había vivido un auténtico infierno.

La ayudó a ponerse en pie.

—Es posible que nunca llegue a casarme —habló Sophie con tanta honestidad, que Connor deseó morir antes de escuchar aquello—. Pero voy a darte la oportunidad de poder conocer a un hombre dispuesto a amarme a pesar de mi inconveniente —declaró, aludiendo a su estado impuro—. Será la única forma de asegurarme de que jamás tendré que volver a desear perder lo que más he amado.

—Sophie, déjame ser ese hombre —suplicó.

Ella negó con la cabeza.

—No, Connor, no puedo olvidar que tú no estabas ahí.

La negatividad de ella lo mató por completo.

Sophie aprovechó para pasar por su lado y alejarse.

Entró de nuevo en la casa sin importarle que llevara los ojos rojizos, pues

todo le daba igual. Había confesado lo más doloroso de su vida, ¿qué más daba que especularan sobre sus ojos hinchados? Ningún cotilleo podría dañarla tanto como su confesión.

Abby la interceptó.

—Sophie, tenemos que acompañar a Pen... —empezó a decir, pero se quedó callada al ver el rostro desencajado de su gemela.

Sophie le suplicó con la mirada que no indagara en ese momento.

Abby se apiadó de ella.

—Tenemos que acompañar a Penelope a su casa y quedarnos con ella —dijo, accediendo así a su ruego—. Duncan le ha espetado en la cara que tiene intención de casarse con otra.

Sophie inspiró con fuerza, pobre Penelope.

—Ve tú, yo regresaré con nuestros padres —habló sin fuerzas, pues no se sentía con ánimos de animar a Penelope; mejor que su hermana se ocupase de ello.

Abby le dio un apretón cariñoso en la mano.

El marqués, al ver el semblante de Sophie, no pidió explicaciones; su hija quería salir de allí y no dudó en avisar para que preparasen el carruaje.

—Abby se quedará esta noche con Penelope —avisó a su padre—. Ha sufrido una jaqueca repentina y es mejor que permanezca junto a ella.

Phillip miró a la duquesa y comprobó que tampoco parecía muy alegre. Él había sido el acompañante de la muchacha, ya que la marquesa de York estaba fuera de Londres.

Asintió con la cabeza.

El trayecto hasta *Whellington House* fue silencioso. Los marqueses de Stanford se miraban constantemente; sus hijas ocultaban algo.

Penelope y Abby se apearon, pero el marqués, antes de que entraran en la casa, las advirtió:

—Por vuestro bien, no se os ocurra embarcaros en otra aventura —añadió—. Los lugares con prohibiciones para las mujeres están totalmente vetados para vosotras.

Abby abrió la boca y la cerró.

El marqués se dio la vuelta y montó en el carruaje, que partió hacia

*Stanford House*, junto a su esposa y su hija Sophie.

—Qué poca fe tiene en nosotras —se quejó Abby.

Una vez a solas en la sala familiar, Penelope se desplomó en el sofá, totalmente abatida.

—Va a casarse con otra —dijo en voz alta, casi para sí misma.

Abby se sentó a su lado.

—Lo dudo, nunca mirará a otra como te mira a ti —sentenció.

Penelope negó, y antes de que Abby volviese a insistir, enterró la cabeza entre el cuello y el hombro de su amiga y se permitió llorar.

La condesa de Aberdeen decidió dejar que se desahogase. Conociendo a Penelope, aquello la estaba superando, pues nunca se permitía llorar delante de nadie.

Mientras tanto, intentaba encontrar una solución. De pronto, el recuerdo de su hermana Sophie la embargó, tenía los ojos llorosos y el semblante tan triste...

—¡Penny! —Sorprendió a la duquesa—. ¡Penny, sé lo que vamos a hacer!

Penelope se limpió las lágrimas y la miró, esperando que Abby fuese más explícita porque no entendía nada.

Abigail se paseó por la estancia, un tanto nerviosa.

—Verás, he pensado en Sophie, y gracias a ella he dado con la solución —aclaró, parándose en mitad de la habitación—. ¡Vamos a perseguir a St. John!

Penelope parpadeó, ¿qué estaba diciendo su amiga?

—¿Quieres... que espiemos... a Duncan? —indagó cauta, mientras todavía hipaba por el llanto.

—Exacto —afirmó solemne, como si fuese la respuesta más sensata y lógica—. Le seguiremos y sabremos si va a visitar a alguien para cortejarla.

Penelope empezó a sentir curiosidad por ese plan.

—¿Y si no visita a ninguna dama?

—¡Entonces es que no tiene intención de casarse con ninguna!

La positividad de Abby era contagiosa; tanto, que Penelope se llevó la mano a su mentón y comenzó a golpearse el puente de la nariz con el dedo índice.

Abby torció el labio hacia un lado, esperando la reacción de Penelope.

La duquesa paró de darse toquecitos y sonrió.

—Está bien, pero debemos ser muy cautas.

Abby asintió y sonrió encantada.

—Tendremos que disfrazarnos.

—¡Qué! —se expresó, alarmada, Penelope.

La idea de que alguien la viese disfrazada persiguiendo a St. John, la hacía temblar solo de imaginarlo. Sería la mayor vergüenza de su vida.

—Sí, hay que buscar disfraces —añadió Abby con tranquilidad, como si lo hubiesen hecho toda la vida—. Discretos, por supuesto.

—Por supuesto —cercioró Penelope, dejándose llevar por aquella locura.

Las dos se quedaron pensativas.

—Podemos ir de señor y lacayo —propuso Abby.

Penelope torció el labio. El uniforme de librea de sus lacayos era bastante conocido entre la alta sociedad... Claro que, el de sus sirvientes de Escocia no tanto, y con suerte habría alguno guardado.

Le hizo una seña a Abby y caminaron de puntillas, intentando que nadie las descubriera, mientras subían las escaleras hacia la parte alta de la casa.

Localizaron lo que buscaban en uno de los baúles donde se guardaban los disfraces que habían usado antaño en las fiestas organizadas por su madre.

—Las barbas están un poco... —se quejó Abby, sosteniendo aquellos pelos desarrapados con dos dedos.

Penelope sonrió.

—Las cepillaremos.

Abby hizo un gesto de asco, pero las cogió; eran necesarias para no ser descubiertas.

En cuanto se probaron los ropajes, Penelope empezó a reír.

—Abby, se te ve muy grotesca.

—¿No me digas? —protestó la condesa, intentando cerrarse el abrigo.

—Sí, pero acabarás enamorando a cualquier doncella —bromeó.

Abby la fulminó con la mirada; se sentía muy ridícula y no estaba para bromas.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad?

—¿Lo soy? —replicó la duquesa, aguantando la risa.

Abby levantó las cejas.

—¡No!

—Qué lástima. —Fingió estar dolida con la respuesta—. Ahora que pensaba que podría dedicarme a la comedia teatral.

Abby puso los ojos en blanco.

—En ese caso, amiga mía, deberías agradecer que eres duquesa.

Y Penelope no pudo retener la risa, porque Abby como siempre, lo decía muy convencida.

\*\*\*

El plan las tuvo toda la noche trabajando con aguja e hilo, pues el uniforme de librea que iba a llevar Abby no le estaba precisamente como un guante, pero no disponían de más.

Claro que, en su irresponsable hazaña fueron descubiertas por el propio St. John y el señor Boston, además de por el duque de Hamilton; un hecho que tendrían que analizar con detenimiento más tarde, para sopesar los daños ocasionados en sus reputaciones. Pero eso lo harían cuando se repusieran de la ingesta de brandy que tanto las había perjudicado, porque en ese instante estaban entrando a escondidas por la puerta trasera de *Whellington House*, con la ayuda de la doncella personal de la duquesa.

—¡Oh, Penny! —se expresó, muy perjudicada por el alcohol, Abby—. Ahora comprendo por qué mi padre no tenía fe en nosotras.

Penelope la miró y acabaron carcajeándose, pues una vez más, se habían aventurado, y de nuevo se habían saltado la prohibición de entrar en un lugar para caballeros; nada menos que en una taberna y... ¡Habían bebido brandy! ¡Brandy!

Definitivamente, si llegaba a oídos del marqués, no llegaría a conocer a su próximo hijo porque moriría del disgusto.

## **Capítulo XXIX**

## *Los hermanos siempre están para ayudarse*

A pesar de las desavenencias entre Duncan St. John y Penelope tras la hazaña cometida por la joven, habían conseguido superarlas hasta el punto de que por fin, habían fijado una fecha para su unión.

Por ello, la familia Stanford acababa de llegar a *Golden House* para apoyar a la duquesa y ayudarla en todo cuanto necesitase, en la fiesta organizada a quince días de la gran celebración.

El marqués, que siempre vivía por y para su esposa e hijas, antes de partir hacia Somerset había mantenido una charla con su pequeña, pues no pensaba obligarla a acudir a un evento en el que Connor Stanton estaría presente, pues era imposible que el conde no acudiese a la boda de su hermano. Admiró a Sophie por su templanza al reconocer que, ante todo, quería compartir la felicidad de Penelope. Además, le prometió que no debía preocuparse, pues ya había asumido que su destino no estaba junto al conde.

\*\*\*

Connor llevaba casi un mes retirado en su casa *Trowbridge Abbey*, apartado de todo y de todos. Desde la confesión de Sophie, no había tenido ánimo de seguir codeándose en los círculos sociales.

—Su señoría, su hermano desea ser recibido —avisó el mayordomo al conde.

Asintió con la cabeza, pero dio igual su respuesta, ya que Duncan entró sin más; nunca había sido un hombre muy protocolario cuando se trataba de la familia.

Al mirar a Connor, que estaba tumbado en un sofá de la sala naranja, lugar que solía habitar cuando estaba en esa casa por ser su lugar favorito, se sorprendió; estaba desaliñado. La barba sin afeitar, el pelo revuelto, surcos negros bajo sus ojos... y en bata. ¿Connor en bata?

Intentó disimular su sorpresa y caminó con decisión hasta uno de los sillones orejeros, tomó asiento y dobló una pierna sobre la rodilla de la otra, mostrando así una pose cómoda y tranquila.

Connor se incorporó para adoptar una postura más acorde; hablar con alguien tumbado no era apropiado, aunque ese alguien fuese su hermano pequeño.

—¿Qué te trae por aquí? —se interesó el conde.

Duncan hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Interesarme por mi hermano —habló sin dar importancia al estado lamentable en el que lo había encontrado—. Más que nada, porque no ha tenido a bien responder a mi nota.

Connor frunció el ceño. No sabía de qué nota hablaba, ya que llevaba más de tres semanas sin mirar el correo.

—¿Ha sucedido algo?

Duncan descruzó la pierna, se inclinó y apoyó sus codos en las rodillas.

—¡Que voy a casarme, Connor!

El conde asintió sin mucha motivación.

—Enhorabuena.

Duncan se levantó y, desde su altura, fijó su grisácea mirada en Connor.

—Esperaba un poco más de efusividad por parte de mi hermano —le reprochó su poca emoción.

—Te he felicitado —se defendió—. Sabes que me alegra la noticia.

—Pues no lo demuestras.

Connor se puso en pie.

—Sabes perfectamente que mi felicitación es sincera —adujo—. Dudo que exista una mujer mejor para ti.

Duncan sabía que Connor se alegraba, pero él quería ver a su hermano como siempre: alegre, atento, protector... y elegante.

—Necesito que mi hermano esté a mi lado en el día más importante de mi vida —apuntó—, y he tenido que venir hasta aquí para saber por qué no ha respondido a mi invitación.

Connor hizo una mueca de disculpa con la boca.

—Lo lamento, Duncan —se excusó—. Últimamente no he prestado atención al correo.

—Ni al correo ni a tu higiene personal —criticó.

El conde se llevó una mano a la barbilla y se tocó la barba.

—¿Qué sucede, Connor? ¿Qué te tiene en este estado tan lamentable?

—Solo me he dejado barba, no es para tanto —se defendió.



Duncan se mordió la lengua. No quería explotar, pero él no era un hombre dado a contenerse y así se mostró.

—¿Que no es para tanto? ¡Mírate! —estalló, agarrándolo del codo y arrastrándolo hasta un espejo que había colgado en una de las paredes—. ¿Dónde está mi hermano?

Connor vio su reflejo y se asqueó, y no precisamente por la imagen reflejada sino por el alma sucia que lo envolvía desde que vio a Sophie por última vez.

—Perdido —reveló, mirando su propia imagen—. Me perdí en el mismo instante en que me comporté como un cobarde.

La respuesta dejó conmocionado a Duncan. No podía ser cierto; Connor era la persona que él más admiraba, no podía estar hablando en serio.

—Tú nunca has sido un cobarde —rebatió.

Connor se giró y se quedó frente a su hermano.

—Me convertí en un cobarde en el mismo instante en que dejé a Sophie, sola, después de haberle robado su virtud —expuso con amargura—. ¿Qué hombre deja a una muchacha totalmente desvalida a su suerte?

Duncan tragó con dificultad, aquello no lo esperaba.

—Esa es la clase de hombre que soy —se asqueó Connor de sí mismo—. ¡Un cobarde!

—No vuelvas a repetirlo —lo amenazó Duncan, pues aquella palabra era el mayor insulto para definir a su hermano. Podría ser muchas cosas, pero jamás un cobarde.

—¡Cobarde! —repitió gritando.

Duncan le asestó un puñetazo en la mandíbula.

Connor, que no estaba preparado para el impacto, cayó al suelo.

Duncan lo señaló con el dedo índice.

—Mi hermano jamás ha sido un cobarde —declaró—. Puede que haya cometido errores, ¡pero no es un cobarde!

Connor, desde el suelo, lo miraba atónito.

—Mi hermano siempre ha estado para todos —espetó, muy alterado—. Mi hermano nos ha protegido a todos —alegó, indignado porque Connor no se diese cuenta de quién era él para la familia—. Mi hermano jamás ha

permitido que a un St. John se le rebaje o le falte algo —apuntó—. Mi hermano es un hombre admirado... ¡Devuélveme a mi hermano!

Por primera vez en su vida, Connor lloró delante de su hermano pequeño.

Duncan tembló al verlo y le tendió la mano para que se levantara.

En cuanto se puso en pie se abrazaron.

—No estuve para ella —musitó, con los ojos llenos de lágrimas—. Siempre he estado para todos, pero no estuve para ella.

Duncan lo apretó con más fuerza y cerró los ojos; era muy doloroso escuchar tanto pesar en aquella confesión.

—Y Sophie no puede olvidarlo. —Se apenó—. Ella no puede olvidarlo y yo no puedo solucionarlo.

Duncan inspiró con fuerza, soltó a su hermano y lo miró a los ojos, a pesar de que contemplar aquellas lágrimas lo estaban matando.

Connor intentó recomponerse; era vergonzoso que su hermano pequeño lo viese llorar.

—Tendrá que olvidar, Connor —lo animó—. Más, cuando... —Dejó en el aire la frase porque no quería recordarle que él la había comprometido.

Connor, ya repuesto, negó con la cabeza.

—Está dispuesta a convertirse en una solterona antes de aceptarme como esposo.

A Duncan aquella confesión lo golpeó, ¿qué mujer rechazaría a su hermano en su sano juicio? Era imposible para él que alguien despreciase a Connor.

—Entonces obliga al marqués a que acepte tu petición.

Connor sonrió con tristeza; su hermano le admiraba tanto que no concebía que alguien pudiera rechazarlo.

—Podría obligar a cualquier mujer excepto a Sophie —reconoció—. No soportaría convivir con su rencor, no puedo ver odio en los ojos de la mujer que amo.

El pequeño de los St. John apretó los labios. Comprendía a Connor, pues él tampoco podría soportarlo en los ojos de Penelope.

—¿Y qué vas a hacer? —indagó, sereno.

—Aceptar que por mi cobar... —empezó a responder, pero rectificó al ver

cómo Duncan levantaba una ceja amenazante—... error, he perdido a la mujer que amo.

Duncan resopló. Quería buscar una solución para Connor pero no la encontraba, y eso le frustraba.

—Duncan, un hombre debe aceptar sus derrotas —habló el conde con honestidad, por mucho que le doliera—. Y un St. John siempre ha sabido aceptar tanto los triunfos como los fracasos.

Esa frase era tan típica de Connor, el hombre honesto que siempre jugaba limpio, el de talante noble y juicioso, que Duncan se acercó de nuevo a él, lo abrazó y dijo:

—Gracias por devolverme a mi hermano.

## Capítulo XXX

## *Damas poderosas*

Había un gran ajetreo en *Golden House* tras la llegada de los invitados. Sirvientes de un lado a otro, doncellas sacando los vestidos para que no se arrugasen, lacayos subiendo baúles, proveedores entrando mercancías en las cocinas... Había tanto bullicio que llegaba a ser agotador, por lo que Sophie decidió alejarse de tanto jaleo, saliendo por la parte trasera, ya que en los jardines principales también había invitados disfrutando de los rayos de sol que tan deseados eran en Inglaterra, acostumbrados a días nublados y lluviosos.

Caminó sin rumbo, embriagándose del silencio, por aquellos hermosos senderos bordeados de flores silvestres, que tanto le gustaban desde que visitó por primera vez *Golden House*, a la edad de cinco años.

Caminó hasta el estanque, donde una camada de patos y cisnes la recibieron rompiendo el silencio.

—Lo lamento, pero hoy no os traigo nada —dijo en voz alta, ya que en esa ocasión no había llevado comida.

Se sentó en una roca elevada, se quitó el sombrerito de paja y se quedó allí pensativa.

Faltaban pocos días para que su buena amiga se casara con St. John, una boda deseada, ya que conocía el sentimiento puro y sincero que Penelope profesaba por Duncan. Una pequeña lágrima rodó sin poder controlarla, pues había sido tan hermoso pensar que Penny y ella acabarían siendo hermanas...

Suspiró.

Luego estaba Abby, que a pesar de que el duque estaba retrasando lo evidente, estaba convencida de que acabaría casándose con él. Entonces ella perdería a su gemela, porque se marcharía a Escocia.

Volvió a suspirar.

Tenía que aceptar la realidad, se iba a quedar sola. A pesar de que su padre la había animado haciéndola creer que un hombre enamorado pasaría por alto su...; ella jamás pondría en peligro la reputación de su familia. Y no solo eso, tampoco tendría el valor de engañar a ningún hombre, haciéndolo pasar por un altar fingiendo ser pura.

La realidad era triste, viviría con esa carga el resto de sus días. Si al menos

ella hubiese poseído el título de condesa... Pero no era nadie, tan solo la segunda hija de un marqués, por lo que dependería de su padre, o de su hermano, si es que nacía varón.

Suspiró de nuevo.

El carraspeo de una voz femenina a su espalda la sobresaltó, se giró y vio a tres ancianas.

Lady Philomena, lady Violet y lady Hermione la habían seguido porque tenían que hablar con esa muchachita. Desde que Connor abandonó *Great Castle*, la habían estado observando desde las sombras. Y cuando ella perdió la vitalidad en sus ojos y su sonrisa, se apenaron; esa joven no merecía vivir con tanta tristeza. Por más que adoraban a Connor, él había cometido un error y la joven no se lo merecía.

Sophie se acercó hasta ellas.

—Buenas tardes, miladis —saludó afable.

Las mujeres saludaron con las cabezas.

—Bonito lugar —alagó lady Violet.

Sophie asintió.

—Sí, de pequeñas veníamos con comida para los patos —memoró con nostalgia—. Nos encantaba jugar en este estanque.

Las mujeres agradecieron la confianza mostrada por la joven al confesarles momentos tan íntimos y personales, con tanto cariño al recordarlos.

—Algún día vuestros hijos repetirán esas aventuras —se pronunció lady Hermione, aludiendo a las tres damas.

A Sophie se le borró la sonrisa sin ser consciente, y las tres ancianas la observaron muy atentas.

—Por descontado —aseguró lady Philomena—, a una dama tan poderosa como vos, nunca le faltarán pretendientes.

Sophie negó con la cabeza.

—Me ha debido de confundir con mi hermana. Yo no tengo poder, no poseo ningún título —aclaró, sin dar importancia al error de la mujer, ya que pocas personas eran capaces de distinguirlas.

Las ancianas sonrieron y negaron con la cabeza.

—Estáis muy equivocada, siempre han existido damas poderosas; tantas como mujeres respiran.

Sophie parpadeó.

—Ese es el error que han cometido siempre los hombres, querida niña —comentó lady Hermione—. Dar por hecho que el poder lo da un título, la hombría o el dinero.

—¿Y no es así?

Volvieron a negar las tres a la vez.

—El poder radica en la fuerza de nuestra naturaleza —sentenció la anciana, aludiendo a todas las mujeres—; en saber combatir ofensas con ignorancia; en mostrar respeto aunque algunos no nos lo tengan; en mantener nuestra inteligencia agazapada para que no nos teman; en conservar la calma cuando se desesperan...

Sophie parpadeó de nuevo, nunca lo había pensado.

—Somos fuertes, Sophie. Vivimos en un mundo dominado por los hombres, bajo el yugo de sus normas y creencias, y aun así sobrevivimos a su lado, cada una de nosotras con un talento diferente. No importa cuál sea el tuyo, porque lo tienes.

Ella deseaba conocer el suyo. No estaba muy convencida, pero todo lo que habían dicho era tan... tan...

—La naturalidad —afirmó lady Hermione, convencida.

—¿Perdón?

—Tu poder es tu naturalidad; contra ese poder no han podido resistirse.

Sophie se emocionó.

—Creedme, muchacha —dijo lady Philomena—. *Toda mujer es una dama poderosa.*

Las tres mujeres observaron con alegría la emoción de la joven y advirtieron que era el momento de ayudarla a superar su pena.

—Cuando una mujer es consciente de su poder —se pronunció lady Violet —, no debe temerle a nada. No existen obstáculos para alcanzar la felicidad.

La pequeña de las hermanas Allende permaneció atenta, necesitaba escuchar a aquellas mujeres que parecían tan sabias.

—Todos cometemos errores, hombres y mujeres —expuso lady Hermione

—. Con una diferencia. Ellos, ante la sociedad no son juzgados, pero sí son castigados por las damas poderosas.

Sophie tuvo que inspirar con fuerza para no llorar delante de las viejas. Esas mujeres conocían su problema y estaban ahí, concediéndole el perdón que tanto necesitaba, para que no se sintiera culpable por haber pecado, y liberándola de la pesada carga que hasta ese día la había estado torturando, porque así lo establecían las normas. Pero su redención estaba al alcance de sus manos, porque gracias a esas tres ancianas había descubierto que su perdón solo dependía de ella. No de los hombres, no de la sociedad, no de Connor... De ella y solo de ella. Debía aceptar que tanto Stanton como ella habían cometido el mismo acto para poder liberarse de su carga. Él había estado exculpado desde el principio por el mismo pecado; sin embargo, ella... Y todo porque así era como la habían criado; porque así castigaban a las mujeres por saltarse las normas; porque así les recordaban que las mujeres no gozaban de la libertad de poder cambiar las afamadas reglas de la moralidad, las que los hombres habían establecido para quedar ellos siempre absueltos.

«Ellos, ante la sociedad no son juzgados, pero sí son castigados por las damas poderosas», repitió mentalmente la frase.

Se llevó las manos a la cara para tapársela, pues no podía retener las lágrimas. Esa frase era la clave; él había salido impune ante todos, pero ella lo había castigado porque no podía olvidar.

Lady Philomena le apartó las manos; ella no merecía avergonzarse.

—Sois una dama poderosa, Sophie —aseguró, acariciándole el rostro—. Y ahora que lo sabéis, buscad vuestra felicidad, sea cual sea, porque ya nada os puede parar.

Sophie la abrazó con fuerza y las otras dos ancianas sonrieron complacidas.

Lady Philomena también estaba satisfecha, pero si esa muchachita no era capaz de perdonar a su sobrino, él nunca sería feliz.

Sophie se sintió tan liberada, que encontró paz en su interior. Había perdonado a Stanton, pero no podía olvidar... No obstante, ya no le guardaba ningún rencor.

Los gritos de una muchacha corriendo de un lado a otro las sobresaltaron.

—¡Ayuda! —gritaba una y otra vez la hija pequeña del barón Treinton.



Sophie vio a su hermana persiguiendo a la joven.

—¡Lord Virgilio, para, para!

—¿Qué ocurre? —preguntó lady Violet.

Cuando lady Margaret pasó a escasos metros de ellas, Sophie lo comprendió todo.

—¡Oh, no! Lady Margaret lleva cascabeles en los mocasines —informó a las ancianas—, y lord Virgilio la persigue por eso.

—¡Para, lord Virgilio! —ordenó Abby de nuevo, casi sin resuello por correr tras su perro, que parecía endemoniado persiguiendo aquellos cascabeles—. ¡Sophie, ayúdame!

La pequeña de las Allende intentó parar al cachorro, pero se le escapó de entre las manos y tuvo que correr también tras él.

Las ancianas se carcajearon al ver la estampa.

—Me gusta ese perro —bromeó lady Hermione—. Está castigando a esa joven por destrozarnos los oídos durante tanto tiempo cuando toca el violín.

## Capítulo XXXI

*Cuando estás en paz, puedes alcanzar la felicidad*

Desde luego, nadie podía poner en duda que la joven Margaret estaba en muy buen estado físico, pues corría como una gacela temerosa de ser alcanzada por un león.

—¡Margaret, no corráis que el sonido del cascabel se oye más! —gritaba Abby para que dejase de huir, pues así sería la única forma de que su perro dejase de perseguirla.

Los marqueses de Stanford estaban en el jardín junto a otros invitados contemplando aquella escena.

La marquesa le dio un codazo a su esposo por reírse. Aquello no tenía gracia, era muy vergonzoso, y la culpa la tenía su hija Abby por haber dejado a su perro suelto como si estuviese en su propia casa; un can que no se había separado de ella desde que el duque de Hamilton se lo había regalado las navidades pasadas.

Margaret ya no podía más, y en ese momento, Sophie aprovechó para sujetarla del brazo para que no se moviera.

Fueron retrocediendo poco a poco para que lord Virgilio, que no paraba de ladrar, se acercara despacio.

Estaba a punto de cogerlo cuando Margaret salió corriendo de nuevo y Sophie perdió el equilibrio, cayendo hacia atrás, de manera que fue a parar a las piernas paralizadas de un caballero que estaba postrado en una silla de ruedas.

—¡Oh...! —se expresó Sophie, al encontrarse con unos ojos del color del chocolate, unas cejas tan negras como las de su padre, y un rostro curtido con una pequeña cicatriz en el mentón que le daba un toque muy masculino. Además era, era... muy apuesto.

El hombre miró a Sophie y se quedó hechizado por su belleza. Llevaba un año asqueado con la vida, estaba irascible y todo le parecía anodino. Desde su regreso de la guerra, no había encontrado motivos para sonreír, pero al mirar a los ojos a Sophie lo hizo, porque le nació así, encantado de tener a esa muchachita sobre sus piernas.

Los marqueses de Stanford y Abby, que ya había decidido dejar de perseguir a lord Virgilio, se acercaron para ayudar a Sophie.

—Tenían razón, los ángeles caen del cielo —dijo el apuesto hombre, sonriente.

Tres personas tuvieron la misma reacción, o muy parecida.

La madre del hombre agrandó los ojos, al tiempo que se le empañaban, muy emocionada.

La marquesa se llevó las manos al corazón.

Abby se tapó la boca para no gritar.

Y todo porque el hombre había sonreído y Sophie le había devuelto la sonrisa, y no la que últimamente solía mostrar, sino la que siempre la había caracterizado: un mohín dulce y hechizante, junto a una mirada nítida, chispeante... y llena de vida.

El marqués miró al cielo y agradeció al divino que le hubiese devuelto la vitalidad a su hija.

Sophie se sonrojó, y ese gesto removió el interior de aquel hombre que llevaba mucho tiempo sintiéndose muerto.

—Capitán Bradley, disculpad a mi hija —intervino el marqués, al ver que Sophie se había quedado paralizada.

Sophie por fin reaccionó, levantándose.

—No hay disculpa que aceptar —alegó el capitán—. Más bien, os debo mi gratitud; no todos los días un hombre es alcanzado por un ángel.

Abby pestañeó al comprobar que a Sophie se le ensanchaba la sonrisa.

—En tal caso, permitidme que os presente a mi hija Sophie —presentó el marqués con agrado—. Sophie, este es el capitán Bradley.

—Un placer, capitán —se inclinó Sophie con timidez.

—El placer es mío, milady.

La marquesa se disculpó y, acelerada, entró en la casa, se dirigió al tocador habilitado para las damas más cercano, y tras cerrar la puerta, lloró. Y fueron lágrimas de felicidad, pues había perdido la fe en volver a ver a su hija con tanta vitalidad.

Se acarició su abultada barriga.

—Tu hermana ha regresado —anunció en voz alta.

En el exterior, el marqués había continuado con las presentaciones. Estaban manteniendo una charla animada, cuando Margaret pasó de nuevo

corriendo.

Abby levantó las manos al aire.

—¿Es que no se da cuenta de que cuanto más corra, más la perseguirá mi perro?!

Sophie no pudo retener la risa y al capitán le fue imposible apartar la mirada de ella.

—Disculpadnos, capitán —se excusó Sophie—, pero es nuestra obligación salvar a lady Margaret —y rectificó, bromeando—: O más bien, la de mi hermana, por tener un perro desobediente.

Abby agrandó los ojos.

—¡Sophie! —la amonestó, por haberla dejado en evidencia—. La culpa es de lady Margaret por llevar cascabeles en los pies.

Sophie tiró de Abby, porque le gustase o no, el perro era de ella.

En cuanto se alejaron, el marqués, la señora Bradley y el capitán, se rieron.

Y esa risa llenó el corazón de la señora Bradley, porque llevaba un año sin escucharla.

El capitán, hijo de un caballero de la orden cuyo apellido siempre fue respetado, había sido un gran soldado y había dedicado toda su vida a librar batallas en nombre de la corona inglesa.

Seymour Bradley había vivido por y para el ejército por voluntad propia, nunca deseó hacer otra cosa; y así se convirtió en un héroe reconocido desde hacía años y en un militante real que jamás imaginó su vida fuera de un campo de batalla.

A sus cuarenta años de edad, la posibilidad de casarse y formar una familia no había tenido cabida porque él estaba enamorado de su profesión. Las mujeres que le habían complacido en el lecho habían sido más de las que pudiera recordar y menos de las que tenía destinado. Pero en la batalla de Waterloo todo se truncó; lo hirieron de gravedad, convirtiéndolo en un despojo, o así es como él se sentía, ya que su espalda quedó dañada, provocándole una lesión que le impedía caminar con soltura. Era humillante verse postrado en aquella silla, pero más lo era caminar con los dos bastones, ya que cada paso que daba le costaba una eternidad.

Tres ancianas se miraron entre ellas, o más bien, lady Hermione y lady

Violet miraron a Philomena, compadeciéndola, pues ellas también habían sido testigos de aquel renacer de Sophie ante el capitán. Connor sufriría por amor, por el único amor de su vida y el que él había perdido por haber fallado a la joven cuando más lo necesitaba.

Era doloroso, ya que Connor nunca había fallado a nadie. Como bien había dicho Duncan, él siempre estaba para todos.

De lo que nadie se percató fue de que, apoyado en un árbol, el conde de Stanton también había sido testigo de aquel momento, y había permanecido observando la reacción de Sophie. La forma en que sus ojos cobraron vida de nuevo y, sobre todo, la sonrisa mágica que llevaba meses sin lucir en su rostro fue lo que más le impactó, pues aquel mohín que la caracterizaba había regresado, y no había sido él quién lo había conseguido, sino el capitán Bradley.

Inspiró con fuerza y se recordó que él sabía aceptar las derrotas y que, por más que le doliese, Sophie nunca sería su esposa.

\*\*\*

En toda casa de bien, existía una sala muy especial: la sala privada; un lugar íntimo en la primera planta, al que tan solo tenían acceso los dueños del lugar. En *Golden House*, la única persona que había usado esa sala había sido la madre de Penelope cuando necesitaba tranquilidad. Pero esa tarde, por primera vez, Penelope y sus amigas, Abby y Sophie, habían decidido refugiarse allí para tomar el té.

Penelope nunca la había utilizado, ya que estaba acostumbrada a la soledad y, aunque se sentía satisfecha y feliz por tener la casa llena de invitados, llegó a saturarse, por lo que avisó a August de que le subiesen el té con tres servicios; así no serían molestadas por ningún otro invitado. Y esa decisión la había tomado en el mismo instante en que su amiga Abby había ido a buscarla un tanto alterada.

—¿Has visto a Sophie?

—No, ¿qué ocurre? —preguntó, inquieta.

—Tienes que verla con tus propios ojos.

Penelope se sorprendió ante aquella respuesta, pero justo en ese momento, apareció Sophie y la duquesa se llevó las manos al estómago por la impresión. Miró a Abby y sonrieron cómplices. Ahora comprendía la alegría y perturbación de su amiga, pues hacía tantos meses que Sophie no parecía

tener vida en la mirada, que fue un gran alivio e impacto.

Por ello, ahora estaban en la sala privada.

—¿De verdad le dijiste eso? —preguntó Penelope, llevándose las manos a la boca para no reírse.

—Fue culpa de ella —sentenció Abby, molesta porque su amiga y su hermana no la entendieran.

—Debes disculparte —le aconsejó Sophie.

—No pienso hacer tal cosa —se molestó—. Me ratifico en mi afirmación; fue culpa de ella por llevar cascabeles en los zapatos.

Penelope no pudo retener la risa por más tiempo.

Abby miró a su cachorro, que justo en ese momento estaba plácidamente tumbado sobre su regazo con los ojos cerrados, y lo acarició.

—Lord Virgilio no tuvo la culpa de que ella saliera corriendo —defendió a su mascota—. Si ella lo provoca con el sonido del cascabel, es lógico que él la persiga.

El cachorro abrió los ojos al escuchar su nombre y volvió a cerrarlos.

Sophie negaba con la cabeza.

—Abby, reconoce que por culpa de tu perro la has puesto en evidencia —terció por lady Margaret—. Se ha pasado la mañana corriendo de un lado a otro, gritando auxilio delante de todos.

Penelope intentaba no reírse pero le estaba siendo imposible; aquella imagen de la joven de un lado al otro del jardín, perseguida por un *cavalier king charles spaniel* que apenas levantaba dos palmos del suelo, como si fuese perseguida por un perro de caza, era lo más divertido que había visto en su vida.

—En realidad, lady Margaret debería estarle agradecida a lord Virgilio —habló con tanta rotundidad, que Penelope y Sophie estuvieron a punto de estallar en carcajadas.

—No puedes estar hablando en serio —le recriminó Sophie de nuevo.

—Nunca hablo de otro modo —cercioró—. Además, tú también deberías darle las gracias.

—¿Yo?

—Sí, gracias a él Margaret ha sido auxiliada por sir Potter —respondió, y añadió con celeridad—: Por cierto, hacen una buena pareja.

Penelope asintió, ella también lo pensaba.

—Y tú has ido a parar a los brazos del capitán Bradley.

Sophie se sonrojó y las otras dos la observaron atentas.

Penelope quiso profundizar en el tema para ver cómo reaccionaba Sophie ante la idea de conocer más al capitán.

—Pertenece a la guardia privada de mi padre.

Abby, que se compenetraba muy bien con Penelope, le guiñó un ojo, agradeciendo que tomase la iniciativa; así verían cómo actuaba su hermana, porque últimamente con Sophie había que ir con mucho tacto a la hora de intentar hacer de casamenteras.

Tomó la taza de té y fingió del mismo modo que Penelope, como si solo fuese un comentario casual.

—¿Siempre ha sido soldado? —se interesó Sophie y, con ello, demostró lo que las otras dos esperaban: le interesaba el capitán.

—Sí —afirmó Penelope—. Su padre fue un caballero, un hombre muy respetado en las altas esferas. Posee una de las mejores fábricas de textil de Gran Bretaña, pero hasta hace un año había dejado en manos de su administrador la gerencia... —Se entristeció—. Desde que...

Lo dejó en el aire, no era necesario decir en voz alta que estaba lisiado.

Sophie asintió con la cabeza.

—Ha sido muy amable por su parte no enfadarse por mi accidental presentación —dijo sonriente y se sonrojó de nuevo—. Dijo que yo era un ángel caído del cielo.

Penelope y Abby sonrieron, encantadas de verla tan vergonzosa.

—Está claro que el capitán no te conoce lo suficiente —bromeó Abby—, o jamás hubiese hecho tal afirmación.

Penelope disimuló mal la risa que le salió, emitiendo un sonido extraño al intentar retenerla.

—Puedo garantizar que tiene mejor concepto de mí que de ti —se defendió Sophie por la burla de su hermana—. Ha sido testigo de que eres capaz de dejar desvalida a lady Margaret mientras tu perro va en su busca.



Abby se encogió de hombros y dulcificó su gesto, intentando aparentar ignorancia de lo que se le acusaba.

Penelope, en esta ocasión, sí se rio con disimulo.

—No te rías, Penny —le advirtió Sophie—, la culpa es tuya.

—¿Mía?

La condesa de Aberdeen estaba encantada, por fin su hermana parecía estar contenta y volvían a tener esas típicas disputas divertidas que tanto echaba de menos. Sí, definitivamente, por fin Sophie sería de nuevo feliz.

—Por consentir los caprichos de mi hermana —sentenció—, permitiendo que lord Virgilio campe a sus anchas como si esta fuese su casa.

Abby miró a Penelope, y en vez de pedir disculpas o salir en su defensa, las dejó atónitas cuando cogió su taza de té y dijo como si tal cosa:

—Cierto, eres tú quien está obligada a pedir disculpas a lady Margaret porque ella es tu invitada, no la mía.

Sophie y Penelope se miraron sorprendidas y, sin poderlo evitar, se carcajearon al mismo tiempo.

Esa misma noche, los más jóvenes se habían reunido en una de las salas para jugar a las charadas. Connor estaba apoyado en el quicio de la puerta, observándolos a todos, mientras esperaba a la mujer que llevaba clavada en el corazón; la única que todavía no se había unido al grupo.

—Connor, Connor —silbó su nombre Duncan, medio escondido en el pasillo central.

El conde se giró y frunció el ceño.

Duncan le hizo una seña para que fuese con él.

Connor acató la petición y se acercó hasta donde se hallaba su hermano.

—¿Qué haces escondiéndote? —preguntó, curioso.

Antes de responder, Duncan sonrió como un niño pequeño y eso agradó a Connor; hacía muchos años que no veía a su hermano tan feliz.

—Intento que nuestra tía y su aquelarre no me encuentre —confesó con sencillez—. Tienes que entregarle esta nota a Penelope sin que nadie se entere.

Le tendió una nota y Connor sonrió. Ahora lo entendía todo, pretendía

citarse con su futura esposa de manera clandestina, y por ello se escondía de las tres ancianas que siempre parecían verlo todo.

—Te descubrirán —avisó Connor, aludiendo a las tres ancianas.

—He sido muy precavido —se justificó Duncan, convencido.

Connorladeó el cuello.

—Hablamos de tía Philo y sus amigas —rememoró, reprimiendo una sonrisa—. Te descubrirán.

Duncan se encogió de hombros y se alejó por el pasillo.

Connor negó con la cabeza. Parecía mentira, ya eran adultos, no tenían necesidad de esconderse de esas tres viejas, pero ahí estaban, intentando que ellas no descubrieran sus fechorías... Claro que, se trataba de tía Philomena, Violet y Hermione; Duncan sería descubierto sí o sí.

Se dio la vuelta y entró en la sala en donde Penelope se divertía con sus invitados, se acercó a ella con mucha discreción y le tendió la nota; acto seguido, se alejó y salió al jardín.

Caminó unos cuantos metros y localizó a la mujer que buscaba.

Se acercó con sigilo por detrás porque estaba convencido de que si ella lo veía, saldría corriendo.

Con una mano la sujetó con fuerza rodeándola por la cintura; con la otra le tapó la boca para que no gritara.

—Sophie, no te asustes, soy yo —la tranquilizó—. Permíteme que me disculpe.

Ella se tensó, por lo que él decidió no soltarla.

Besó su cuello y rozó con sus labios su oreja.

—No puedo borrar lo que ocurrió —susurró—. Tampoco poseo el don o la magia para crear un hechizo que borre la memoria —habló en voz baja y emotivo—. Pero te doy mi palabra, que es lo más sagrado que poseo, de que tú eres la única mujer que me importa, la única que ha llegado a clavarse en mi corazón y la única con la que deseo tener un heredero.

Ella tembló, él lo notó, y volvió a besarla en el cuello.

—Permíteme ser el hombre que envejezca a tu lado —rogó—. Te doy mi palabra, *mi palabra*, Sophie, de que siempre estaré ahí a partir de ahora.

Al notar la incomodidad de ella, la soltó.

—Lord Stanton —pronunció la joven.

Connor cerró los ojos, esa voz no era la de Sophie.

Y no lo era, pues fue Abby quien se volteó para mirarlo.

Abby no era una persona rencorosa, pero ella tampoco podía olvidar que el hombre que tenía delante había sido el causante de la tristeza de su hermana. Más que eso, él y sus actos habían llevado a Sophie a cometer una locura que por poco le cuesta la vida. Por ello, a pesar de que no le caía mal el hombre, tampoco sentía en ese momento demasiada empatía hacia él.

—Me congratula comprobar que en esta ocasión no lleva los pantalones bajados —dijo sin pensar.

Connor tragó saliva.

—A pesar de que no le tengo en alta estima —se sinceró la mujer—, puedo garantizarle que mi palabra es tan sagrada como la suya —dijo para que no creyese que solo tenía validez la palabra de un hombre—. Por ello, a pesar de todo, le doy mi palabra de que transmitiré a mi hermana su mensaje.

El conde hubiese deseado que la tierra se abriese en ese instante y se lo tragase.

—Buenas noches, milord —despidió Abby al conde, haciendo un gesto con la mano para que se marchara.

Stanton se inclinó y se alejó a grandes zancadas.

Sophie salió de detrás de un árbol; lo había escuchado todo.

—Podías haber intervenido antes —la regañó Abby con cariño para romper el hielo, al ver que estaba muy afectada.

—No podía —confesó.

Abby le cogió de la mano.

—Sophie, sus palabras me han parecido sinceras —reconoció, pues había sentido honestidad en todas ellas—. ¿Por qué te niegas a casarte con el hombre que amas?

La muchacha inspiró con fuerza.

—No puedo olvidar su abandono.

Abby frunció el ceño. Pensaba que el rechazo de su hermana hacia el conde era por haberlo encontrado con otra mujer; aquello no lo entendía.

—¿Su abandono?

—Es complicado de explicar —convino, con la esperanza de que su hermana no insistiera. Pero Abby no estaba dispuesta a concederle ese deseo.

Por ello, sin soltarla de la mano, la llevó hasta uno de los bancos de mármol que había en el jardín.

—Inténtalo —la invitó a que le contara la historia.

Sophie no sabía por dónde empezar, así que, atropelladamente, habló sin pensar:

—Connor abandonó *Great Castle* la mañana siguiente a nuestro encuentro... —Dejó en el aire la frase, pues no sabía cómo describir exactamente su noche de pasión.

Abby agrandó los ojos.

—¿Fue en *Great Castle*? —preguntó, aturdida.

Sophie asintió avergonzada.

La condesa se quedó atónita; su hermana había perdido la virtud en el castillo del duque, del duque de Hamilton, de su duque... ¡Su duque!

Le costó asimilarlo, pero consiguió recuperarse de la primera impresión.

—Continúa.

—No volví a saber de Connor hasta el aniversario de nuestros padres.

Segundo impacto para la condesa, ¿Connor había dejado a su hermana sin noticias desde finales de agosto hasta mitad de noviembre?

—Justo el día que... —intervino Abby, aludiendo al momento en que Connor y la duquesa de Parma fueron pillados.

Sophie asintió con la cabeza.

—Ya no me importa ese momento —reconoció, honesta, pues ya no sentía ese rencor—. Incluso lo he perdonado.

—¿Entonces?

Sophie tomó aire; no quería inquietar a su gemela, pero tenía que contarle la verdad.

—Fue su abandono lo que no puedo olvidar, Abby —habló con tranquilidad, pero con mucho pesar—. Tuve un retraso en esos días de mujeres.

Abigail Yvaine Allende de Aberdeen sintió por primera vez el pánico, su corazón estuvo a punto de pararse en su pecho y se quedó sin respiración.

Sophie, al notar aquella inquietud, se apresuró en su explicación para tranquilizarla.

—Solo fue eso, un retraso.

Abby se llevó las manos a la cara al tiempo que soltaba el aire que había retenido en los pulmones.

—¿Por qué, Sophie? —siseó entre dientes—. ¿Por qué no me lo contaste?

—Por miedo, por vergüenza... por dolor.

Abby bajó las manos y la miró a los ojos; había algo escondido en esa respuesta, sobre todo cuando pronunció «por dolor».

—Creí estar esperando un hijo suyo —reconoció ante su hermana lo que tanto daño le había causado—. Llegué a amarlo, Abby, de verdad que amé a ese bebé más que a mi propia vida.

Abby se sintió desfallecer.

—Y me odié a mí misma por querer que se muriera. —Se le desgarró la voz—. No sabía qué hacer, necesitaba a Connor y él no estaba, Abby, no estaba ahí para ayudarme.

Una lágrima salió de los ojos de su hermana mayor, y Sophie se sacó un pañuelo que llevaba escondido en el bajo del corsé y se lo tendió.

—No puedo casarme con él —afirmó—. Ya no es el miedo a que pueda tener una amante —alegó, mirando a los cristalinos ojos azules de su hermana—. Es por el amargo recuerdo de que cuando más lo necesité, él no estuvo, y yo no fui capaz de entender por qué. Al encontrarlo con la duquesa lo entendí todo; me abandonó porque mi amor por él nunca le fue suficiente.

—Eso no es cierto —medió Abby por el conde.

—Lo es, y ahora no puedo creer en su palabra porque ya es tarde.

—Es un hombre de honor, Sophie —adujo, para que su gemela no pusiera en duda la palabra de Stanton—. Ha dicho que tú eres la única mujer que le importa, la única que ha llegado a clavarse en su corazón y la única con la que desea tener un heredero. Creo sus palabras y sé que tú también las crees.

—¿Entonces por qué me abandonó?

Abby no tenía una respuesta para eso.

—Quizá necesitaba tiempo para darse cuenta de que te amaba.

—El amor no debería causar dolor, Abby. —Se apenó por no poder

olvidar; lo deseaba, pero no podía—. Nunca sabrás el dolor que sufrí por no saber de él, por obligarme a desear algo tan despreciable...

—Pero no estabas encinta —le recordó.

—¡Eso es lo peor! —se derrumbó, tapándose la cara con las manos—. Amé algo que no existía. Lo amé más que a mi propia vida. Y no existió porque el amor de Connor por mí no fue suficiente y el mío por él no le bastó.

Abby tembló al darse cuenta de la carga tan pesada que su hermana había llevado durante todo ese tiempo, tan desgarradora que la había dejado traumatizada. No es que no amara a Stanton, es que sentía pánico al imaginar que no la dejaría embarazada por no amarla tanto como ella a él. Además, sentía unos remordimientos mortales y se creía un monstruo por haber deseado la muerte de un hijo que ni siquiera había llegado a existir. Y esa era su pena y dolor, pues creía merecer un castigo por ello. Y no uno cualquiera, sino el más doloroso: alejarse del hombre que amaba como penitencia. Ahora lo comprendía todo: su hermana se había perdonado a sí misma, e incluso al conde, por haber pecado; pero no se perdonaba haber deseado perder lo que más había amado.

Que el buen Dios se apiadase de Sophie, porque nadie más podría ayudarla.

## Capítulo XXXII

*No todos los matrimonios comienzan bien*

Penelope estaba nerviosa, era el día más importante de su vida y sería el centro de atención de todas las miradas.

Estaba a punto de salir de *Golden House* con su vestido de novia color champán.

—Estás preciosa, Penny —alabó Sophie a su amiga—. Duncan no podrá apartar la mirada de ti.

La duquesa sonrió complacida.

Abby la observaba; se la veía tan feliz, tan risueña, tan enamorada. Se alegró por ella porque siempre había vivido bajo las estrictas normas del duque, y desde que su madre murió, Penelope había estado muy sola. No es que su padre no la quisiera, pero no habían mantenido la estrecha relación que su hermana y ella tenían con el suyo.

Sonrió al pensar en su padre. Él las había mimado y consentido, algo muy extraño en los hombres de su posición, pero ahí estaban ellas, con el beneplácito del marqués para desposarse con quien ellas eligieran. Sin duda, ese era el mejor regalo de la vida.

—¿Llevas la herradura? —preguntó Abby.

Penelope asintió. Era una tradición escocesa que la novia llevase una herradura cosida en las enaguas, bajo las faldas, para tener buena suerte en el matrimonio.

—La dama de honor está preparada —cantó alegre Sophie—. Así que vamos allá.

Una niña de siete años, sobrina del novio, se encargaría de entrar delante de la novias.

Penelope no se podía creer lo prolíferos que eran los St. John. Duncan tenía familia por toda Gran Bretaña, apenas podía recordar los nombres de todos. Y eso le hizo sonreír. Con suerte, Duncan y ella aumentarían esa familia con muchos niños, porque así lo deseaba, ya que ella siempre se había sentido muy sola.

Al salir al exterior de la casa, todos los sirvientes se emocionaron al ver a su señora.

La aplaudieron mientras pasaba por delante de ellos, mientras se dirigía a



la calesa donde el regente la esperaba.

Todo había salido perfecto, y los invitados gozaban en los jardines de la comida y la música que amenizaba el festejo.

Empezaron a notarse ciertos corrillos, lo que significaba que algún cotilleo empezaba a circular.

Abby, con disimulo, se acercó a uno de los círculos de damas que se parapetaban con los abanicos, con la intención de escuchar el chismorreó.

—¡Es un escándalo! —escuchó decir a una de las damas.

—Bueno, querida —intervino otra—, hemos de admitir que con su descaro han confirmado los rumores de que este matrimonio es por amor.

«¿Descaro?», se preguntó Abby sin comprender nada.

—Mmm... ¿quién podría negarse a los encantos de St. John? —comentó una mujer mientras suspiraba exageradamente—. De haberme casado con él, yo también me habría escapado a la alcoba antes de que se marchasen mis invitados.

Todas rieron.

Abby parpadeó.

Se giró y buscó por todas partes a su amiga y a su esposo. Al comprobar que no estaban, acabó sonriendo.

Unos metros más allá, Sophie sonreía con candidez mientras mantenía una conversación con el capitán Bradley. Durante la quincena que habían permanecido en *Golden House*, sus encuentros habían aumentado cada día y se habían hecho inseparables; algo que habían advertido los marqueses de Stanford, la madre del capitán, Abby, Penelope, tres ancianas, la marquesa de York, la marquesa de Bristol, Duncan y el mismo Connor.

La madre del conde miró a su amiga Eleanor.

—No sé por qué el cortejo entre mi hijo Connor con lady Sophie terminó —comentó extrañada—. Pero por la forma en que mi hijo la mira, diría que fue ella quien puso fin.

La marquesa de York asintió, pues eso le parecía a ella también.

—Mañana me despediré de Penelope —cambió de tema—. Ahora es una mujer casada, ya no me necesita.

—Siempre te va a necesitar —la animó Georgina.

—Se ha hecho mayor —dijo la marquesa, con cariño.

Mientras en *Golden House* reinaba el silencio, ya que los pocos invitados que quedaban todavía no se habían levantado, el único que lo había hecho bajaba las escaleras con intención de desayunar con tranquilidad. Se sentía cansado, apenas había dormido pensando en Sophie y en esa reciente amistad, o más que amistad entre ella y el capitán, cuando se topó con su hermano Duncan.

Se sorprendió al verlo entrar pues, además del lamentable estado físico que lucía, era casi imposible pensar que hubiese abandonado su lecho marital.

—¿De dónde vienes?

Cuando Duncan alzó la cabeza, Connor levantó las cejas; aquella imagen no era la de un hombre recién casado.

—Vayamos a un lugar privado —ordenó Connor.

Duncan le hizo una seña con la cabeza para que lo siguiera. Caminaron con decisión hasta llegar al despacho de Penelope, el lugar que había sido testigo de su ruptura.

—¿Qué has hecho, Duncan? —preguntó nada más entrar, pues conocía muy bien a su hermano.

El nuevo duque narró a su hermano toda la historia, empezando por cómo la tarde anterior su antigua amante se había presentado allí, en su nuevo hogar, para informarle de su estado de buena esperanza; un embarazo inexistente, ya que todo había sido una burda mentira orquestada entre el conde de Oxford y Elaine, para vengarse de Penelope.

Connor se llevó las manos a la cabeza. No se podía creer lo que había hecho su hermano. Él iba a perder al amor de su vida por el terrible error de no haber estado cuando ella más lo necesitaba, y su hermano no había aprendido nada; estaba a punto de destruir su matrimonio por no haber sabido contener su ira.

—¿En qué pensabas?!

—No pensé, ese es el problema.

Connor caminó de un lado a otro, hasta que se detuvo en mitad de la habitación.

—Ya lo puedes jurar —lo amonestó—. ¿Tienes idea de lo que has hecho? ¡Por los mismísimos demonios, Duncan! Tienes que ubicarte, ahora ya no eres Duncan St. John, ¡eres el duque de Whellingtton y Kennt! —lo recriminó de nuevo—. Acepta tu cargo de una vez por todas.

Duncan se sentó, totalmente derrotado. Connor tenía razón, estaba desubicado, no sabía cómo actuar.

—Me ofusqué —reconoció Duncan—. Quise castigar a Penelope por su actitud y despotismo conmigo.

El mayor de los St. John estaba tan enfadado que le resultaba imposible guardarse en su interior lo que pensaba, necesitaba sacar al exterior todo cuanto merecía escuchar Duncan, con la intención de abrirle los ojos, porque si él no lo conseguía, el destino de su hermano pequeño estaría destinado al fracaso.

—¿Su despotismo? —gritó, incrédulo—. El único que actuó como un auténtico déspota fuiste tú —lo amonestó con rabia—. Penelope lo que hizo fue salvaguardar su legado. Tu mujer se ha enfrentado a todos desde el mismo día en que su padre murió —le recordó, por si se le había olvidado—. No ha dejado de batallar contra todos ni un solo día —aseguró con cierto orgullo—. Y ha ido venciendo con paso firme a cada uno de sus enemigos —afirmó, complacido por lo que la duquesa había conseguido.

Duncan se mordió los labios, frustrado por la reprimenda que Connor le estaba dando.

—Ha demostrado que es capaz de pelear como una auténtica fiera para proteger a todo aquel que está bajo su amparo, cuando podía haberlos dejado a su suerte —declaró, aludiendo a quienes en un principio le dieron la espalda—. Pero no lo hizo, ¿y sabes por qué?

Duncan negó con la cabeza.

—Porque Penelope tuvo los arrestos de tragarse su orgullo —admiró a su cuñada—. Lo hizo porque esa era su obligación, mantener su legado tan intacto como se lo dejaron —sentenció clavando su mirada más gélida en su hermano—. Así se comporta un duque, Duncan; deja a un lado su rencor, su rabia, su venganza y su ego, para mantener sus títulos bajo la categoría social y honorabilidad que se merecen.

Duncan tragó saliva. Connor, una vez más, tenía razón; Penelope podría haber dejado a sus jornaleros desamparados después de que ellos le diesen la

espalda, pero se tragó su orgullo para protegerlos.

—No me puedo creer que después de todo lo que tu mujer ha tenido que batallar, tú, precisamente tú la hayas ultrajado —dijo con desprecio—. Has puesto en peligro la intachable reputación y categoría social de dos de los ducados más respetados desde hace siglos. Y todo por tu fuerte temperamento, uno que eres incapaz de controlar y que te convierte en un hombre irracional.

—Yo... —intentó justificarse, pero Connor le interrumpió.

—¡Tú has convertido a tu esposa en *la duquesa ultrajada*!

La verdad dolía.

Duncan se frotó la cara desesperado.

—¿Y ahora qué puedo hacer?

Connor no tenía una respuesta para esa pregunta, pero tres ancianas irrumpieron en el despacho para darle la solución que necesitaba.

—Te llevarás a tu mujer lejos de Inglaterra —dijo lady Philomena—. Y actuaréis como una pareja de recién casados, que es lo que sois.

Duncan se puso en pie y Connor se giró para mirarlas, sorprendido por la intromisión.

—¿Quién te vio? —preguntó lady Violet directamente a Duncan.

—No lo sé —reconoció, honesto—. Intenté ocultarme lo mejor que pude, pero no puedo garantizar que nadie me viese.

Lady Hermione negó con la cabeza en señal de disgusto.

—Sube al dormitorio de tu mujer y empieza a arreglar este desaguisado con celeridad, y sobre todo, con exactitud.

Duncan comprendió lo que su tía Philo le estaba ordenando, y más valía que pudiese enmendar su error, o su vida estaría abocada al fracaso.

Abby y Sophie caminaban risueñas por el corredor central de la primera planta, dispuestas a reunirse con sus padres para dar buena cuenta del desayuno, cuando vieron salir a Penelope, en bata y con una expresión desolada.

Se acercaron raudas hasta ella.

Penelope las miró y se le empañaron los ojos, aunque se prohibió llorar;

había prometido la noche anterior no volver a derramar una sola lágrima por Duncan.

Al escuchar cómo subía una doncella las escaleras, Abby tomó de la mano a Penelope, la arrastró hasta la sala privada, y se encerraron allí para que nadie las viese o molestase.

—¿Qué te sucede, Penny? —se interesó Sophie.

Penelope les explicó con gran dolor todo lo que había sucedido la tarde anterior.

Abby se quedó pálida.

Sophie se enojó.

—No deberías extrañarte —declaró enfadada—. Es un St. John, no se podía esperar otra cosa.

Penelope no respondió.

Abby, por el contrario, se molestó por el comentario de su hermana; una cosa era que ella guardase rencor a Connor, pero otra que tachase a Duncan de esa manera.

—No es justa tu acusación —le recriminó—. Duncan está enamorado de Penelope y él mismo ha confesado que no recuerda cómo llegó a...

—¿A la cama de otra mujer? —terminó la frase Sophie—. ¡Cómo llegan todos los hombres! Guiados por su lujuria.

Abby se levantó de su asiento y señaló a su hermana con el dedo.

—¡No eres imparcial! —la acusó—. Estás dolida con Stanton y deseas castigar a Duncan por lo que su hermano te hizo. Así que no te atrevas a volcar tu rabia y rencor en St. John, porque Penelope, y solo Penelope, es la única que tiene derecho a juzgar a su esposo.

Sophie también se levantó de su asiento.

—¡Perfecto! —espetó a un palmo de la cara de su gemela—. Que lo juzgue Penny —habló molesta—. Que sea ella quien decida si su esposo merece ser perdonado, cuando le prometió que no había habido otra mujer durante su tiempo de luto, y le aseguró que le había sido imposible tocar a ninguna otra dama, porque ella había conseguido que la búsqueda de satisfacción en otra mujer fuera insatisfactoria —les recordó lo que Duncan le había dicho a su amiga—. No seré yo quien le juzgue o tenga que perdonarlo, pero permíteme que sea yo quien decida si los St. John son hombres de

palabra.

Dicho esto, salió de la sala privada, dejándolas allí en un completo silencio.

Abby miró a Penelope.

—No se lo tengas en cuenta —terció por su gemela—. Todavía no está recuperada de su ruptura con Connor; es más, creo que está traumatizada.

Penelope asintió, ella también lo creía.

—No sé qué hacer —confesó Penelope.

—¿Le amas?

A pesar de todo, la duquesa amaba a Duncan más que a nada.

—Sí.

—¿Le crees?

—Sí.

—En tal caso, escucha a tu corazón y no permitas que por culpa de otras personas, tu matrimonio y tu felicidad se vean abocados al fracaso.

Penelope se acercó a Abby y la abrazó.

—Necesitaré tiempo —reconoció entre susurros, abrazada a su amiga.

—Tienes toda una vida por delante junto al hombre que amas —la animó—. Date el tiempo que necesites y actúa como te dicte el corazón.

Alguien llamó a la puerta y Penelope se sorprendió. Ese lugar era privado, nadie tenía derecho a interrumpir la paz en aquella estancia, pero cuando su madrina asomó la cabeza, le permitió entrar.

—Disculpadme, voy a buscar a mi hermana —se despidió Abby, dejando a la marquesa de York con Penelope.

La duquesa le hizo una seña con la mano para que tomase asiento.

—Mi querida Penny, ya eres una mujer casada —dijo con triunfo—. Esta tarde partiré, es hora de que regrese a mi casa.

Penelope alargó la mano y acarició la de la mujer, dándole las gracias sin palabras por haber estado a su lado siempre.

Departieron un buen rato y antes de despedirse, Penelope se dio cuenta de que necesitaba una respuesta sobre algo que la carcomía por dentro desde que había visto a la marquesa con el conde de Chesterfield.

—Perdonad mi atrevimiento, pero necesito entender qué le hizo llegar a ser la amante del conde.

La marquesa parpadeó. Hubiese deseado que Penelope nunca se enterara, no podía soportar la idea de que la muchacha a la que había querido como a una hija propia se avergonzara de ella.

—¿Có... cómo... te has enterado? —titubeó, abochornada.

—Les vi —repuso sin más.

La mujer se levantó y caminó vacilante, intentando dar con una respuesta que Penelope pudiese comprender. Además, quería que supiese la verdad, porque ella, a su modo de ver, no se merecía el desprecio de su pupila.

—Es fácil juzgarme...

—No lo estoy haciendo —expuso sincera—. Tan solo necesito comprender qué le llevó a ello.

La mujer asintió con la cabeza y sintió un poco de alivio.

—Es tan complicado de explicar... Aunque no lo creas, nunca me he considerado su amante.

—El conde es un hombre casado.

—Porque su esposa le tendió una trampa —sentenció.

Penelope le indicó que volviese a sentarse, para tenerla cerca y poder escuchar con atención.

—Cuando tus padres se conocieron y rompimos nuestro cortejo —comenzó a decir—, al poco tiempo conocí a Hunter.

La duquesa permaneció en silencio, pero advirtió el brillo en la mirada de Eleanor.

—Me enamoré de una manera irremediable. —Se emocionó al recordarlo—. Tanto como él de mí. Empezó a cortejarme y un día, en una fiesta, Theresa, arropada por tres amigas, le tendieron una trampa, haciéndole creer que yo le esperaba en la biblioteca —rememoró aquel momento con desgana—. Cuando Hunter llegó allí, ella se echó encima de él y sus amigas aparecieron de la nada con dos testigos más.

Penelope tragó con dificultad.

—El padre del conde le obligó a cumplir con su deber por haber comprometido a la joven, para que no ensuciara el buen nombre de la familia.

La duquesa cerró los ojos; a ella el conde de Oxford había estado a punto de hacerle algo parecido.

—Sí, mi querida niña, no solo los hombres actúan mal —indicó—. También hay mujeres despiadadas.

—Se casó con ella —expuso Penelope con tristeza.

—Sí —afirmó—. Lo pasé muy mal. Para mí ya nada tenía sentido, hasta que tu madre me convenció.

—¿Perdón?

—Mi querida May —pronunció nostálgica—, siempre tan caritativa, me arropó en tan malos momentos... —Suspiró—. Conocía la historia y había sido testigo de todos los intentos de Hunter para convencerme de llevar una vida paralela. Tu madre me abrió los ojos. Me dijo que si Theresa me había robado al hombre que me amaba con tan malas entrañas, yo tenía derecho a perseguir mi felicidad aunque fuese a escondidas.

Penelope parpadeó, incrédula ante aquella confesión.

La marquesa sonrió y le apretó la mano.

—Hunter nunca ha querido a su esposa —aseguró—. Siempre he sido yo quien ha ocupado su lecho y su corazón.

La duquesa se llevó las manos a la garganta. No le salían las palabras, en parte por la conmoción, y en parte por la emoción de entender que su madrina era feliz sin necesidad de estar casada.

Creyó la historia. Más, cuando la condesa no había concebido hijos, por lo que sería cierto que él no la había tomado como a una verdadera esposa.

—Pero... pero... pero vos no habéis... —No sabía cómo explicarlo.

La marquesa sonrió.

—Mi querida niña, hay mil formas de que una mujer no se quede embarazada.

Penelope estaba atónita.

—Ahí está tu respuesta a por qué no me he sentido nunca la amante del conde, porque él siempre me ha tratado en la intimidad como si fuese su verdadera esposa.

Penelope asimiló poco a poco todo aquello.

—¿La condesa lo sabe?



—Sí, además de mala persona tampoco es tonta.

—¿Y nunca le llamó la atención o chismorreó sobre ello?

—Tras su mala hazaña, sería repudiada por todos —comunicó—. Obtuvo lo que quería, estar bien situada en la sociedad; ella tan solo era la cuarta hija de un caballero.

La verdad era triste, o eso le pareció a Penelope, pero vio una sonrisa ancha y complacida en la marquesa.

—¿Sabes? A pesar de todo, acabé siendo la triunfadora —alegó con convicción—. Nunca necesité el título de Hunter.

Eso era cierto, Eleanor poseía un título superior a él, era marquesa.

—Ella se quedó con el conde y yo con el hombre —sentenció—. Sin duda, fui la vencedora.

Se despidieron con un abrazo cargado de cariño, ambas muy complacidas; la duquesa por haber entendido toda aquella situación, y la marquesa por no haber recibido desprecio por parte de Penelope.

La puerta volvió a abrirse y apareció Sophie.

—Lo lamento —se disculpó por la intromisión.

—No te disculpes, querida —dijo la marquesa—. Yo ya me iba.

Al quedarse a solas, fue Sophie quien rompió el silencio.

—Lo lamento, Penny, no debí acusar a Duncan de ser un hombre falto de palabra —se disculpó, honesta—. Abby tenía razón, he volcado mi enfado en el hermano equivocado.

Penelope agradeció la disculpa.

—¿Crees en él? —preguntó la duquesa, pues sabía que Sophie no le mentiría.

—Nunca ha dado muestra de lo contrario —defendió a Duncan—. De hecho, te va a parecer una locura lo que voy a decir...

La duquesa prestó mucha atención; el tono de voz de su amiga había despertado su curiosidad.

—Continúa, por favor.

—Tengo una teoría con respecto a lo que pudo suceder.

—¿Cuál?

—Elaine ya le tendió una trampa a Duncan en una ocasión —recordó—.

¿Qué nos asegura que no lo haya hecho ahora?

Penelope se quedó pensativa; deseaba con todas sus fuerzas poder aferrarse a algo que exculpara a su esposo.

—Pero Duncan no ha desmentido que despertó en su cama.

—Cierto, pero no es consciente de cómo llegó hasta allí.

Esa respuesta esperanzó a Penelope. No sabía por qué, pero le dio esperanzas.

—Nunca lo sabremos —dijo Penelope, frustrada.

Sophie la miró con lástima; su amiga acababa de casarse, no merecía tanta tristeza y pesar.

—Lo único que debes saber, Penny, es que tu esposo te ama —la alentó—. Disfruta tu presente y déjate guiar por el corazón.

Penelope sonrió con tristeza.

—Hablas igual que tu hermana.

Sophie llevó las manos al aire, imitando a su gemela de una manera muy teatral.

—¡Sálvame, buen Dios, de semejante locura!

Y las dos rieron.

Sophie se alegró; había conseguido hacer reír a Penelope, a pesar del día tan lamentable por el que estaba pasando. Y pensó que, en el fondo, tras ese logro, sí había conseguido ser como su hermana. Y eso la llenó de gozo, pues para ella no existía persona mejor a quien parecerse o admirar.

## Capítulo XXXIII

*No todos los nobles pueden gozar de buena reputación*

Los duques de Whellington y Kennt habían zarpado rumbo a Jamaica, donde pasarían su luna de miel, alejándose así de Inglaterra y de cualquier rumor que pudiese saltar con respecto a lo ocurrido el día de su boda.

El conde de Stanton leía con atención el último panfleto de cotilleos más importante de Londres, un folleto que, por primera vez desde los treinta años que llevaba publicándose, sería repartido por toda Gran Bretaña, no solo en la capital. Y es que la noticia había conseguido su propósito: que todo el mundo estuviese interesado en conocer su contenido.

**»Ecos de Sociedad de Londres, 22 de junio de 1816**

*Esta semana fuimos testigos de la fiesta más notoria de la temporada: la boda de los duques de Whellington y Kennt.*

*El acontecimiento fue tan importante como todos sus invitados, empezando por nuestro Regente, padrino y testigo de honor de que el enlace entre los recién casados, para desgracia de todos nosotros, no fue por convención, sino por amor; una tendencia que, de seguir sus pasos otros nobles, pondrá en riesgo las buenas costumbres de nuestro reino. Pero dejando a un lado la temeridad y misterios que embargan a una pareja a casarse por amor, nuestra mayor preocupación es la cobardía que cierto noble despedido mostró. Sin necesidad de utilizar su nombre, pues desde esta redacción consideramos que nuestros lectores tienen la suficiente inteligencia como para descubrir por sí solos al susodicho, nos vemos obligados a poner en antecedentes a todos los pares del reino, pues la cobardía de uno puede tambalear las formas y buenas costumbres de nuestra jerarquía social, ya que, escondido tras una mujer de dudosa reputación, intentó boicotear la gran celebración, presentándose la muy insolente nada menos que en Golden House. ¿Podemos permitir que este noble agazapado vuelva a intentar integrar a una mujer de baja alcurnia en la misma fiesta en la que su invitado más ilustre era el hijo de nuestro rey? No tiemblen, queridos lectores, porque la duquesa supo atajar la desfachatez de inmediato, expulsando a la joven para que sus loables invitados no tuviesen que interactuar con alguien tan pagada de vulgaridad y cinismo. Pero el*

*cobarde entre las sombras, en vez de aceptar su derrota ante la mujer que ya le venció una vez y con la que está enemistado, ha decidido ultrajarla con falsas acusaciones. Y aquí es donde nos afecta a todos, porque todos fuimos testigos de cómo la pareja recién casada nos abandonaba a mitad de celebración con el descaro de encerrarse en la habitación matrimonial. Una descarada actuación por parte de los duques de Whellington y Kennt que nos conmocionó a todos, pero de la que fuimos testigos. Por ello, ahora las mentiras del noble pálido ponen en entredicho la palabra de los que allí estuvimos. ¿Puede en su cobardía tachar de falta de palabra a los invitados de la celebración? Decidan ustedes, queridos lectores, si los embustes del conde deben ser castigados, porque en su soberbia desmedida nos insulta a los demás, empezando por el que un día coronaremos rey.*

Connor releó la noticia tres veces, porque no podía creerse lo que estaba leyendo.

¿Quién escribía ese panfleto?

Se quedó pensativo. Al cabo de un rato reaccionó. Daba lo mismo, lo único que importaba era que aquel folleto acababa de hundir por completo al conde de Oxford. No habían nombrado al cobarde, pero era de todos conocida la historia y sabían que Penelope se había enemistado con él; por ende, todos sabían quién era el aludido.

Sonrió porque él le había prometido a su hermano pequeño que acabaría con Oxford; demasiado permisivo y benevolente había sido con él. Era conocedor de que le habían dado la espalda muchos nobles desde su tropiezo con su cuñada, pero ese panfleto acababa de conseguir que todo el reino se despegara y desentendiera de la amistad o trato que pudiesen tener con el condado de Oxford, y él acababa de decidir darle la estocada final. Se levantó, dejó el folleto encima de la mesa que tenía delante, se estiró el chaleco y se irguió.

Salió de la sala y se dirigió con paso firme hacia la puerta principal de la casa.

—Connor, querido —llamó su atención tía Philomena.

El conde de Stanton acudió a su llamada.

—Señoras —saludó a las tres ancianas que estaban sentadas con tres tazas de té en las manos.

—¿Vas a salir? —se interesó lady Violet.

—Esa es mi intención —respondió, amable.

—¿Te diriges a algún lugar en concreto? —indagó lady Philomena.

—Sí.

Su respuesta escueta hizo sonreír a las tres damas. Connor entrecerró los ojos.

—Perfecto, querido —anunció su tía Philomena—. Que no te tiemble el pulso para defender el honor de un St. John.

Connor parpadeó. No sabía cómo pero siempre, después de tantos años, acababan sorprendiéndolo. Era como si le leyesen la mente.

Las mujeres continuaron como si él ya no estuviese allí.

El conde se dio la vuelta y se dirigió a los establos. Una vez allí sonrió; fuera como fuese que esas tres hechiceras se hubiesen enterado de sus planes, daba lo mismo, lo acuciante era que le había gustado tener el beneplácito de las tres para acabar con el hombre que había intentado destrozar a su hermano, ergo a él también.

Se presentó en *Oxford House*, donde el mayordomo le prohibió la entrada, por lo que, sin un ápice de elegancia, lo hizo a un lado y entró como si aquel lugar le perteneciese.

«Te debe quince mil libras», se recordó, ya que el conde todavía no había saldado su deuda.

—¡Oxford! —gritó, rompiendo el silencio de aquella grandiosa casa—. ¡Sal y da la cara!

El mayordomo intentó agarrarlo, pero Connor le hizo una seña amenazante de tal grado, que el hombre tembló y se apartó.

—¿Qué son esos gritos? —preguntó la madre del conde, saliendo de una de las salas.

Connor podía ser muchas cosas, pero también era un caballero, y no era a la madre a quien quería hacer pagar la osadía del conde.

—Buenas tardes, milady —saludó—. Estoy buscando a su hijo.

La mujer, que era conocedora de la apuesta y también compartía cierto grado de animadversión con respecto a la familia St. John por un tema del pasado, lo miró con asco.

—Pocos modales mostráis —le sermoneó—. Aunque siendo sobrino de quien sois, no es de extrañar.

Connor levantó una ceja.

En definitiva, él era un caballero ante cualquier dama, pero su distinción terminaba en el mismo instante en que se despreciaba a alguien de su familia; y si además, esa persona en concreto era su tía Philomena, no mostraría caballerosidad alguna.

—Para nombrar a mi tía antes deberéis usar los polvos para los dientes —espetó, indicando que debería lavarse la boca—. La madre de un hombre que no paga sus deudas no tiene derecho a menospreciar a nadie de mi familia.

Observó cómo a la mujer se le ampliaban las fosas nasales.

Echó un vistazo rápido por si el cobarde del conde aparecía en defensa de su madre, pero no lo hizo. Claro que, en ese rápido reconocimiento del lugar se percató de unas cuantas cosas. Los candelabros de las paredes y las lámparas de araña no sujetaban velas. También daba la sensación de que faltaban unas cuantas obras de arte y alfombras. Además, la estancia no lucía de limpieza impecable, o por lo menos los muebles de la entrada mostraban polvo de hacía días.

Un ruido a su espalda le hizo girarse.

Dos mujeres estaban agazapadas tras una puerta.

Entonces lo comprendió; el conde no tenía a su cargo más personal que el ama de llaves, la cocinera y el mayordomo. De lo contrario, habrían salido ya unos cuantos lacayos a expulsarlo de la casa.

Regresó a su posición.

—Dígale a su hijo que salga.

—Mi hijo no se encuentra en la casa —declaró con mucha altanería—. Está de viaje y no regresará hasta dentro de un mes.

Connor dudaba que eso fuese cierto, ya que a leguas se notaba que no tenían recursos para seguir manteniendo la casa; era imposible que gozase de dinero para alejarse más allá de Londres.

—Tiene una semana —concedió el conde—. Si en ese plazo no ha regresado, haré pública su cobardía.

—Es usted tan despreciable como todos los que llevan su sangre —lo ofendió la madre—. Queréis hacerle pagar a mi hijo que tu tía no pudiese

casarse con su abuelo —expuso, revelándole quién era el hombre al que había amado su tía Philo toda la vida en secreto—. Y todo porque lord Oxford la repudió públicamente... ¡Esa mujer no estaba a la altura de un Oxford!

Gracias a que no se trataba de un hombre la persona que le estaba hablando a Connor, se librarían esa noche en esa casa de estar preparando los preparativos para el sepelio; pues gracias a que era una mujer, él no la mataría a golpes por insultar a la mujer que, después de Sophie y su madre, más quería.

—Vanagloriada decisión —decretó solemne—. Una St. John jamás podría engendrar en su vientre un heredero de tan poca nobleza y palabra —insultó a todos los que habían legado el título, aludiendo sobre todo al hijo de la mujer que tenía delante—. Mientras mi tía camina con la cabeza bien alta, digna hija del conde de Stanton, su hijo se esconde cual vulgar ladrón, porque así son los herederos de Oxford, ¡indignos y cobardes!

Dio la vuelta sobre sus talones y abandonó *Oxford House*.

Una vez en el carruaje, se apenó por tía Philo por haber amado a un hombre indigno de ella, pues había preferido la dote de otra mujer antes que luchar por su amor.

Suspiró rabioso al caer en la cuenta de que los Oxford nunca habían sabido mantener su riqueza; que el abuelo de Albert se casara por una dote elevada lo decía todo.

Era increíble y nauseabundo, ya que el condado de Oxford siempre había estado bien situado y admirado. Y Albert acabaría destrozando todo aquello, sin importarle las gentes que dependían de él. Aquella comarca estaba desamparada por la mala cabeza y malas entrañas del conde.

Pensó en su propio condado, uno que hasta la fecha había sido próspero gracias a su buen hacer. Y tomó la decisión de volcarse más, pues jamás permitiría que por su culpa pudiesen tachar a ningún St. John de no ocuparse de sus obligaciones.

De un pensamiento pasó a otro y se frotó la cara. Que la buena fortuna guiase a su hermano, porque se había convertido en el representante de dos de los ducados más antiguos y venerados.

En *Oxford House* reinó el silencio de nuevo. La condesa entró a la sala en la que se encontraba antes de que Connor irrumpiera y se sentó en un



butacón, esperando a que su hijo saliera de la sala contigua, donde se había escondido.

—No tenía conocimiento de que mi abuelo repudiara a lady Philomena públicamente —pronunció sorprendido el conde al entrar en la habitación.

—Porque no lo hizo —apuntó con maldad—. Pero ahora su sobrino sí lo piensa.

El conde sonrió.

—Había que castigarla para que pagase por todo el mal que le hizo a tu padre, ¿no crees?

El conde asintió.

La historia no era como la condesa había dado a entender. El conde se había visto obligado a desposarse con la hija de un marqués que poseía una dote mucho más cuantiosa, ya que su padre había malgastado los fondos. Pero jamás la repudió, sino todo lo contrario; la amó en silencio, ya que Philomena se negó a convertirse en su amante. Ella lo quería todo o nada. Y el conde cumplió con su obligación de aportar un heredero, pero nunca sintió aprecio ni por su esposa ni por su hijo, porque eran un recordatorio constante de que había tenido que acceder a casarse por dinero. Y fue el único Oxford que consiguió elevar de nuevo la fortuna familiar, hasta que su hijo, al igual que su nieto, se dedicaron de nuevo a malgastar, sin pensar en el buen nombre de la familia.

—Tienes que casarte cuanto antes —apuntó la condesa—. Apenas nos queda nada valioso que vender —informó—. Y es una vergüenza que alguien pueda llegar a enterarse de que estamos pasando calamidades.

—¡Lo habría hecho si el mentecato de St. John no se hubiese entrometido!

—¿A cuál de ellos te refieres?

—A los dos —sentenció. Duncan por enamorar a la duquesa, y Connor por la apuesta; la maldita apuesta por la que permanecía escondido, ya que si alguien lo veía por Londres podría avisar a Stanton de su paradero para reclamarle públicamente lo que le debía.

—En tal caso deberás darles un escarmiento —lo incitó su madre a que hiciese algo para vengarse—. Piensa qué es lo que más quieren y ataca donde más les duela.

—Estuve a punto de conseguirlo —despotricó al pensarlo—. Pero el

panfleto de los chismes impidió mi venganza y anuló mis planes de chantajear al nuevo duque.

La condesa iba a pedir un té, pero recordó que ya había tomado uno antes y andaban escasos de hojas; incluso llevaban más de dos meses reutilizándolas, como solían hacer en las casas de los pobres.

«Vivimos como mendigos», ese pensamiento le nubló la razón.

—¡Tú deberías haber sido el duque de Whellington! —expuso—. Elegiste mal a tu víctima.

—¿Qué trata de decirme?

Ella se giró y miró a su hijo con los ojos cargados de rabia.

—Quisiste vengarte de Penelope —le recordó, ya que era conocedora de todos los planes de su hijo, más que nada porque había colaborado dándole el consejo de que fingiera haberla comprometido—, por haberte rechazado cuando salió mal nuestra argucia. Pero ella es la que posee los títulos y el dinero.

El conde frunció el ceño, no alcanzaba a entender lo que quería decirle su madre.

—Atiende bien a mis palabras —ordenó—. Muerto el perro, se acabó la rabia.

Oxford lo entendió. Si Duncan moría, él tendría una nueva posibilidad, a las buenas o a las malas.

## Capítulo XXXIV

*Si confías en un hombre de honor, podrás encontrar la redención*

En *Stanford House*, los marqueses se miraban. Hasta la fecha, al marqués no le había importado declinar cualquier petición de mano con respecto a su hija Sophie, pero ese día, cuando el capitán Bradley se presentó ante él para pedir la mano de su pequeña y se vio obligado a declinarla, sí lo sintió.

—El capitán es distinto —comunicó el marqués a su esposa.

—Debemos hablar con Sophie —habló ella, cauta—. Pero no podemos hacerlo nosotros.

Ambos sabían que la única persona que podía hacerlo era su hija Abby, pues ella también estaba implicada. Si Sophie contaba su secreto y el capitán lo divulgaba, la mayor perjudicada sería su hija mayor.

—Tampoco podemos decírselo directamente —reconoció el marqués. No era apropiado que la pusieran en la tesitura de intentar convencer a Sophie por haberla alentado ellos.

La marquesa asintió despacio.

Justo en ese momento, como si la hubiesen invocado, Abby entró en la sala de mañanas donde se encontraban sus padres.

—¿Sucede algo? —indagó, al notar cómo sus padres dejaban de hablar tras su aparición.

El marqués miró a su esposa y ella le hizo una seña; conocían muy bien a Abby y tenían muy claro cómo actuar ante ella.

—He declinado la petición del capitán Bradley —informó el marqués—. Quería casarse con tu hermana.

Abby pestañeó y se quedó pensativa.

Sophie mostraba un gran interés por el capitán. De hecho, todas las tardes lo visitaba y le hacía compañía desde que regresaron de Somerset, y de eso ya hacía una semana.

Un par de noches atrás, le confesó que sentía algo especial por él y que lo admiraba como nunca llegaría a admirar a nadie... Entonces, ¿por qué...?

Cerró los ojos al llegar a la conclusión: no quería poner en riesgo el buen nombre de la familia, o más bien, no quería que ella saliera perjudicada.

—Disculpadme —se despidió y se dirigió al dormitorio de Sophie, donde seguro que estaría escondiéndose de sus padres.

—Muchacha lista —alabó la marquesa.

—Lógico, se parece a mí.

La marquesa sonrió, pero debía reconocer que estaba en lo cierto, padre e hija eran más parecidos de lo que creían.

Abby entró sin llamar y encontró a Sophie delante de la ventana, con la mirada perdida.

—¿Por qué has rechazado la propuesta de matrimonio del capitán? —preguntó a las bravas, pues no pensaba andarse por las ramas.

—Es el hombre más noble que conozco —lo ensalzó con orgullo—. No puedo casarme con él haciéndole creer que soy pura. —Se entristeció—. No se merece mi engaño y yo perdería mi dignidad si lo estafara.

Abby notó el pesar en su voz.

Inspiró con fuerza.

—¿Es esa la única razón, o es porque sigues amando a Stanton?

Sophie se giró y miró a su hermana.

—Quiero al capitán —reconoció—. De haber podido, habría aceptado sin pensarlo. ¿Crees que no me duele que se haya marchado pensando que lo rechazo por estar lisiado? Él no se merece creer eso porque para mí es único.

—Entonces cuéntale la verdad, Sophie —la animó—. No le engañes, no pierdas tu dignidad, y acepta su decisión una vez la sepa.

Sophie negó, nerviosa.

—No puedo, Abby. Créeme, no puedo —musitó, porque le faltaba el aire—. No me juzgará solo a mí.

Ahí estaba lo que más temía Abby, pues no se había equivocado; se negaba a confesar para protegerla a ella de un escándalo.

—Has dicho que el capitán es un hombre admirable.

—El más noble que he conocido.

—En tal caso, no debemos temer por que airee tu secreto —adujo—. Tan solo debemos preocuparnos de si, al saberlo, siga queriendo casarse contigo.

Sophie abrazó a su hermana.

—No quiero que nuestros padres lo sepan —rogó Sophie, para que Abby no les contase nada.

—Ponte tu vestido de montar, diremos que vamos a salir a dar un paseo.

Un cuarto de hora tardaron en estar preparadas.

Bajaron las escaleras y los marqueses las vieron pasar.

—Abby, Sophie, ¿dónde vais?

Sophie apretó la mano de su hermana, estaba nerviosa.

—Hemos decidido salir a cabalgar —dijo la condesa, sin dar mayor explicación—. Hasta luego.

Y salieron raudas de la casa.

La marquesa sonrió.

—Prepárese, milord —bromeó, triunfal—. Vamos a casar a una de nuestras hijas.

Al llegar a *Bradley House*, fueron recibidas por la madre del capitán.

—Llegan a tiempo de acompañarme a tomar el té —las invitó la mujer.

—Disculpad, señora Bradley, ¿tendría a bien de avisar al capitán de que deseo hablar con él? —dijo Sophie, un tanto nerviosa.

La mujer la miró y agradeció que la muchacha estuviese allí, porque su hijo había regresado muy desanimado; un estado que desde que conoció a la joven no había mostrado.

—Si deseáis hablar con él, os acompañaré en su busca —accedió la mujer—. Está en el jardín, junto a la fuente.

Abby miró a Sophie, e intentó ayudarla.

—Ah, no se preocupe, señora Bradley —dispuso con una sonrisa—. Mi hermana puede encontrar al capitán, mientras usted y yo disfrutamos del té.

Sophie, con la mirada agradeció a su hermana la intromisión.

Salió de la casa y caminó por el jardín, hasta que localizó al capitán junto a la fuente, como le había informado la madre.

Se acercó y se miraron.

—Desearía estar a solas —dijo el capitán, pues no le apetecía estar acompañado por la mujer que lo había rechazado.

Sophie se retorció las manos.

—Me gustaría daros una explicación —suplicó—: Os la merecéis.

El capitán notó miedo en su voz.

La miró hipnotizado, pues ella poseía ese poder sobre él.

—Sophie, comprendo que una dama como vos podáis aspirar a un hombre de mayor rango social y... —Ella le tapó la boca con la mano. No quería escuchar más ni él debía creer que estar impedido y postrado en una silla fuese la razón de su rechazo.

—Os admiro como nunca llegué a creer que podría admirar a alguien, exceptuando a mi padre —confesó, emotiva, y apartó su mano.

El capitán se emocionó, sus palabras parecían tan honestas.

—Y por la admiración y respeto que os profeso, me veo obligada a confesaros que no soy digna de convertirme en vuestra esposa. —Se le resbaló una lágrima, que limpió con el dorso de su mano con celeridad, para que no la viese llorar—. No puedo engañaros antes de llevarme al altar.

Seymour Bradley se tensó, ¿qué trataba de decirle?

—¿Qué os hace creer que no sois digna?

Sophie tragó saliva con dificultad, había llegado el momento más temido.

—Mi falta de virtud —confesó, y otra lágrima recorrió su mejilla—. Me entregué a un hombre una sola vez —se sinceró, pues era todo cuanto podía hacer—: lo suficiente para considerármeme mancillada.

El capitán se quedó paralizado.

Jamás hubiese intuido que Sophie había sido comprometida por completo, pero, ¿lo había rechazado por eso?

Él no era un niño, sino un hombre de cuarenta años que había llevado una vida completamente ajena a protocolos y salones de baile. En su profesión, levantarse cada mañana era un logro. No había tenido tiempo para pensar en damiselas virginales. Por su cama habían pasado cortesanas y fulanas de toda clase; o más bien, él había pasado por las camas de todas ellas, ya que nunca tenía un destino fijo y se pasaba la vida vagando de batalla en batalla.

Encontrarse con Sophie en la fiesta organizada por la duquesa de Whellington había supuesto un renacer para él. ¿Cómo podía esa muchacha estar delante de él llorando, cuando estaba afirmando que lo admiraba más que a nadie? Ella se había convertido en su *Ángel*. Un ángel caído del cielo sobre sus piernas endebles, que le regaló la sonrisa más pura y brillante que jamás había contemplado. Consiguió, en un solo segundo, que pasase de odiar su vida, porque se había convertido en un hombre sin motivación alguna, a sentirse un hombre agradecido por poder contemplar que esa muchacha respiraba. Y lo hacía delante de él, sentada en sus piernas con tal

naturalidad que parecía que lo hubiese hecho toda la vida. Fue la primera mujer que no le había mirado con lástima ni había intentado evitar hacerlo para no verlo hecho un despojo. Ella no. Ella lo había mirado como si hubiese encontrado en él la salvación.

—Sophie.

Ella volvió a limpiarse las lágrimas.

—¿Sí? —preguntó casi en un hilo de voz.

—Bésame.

Ella no esperó a que lo repitiera. Al contrario, lo sorprendió sentándose sobre sus rodillas y besándolo con pasión.

El beso no empezó cálido ni titubeante, fue tan arrollador que los dos se quedaron exhaustos.

Cuando sus bocas se separaron para tomar aire, el capitán acunó el rostro de Sophie, como si quisiera comprobar que no había sido un sueño, y asegurarse de que su ángel estaba ahí y de que lo había besado hasta dejarlo sin aliento.

—Voy a pedir una licencia especial —anunció sus planes—. Nos casaremos de inmediato.

Sophie sonrió.

—A mi madre ese plan no le va a gustar —vaticinó, aunque también le dejó claro que ella estaba encantada con la idea.

—Dos semanas a lo sumo —concedió—. Poco me importa que crean que te he comprometido.

Al escuchar esa palabra, Sophie se avergonzó y bajó la cabeza. Él llevó sus dedos a la barbilla de ella para que la levantara y lo mirase.

—No me importa tu pasado, mi Ángel —pronunció ese mote cariñoso con el que tenía intención de referirse a su futura esposa—. Jamás imaginarás lo agradecido que me siento por tu honestidad —la alabó, y no mentía. Para él había sido muy gratificante saber que iba a casarse con una mujer noble. Él podía haber sido muchas cosas, pero siempre había actuado con nobleza ante los demás, y pocas veces había encontrado a personas honestas; por ello, Sophie le había llegado a lo más profundo de su ser.

Sophie sonrió plena.

—Dos semanas, mi Ángel; dos semanas y te convertirás en lady Bradley.



La pequeña Allende negó con la cabeza y él se preocupó.

—Señora Bradley.

El capitán no pudo evitar estrecharla con fuerza y volverla a besar. Sophie pensaba renunciar a su estatus actual para adoptar su apellido, demostrando así que se casaba con el hombre y que no necesitaba un título, pues ella habría podido seguir usando el suyo.

Sophie pensó en su madre y empezó a reírse, contagiando de buen humor al capitán.

—¡Oh, Seymour! Mi madre te va a regañar.

Qué bien sonaba su nombre de pila en la voz de Sophie.

—Disiento —comentó él, alegre—. Para empezar, soy mayor que ella —la informó, pues tenía tres años más que su futura suegra—. Además, soy hombre y capitán, a mí nadie me regaña.

Ella se tapó la boca intentando no reírse, pero le fue imposible disimular su alegría.

—Créeme, lo hará —sentenció y escondió su cabeza en el hueco entre el cuello y el hombro de él.

Bradley apoyó su cabeza sobre la de ella, agradecido de tenerla así, con una gran complicidad y riendo.

«Riendo», se recordó, un verbo que había desaparecido de su vocabulario y que estaba convencido de que nunca más volvería a utilizar ni sentir hasta que encontró a Sophie.

—¡Capitán, no se puede organizar una boda en quince días! —protestó la marquesa de Stanford.

Sophie, que estaba sentada en el sofá estampado color oro de la sala amarilla, justo detrás de su madre, reprimió la risa, miró al capitán y pronunció sin voz:

—Te lo dije.

El capitán sonrió. Quién le iba a decir a él que, a sus cuarenta años, estaría actuando como el típico adolescente que va detrás de las debutantes, intentando ganarse el afecto de su suegra.

—Es algo precipitado si tenemos en consideración que la boda no será

íntima —terció la madre del capitán, que había acudido junto a su hijo y las dos muchachas a *Stanford House* para acordar la fecha del desposorio, poniendo de manifiesto que los marqueses no pensarían casar a su hija sin los honores que alguien de su estatus merecía.

Abby miró a Sophie, y luego al capitán. Parecía que entre ellos existía una conexión secreta, porque no paraban de echarse miraditas furtivas, reprimiendo las sonrisas.

Bradley no estaba dispuesto a posponer por más tiempo su boda, había tomado la determinación de casarse con su ángel, y bastante estaba cediendo al no hacerlo al día siguiente como él deseaba. Por ello, buscó la forma de salirse con la suya y que la marquesa no se opusiera.

—Lady Stanford —dijo con voz serena—. Comprendo que es un inconveniente la celeridad con la que le pedimos que se organice el festejo —reconoció, aunque a él tanto le daba la fiesta; solo quería a Sophie en el altar, y el resto de la humanidad le sobraba—. Pero en parte, nos vemos obligados a actuar con tanta rapidez para que usted, llegado el día del alumbramiento —aludió con maestría a su estado de avanzada gestación—, pueda estar tranquila.

El marqués reprimió una carcajada. Ese hombre era un zorro, y no uno cualquiera; era el más listo de todos, pues estaba usando como excusa el embarazo de su esposa para salirse con la suya.

La marquesa agrandó los ojos.

La madre del capitán apretó los labios.

Abby miró a Sophie y esta reprimió la risa.

—La fecha para el alumbramiento —informó con la tez grana, pues ciertos temas no se debían comentar en voz alta—, está estipulada para dentro de cuatro semanas.

—Exacto, por ello nos casaremos dentro de dos, para no monopolizar al próximo descendiente y darle los honores que merece —comentó triunfal.

Abby también reprimió la risa, ese hombre le caía bien. Qué inteligente por su parte había sido utilizar a su futuro hermano, dando a entender que si ellos posponían la boda, pasaría desapercibido el festejo del alumbramiento.

Olivia buscó con la mirada a su esposo, intentando que él tomase partido para salir en su ayuda y que atrasasen la fecha de la boda, pero el marqués sonrió encantado. El capitán estaba demostrando que quería tomar a su hija

como esposa y que nadie se lo impediría, un gesto que decía mucho de él. Y como no quería que su hija volviese a pasar por un desengaño ni volver a verla con la mirada sin vida, se pronunció:

—El próximo viernes festejaremos la pedida de mano —sentenció, dejando atónita a su esposa—. Y al siguiente celebraremos la boda.

Sophie dio una palmadita de felicidad, su capitán se había salido con la suya. La palabra del marqués era sagrada, nadie discutía una decisión tomada por él, ni sus hijas ni su esposa, y menos en su casa.

A la marquesa no le agradó la idea, más que nada porque una mujer embarazada, sobre todo cuando ya estaba en su último mes de gestación, no acudía a fiestas... ¡Y ella era la madre de la novia!

## Capítulo XXXV

*Mientras una hermana ríe otra llora*

La marquesa, una vez más se había esmerado cuidando hasta el mínimo detalle para la fiesta que en dos noches darían en la casa: la pedida oficial de mano.

Había pasado la mañana en la casa de la modista. El vestido para la pedida estaba preparado, y el elegido para la boda, a falta de un par de retoques.

Además, había elegido un ajuar completo que dejaría al novio sin aliento.

La marquesa sonrió al recordar su noche de bodas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —se interesó Sophie al ver la sonrisa de su madre.

Abby la miró expectante, pues se había sonrojado.

Iba a responder, cuando lady Chesterfield las saludó.

Sophie aprovechó el momento para entrar en una sombrerería.

Abby, por el contrario, un tanto saturada de tantas compras, decidió caminar unas pocas yardas hasta llegar a Hyde Park, donde esperaría a su madre y hermana dando de comer a las palomas.

Dentro de la sombrerería, Sophie se encontró con Jezabel y la vizcondesa Armony.

—Creo que se ha confundido de tienda —se pronunció la vizcondesa con cinismo—. Aquí no venden calzones.

Jezabel se rio.

Dos clientas también lo hicieron.

Sophie las miró, la habían confundido con su hermana. Bien, Abby nunca respondería a las afrentas, sabía lidiar con ellas con maestría, pero ella no era su gemela y no pensaba consentir las mofas hacia su hermana. Esas dos se merecían una lección y ella había aprendido, gracias al capitán y a tres ancianas, que era una mujer poderosa. Y las mujeres poderosas también castigaban a quienes se lo merecían.

—Cierto —reconoció—. No obstante, creo que aquí tampoco se pueden adquirir maridos —opinó, lanzando la flecha en la diana, ya que Jezabel tampoco había conseguido cazar al duque ni a ningún otro que estuviera dispuesto a pasar por alto que ella no tenía dote.

Se escuchó un «oh» algodónado por parte de las clientas.

—Debería disculparse —le recriminó la vizcondesa—. Eso ha sido una grosería.

Es posible que lo fuera, pero más groseras habían sido ellas mofándose de Abby durante meses e intentando dejarla en ridículo siempre.

—Mayor grosería fue la vuestra cuando os atrevisteis a pedir la mano del duque para vuestra hija.

A una de las clientas le salió un gritito de conmoción.

A Jezabel se le sonrojaron las mejillas al instante, al recordar aquella escena tan bochornosa.

A la vizcondesa se la abrió la boca y la cerró.

Sophie decidió que ya no le interesaba ningún sombrero y giró sobre sus talones.

—Que tengan un buen día —se despidió con una sonrisa triunfal.

Al salir de la tienda, pensó en lo que iba a divertirse Seymour cuando se lo contara, ya que mantenían un grado de amistad perfecto. Se lo contaban todo.

Suspiró con ensoñación, deseando que su matrimonio no cambiase esa relación perfecta que habían alcanzado en tan poco tiempo.

La marquesa, después de hablar con su amiga, se despidió y caminó con tranquilidad. Acudiría donde se encontraba Abby y juntas esperarían a Sophie.

Ya estaba divisando a su hija mayor, cuando el duque de Hamilton le interceptó el paso.

—Buenos días, milady —saludó afable el duque, oteando alrededor por si Abby se encontraba cerca.

—Buenos días, Excelencia —respondió al saludo, sorprendida de verlo allí—. ¿Lleváis mucho tiempo en Londres?

—No, en realidad llegué anoche —respondió, justo cuando sus ojos encontraron a la persona que buscaba.

No debía alegrarse tanto, pero lo hizo.

—Ah, entonces no debió llegaros la invitación —dijo sin dejar de mirar al duque, que parecía un tanto absorto.

—¿Invitación? —se interesó.

La marquesa sonrió plena, estaba tan feliz...

—Sí, la invitación de pedida de mano —anunció con orgullo—. Disculpadme por no haberla recibido, en mi defensa diré que pensaba que os encontrabais en Escocia —se justificó—. Pero será un honor para nosotros contar con vuestra presencia. Sé que Abby se alegrará mucho de teneros cerca en un día tan especial; os tiene en gran estima.

«Pedida de mano», esa era la única frase que él había podido retener en su cabeza. «¡Abby va a casarse!», pensó.

De pronto, todo pareció dar vueltas a su alrededor; se sentía mareado.

Apretó los dientes.

Buscó de nuevo con la mirada a la condesa y, dejando a la marquesa con la palabra en la boca, se fue directo hasta Abby.

Olivia parpadeó, ¿qué le pasaba al duque?

Otra dama conocida por la marquesa se acercó a ella para felicitarla por el futuro enlace y su próximo alumbramiento.

Sophie llegó hasta ellas y la mujer se despidió.

—¿Y Abby? —se interesó.

La marquesa señaló con la cabeza en la dirección donde se encontraban su hija y el duque.

La pequeña de las Allende se alegró, su hermana llevaba tiempo sin coincidir con el duque y sabía que estaría feliz de volver a verlo.

La madre le hizo un gesto para acercarse hasta ellos. Al llegar...

—Entonces permitidme que sea la primera en felicitaros —dijo Abby con los ojos brillantes, negándose a llorar delante de él. ¡Faltaría más! —: Mi más sincera enhorabuena.

Hamilton se sorprendió.

¿Iba a llorar? No, no podía ser. ¿Por qué tendría que hacer tal cosa? Ella iba a casarse con su hombre *adecuado*, ¿no?

Abby apartó la mirada. No podía soportar tener al duque delante, al hombre que amaba con toda su alma, hablándole de otra mujer; la que él convertiría en su esposa.

Niall se quedó atónito, el semblante de Abby había cambiado de forma tan radical, estaba tan... tan... ¿triste?

Iba a interesarse, cuando la voz de la marquesa lo interrumpió.

—¿Por qué debemos felicitar a Su Excelencia? —se interesó, ya que tanto ella como Sophie habían escuchado la última frase de Abby.

—El duque va a pedir la mano de lady Victoria —sentenció.

Sophie agrandó los ojos.

La marquesa se quedó un tanto paralizada. Su esposo no se había equivocado; él vaticinó que el duque acabaría pidiendo la mano de otra dama, aunque pareciese mostrar interés por su hija mayor.

—Enhorabuena —felicito por cortesía.

Sophie fue incapaz de ser tan educada. De sus labios no saldrían felicitaciones cuando esa decisión perjudicaba a su hermana, que estaba muy enamorada de él.

Se enfadó porque él le hubiese dado tantas esperanzas a Abby. Si pensaba casarse con otra, ¿por qué siempre le escribía cartas?, ¿por qué le regalaba una mascota?, ¿y por qué siempre acababa buscándola?

—Debemos regresar —intervino para alejar a Abby cuanto antes de allí; tenía el semblante demudado y, conociéndola, estaba aguantando el tipo para no llorar.

Esa misma tarde, el capitán se reía a gusto tras la anécdota que le había narrado Sophie mientras disfrutaban de un paseo por los jardines de *Stanford House*.

—¡Esa es mi mujer! —ovacionó—. Educada, decidida y directa.

Sophie pestañeó con coquetería.

—Todavía no soy tu esposa.

Él le cogió la mano, tiró de ella y la hizo sentarse en sus rodillas.

Le acarició el óvalo de la cara con una ternura extraordinaria, recorrió con el pulgar sus labios, y sus ojos se quedaron allí clavados.

—Eres mi mujer desde el mismo instante en que nuestros labios se besaron —aseguró—. Y puedes dar gracias, mi Ángel, de que me veo postrado en esta silla, porque de lo contrario ya te habría llevado detrás de esos matorrales y te habría hecho mía por completo.

Sophie ensanchó la sonrisa y él no pudo negarse a besarla.



\*\*\*

Abby parecía taciturna, o esa era la impresión que toda la familia Stanford tenía.

El marqués se había interesado por esa tristeza que su hija mayor mostraba desde que, dos días antes, regresaron de su paseo diario.

La marquesa le puso al corriente y este se apenó, consciente de los anhelos de su hija por el duque.

—¡Te lo dije! —se expresó, enfadado, el marqués.

Olivia se acarició su abultado vientre.

—Qué lástima, Phillip, hacían muy buena pareja —reconoció la marquesa.

—Deberían cambiarle el apodo, de *duque de hielo* a *duque necio*.

La marquesa le recriminó con la mirada su vocabulario.

—Tengo razón —aseguró, alterado—. Cualquier hombre capaz de rechazar a Abby ¡es un necio!

—Intenta medir tus palabras —aconsejó—. Esta noche el duque será un invitado.

El marqués emitió un irritante bufido.

—Phillip —intentó razonar Olivia—. No podemos arruinarle la noche a Sophie.

Él asintió.

—Atenderé a Hamilton como siempre, por eso no te preocupes —aseguró para tranquilizar a su mujer—. Pero sigo pensando que es un *necio*.

Sophie estaba nerviosa, era la noche de la pedida y estaba todo dispuesto; en pocos minutos empezaban a acudir los invitados.

—¡Oh, Jack, que todo salga bien! —se expresó mirándose en el espejo.

Su doncella personal sonrió.

—El capitán os adora —aseguró la mujer—. Todo saldrá bien.

Sophie inspiró y salió de su alcoba para buscar a su hermana; le apenaba que estuviese tan triste desde su encuentro con el duque.

Abrió la puerta y se la encontró sentada en la cama, con los codos apoyados en las rodillas y su cara escondida entre sus manos.

—¡Oh, Abby! —se angustió al verla en esa tesitura.

Se acercó, se sentó a su lado y la rodeó con un brazo por los hombros.

—Parece mentira que yo vaya a decir esto —la animó—. El tiempo lo cura todo.

Abby no respondió.

Sophie, con un nudo en la garganta, apenada por ver a su hermana tan decaída, supo que esta vez era ella quien tenía la obligación de animarla y de ahuyentar su pesar.

—Lamentará su decisión —vaticinó.

Abby levantó la cabeza.

—Pero ya será tarde —opinó, y rectificó—: Ya es tarde.

Sophie apretó los labios.

Su gemela tenía razón, si el duque ya había pedido la mano de Victoria y se iba a hacer público su cortejo, a Abby no le quedaba ninguna esperanza. Sería todo un escándalo que él rompiera ese acuerdo, y dudaba que el duque de Hamilton fuese a poner su reputación en entredicho o la de lady Victoria.

Durante un buen rato permanecieron en silencio.

—No puedes flaquear, Abby —la aconsejó—. Tendrás que mostrarte como una auténtica dama inglesa.

La joven asintió. Lo sabía, el problema era cómo conseguirlo.

—No seré capaz —aseguró.

—¡Por supuesto que sí! —se expresó Sophie con rotundidad—. Eres Abigail Yvaine Allende de Aberdeen, la mujer a la que todos han estado esperando ver caer —reconoció con dolor—. La única mujer, junto a Penelope, que ha sido capaz de entrar en *Tattersall*, en Hyde Park Corner —aludió al día que Penelope y ella se enfrentaron solas a todos los hombres que se negaban a dejar entrar mujeres en la afamada subasta de caballos—. No permitas que te quiten tu poder.

Abby mostró una sonrisa sesgada.

—¿Qué poder, Sophie? El mes que viene cuando nazca...

—No, Abby, no me refiero a tu título —la interrumpió su hermana—, sino a tu poder. Tu personalidad es tu poder. Tu carisma es tu poder. Tu inteligencia es tu poder. Tu alegría es tu poder. Tu fuerza es tu poder... Tú,

eres poder.

A la joven condesa le rodó otra lágrima, esta vez de emoción.

—Por favor —suplicó Sophie—. No permitas que te roben ese poder, ni el duque ni nadie.

Abby la abrazó con fuerza.

Sería un infierno tener que mostrarse impasible ante el duque, pero si él había decidido que Victoria era la duquesa perfecta, ella no mostraría su dolor.

En cuanto naciese el bebé, de ser varón se lo arrebatarían todo; todo, excepto su personalidad. Y no estaba dispuesta a que eso también se lo robaran ni el duque ni nadie.

Se acercó de nuevo al tocador y se limpió los ojos y las mejillas con un pañuelo.

—Por cierto, estás preciosa —halagó Abby a su hermana.

Sophie sonrió.

El vestido elegido para la noche más especial de su vida era del estilo al que Abby había llevado en la gala benéfica, tan solo cambiaba el color; ella había elegido un rosa pálido salmón.

—Le gustará, ¿verdad? —se inquietó.

Abby la miró y sonrió.

Su hermana estaba nerviosa. Lógico, ya que esa noche todos los ojos estarían pendientes de ella.

—Oh, sí, tu prometido se quedará hechizado.

A Sophie le brillaron los ojos.

Abby sintió que su vida ya no sería la misma. Su hermana se iba a casar. Penelope se había casado tan solo hacía una semana. Y ella, en cuanto naciese el bebé...

—Tú también estás hermosa —la alabó Sophie—. El color amarillo Nápoles te favorece mucho.

Abby sonrió.

—Eso quiere decir que a ti también.

—Por descontado.

Se carcajearon.

La doncella personal de Abby entró.

—Lady Abigail, es la hora —anunció.

Abby asintió.

Se acercó a su hermana.

—¿Preparada? —preguntó Sophie extendiendo su brazo.

Abby entrelazó su mano con la de ella.

—Sí, preparada —pronunció rotunda—. Demostremos quiénes son las hermanas Allende.

Cogidas de la mano, salieron al largo pasillo y caminaron con la cabeza bien alta, mostrando su esbelto porte.

Abby miró de soslayo, quería comprobar cómo se veía el gran salón desde ahí.

Todo estaba preparado. Las flores, las mesas de refrigerios, las lámparas de araña con las velas encendidas, y lo más importante, el prometido de Sophie esperándola.

Sonrió y se sintió orgullosa por su gemela. Sin duda, si alguien se merecía ser amada, esa era su hermana.

El suspiro de Sophie atrajo su atención.

—¿Qué sucede?

Sophie señaló con la cabeza a su prometido. El capitán estaba allí, de pie, apoyado con dos bastones.

—Está muy apuesto. —Suspiró, pues el hombre vestía con un traje muy elegante de color negro.

Abby sonrió; su hermana quería al capitán, no se casaba con él por despecho. Aunque algo le decía que seguía castigándose por lo ocurrido en el pasado.

El capitán, que mantenía una conversación con el marqués en medio de la sala, movió la cabeza y su vista recayó sobre la muchacha que lo tenía hechizado. Le pareció una visión espectacular envuelta en seda, como si fuese un obsequio. Y lo era, porque no existía mayor regalo para él.

De haber podido caminar con soltura, habría atravesado la estancia a grandes zancadas para alcanzarla y demostrarle que ella conseguía sacarle su lado salvaje, o libertino, que lo tenía, y se habría ocupado de saciar su apetito

por ella. Uno sabía cuándo había encontrado la mitad que le faltaba y él lo había hecho. Estaba ahí, a unos pasos, mirándolo con ternura.

A Sophie le recorrió un leve estremecimiento al notar su mirada. El hombre que estaba esperándola iba a ser su marido. Un hombre de fuerte mandíbula y de profundos ojos marrones capaces de atravesar la piel hasta contemplar el alma. Con su cabello negro perfectamente cortado y esa cicatriz tentadora que advertía de que bajo ese traje de buen corte y tejido oscuro, con camisa blanca de lino, se ocultaba un depredador astuto. Y eso a ella la removió porque deseaba ser devorada por él.

El pensamiento la hizo sonrojar.

El capitán sonrió al notar su escrutinio y la forma en que se había delatado ella al encenderse sus mejillas. Definitivamente, su futura esposa, bajo esa apariencia cándida, ocultaba una mujer fogosa. Y él le demostraría lo estimulante y beneficioso que podía ser para un matrimonio que ambos explotaran su fogosidad en la cama... O para ser exactos, en la alcoba; no siempre se tenía por qué disfrutar en el lecho.

Sophie le regaló un beso en la mejilla como saludo.

El marqués no dijo nada.

—Seymour, no hay necesidad de que permanezcas de pie —le exculpó, pues ella no le daba importancia a que el capitán recibiese a la gente en su silla de ruedas.

La marquesa no pudo evitar mirar a su esposo con los ojos brillantes, emocionada por el gesto del capitán.

Sophie era muy inocente.

El marqués le hizo una seña a su esposa dándole a entender que para él también era un gesto honorable. Ese hombre sin duda quería a su hija y lo estaba demostrando con la mayor prueba de amor.

Para el capitán era muy violento que la gente le viese caminar con los bastones, violento y humillante; un recordatorio de que ya no era el hombre que había luchado por su reino. Pero para él era más importante proteger a Sophie que exhibirse ante los invitados como un inválido. Quería mostrar a todos que no estaba muerto de cintura para abajo, salvaguardando así la reputación de su mujer, para que nadie pudiese poner en entredicho que si su mujer se quedaba encinta, él era el padre.

## Capítulo XXXVI

*Los cargos de conciencia son el peor enemigo*

El conde de Stanton había estado alejado de Londres. Unos asuntos importantes en una de sus propiedades en la otra punta de Inglaterra lo habían retenido durante dos semanas.

Llegó entrada la media noche a *Trowbridge Abbey*. Estaba cansado del viaje y decidió darse un buen baño reparador.

A pesar de las molestias que ocasionaba en las cocinas preparar los calderos y calentar el agua para que su señor se bañara, nadie objetó nada.

Se metió en el agua caliente y cerró los ojos. Estaba realmente agotado, y no solo por haber recorrido la campiña inglesa, sino mentalmente. ¿Qué iba a hacer con Sophie?

La última vez que la vio, ella se estaba despidiendo del capitán Bradley con una sonrisa seductora. Había sido testigo de su acercamiento y de sus charlas animadas, y se había dado cuenta de que ella lo admiraba.

Suspiró derrotado. Todo el mundo admiraba al capitán, era un héroe. Un hombre de honor. Incluso él sentía admiración por él. Pero eran rivales, y lo eran por la misma dama.

Salió de la bañera, se puso unas calzas y se metió en la cama.

Se quedó dormido por el agotamiento hasta que el insomnio, que últimamente siempre lo visitaba, hizo acto de presencia al despuntar el alba.

Cansado de dar vueltas en el lecho, se levantó, se puso una bata, las zapatillas que su ayuda de cámara le había dejado preparadas al lado de la cama, y bajó a la biblioteca; quizá un libro le despejara la mente.

Encendió varias velas para iluminar la sala y sus ojos se toparon con el periódico que siempre que no estaba en la casa, su mayordomo tenía a bien dejar allí, por si él regresaba y lo necesitaba.

Empezó a leerlo y ninguna noticia le pareció atractiva hasta que lo vio, allí, el anuncio del futuro enlace entre el capitán Bradley y lady Sophie Allende, hija del marqués de Stanford.

Su corazón se contrajo.

Su respiración se paralizó.

Su mundo se evaporó.

Lanzó el periódico de tal modo, que las hojas se esparcieron por todas

partes. Se levantó y corrió hacia su alcoba. No pensaba permitir que Sophie se casara con otro hombre. Si era preciso la raptaría, pero no se casaría con nadie, porque ella le amaba a él.

En *Picadilly Street*, los carruajes de los invitados a la ceremonia en la iglesia de St. James se amontonaban; parecía que nadie quisiera perderse aquel acontecimiento.

La ceremonia estaba a punto de comenzar, y Sophie miraba con adoración al capitán, quien, una vez más, había decidido usar los bastones para estar a la misma altura que su futura esposa.

Abby retenía las lágrimas, pues una dama inglesa no lloraba en actos públicos, aunque esas lágrimas fuesen de felicidad. Su hermana estaba a punto de pronunciar sus votos.

El capitán estaba muy elegante con su traje militar, y su hermana estaba preciosa con su delicado vestido de seda color malva pálido, un tono que le recordó a su amiga Penelope, quien sin duda se sorprendería del enlace de Sophie cuando se enterase, pues nadie había podido avisarla ya que estaba de camino a Jamaica cuando se determinó la fecha del enlace. Aunque estaba segura de que se alegraría.

Rogó en silencio que Penelope hubiese solucionado sus problemas con Duncan, pues ambos se amaban. Y también rogó para que su hermana fuese feliz, porque seguía pensando que, a pesar de querer al capitán, no había olvidado a Connor. Y estaba segura de ello porque cuando su madre, en casa de la modista, le recomendó una tela verde turquesa, ella negó con celeridad y se le empañaron los ojos.

La marquesa no se percató de ese detalle, pero Abby sí y le preguntó: «¿Por qué no quieres esa tela? El verde es tu color favorito». Y ella respondió sumida en sus propios pensamientos, como si no se diese cuenta de que estaba hablando en voz alta: «Nunca usaría ese color para mi vestido de novia, si el hombre que me va a esperar en el altar no es Stanton, porque sus ojos son verdes, y soñé por mucho tiempo que lo usaría para casarme con él.»

La voz del capitán pronunciando sus votos la sacó de su ensimismamiento.

El conde de Stanton desmontó de su caballo antes de que este parara, pues tenía prisa por llegar. La mujer que amaba estaba ahí dentro, a punto de



cometer la mayor locura de su vida: casarse con otro hombre y destrozar la vida de los dos, porque nadie lo amaría a él como su bella Sophie lo había hecho y porque él jamás amaría a ninguna otra, pues ella era única.

Corrió con el corazón en un puño, rogando al buen Dios que todavía no se hubiesen pronunciado los votos.

Tres ancianas muy conocidas le franquearon la entrada.

—Apártense —amenazó, aunque sonó más a súplica.

Lady Philomena levantó su bastón y apoyó su punta en el pecho de su sobrino, impidiendo que él diese un paso más.

—No puedes entrar, Connor —anunció con voz serena—. No arruinarás la reputación de la joven ni ridiculizarás al capitán —advirtió—. Como tampoco avergonzarás el buen apellido St. John.

Connor miró desafiante a su tía.

Ella le sostuvo la mirada. A pesar de que se sentía rota por verlo sufrir, no podía permitir que cometiera aquella locura; si lo dejaba entrar, solo conseguiría que tres familias saliesen perjudicadas, y una de ellas era la suya.

Los aplausos que se escucharon, a pesar de estar las puertas cerradas, anunciaban que los novios ya eran oficialmente marido y mujer.

A Connor se le demudó el semblante, sus ojos perdieron brillo, y sintió cómo su alma salía de su ser.

Y esa imagen contemplaron las tres ancianas en silencio. Una imagen idéntica a la que él había visto en Sophie cuando lo encontró con otra mujer.

Stanton se tambaleó hacia atrás, sin fuerzas y con la mirada perdida, como si todo su mundo se hubiese evaporado sin que él hubiese podido remediarlo.

—Connor... —musitó su tía, pero él no la escuchó.

Se dio la vuelta, perdido, sin saber qué hacer o a dónde ir.

Las tres mujeres aguantaron allí, estoicas, viendo alejarse al muchacho sin rumbo fijo.

—Hemos acudido a infinidad de entierros —comentó, aludiendo a la cantidad de gente a la que, a su edad, habían enterrado —, pero ninguno fue tan doloroso como este.

Lady Hermione bajó la cabeza.

Lady Violet se limpió una lágrima.

Lady Philomena se apenó. Era muy triste haber sido testigo de la muerte interior de su sobrino favorito.

Connor montó en su caballo y fue directo a la primera taberna que encontró.

Se pasó el día bebiendo y castigándose por haber actuado mal. Se lo tenía merecido por haber abandonado a la muchacha a su suerte y por no haberse comportado como se esperaba de un auténtico caballero.

Debería haber permanecido allí y haber pedido la mano de Sophie a la mañana siguiente, como cualquier hombre estaba obligado a hacer tras comprometer por completo a una muchacha virginal.

Y él la había abandonado.

Ella había sufrido por su culpa y, además, había creído estar esperando un hijo suyo. ¡Suyo!

Bebió el último trago.

¿Qué le quedaba a él? Su palabra, eso era lo único que le quedaba, y él había prometido que jamás ninguna mujer que no fuese Sophie engendraría a un hijo suyo. Esa sería su condena por haber actuado mal.

Tambaleándose, se marchó de la taberna, montó en su caballo y se dirigió a *Bristol House*.

Entró en la casa y apartó al lacayo que lo esperaba para recoger su sombrero y chaqueta; tenía prisa por llegar a cierta alcoba.

Mientras subía las escaleras, dejó caer el sombrero y se desprendió de la chaqueta, que también lanzó sin miramiento alguno.

Entró en el dormitorio de su tía Philomena sin llamar.

La dama de compañía de la anciana, que acababa de ponerle el camisón a la mujer, se sobresaltó. Iba a amonestar al conde, pero tía Philo se adelantó.

—Puedes retirarte. —Señaló con la cabeza la puerta para que se marchase de allí.

La mujer, a regañadientes, se alejó.

Tía Philo no se movió; permaneció al lado de la cama, en camisón y con una trenza canosa que cubría su hombro izquierdo, esperando a que Connor dijera lo que tuviese que decir.

Lo que no esperaba era que su sobrino, en dos zancadas llegara hasta ella

y la abrazara con fuerza.

Ella nunca había sido muy dada a dar muestras de afecto, pero en esa ocasión le devolvió el abrazo, aguantando las lágrimas porque el niño de sus ojos, su sobrino favorito y el hombre que más admiraba, la había buscado a ella para encontrar consuelo.

—¿Cómo es la vida de una solterona? —susurró Connor, con el corazón roto y lágrimas en los ojos.

Lady Philomena se estremeció al darse cuenta de que su sobrino había tomado la decisión de ser soltero por voluntad propia, porque en el fondo era como ella; o lo tenía todo o nada.

Pasó su brazo de arriba abajo por la espalda de él para consolarlo.

—En un hombre no será tan monótona —convino, pues a su parecer él podría buscar consuelo en camas ajenas y continuar su vida con cientos de ocupaciones, cosa que las mujeres no podían, ya que ellas a parte de bordar y leer, poco más podían hacer en su día a día.

Se enorgulleció. Connor no pensaba buscar a otra dama para reemplazar el vacío y el dolor que le había causado perder a Sophie; no le importaba buscar una descendencia por su título.

Como si él le hubiese leído la mente, se pronunció:

—Los hijos de Duncan serán dignos herederos también del condado de Stanton.

—Pero jamás serán tan nobles como tú —halagó, sincera, la mujer.

## Capítulo XXXVII

*Unos matrimonios triunfan y otros fracasan*

Sophie agrandó los ojos delante de su doncella, y Jack sonrió, tímida, disimulando su sorpresa. A ella también le había sorprendido el nuevo vestuario de cama que le había regalado la marquesa a su hija.

Hasta la fecha, sus camisones habían sido los adecuados para cualquier muchacha de su edad, cerrados hasta el cuello con botones y de un algodón o seda exquisitos. Pero ahora, el nuevo ajuar era delicado, transparente, de encaje y escotado... muy escotado.

—Supongo que este es uno de los secretos mejor guardados de las mujeres casadas —dijo Sophie, sin dejar de mirarse en el espejo.

—Eso parece —reconoció la doncella.

Sophie se metió en la cama y Jacqueline se despidió de ella con una gran sonrisa.

Se tumbó un tanto inquieta, ¿debía esperar a su esposo dentro de la cama o él esperaría que lo hiciese al pie del lecho?

Pasó un buen rato y su corazón empezó a latir con fuerza. De pronto, se sobresaltó y se tapó la cara con las dos manos.

¿Cómo no había pensado en ello? Bradley no iría a su alcoba. Estaba convencida porque *Bradley House*, una casa de estilo Isabelino, hacía un año que la habían adaptado a las necesidades de su esposo. Que sus dormitorios estuviesen en la planta baja de la casa para que el capitán no tuviese que subir escaleras lo decía todo. Y la alcoba de Seymour estaba totalmente adaptada a sus necesidades: pocos muebles y nada de por medio para que pudiese moverse con soltura en la silla de ruedas.

Se levantó y recorrió el espacio que separaba su recámara de la de su esposo. Abrió la puerta sin llamar y se quedó allí, parada.

El capitán, que estaba tumbado en su cama, la miró.

—No sabía si debía esperarte... —titubeó, nerviosa.

Bradley notó su timidez e inquietud, y se quedó mirándola hechizado. Debajo de aquel camisón transparente de encaje, se atisbaba la silueta de una mujer bien proporcionada.

Tragó con dificultad, excitado solo con mirarla.

—Acércate —ordenó.

Sophie lo hizo despacio, hasta colocarse en un borde de la cama.

El capitán tiró de las sábanas que cubrían su cuerpo desnudo y observó la reacción de su mujer.

A ella se le dilataron los iris, casi ni se veía el azul de sus ojos, y eso al capitán le agradó; su esposa lo deseaba.

Se quedó sentado, dejando sus piernas flexionadas, tocando con los pies el suelo.

—Sophie, hay ciertas cosas que debemos aclarar cuanto antes —habló con una tranquilidad abrumadora—. Espero que mi esposa duerma siempre en mi cama.

Sophie asintió lentamente.

Él alargó su brazo y recorrió con el dedo índice el contorno del escote, provocando en ella una reacción rápida, pues sus pezones se endurecieron.

—También debes aprender que la vergüenza debe quedar alejada de la alcoba marital —comentó antes de inclinarse y morder uno de los pezones por encima de la tela—. Entre un hombre y una mujer, no existen límites ni obstáculos que les impida complacerse en la intimidad.

Con maestría y delicadeza, le bajó los tirantes del camisón y este cayó al suelo, dejándola totalmente desnuda ante él.

—Te mostraré, que al igual que yo me saciaré de tu cuerpo —Besó el ombligo de Sophie—, tú acabarás saciándote del mío. —Le cogió una mano y se la llevó a su pecho, para que ella lo tocara.

Sophie tembló de excitación. Ella deseaba recorrer con sus manos todo el cuerpo del capitán, todo; algo que le fue imposible realizar con Connor en su día, porque el conde no le permitió hacerlo.

Se sintió osada, pues su esposo le estaba ofreciendo la oportunidad de desinhibirse, de alejar cualquier timidez y de mostrarse ante él, con todas sus dudas y sus ganas de aprender. Por ello, llevó su otra mano a la cabeza del capitán y empezó a acariciarle el pelo, para bajar a sus hombros y recrearse con el contacto de su piel.

Se miraron a los ojos y ella se inclinó para besarlo.

Una vez más, los besos entre ellos no fueron cálidos; estaban llenos de lujuria y desenfreno. Eran dos personas ardientes y ya nada podía impedirles que saciaran las apetencias del uno por el otro.

El capitán, que poseía una gran fuerza en los brazos, levantó a Sophie y la sentó a horcajadas sobre él.

Lamió su cuello mientras ella continuaba su exploración táctil.

—Voy a agradecer que no seas pura, mi Ángel —convino, excitado—, porque así no tendré que tener tanto cuidado.

Sophie se asustó al escuchar aquello.

Él notó su temor y la tranquilizó de inmediato.

—No temas, pequeña —musitó rozando sus labios—. Jamás te haría daño. Tan solo quiero que comprendas que hoy voy a enseñarte que se puede gozar sin tener que estar tú debajo.

Sophie parpadeó sin comprender.

—¿Perdón?

El capitán sonrió de una forma tan seductora, que ella tembló de anticipación. Le cogió la mano a su esposa y la llevó directa a su miembro viril, que ya estaba más que preparado para penetrarla.

En cuanto Sophie agarró aquello, se recreó con la suavidad de la piel. Y cuando el capitán la incitó, moviendo su mano de arriba abajo para que ella continuara, Sophie se sintió una mujer poderosa ante él.

—¿Te gusta lo que estás haciendo? —preguntó, jadeante, el capitán.

Ella se mordió el labio inferior y asintió con la cabeza. Estaba disfrutándolo; no obstante, notó un fuego en su interior que le pedía más, mucho más.

Entonces, el capitán le agarró la mano y la hizo parar. Ella le dirigió una mirada cargada de lujuria y súplica por continuar, que él jamás olvidaría. Estaba seguro de que su matrimonio iba a ser perfecto, ya que en la intimidad, los dos se compenetrarían a la perfección.

—A esto me refería, mi Ángel —pronunció con la respiración entrecortada—. Ahora ya puedes ensartarte en mí y disfrutaremos del placer que experimentan un hombre y una mujer cuando no existen obstáculos entre ellos.

Y Sophie entendió lo que él le pedía. Sin necesidad de mostrarse avergonzada ni virginal, como cualquier otra damita de su edad haría en su noche de bodas, apoyó sus pies en el suelo, se levantó lo justo para situarse encima del miembro erecto de su esposo, y se desplazó poco a poco hacia

abajo, hasta que quedó totalmente llena.

El capitán la besó como premio por haber entendido lo que él necesitaba y esperaba de su mujer.

—Ahora, mi bella esposa —susurró, mientras le lamía los labios—. Móntame como si yo fuese un caballo y tú una amazona que desea cabalgar con total libertad.

Sophie empezó a moverse despacio, adaptándose tanto a aquel miembro como a aquella posición, porque al estar a horcajadas, a ella le parecía tan extraño como excitante; una combinación perfecta. En cada movimiento, su cuerpo recibía una estimulación mayor, y cuando su esposo la cogió por la cintura para ayudarla a ejecutar el movimiento más rápido, cerró los ojos y se dejó llevar por la lujuria que la envolvía en todo su interior.

En aquella habitación la temperatura subió de súbito, los jadeos de ambos se acompasaron, y el grito de culminación de Sophie retumbó por toda la alcoba como un eco.

El capitán, en dos embistes más alcanzó a Sophie.

Se dejó caer hacia atrás y se llevó a su esposa con él, ya que se había quedado laxa abrazada a sus hombros.

—Sophie —pronunció, con una sonrisa triunfal.

—¿Sí?

—Esto no ha sido más que el comienzo —vaticinó—. Tengo previsto enseñarte infinidad de posturas que se pueden realizar entre un hombre y una mujer. Además, en la intimidad de un dormitorio, no existen límites para las fantasías y deseos. Nada es pecado, mi querido Ángel.

Ella, que todavía tenía los ojos cerrados, sonrió plena.

—Seymour, estoy deseando aprenderlo todo.

Él se carcajeó, convencido de eso.

\*\*\*

La duquesa se Whellington y Kennt había regresado a Inglaterra sin su esposo, algo que llamó la atención de los sirvientes, pero nadie se atrevió a especular sobre ello.

El conde de Stanton, al enterarse de su regreso, se acercó a *Golden House* para interesarse por los motivos que habían llevado a su nueva hermana a regresar tan precipitadamente.



—¿Ha sucedido algo? —se interesó, sentado frente a ella, en una mesa preparada en el jardín para tomar el té.

Penelope no solía airear su vida privada, por lo que negó con la cabeza.

Pero Connor era muy observador, y aquella tristeza en el rostro de su cuñada no le gustó.

—Penelope, ahora formas parte de mi familia —convino con voz amigable—. Además de ser el hermano de Duncan, también soy el tuyo —la tuteó para que viese el grado de familiaridad que los unía—. Por favor, cuéntame qué ha pasado.

La duquesa inspiró con fuerza. Nunca se había sentido arropada por nadie, y la verdad, el gesto de Connor le brindaba la oportunidad de descargar un poco el peso que la agobiaba, aunque implicase a su esposo, con el que había discutido en Jamaica y al que no estaba segura de poder perdonar.

—Ha comprometido el buen nombre de los ducados que representa —confesó con pena—, para defender a la concubina de un barón.

Connor recibió la confesión como un puñetazo en el estómago. Le habría encantado conocer la historia al completo, pero era mejor intentar paliar los daños ocasionados por su hermano ante su esposa.

—Te pido disculpas en su nombre.

Penelope negó con la cabeza; no era Connor quien debía tomar esa decisión, sino Duncan quien debía mostrar arrepentimiento y actuar cuanto antes como se esperaba de él.

—Sí, Penelope, permíteme que apele a tu comprensión —rogó—. Mi hermano no fue criado para legar siquiera un condado —expuso la verdad y el fallo de su padre por no haberlo educado como a él—. Un gran error por parte de mi padre por no pensar en Duncan como un futuro heredero.

Penelope escuchó atenta.

—Mi padre jamás dio por hecho que a mí pudiese pasarme algo —comentó con tranquilidad para que ella entendiera bien sus palabras—. Le permitió vivir la vida como se le antojara, sin pensar en que podría acabar siendo el heredero del condado o incluso de su marquesado. Por favor, dale tiempo para asumir su responsabilidad, estoy convencido de que él habrá aprendido la lección y de que regresará dispuesto a asumir sus obligaciones y a cumplir como se espera de él por su nuevo cargo.

—¿Y si no lo hace? —preguntó temerosa.

—Me encargaré personalmente de aleccionarle —se ofreció.

Fueron interrumpidos por un lacayo que portaba la bandeja del té.

Mientras lo preparaban, Penelope observó a su cuñado y se sorprendió al advertir que no tenía el brillo de siempre en su mirada.

Al quedarse a solas, se interesó sin demora, puesto que sentía mucho aprecio por su nuevo hermano.

—¿Qué te tiene tan apenado?

Connor no fingió sorprenderse ni mostró incompreensión.

—Cuando la mujer con la que deseabas desposarte se casa con otro —expuso sin avergonzarse—, necesitas tiempo para reponerte.

Penelope agrandó los ojos.

—¿Sophie se ha casado? —indagó, alterada.

—Ahora es la señora Bradley.

El silencio los envolvió durante un rato.

—¿Puedo hacerte una pregunta muy personal? —investigó Penelope, porque necesitaba comprender algunas cosas.

—Sí.

—¿Por qué la dejaste en *Great Sea*?

Aquella pregunta reveló al conde que entre las gemelas Allende y su cuñada no existían secretos.

—Necesitaba encontrar una respuesta.

—¿Cuál?

—Si lo que sentía por Sophie era amor verdadero —reconoció, sin ocultar ni dejar expuestos sus sentimientos más íntimos.

—¿Encontraste la respuesta?

Él se quedó pensativo, recordando aquellos días en los que era incapaz de reconocer lo que estaba buscando.

—Sí —afirmó rotundo—. Pero lo hice justo en el momento más inoportuno.

Penelope entendió la respuesta; su cuñado había descubierto que Sophie era su amor verdadero justo cuando ella lo encontró con otra mujer.

—Lo lamento —se apiadó de él.

—Cuando un hombre no actúa como se espera de él, debe pagar por ello —reconoció, totalmente convencido de lo que decía—. El mío es vivir a sabiendas de que Sophie es feliz estando casada con otro.

Penelope se entristeció por la melancolía que mostraba Connor. No obstante, se vio obligada a sentirse feliz al saber que su buena amiga se había casado con un hombre que la quería.

Suspiró interiormente, deseando que Duncan la quisiera a ella tanto como para querer cumplir con sus nuevas obligaciones y olvidarse pasa siempre de la vida disoluta que había llevado hasta entonces.

## Capítulo XXXVIII

*Hay damas que maduran gracias al caballero que está a su lado*

Las hijas de los marqueses de Stanford estaban nerviosas, pues su madre llevaba horas de parto. Mientras, ellas, el marqués y el capitán, aguardaban en silencio en la sala familiar.

Otro grito los sobresaltó, pero el débil y lejano llanto de un bebé los hizo reaccionar.

El marqués se quedó paralizado.

Abby se llevó las manos a la boca.

Sophie se puso en pie y se acercó a su esposo; él le cogió la mano y se la apretó con suavidad para infundirle valor.

El ama de llaves llegó a la sala familiar.

—Milord, ya podéis...

El marqués no esperó a que ella terminara la frase, salió corriendo como alma que lleva el diablo. Necesitaba ver a su mujer.

En cuanto abrió la puerta y vio a su esposa, despierta y con el bebé entre sus brazos, sintió que era un hombre feliz. Y se sintió vivo, porque si Olivia estaba bien, él podía seguir respirando.

—Enhorabuena —felicitó el doctor—. Ya tenéis un heredero.

El marqués, a pesar de la felicidad del momento, se sintió ofendido por la afirmación del médico.

—Ya tenía una merecedora heredera —afirmó, refiriéndose a Abby.

—Por supuesto —se disculpó McAlister—. Lady Abby hubiese sido una excelente marquesa.

Sí, lo hubiese sido, pero ya no lo sería.

El doctor se despidió y dejó al matrimonio a solas.

Cuando el marqués miró a su esposa, a pesar del agotamiento que reflejaba su rostro, se enamoró más de ella; lucía tan hermosa...

Se acercó en dos zancadas, se inclinó y la besó en la frente.

—Mi amor.

La marquesa sonrió, incluso exhausta por el esfuerzo, al notar los labios cálidos de su marido. Además, escuchar aquella palabra cariñosa la revitalizó.

—Phillip, te presento a James Leonard Allende de Aberdeen.

El marqués, por primera vez miró a su hijo.

Se le empañaron los ojos.

—Gracias, Dios —musitó antes de besar la frente de su hijo—. Gracias por bendecirnos.

La marquesa lloró al escuchar aquellas palabras tan cargadas de sentimiento y emoción.

Avisaron a las gemelas, era el momento de conocer a su nuevo hermano.

La primera en acercarse fue Abby.

—Os presento a James Leonard —anunció la madre.

Sophie tragó con dificultad, pues su gemela no estaba pasando por su mejor momento. Tenía miedo de que la llegada de un hermano la acabase de hundir por completo.

Abby aguantó el tipo, o eso pensaron todos al ver cómo se inclinaba para besar al bebé.

—Es precioso —afirmó, sin apartar la mirada de la pequeña criatura—. Y moreno.

El marqués asintió con la cabeza y, aunque nadie lo imaginara, algo dentro de él se rompió.

El sueño de cualquier hombre era tener un hijo varón, un heredero digno. Pero él, al ver a su hija mirando al pequeño con adoración, se sintió roto. Abby era tan digna como su hijo recién nacido.

—¿Puedo? —preguntó.

La marquesa asintió y levantó los brazos para que ella lo sostuviese.

En cuanto lo tuvo en sus brazos lo acunó con cariño, con mimo, con amor.

—Bienvenido a la familia Allende —pronunció.

La marquesa se emocionó. Conocía el gran corazón de Abby, pero jamás habría imaginado aquella aceptación tan pura por su parte.

Su marido tenía razón, el duque era un *necio* por no haber elegido a una mujer incapaz de guardar rencor en su corazón. Abby tenía bondad, y eso estaba por encima de la sofisticación.

Sophie también estaba emocionada.

Se reclinó y besó la frente del pequeño.

Abby le pasó el recién nacido a su hermana.

En cuanto sus brazos quedaron desocupados, se acercó a la cama y besó a su madre.

Después, se giró y besó a su padre.

—Enhorabuena.

—Gracias —pronunció el marqués, con un nudo en la garganta—. Tu madre y yo solo esperamos que James sea tan digno de ser el conde de Aberdeen como lo has sido tú.

—Lo será —afirmó sin titubear—. Al fin y al cabo, es un Allende; por ende, será digno.

Sophie siempre había sentido una gran admiración por su gemela, pero ese día, en ese mismo instante, la admiró todavía más.

Dejaron que la marquesa descansara.

Sophie y su esposo regresaron a su hogar.

Durante el trayecto, el capitán la observaba atento.

—Todo ha salido bien, no debes preocuparte más —la animó.

Sophie lo miró a los ojos.

—Mi hermana acaba de ser desterrada de su posición, ¿crees que no le afectará? La conozco, Seymour, y sé que va a cometer una gran locura.

—¿Cuál?

—Pedirá a mi padre que escoja a uno de los candidatos que demanden su mano —vaticinó—. Y casarse con un hombre que no ame será su mayor error, no está preparada para eso.

El capitán le notó la voz extraña, era un sonido casi inaudible, pero lo había escuchado... ¿Sophie acaso se había casado con él sin estar preparada?

—Tú lo hiciste —comentó, muy atento a su reacción.

Sophie entrecerró los ojos.

—Yo te elegí —sentenció—. No fue mi padre quien lo hizo.

Esa respuesta lo tranquilizó, aunque había algo más que él intuía.

No hacía ni tres días que la marquesa había alumbrado, y el marqués estaba saturado de recibir propuestas de matrimonio para Abby.

Se asqueó al ver los nombres de algunos de los remitentes. Daban por hecho que al ser despojada de su título, el marqués tendría la imperiosa necesidad de casar a su hija.

La hija pequeña del marqués no había errado respecto a los planes de su gemela. Abby estaba a punto de comunicarles a sus padres su decisión y estaba pensativa, pues no sabía cómo exponerlo ante ellos.

Mientras el marqués leía *The Times*, Olivia miraba a su hija, que parecía abstraída.

—¿Sucede algo, Abby?

A la joven, en un principio la tentó negar, pero nunca había mentido a sus padres, así que ese era tan buen momento como cualquier otro para exponer lo que traía en mente. Además, su madre le acababa de ofrecer la oportunidad de hablar de su futuro.

—Debo casarme —sentenció.

El marqués bajó el periódico de golpe.

—¿Por qué? —preguntó.

Abby sonrió con tristeza.

—Porque es lo que se espera de mí.

—Eso no es verdad —aseguró el marqués.

La marquesa levantó la mano, impidiendo que él continuara.

—Abby, a pesar de que ciertas cosas han cambiado...

Abby la interrumpió, pues sabía lo que su madre iba a decir. Agradecía que sus padres no la presionaran, pero ya no poseía el título, y se sentía lo suficientemente fracasada en demasiadas cosas como para también eludir la única misión que toda *hija* estaba destinada a realizar: casarse. Le hubiese gustado hacerlo por amor, pero como el único hombre al que amaba la había descartado, lo haría por conveniencia, como la mayoría de matrimonios en Inglaterra.

—Sí, las cosas han cambiado —argumentó—. Por ello me casaré como se espera de cualquier hija.

El marqués negó con la cabeza.

—No es tan extraño lo que estoy diciendo —alegó la joven—. Eso es lo que se esperaba de Sophie por ser la segunda hija —y anotó—: Yo ya no soy



la primogénita.

Tenía gracia, era la mayor y, así, de un plumazo, se había convertido en la segunda ante la sociedad.

—Está bien, te casarás cuando encuentres al hombre adecuado.

—Eso lo dejo en tus manos —comentó—. Escoge al hombre *adecuado*.

El marqués se quedó atónito.

—¿Quieres que yo decida por ti?

Abby hizo un mohín, restando importancia.

—Nadie mejor que un padre para decidir quién será el mejor marido para su hija.

Sin dar opción a réplica, se alejó con Lord Virgilio, su perro fiel que la acompañaba a todas partes.

—Ha perdido la razón —sentenció el marqués.

La marquesa tomó aire.

—Lo que ha perdido es al hombre que ama —comentó con pesar—. Y ha perdido su identidad. —Se entristeció—. Anda perdida por completo.

El marqués se acercó a las puertas que daban al jardín trasero, que estaban abiertas, pues necesitaba aire.

—No puedo decidir por ella —reconoció.

—Tendrás que hacerlo —vaticinó su esposa.

Phillip se giró para mirar a su mujer, totalmente incrédulo ante lo que acababa de escuchar.

Ella se levantó y se acercó con paso lento; todavía le costaba caminar con soltura.

—No es fácil —mostró su desacuerdo—. Pero ella gozaba de privilegios...

—Los mismos de los que puede seguir gozando —se molestó el marqués.

—No, Phillip, no es así —intentó hacerle comprender—. Tú eres marqués, el marqués de Stanford. Si te quitasen el título, ¿quién serías?

Él tragó con dificultad. Era doloroso reconocer la verdad en voz alta. Le habían criado para ser marqués, igual que habían hecho con ella, y le habían quitado lo que era; le habían robado su identidad.

—Abby se siente perdida, ya no sabe quién es ni qué se espera de ella —lloriqueó—. Solo sabe que una mujer en esta sociedad solo tiene dos opciones: casarse o convertirse en una solterona.

Qué mal sonaba aquello cuando se trataba de su hija.

—Ya no es condesa, por lo que se siente en la obligación de casarse para no ser una fracasada —continuó Olivia—. Y como ya no puede casarse con Hamilton, prefiere no perder el tiempo; si no puede casarse por amor, lo tendrá que hacer por convención.

El marqués se mordió el labio.

—Yo no quería esto para ella.

La marquesa asintió con lentitud.

—Lo sé —aseguró—. Pero es lo que necesita.

El mayordomo anunció la visita del duque de Hamilton.

El marqués lo recibió en su despacho, y aunque siempre había reinado entre ellos una buena cordialidad, esa mañana tuvieron un pequeño enfrentamiento por un comentario poco apropiado por parte de Hamilton al exponer delante de su anfitrión, que no podía permitir que su hija Abby se casara con ningún hombre de los que estaban solicitando su mano. Los gritos desesperados de Abby en el exterior, terminaron con aquella refriega que, por la tensión de ambos, habría acabado en batalla campal.

Se giraron y la vieron encima de su jamelgo desbocado.

Todo fue muy rápido, demasiado. Un segundo estaba Abby intentando dominar al animal, y al siguiente ella caía, recibiendo una coz en la cabeza de aquella bestia imposible de controlar.

—¡Abby! —gritó el duque, al tiempo que salía corriendo.

El marqués sintió que se le paralizaba el corazón en cuanto dejó de escuchar la voz de su hija.

Su instinto fue seguir a Hamilton. Claro que, cuando llegó a la balconada se detuvo.

¿Ese hombre había saltado por el balcón? Sí, lo había hecho sin pensárselo dos veces, como si no hubiese una altura de casi tres metros.

Retrocedió y buscó la salida más próxima sin tener que saltar desde un lugar elevado.

Cuando alcanzó al duque, este ya llevaba a su hija en brazos en dirección a la casa para que fuese auxiliada cuanto antes, ya que había perdido la conciencia.

Mientras la joven era atendida por el doctor, el duque y el marqués mantuvieron una nueva conversación, y no una cualquiera, pues el joven duque pidió la mano Abby. O no, porque más bien había sido una orden, la misma que el padre de la muchacha desolló en un primer momento, hasta que Hamilton reconoció que él no estaba prometido a otra mujer, y que todo había sido un malentendido. Fue entonces, y solo entonces, cuando el marqués aceptó su petición. A finales del mes de agosto, su hija mayor se casaría en la catedral de St. Paul con el duque de Hamilton.

Y esa noticia recorrió todo Londres como la pólvora, en cuanto se anunció la fecha del desposorio en el periódico.

Las tres semanas pasaron muy rápidas; faltaba un día para la boda y la futura duquesa estaba algo pensativa.

—Abby, no te preocupes por nada —la tranquilizó su amiga Penelope, que había decidido pasar la noche junto a las gemelas Allende.

—Hamilton no ha regresado de Cornualles —anunció—. O eso cree mi padre, porque no se ha presentado a su cita con él —comunicó, nerviosa—. ¿No es extraño que tampoco me haya visitado a mí? Se supone que vamos a casarnos, lo lógico sería...

Sophie notó la inquietud de su hermana y la interrumpió:

—Su regreso se habrá retrasado —comunicó con voz calmada—. Seguro que ya estará en *Hamilton House*, pero no es apropiado que a estas horas se presente en esta casa —dijo, restando importancia a que el duque no hubiese ido a verla—. Traería mala suerte ver a la novia en el día de su boda.

Abby miró el reloj que estaba encima de la repisa de la chimenea y comprobó que ya era medianoche.

Penelope y Sophie se miraron entre ellas; debían tranquilizarla como fuera, aunque ellas mismas estuviesen nerviosas, ya que no era normal que el duque no hubiese dado señales de vida.

—Igual deberíamos aleccionarte con respecto a lo que puedes esperar en la noche de bodas —bromeó Sophie para llamar la atención de su hermana.

Abby agrandó los ojos.

Penelope retuvo la risa.

—¿Qué quieres decir?

Sophie alargó la mano y acarició con cariño la de su gemela.

—Que mañana tu esposo te visitará en tu alcoba para... —Abby se puso de pie como un resorte, muy nerviosa.

—Calla... calla... No digas más.

Sophie y Penelope se rieron.

—Abby, escúchame —rogó Sophie—. He aprendido, gracias a mi esposo —reconoció en voz alta—, que todo lo que sucede en la alcoba de un matrimonio, o entre un hombre y una mujer, no es pecado —añadió—. Nos han criado en el convencimiento de que los placeres entre un hombre y una mujer son pecado, pero créeme, no lo son. Y cuando el gozo es entre un marido y una mujer... no existen límites en las fantasías.

Penelope parpadeó. Sophie parecía tan madura, tan serena, tan convencida de sus palabras, ¿dónde estaba la muchachita asustadiza que ella había conocido? Sin duda, el capitán había transformado a Sophie en una mujer fuerte, atrevida y decidida a todo.

Abby también parpadeó, pues había llegado a la misma conclusión que Penelope. Y ella, que siempre se había caracterizado por su búsqueda de información, aprovechó el envite que le ofrecía su hermana pequeña para aprender cosas. ¿Quién sabía? Igual sus consejos la ayudaban a comportarse como se esperaba de una esposa en su noche de bodas.

—¿Qué quiere decir que no existen límites en las fantasías?

Sophie sonrió, sabiendo que había despertado la curiosidad de su hermana.

—Pues verás, todo cuanto pase por tu imaginación con respecto a tu esposo, es aconsejable que se lo expongas a él y gocéis sin impedimento alguno.

Abby no pudo evitar sonrojarse.

Penelope apretó los labios. Ella tenía unos cuantos pensamientos pero no se había atrevido a comentarlos con Duncan, y menos a lanzarse a...

Sophie las observó y se carcajeó.

—Pues atended bien lo que voy a deciros —bromeó—. Yo tuve una

fantasía muy, muy atrevida —dijo creando expectación—. Y os aseguro que mi esposo me felicitó por ello. De hecho, fue un momento tan increíble, que llegué a sentirme la dama más poderosa.

A Penelope le apuraba preguntar, aunque se moría por conocer aquella fantasía.

Abby preguntó sin más.

—¿Qué fantasía, Sophie?

La mujer del capitán sabía que tanto su gemela como su amiga se quedarían impactadas por la respuesta, pero había aprendido que no debía avergonzarse por nada.

—Para no conmocionaros, tan solo diré que he aprendido que la boca se puede utilizar para muchas más cosas que hablar.

—¡Sophie! —gritó Abby, llevándose las manos a las mejillas para enfriárselas, porque se le habían sonrojado al imaginar aquella estampa.

La joven se encogió de hombros, imitando a Abby.

—Dentro de un tiempo no gritarás; más bien, será el duque quien lo haga gozoso cuando tú lleves tu fantasía a la práctica.

—No quiero escuchar más —la amonestó Abby, porque ella tenía muchas ideas y no estaba muy convencida de que no fuesen pecado.

Se despidieron para irse a descansar. Aunque Abby, con mil pensamientos en la cabeza y no todos pecaminosos, decidió salir al exterior y buscar su paz interior en la oscuridad de la noche contemplando las estrellas.

La mañana llegó y toda la familia se preparó para el gran acontecimiento.

La catedral estaba repleta. No obstante, faltaba la persona más esperada: el duque de Hamilton.

Sophie miró a su marido y este negó con la cabeza, pues no conocía el motivo del retraso del novio.

El corazón de Sophie se aceleró. La idea de que su hermana quedase ridiculizada delante de toda la sociedad, era perturbadora. Con lo que ella había sufrido por protegerla de un escándalo...

La marquesa no quería mostrar inquietud, pero estuvo a punto de desfallecer tras la angustia de escuchar los primeros abanicos abriéndose

justo a su espalda.

Sophie intentó tranquilizarla, asegurando que tan solo se trataba de un retraso del duque.

Las campanadas anunciaban que ya pasaba media hora de la hora prevista para el enlace, y los invitados comenzaron a rumorear, rompiendo el silencio de la catedral.

De pronto, las puertas se abrieron y reinó el silencio, expectantes todos por si se trataba del marqués anunciando que la boda había sido anulada por el duque.

La mayoría de los invitados se sintieron un tanto decepcionados con la entrada de Hamilton. Era más jugoso y placentero pensar que el novio se había escapado con otra dama.

La marquesa soltó el aire; por un segundo había llegado a pensar que su hija sufriría la mayor humillación que una mujer podía recibir.

Sophie no pudo retener una lágrima. Todos pensaron que era de emoción por ver a su hermana casarse, pero fue de alivio.

## Capítulo XXXIX

*Ciertos caballeros omiten la verdad para no preocupar*

Sophie se despertó, y al girar su cuerpo en busca del contacto de su esposo, como solía hacer cada mañana, notó un calor sofocante y una humedad extraña.

Abrió los ojos y la visión que contempló la hizo reaccionar.

—¡Seymour! —se expresó, alterada.

El capitán parpadeó, pero su tez estaba cetrina y sus ojos apenas tenían expresión. Todo su cuerpo estaba empapado en sudor.

Besó su frente y notó aquel cuerpo ardiendo.

Se levantó y buscó su bata, ni siquiera se preocupó de ponerse el camisón.

Se acercó al tirador y tiró sin descanso, hasta que el ayuda de cámara del capitán entró.

El hombre parpadeó y bajó la cabeza, un tanto avergonzado por encontrar a la señora de la casa en bata.

—¡Avisad al doctor, mi esposo tiene fiebre! —ordenó, angustiada.

El hombre miró al capitán y también se asustó; la escasez de color en su cuerpo no presagiaba nada bueno, por lo que acató la orden de inmediato.

Jacqueline se apresuró en prestar ayuda a su señora para que cuando llegase el médico ella estuviese presentable.

El doctor Dagger acudió a la llamada en cuanto recibió el aviso; era el médico de la familia desde hacía años y conocía las dolencias que aquejaba el capitán desde que regresó de la guerra.

Hizo salir a Sophie de la alcoba, pero ella se negaba a abandonar la habitación.

La madre del capitán consiguió sacar a su nuera de allí.

El hombre sacó un recipiente con mercurio y todo lo necesario para intentar paliar aquella fiebre y cefalea que la enfermedad del capitán mostraba.

Durante un par de horas, el médico y el ayuda de cámara le atendieron como habían hecho otras veces.

—Doctor, esta vez parece más preocupante —se inquietó el ayuda de cámara.



El médico se limpió las manos.

—¿La señora Bradley está al corriente? —se interesó Dagger.

MacCaa negó con la cabeza.

—Nos prohibió contárselo —informó—. Me advirtió de que en el caso de sufrir otro brote, le avisara de que a su esposa no le dijera nada.

El médico apretó los labios. Ya había ocultado a la madre del capitán que su hijo había regresado de la guerra afectado de malaria; la poca higiene con la que había convivido en el campo de batalla había hecho que se propagase la epidemia entre muchos soldados. Y aunque el capitán no había sido afectado como otros compañeros, ya que debido a su accidente fue trasladado y atendido en una zona más segura e higiénica, la enfermedad no desapareció. A pesar de que parecía haber superado las primeras crisis gracias al mercurio y a los sangrados, bien cierto era que cada vez los ataques eran más a menudo.

Sophie estaba desesperada en la sala principal, acompañada por su padre, quien había acudido tras recibir la nota urgente que le había mandado su hija.

—Tenía mucha fiebre y no paraba de temblar —dijo nerviosa, apretándose las manos—. Su color era...

—Sophie, no temas, el doctor está tratándole —la tranquilizó su padre en vano.

La madre del capitán permanecía callada, pero su mente no cesaba de vagar. Un mes antes de conocer a Sophie, su hijo también había sufrido unas fiebres muy altas, y el médico le había asegurado que no había sido contagiado por la plaga que hacía poco había asolado varias comarcas. Ella le creyó, pero ahora ya no estaba tan convencida; los síntomas que había expuesto Sophie eran los mismos que en la otra ocasión.

Pensó en su hijo y en lo que sería capaz de hacer con tal de evitarles, tanto a su esposa como a ella, el disgusto de saber que estaba enfermo.

El doctor salió del dormitorio y se dirigió al salón principal, donde le habían informado que se encontraba la esposa del capitán.

—¡Doctor! —se expresó Sophie en cuanto lo vio entrar.

—Señora Bradley, me temo que su esposo permanecerá convaleciente unos cuantos días.

—¿Qué tiene?

El hombre tragó saliva antes de responder. No podía contar la verdad, pero tampoco estaba dispuesto a simular que aquello no revestía de gravedad, porque como bien había apuntado el ayuda de cámara, el capitán parecía más afectado que en otras ocasiones. Llevaba tiempo tratando a otros pacientes que, como el capitán, habían regresado de la guerra con la misma enfermedad, y ya había enterrado a la mayoría de ellos.

—Sufrió en el campo de batalla una infección pulmonar —mintió—. Parecía que estaba recuperado, pero lamento comunicar que ha aparecido de nuevo la dolencia.

Sophie se llevó las manos a la boca.

El marqués no quedó muy conforme con la explicación, pero para no martirizar a su hija más de lo que se la veía, prefirió callar.

—Regresaré en un par de horas y traeré lo necesario para apaliar sus temblores y jaquecas.

—¿Se recuperará? —indagó Sophie en un hilo de voz.

El doctor la miró y se apiadó de la joven.

—Intentaremos que se recupere —deseó, sin tener que volver a mentir a la mujer, pues él haría cuanto estuviese en sus manos para curarlo.

El médico se despidió y la madre de Sophie y ella se acercaron al dormitorio del capitán.

El marqués, por el contrario, salió raudo en busca del doctor Dagger.

—Doctor —le llamó justo antes de que subiera a su gig.

—¿Sí?

—Si cree que va a salir de aquí sin confesarme la verdad —amenazó—, es que no me conoce.

El hombre dejó su maletín en el carruaje y se giró de nuevo para mirar al marqués.

—Existe un código ético, lord Stanford...

—No tan ético como proteger a un hijo —lo interrumpió el marqués.

El doctor sabía que no debía contar nada, pero estaba convencido de que el capitán estaba más cerca de visitar al divino que de curarse, por ello le concedió al marqués lo que reclamaba: la verdad.

—Regresó enfermo —anunció, aunque no pensaba confesar la dolencia,

pues se lo había prometido al capitán—. No existe medicina milagrosa. Hasta la fecha hemos podido engañar a la parca en dos ocasiones, pero me temo, milord, que en esta ocasión necesitaremos un milagro.

Y ese milagro parecía no llegar; más bien, todo lo contrario. Quince días llevaban velando al enfermo, cuando irrumpió en la habitación la duquesa de Hamilton, que tras recibir el aviso de su padre, había abandonado *Great Castle* sin pensarlo.

Allí vio a su gemela, sentada en una butaca, acariciando una de las manos del capitán. Se la veía tan cansada...

—Sophie —pronunció en voz baja para no molestar al enfermo.

La muchacha, al ver a su hermana se levantó y fue a abrazarla.

—¡Oh, Abby, Seymour está muy enfermo! —se expresó con voz cansada.

Justo en ese momento, entró el ayuda de cámara.

Abby lo miró.

—Cuidad del capitán —pidió—. Voy a llevarme a mi hermana a que le dé un poco el aire.

El hombre asintió.

Sophie se negó, pero Abby tiró de ella con fuerza para sacarla de la alcoba; había escuchado que no se alejaba del lecho de su esposo más que para ir al aseo y darse algún baño. Por ello, su padre le había mandado aquella misiva, una llamada de auxilio porque Sophie no atendía a nadie.

La arrastró hasta la sala principal, donde estaba la madre del capitán.

—Señora Bradley —saludó Abby—, pida que preparen el té y pastas. Sophie y yo saldremos a dar un paseo por el jardín y regresaremos para acompañarla a tomar el té.

La mujer asintió y agradeció con una ligera sonrisa que hubiese sacado a Sophie de la habitación y fuesen a hacerle compañía.

En cuanto salieron al exterior, Abby le enlazó el brazo para que caminase a su ritmo.

—Sophie, sé que estás muy preocupada por el capitán —dijo con serenidad—. Pero a él no le gustará saber que has estado a su vera sin descansar.

—No puedo alejarme de él, Abby —reconoció—. Apenas ha mostrado

mejoría. El doctor ya no sabe qué más puede hacer por él.

Abby tragó con dificultad; la verdad era muy dolorosa, pero debía preparar a su hermana.

—El doctor...

—Sé lo que espera el doctor —la interrumpió Sophie, sabiendo lo que le iba a decir—, como también sé que nadie cree que vaya a recuperarse —aseguró, frustrada porque nadie tuviese fe—. Pero sé que Seymour no se va a morir. Abby, lo sé.

—Eso nadie lo sabe, no está en nuestras manos.

—Pues más vale que el divino no me lo arrebaté o lo maldeciré.

Abby cerró los ojos y rogó en silencio, pidiendo perdón a Dios por su hermana para que no se lo tuviese en consideración porque estaba muy alterada. Ojalá la escuchase y no castigará a Sophie por haber declarado aquello en voz alta.

Mientras Abby oraba en silencio, Sophie la observó. Notó algo extraño en ella pero no preguntó; no estaba de ánimo para conocer en ese momento más problemas... Claro que, con o sin fuerzas, Abby era su gemela y no podía obviar nada que pudiera entristecerla.

—No pareces una mujer muy feliz, Abby —comentó sin más, pues no tenía tiempo para sutilezas—. Estás recién casada, deberías lucir una mirada más brillante.

Abby negó. No quería confesar sus problemas, bastante tenía Sophie.

—No me mientas, Abby. ¿Qué te pasa?

—Niall no tiene fantasías conmigo.

Sophie agrandó los ojos y se llevó las manos a la boca.

—¿Me estás diciendo que el duque es de esos hombres raritos? —se preocupó.

—¡No! No, Sophie, ¿cómo se te ocurre? —lo defendió Abby, muy molesta por la sugerencia.

Sophie respiró más tranquila.

Abby inspiró con fuerza y le narró lo que le había sucedido en *Great Castle*. No estaba segura de si su esposo mantenía una relación con una de sus antiguas amantes o no, porque a ella tan solo la había besado en una

ocasión, ¡y qué beso! Pero no podía asegurar si la deseaba, porque no había dado muestras de ello.

Sophie escuchó atenta.

—Abby, si él te prometió que a su regreso aclararíais el malentendido, ten por seguro que lo haréis —la animó—. Dudo que esa mujer tenga algo con tu esposo. Además, has dicho que antes de marcharse te besó con desesperación... con fuerza... con reclamo y con pasión.

Abby asintió, melancólica al pensar en aquel momento.

—Entonces no temas. Tu esposo te ama, pero creo que él todavía no está preparado para aceptarlo.

—¿De verdad lo crees?

Sophie asintió lentamente.

—Sus ojos son su reflejo del alma, Abby; puedo asegurarte que solo cuando tú estás a su lado se le ve feliz.

La duquesa de Hamilton besó en la mejilla a su hermana por infundirle ánimo.

Decidieron regresar a la casa.

—Sophie, comprendo que quieras estar cerca de tu esposo —reconoció, pues lo entendía—, pero debes pensar que la madre del capitán también te necesita.

Sophie no se había dado cuenta de que su suegra estaba sufriendo también en silencio.

—De acuerdo, intentaré estar más pendiente de ella.

Abby sonrió. Eso significaba que Sophie saldría a almorzar y a cenar con su suegra, además de tomar el té. Ya era un avance.

Tres días después de la llegada de Abby, el capitán empezó a mejorar.

—Te dije que se recuperaría —memoró sus palabras a su gemela.

Abby asintió con la cabeza y una sonrisa se dibujó en su rostro.

Mientras las gemelas esperaban a que el doctor saliera del dormitorio, este mantenía una charla con el capitán.

—Debéis contárselo a vuestra esposa —lo amonestó el médico por ocultar la verdad.

—Habéis visto su sufrimiento estos días —dijo sin apartar la mirada del doctor—. ¿Creéis que puedo vivir viéndola en ese estado de inquietud todos los días?

—Así la prepararéis para lo peor.

—Así solo conseguiré que viva asustada —sentenció—. Cuando llegue mi hora, mi esposa estará preparada. Yo me encargaré de que así sea.

## Capítulo XL

*Hay hombres que ayudan a sus esposas y otros todo lo contrario*

Sir Murray había visitado al capitán. Solía acudir muy a menudo a *Bradley House* antes de que enfermara, y había esperado a su recuperación para visitarlo de nuevo.

Acababa de marcharse cuando Sophie fue a buscar a su esposo, que estaba en el despacho, donde solía recibir a sir Murray cada vez que acudía.

Entró sin llamar y sonrió al ver a su capitán frente al escritorio, muy concentrado, leyendo unos folios que tenía delante.

Se acercó sinuosa y miró lo que tenía a su esposo tan concentrado como para no haber advertido su presencia.

—¡Tienes una cita clandestina! —se expresó Sophie muy molesta.

El capitán se sobresaltó.

—¿Cómo dices? —preguntó, aturdido.

Ella se cruzó de brazos, esperando que él le diese una aclaración.

—¿Con quién tienes que verte el sábado en el muelle a medianoche? —preguntó muy ofendida porque él se estuviese mensajando con alguien en secreto.

—Sophie, no sé de qué me hablas, pero me ofende tu insinuación.

—¿De veras? —se molestó, indignada. Cogió el papel que tenía delante y lo levantó—. ¡De esto estoy hablando!

El capitán le brindó una mirada gélida.

—Devuélveme esa nota, Sophie —demandó, enfadado—. Es un documento muy preciado para sir Murray, que tú no deberías haber leído.

Sophie estudió sus ojos; no parecía estar mintiéndole, pero...

—¿Por qué iba sir Murray a entregarte un documento cifrado?

Él parpadeó.

—¿Cómo sabes que está cifrado? —indagó atónito, pues sir Murray y él habían pasado varias horas intentando descifrar aquello.



—Porque usan el mismo código secreto que mi hermana y yo hemos utilizado durante muchos años.

Suerte que el capitán estaba postrado en su silla, porque de lo contrario se habría caído redondo tras la confesión.

—¿Qué código, Sophie? —dijo entre dientes.

Ella negó con la cabeza.

—No te lo diré hasta que sepa por qué te cita alguien en el muelle a medianoche.

Seymour Bradley no sabía cómo ocultar aquello. Desde que había regresado de la guerra, había permanecido fiel a su reino; por ello colaboraba en secreto con sir Murray para el Departamento de Guerra, traduciendo mensajes interceptados a posibles traidores del reino o desenmascarando a los espías. Pero en esta ocasión, no sabían cómo descifrar aquella nota, pues estaba escrita en un perfecto inglés y no tenían que traducirla, algo muy extraño, ya que siempre interceptaban mensajes directos, tanto en francés como en ruso.

Sophie permaneció estoica, esperando una aclaración.

—El documento que tienes en la mano pertenece a sir Murray —explicó—. Es todo cuanto debes saber al respecto.

Si él pensaba que ella iba a rendirse con tanta facilidad, es que no la conocía.

—No me subestimes —le aconsejó—. Cuéntame la verdad o jamás te confesaré el secreto.

El tiempo apremiaba, pues solo faltaba un día para el sábado.

—Está bien —accedió—. Me duele que no confíes en mí —le recriminó—. No obstante, no me das más opciones que confesarte algo que te pondrá en peligro.

La joven sintió un escalofrío; él no parecía mentir.

—¿Por qué?

—Estoy colaborando como traductor de documentos confidenciales para

el Departamento de Guerra.

Ella lo entendió.

—Oh... Seymour —se inquietó—. Debiste contármelo.

El capitán, a pesar de estar enfadado con ella, al notar su temor alargó el brazo y la hizo sentarse en su regazo.

—Mi Ángel, no te preocupes por nada —la tranquilizó—. Pero debes prometerme que jamás dirás nada de esto a nadie.

Ella asintió con la cabeza.

—Ni a tu hermana —advirtió—. La pondrías en peligro.

Ella volvió a asentir con la cabeza, miró la nota y la levantó para que él pudiera verla.

—Fíjate en el texto, recalcan las letras que quieren destacar para unir el mensaje.

El capitán leyó de nuevo la nota y no vio nada.

Ella señaló con el dedo índice la primera palabra, donde resaltaba la letra *s*.

—Sé que apenas se distingue del resto, a mi hermana y a mí nos costó mucho tiempo perfeccionar la cantidad de tinta utilizada para que no destacasen tanto las palabras elegidas —memoró aquellos años de niñez—. Fue idea de Abby, es muy lista —vanaglorió a su hermana.

El capitán sonrió.

—Lo sois, porque tú has sabido descifrarlo con facilidad.

Sophie sonrió; pocas veces se había considerado tan inteligente como su hermana.

—Lo hacíamos para engañar a nuestra institutriz —confesó alegre—. Nos obligaba a escribir durante horas para perfeccionar nuestra caligrafía, y usábamos este código para pasarnos mensajes, o simplemente para burlarnos de ella cuando nos castigaba.

El capitán se carcajeó.

Sophie colocó la nota encima de la mesa y volvió a señalar las palabras destacadas.

*«Queridos **amigos**, no existe más **bello paisaje por todos conocido**, como la campiña inglesa.*

*Estoy recorriendo Inglaterra de norte a sur, embriagándome de todas las tradiciones de esta hermosa tierra.*

*Dedico mi tiempo a pasear por las comarcas, pues no existe mayor recompensa para un mortal, que deleitarse de tal belleza y hospitalidad inglesa.*

*En cuanto llegue **a** Londres, os **mandaré recado** para narraros **mi** viaje **ante una buena taza de té o un buen brandy**. Recibid un cordial saludo de vuestro buen amigo, uno que **ha** decidido regresar a casa.»*

—Fíjate, la primera es la *s* de *queridos*, la *a* de *amigos*... —explicó y señaló cada una de las letras que estaban remarcadas—. Las vas uniendo y el resultado es: «Sábado en el muelle a medianoche».

El capitán se maravilló ante la facilidad con la que ella había descifrado aquel mensaje, como si lo hubiese hecho toda la vida.

—Debo anotar que este hombre, o tenía prisa o poca imaginación.

—¿Por qué? —indagó, curioso.

Ella señaló el último párrafo.

*«En cuanto llegue **a** Londres, os **mandaré recado** para narraros **mi** viaje **ante una buena taza de té o un buen brandy**. Recibid un cordial saludo de vuestro buen amigo, uno que **ha** decidido regresar a casa.»*

—Debería haber usado un punto y aparte para despedirse. Para cuadrar la palabra *medianoche* no ha utilizado bien la gramática, o la forma correcta de escribir una carta con la educación debida.

Señaló con el dedo cómo debería estar escrito para que fuese correcto.

*»En cuanto llegue **a** Londres, os **mandaré recado** para narraros **mi** viaje **ante una buena taza de té o un buen brandy**.*

*Recibid un cordial saludo de vuestro buen amigo, uno que **ha** decidido*

*regresar a casa.»*

Ella se quedó pensativa.

—Este hombre no ha recibido una educación exquisita —vaticinó—. Finge ser alguien importante o de elevada posición social, pero un hombre erudito jamás se despediría de esa manera. ¿Me equivoco?

El capitán se percató de que su esposa era muy perspicaz, pero también, de que ella empezaba a mostrar un interés demasiado elevado, y él no pensaba allanarle el camino. Su ángel debía permanecer alejada de un mundo lleno de sombras, donde los traidores del reino eran capaces de matar.

—Debo avisar a sir Murray cuanto antes —anunció él.

Sophie asintió con la cabeza.

—¿Tienes más mensajes? —preguntó ella, y el capitán le acunó el rostro.

—Sophie, esto no es un juego —advirtió—. De haber podido evitar que lo descubrieses, lo habría hecho.

Ella no parpadeó, él parecía muy serio.

—Comprendo lo que dices —admitió—. Tan solo te estoy brindando mi ayuda.

—Y yo te lo agradezco, pero no permitiré que acabes involucrada en estos temas, Sophie —sentenció—. Los que mandan estos mensajes son traidores del reino, gente sin escrúpulos capaces de cometer cualquier barbarie, y no permitiré que mi esposa corra peligro alguno.

Ella sonrió con candidez; la protección de su esposo la había hecho estremecer.

—Sé que me protegerás, pero si está en mi mano ayudarte, aquí me tienes, Seymour —le brindó su ayuda.

Él no pudo más que besarla.

Sophie se levantó y se alejó con una gran sonrisa. Aunque no pudiera ayudarle más, había surgido entre ellos una gran conexión, no existía ningún secreto y eso, a ella, la llenó de gozo.

Mientras se dirigía hacia la sala principal, donde estaría la madre del

capitán, se cruzó con una de las doncellas y la observó, atónita.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, nerviosa, al ver el rostro de la mujer amoratado y con un ojo inyectado de sangre.

—No... no es nada, señora —la tranquilizó, titubeante, la sirvienta—. Me tropecé y caí.

Sophie se acercó más a ella.

La miró de arriba abajo y tembló. Aquellas marcas de la cara no eran de una caída; además, las marcas en su cuello, que la mujer intentaba tapar con un pañuelo, decían mucho más.

Alargó el brazo y le bajó el pañuelo para cerciorarse bien de lo que se temía.

—¿Quién te ha golpeado? —preguntó muy molesta.

A la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Señora, no es nada, de veras...

—¡¿Quién?! —se expresó con tanta contundencia, que la sirvienta entendió que no la dejaría marchar sin conocer el nombre del culpable.

—Mi marido, señora, él fue quién me hizo esto —confesó llorando.

Sophie inspiró con fuerza.

—No te preocupes —la tranquilizó—, me encargaré de que no vuelva a ponerte una mano encima.

La mujer, que estaba temblorosa, se abrazó a Sophie como si hubiese encontrado en ella a una salvadora.

—Lo... lo... lamen... to —volvió a tartamudear por los nervios.

Sophie restó importancia con un gesto de manos, dándole a entender que no se preocupara, pues comprendía que la mujer hubiese tenido aquel arrebato.

Giró sobre sus talones y entró de nuevo en el despacho del capitán.

—Tienes que llamarle la atención a Wilfred —ordenó—. Le ha dado una paliza a Margot —informó—. Lleva el rostro... —Dejó la frase en el aire, sin

saber cómo describirlo.

El capitán dejó de escribir la nota que estaba redactando.

—Sophie, Wilfred es su esposo —comunicó con calma—, no me corresponde a mí intervenir entre un matrimonio.

Si la hija del marqués hubiese esperado esa respuesta, seguramente no se habría sentido tan decepcionada. Seymour era para ella un hombre de honor, un caballero a quien admirar y, ante todo, el único al que ella había puesto en un pedestal muy alto. Esa respuesta la dejó consternada; se acababa de caer de su pedestal, así, de un salto.

—¿Me estás diciendo, que te has pasado la vida batallando por el bien de nuestro reino —pronunció ella con deje decepcionado—, para protegernos de nuestros enemigos... ¡y no vas a proteger a tu sirvienta!?

—Ante la ley, no me compete instruir a un hombre de cómo tratar a su esposa —se defendió, intentando hacerle comprender a su mujer que él no podía hacer nada al respecto.

Sophie negó con la cabeza, muy ofendida y decepcionada.

Él la observó durante un buen rato en silencio, porque Sophie parecía estar pensando en algo...

Y lo hacía. Pensaba en todo lo que el capitán le había enseñado desde que se conocieron; en la de veces que la había animado a tomar decisiones sin temer en lo que pudiesen decir los demás; en cómo él había insistido en que ella no viviese nunca con miedo y actuase conforme le dictase la razón...

Ella por fin reaccionó.

—Te diré algo, Seymour Bradley —advirtió—. La ley puede proteger a Wilfred, pero en esta casa la ley también soy yo —sentenció, avisándole de que en su hogar, además de él, ella también tenía el poder de decisión.

Sin dar opción a réplica, salió dando un portazo.

El capitán, una vez ella desapareció, sonrió de medio lado, satisfecho. Había conseguido lo que pretendía, que su esposa tomase la decisión y el mando, porque el día que él no estuviese, ella tendría que ser lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a los que estaban a su cargo.

Sophie caminaba con convicción, directa hacia las cocinas, lugar sagrado para los sirvientes, ya que allí ningún señor de la casa solía bajar. Pero ella lo había hecho y, además, muy decidida.

—Señor Loyd, avise a Wilfred de que quiero verlo de inmediato.

Los allí presentes se miraron.

El mayordomo se tensó.

—Está dando de comer a los caballos —informó—. En cuanto termine le daré su recado.

—No me ha entendido —dijo Sophie sin vacilar—. ¡He dicho de inmediato!

El hombre se preocupó, su señora no solía alzar la voz. De hecho, la caracterizaba su voz dulce y su temperamento dócil, por lo que le hizo una seña con la cabeza a uno de los lacayos para que fuese a avisarlo.

Mientras el joven iba en su busca, el mayordomo se pronunció; no sabía qué pretendía la señora, pero estaba en su obligación conocer de antemano lo que fuese a tratar con Wilfred.

—Si es tan amable de acompañarme —la invitó a que le siguiera.

—Señor Loyd, en esta ocasión, lo que tengo que decir lo haré delante de todos —habló Sophie, al tiempo que pasaba la mirada de uno a otro de los sirvientes que trabajaban en su casa.

Al mayordomo no le dio tiempo a protestar, pues Wilfred entró junto al lacayo.

—¿Señora?

Sophie se giró para mirarlo.

—Esta casa pertenece al capitán Bradley —comunicó, como si nadie lo supiese—. Por ende, es un lugar honesto y recto.

El hombre frunció el ceño, sin entender nada.

—Mi esposo se ha pasado la vida protegiéndonos a todos —alabó la labor del capitán—. Por ello, no permitiré que, tras su esfuerzo, alguien se tome la libertad de destrozar lo que con tanto esmero ha conseguido. ¡En *Bradley*

*House* está prohibido poner en peligro la vida de nadie!

Todos se sorprendieron por la acusación y, sobre todo, por la vehemencia con la que la señora había expuesto aquello.

—No sé de qué me acusa... —se ofendió Wilfred, pero Sophie le interrumpió.

—De levantarle la mano a su esposa en mi casa —lo acusó sin ambages y sin titubear—. Un acto deplorable y cobarde que ensucia el buen nombre de esta casa, pues mi esposo ha sido un héroe y usted está ensuciando su reputación —lo despreció, sin apartar la mirada—. ¡Su comportamiento es vergonzoso e intolerable!

El mayordomo agrandó los ojos.

El resto de personal se miraba sin parar.

Wilfred se enfureció. ¿Cómo se atrevía la señora a llamarle la atención delante de todos?

—No existe ley que prohíba a un hombre actuar con su esposa como le venga en gana —escupió las palabras con rabia.

—Existe la mía, Wilfred —comunicó con autoridad—. En mi casa nadie levanta la mano a una mujer, bien sea su esposa o no —comunicó a todos—. Si no quieren acatar mis leyes, son muy libres de marcharse.

—Señora... —intervino el mayordomo, pero Sophie lo interrumpió.

—No existe mayor cobardía que pegar a una dama —pronunció, mirando uno a uno a todos los hombres que había en la estancia—, porque ella no es un rival —explicó, sin perder los nervios—. Atacar a alguien que no puede defenderse es una demostración de salvajismo y cobardía. Y en la casa de mi esposo no hay cabida para los salvajes y cobardes.

La cocinera apretó la mano de Margot, que estaba allí aguantando las lágrimas.

Otra de las sirvientas aguantó la respiración, pues su marido también se tomaba de vez en cuando la libertad de levantarle la mano, puesto que hasta la fecha nadie le había impedido hacerlo. Como bien había expuesto Wilfred, la ley estaba de su parte.



Sophie esperó a que alguien dijese algo, pues ella había echado el envite. Ahora estaba la piedra sobre el tejado de sus sirvientes; si querían trabajar allí, sería bajo sus leyes.

Como nadie dijo nada, ella se pronunció:

—Señor Loyd, en vista de que todos parecen estar conformes con seguir trabajando en esta casa —habló sin apartar la mirada de Wilfred—, dejo a su cuidado que se cumplan mis órdenes. No aceptaré disculpas ni justificaciones de ninguna índole —advirtió, por si a alguien se le ocurría utilizar como excusa haber bebido, estar enfadado, etc... —. A partir de hoy, en *Bradley House*, o se comportan como seres civilizados o salen de aquí para siempre. Los salvajes duermen a la intemperie igual que los animales, que es lo que son.

Se dio la vuelta y salió con la cabeza alta, digna hija de un marqués y esposa de un hombre condecorado. Y por extraño que pudiera parecer, por primera vez se sintió una dama poderosa, porque había ayudado a otras mujeres. Sí, no se necesitaba un título para serlo. Las ancianas tenían razón; cada mujer, a su manera era poderosa, y ella había colaborado a que todas las que estaban bajo su techo se sintiesen también valerosas.

Llegó a la sala principal y su suegra la miró.

—¿Todo bien, querida?

—Todo perfecto.

Una hora más tarde, sir Murray se encontraba frente al capitán, en su despacho.

—¿Con solo mirarlo? —se sorprendió ante la confesión.

El capitán asintió.

—Murray, el día que yo falte —habló con la serenidad que le caracterizaba—, prométeme que velarás por mi esposa. No permitas que Sophie te brinde su ayuda.

El baronet comprendió lo que sucedía. Tras desvelarle a Sophie aquel secreto, ella podría sentirse atraída por lo oculto, además de intentar, de alguna manera, seguir teniendo algo en común con su esposo. Alguna que otra vez había sucedido con viudas jóvenes, atraídas por lo misterioso,

prohibido y secreto.

—Te doy mi palabra.

El capitán se lo agradeció con la cabeza. Además de su ayuda de cámara y del doctor, sir Murray era el único que conocía su estado de salud.

—¿Dónde está ahora tu esposa?

El capitán sonrió como un tonto.

—Ha salido a visitar a su hermana —dijo burlón—, huyendo de mí.

—¿De ti?

—Digamos que la he decepcionado y necesita alejarse para poner sus pensamientos en orden.

Murray se cruzó de brazos, aquello le parecía divertido.

—¿Qué has hecho, capitán?

—Enseñarle a defender lo que ella cree correcto —Se enorgulleció de Sophie—, poniendo a un sirviente cobarde ante los demás como lo que es.

Entonces le contó lo sucedido.

—¿Y no hubiese sido más honesto que lo hubieses hecho tú?

El capitán negó con la cabeza.

—¿Y perderme la doble satisfacción? No, ha salido todo como esperaba.

El baronet no entendía nada.

—¿Cuáles?

—Ver a mi esposa defendiendo lo que creía correcto —aclaró—, y ver a Wilfred humillado ante todos por una mujer: la mía.

Murray se carcajeó.

—Nunca entenderé a los hombres casados.

## Capítulo XLI

*No todos los matrimonios encuentran el camino de la comprensión*

La esposa del capitán Bradley entró en *Stanford House*, donde estaba reunida toda su familia.

Sophie, nada más entrar por la puerta fue interceptada por su gemela, que la cogió del brazo y la arrastró hasta su antiguo dormitorio.

Subieron las escaleras con celeridad, pues la duquesa parecía tener prisa, algo que a Sophie preocupó, pues no sabía a qué se debía su estado de excitación.

En cuanto cerró la puerta, se giró y abrazó a su hermana con fuerza.

—¡Oh, Sophie, mi marido me quiere!

La pequeña de las Allende sonrió; ahora entendía el nerviosismo de Abby.

Se separaron y se miraron.

—Tenías razón —reconoció la duquesa con la felicidad estampada en su rostro—. Necesitaba tiempo para aclararse. No tiene ninguna aventura con la baronesa, ella solo forma parte de su pasado.

—Cuánto me alegro, Abby —le dijo de corazón, pues sabía que su cuñado estaba enamorado de su hermana.

—Y ahora quiere que recorramos el continente —la informó, muy animada—. Viajaremos a Roma, Florencia y Venecia.

—¿De veras?

Abby dio varias palmaditas y saltitos, sin poder evitar mostrar su gozo.

Sophie se carcajeó, Abby nunca cambiaría.

Bajaron a la sala familiar, donde los marqueses y el duque las estaban esperando.

Una hora más tarde, las gemelas se despedían con un efusivo abrazo.

—Recuerda, Abby, cumple todas tus fantasías —le susurró Sophie en el oído.

Como respuesta, su hermana se sonrojó de inmediato, lo que le llevó a la

conclusión de que Abby todavía no se había liberado de esa carga de vergüenza que durante años les habían hecho creer; una dama debía comportarse con timidez y, sobre todo, sumisión.

Claro que, conociendo a Abby, sabía que acabaría comprendiendo que en un matrimonio la vergüenza debía quedar relegada en cuanto se cerrase la puerta del dormitorio.

\*\*\*

La duquesa de Whellington había decidido pasear, por lo que se acercó hasta el viejo granero, que desde hacía un año se estaba utilizando como escuela.

Entró y se congratuló al ver allí a todas las mujeres, niños, y algún que otro hombre, atendiendo al maestro.

Al notar su presencia, todos se pusieron en pie.

Ella hizo un gesto con la mano para que se sentaran de nuevo.

—Por favor, continúen —invitó al profesor a que siguiese con la clase.

La gente se volvió a sentar y reemprendieron la enseñanza de ese día mientras ella, con sigilo, caminaba hasta el final de la estancia y los observaba en silencio.

Le gustó ver cómo los hombres que acudían a las clases se estaban tomando muy en serio las explicaciones, y cómo las mujeres habían avanzado en su educación.

—Por hoy hemos terminado —anunció el maestro.

Todos se levantaron y salieron.

Penelope se despidió de todos y salió al exterior para regresar a la casa.

Lo que la duquesa nunca llegaría a saber, era la plena felicidad que había aportado a todas las mujeres que estaban allí, pues en gratitud por haberlas defendido ante el marqués de Mirinell, le regalaron una estola de color crema de lana virgen que habían tejido entre todas, bordando las iniciales *P.W.K.*, en hilo de seda violeta. Un regalo que ella aceptó con mucho cariño, pues nadie le había hecho una ofrenda que le llegase tanto al corazón. Por ello, se había convertido en su prenda favorita, la que usaba casi a diario, y había corrido la

voz en la comarca, ya que la gran señora del lugar podía permitirse las mejores estolas de pieles diversas, o capas del mejor corte de las modistas más cotizadas de Londres. Sin embargo, Penelope de Whellington y Kennt se abrigaba con la prenda que habían tejido las mujeres de sus tierras con sus propias manos.

Una niña se acercó y tiró de sus faldas para llamar su atención.

Penelope bajó la cabeza y reprimió la risa cuando aquella niñita realizó una genuflexión tan exagerada, que por poco se cae de bruces.

—Excelencia —la saludó con voz alegre y fuerte—. ¿Sabe que de mayor seré institutriz?

Penelope fingió sorprenderse.

—¿De veras?

La niña asintió con energía.

—El maestro dice que si me aplico, podré ser institutriz y enseñar a otros niños.

A la duquesa le revoloteó el corazón. Ver a aquella niña ante ella, con tanta ensoñación, después de haber estado a punto de perder la vida por la irracionalidad de su padre en el pasado, la llenó de gozo y satisfacción.

—En tal caso, debéis aplicaros como dice el señor Henderson.

—¡Megan! —llamó la madre a la niña, acercándose a ellas con celeridad—. Su Excelencia, disculpad el atrevimiento de mi hija —se excusó la mujer en nombre de la niña por haberla molestado.

La niña hizo un gesto con los labios que a Penelope le hizo sonreír.

—No os preocupéis —comentó, risueña—. La señorita Megan me estaba informando de sus planes de futuro —bromeó, y consiguió que la niña se hinchara de orgullo al escuchar que se refería a ella como «señorita Megan»—. Un futuro muy prometedor.

La mujer le revolvió el cabello a su hija con la mano.

—Es una soñadora —dijo con cariño—. Despídete de Su Excelencia.

La niña volvió a hacer una genuflexión.

Penelope realizó una ligera inclinación de cabeza.

—Ha sido un placer saludarla, señorita Megan —se despidió, consciente de que la niña recibiría esas palabras con mucho agrado—. Recuerde, aplíquese y siga los consejos del señor Henderson.

La niña sonrió mostrando su dentadura mellada, y salió corriendo en busca de sus hermanos, que ya se habían alejado para regresar a su casa.

—Buenas tardes, Excelencia.

—Buenas tardes, señora.

En cuanto se quedó sola, miró a su alrededor, satisfecha de lo que había conseguido, pues aunque solo fuese por ver a uno de ellos conseguir un futuro prometedor, podía sentirse victoriosa. Quizá, entre esos niños que se alejaban, había colaborado para que el día de mañana alguno de ellos no tuviese que vivir del trabajo del campo.

Regresó abrigada con su chal de lana porque la tarde era gélida.

A mitad de camino, se cruzó con el *curricle* de su administrador, que paró nada más verla.

—Penelope —saludó.

—Buenas tardes, Leighton, ¿dónde vas? —se interesó, al notar que el hombre parecía molesto.

—A cumplir el mandado de tu esposo —contestó.

Aquella respuesta no agradó a Penelope, pues se notaba pesar en la voz de su amigo.

—¿Cuál?

El hombre, antes de responder, tomó aire, algo que despertó más curiosidad a la duquesa, ya que intuía que el mandado de Duncan no iba a gustarle.

—Debo anunciar al señor Henderson de que a partir de mañana queda clausurada la escuela.

Penelope se quedó petrificada.

Leighton había intentado disuadir al duque de esa decisión, consciente de

lo que esa escuela representaba para Penelope.

La rabia que sintió ella en ese momento la hizo reaccionar alargando la mano para que Leighton la ayudara a montar en el *curricle*. Debía llegar cuanto antes a *Golden House* y exponer ante Duncan lo que pensaba sobre su decisión.

Mientras regresaban en silencio, Penelope negaba con la cabeza una y otra vez. Desde que volvieron de Jamaica, Duncan había prometido convertirse en el duque que todos esperaban que fuera, pero una vez más, él estaba tomando una decisión equivocada, y ella ya estaba cansada de soportar sus meteduras de pata.

En la sala amarilla de *Golden House*, el duque de Whellington estaba reunido con su hermano, el conde de Stanton, y tres ancianas, que habían decidido pasar a saludar y ver cómo le iba a Duncan, ya que dos semanas antes había tenido una discusión con su esposa y parecía que necesitaba ayuda.

Lo que nadie esperaba era que la duquesa entrase sin avisar y con un enfado monumental.

—¿Cómo te has atrevido?! —se expresó, sin importarle tener invitados.

Duncan y Connor se levantaron, como era de esperar en unos caballeros al ver entrar a una dama.

—Mmm... No empieza bien la conversación —susurró lady Violet.

—No es muy apropiado en una duquesa alzar la voz, y menos cuando hay invitados —le reprochó Duncan, molesto porque ella lo amonestara delante de su familia.

Lo que le faltaba a Penelope era la insolencia de su marido; llevaba dos semanas enfadada con él y ahora, encima se atrevía a amonestarla con una queja tan... tan ridícula.

—Mala respuesta —comunicó lady Philomena.

—¿Tienes la osadía de recriminarme a mí un comportamiento inapropiado —habló con despotismo por el enfado que la embargaba—, cuando todas tus decisiones y actitudes están muy alejadas de poder tacharse de apropiadas? ¡Cómo te atreves!



—La chica está molesta —advirtió lady Hermione.

Connor prefirió guardar silencio hasta conocer el motivo del enfado de su cuñada. No obstante, incluso sin tener la información, ya daba por hecho que su hermano había vuelto a tomar una mala decisión.

Duncan, con el orgullo tocado por verse recriminado ante su familia, respondió rápido, sin necesidad de preguntarle el motivo de su enfado. Así su hermano y sus tías, tanto la auténtica como las adoptadas, se pondrían de su lado.

—Tener las arcas llenas no es motivo de despilfarros —aclaró para que lo entendiesen mejor—. Esa escuela tiene un coste muy elevado: el pago del maestro, los libros, cuadernos, lapiceros, tintas, plumas... Son innecesarios.

Connor lo entendió y echó la cabeza hacia atrás. Su hermano, intentando mirar por el bien del patrimonio familiar, no se había dado cuenta de lo importante que era esa escuela para su mujer.

—De nuevo una mala respuesta —repitió lady Philomena, y sus amigas asintieron.

—¡La escuela permanecerá abierta! —sentenció Penelope muy enfadada. Se giró sobre sus talones e hizo ademán de alejarse, pero Duncan la retuvo al pronunciarse.

—Si quieres que permanezca abierta, tendrás que disculparte —declaró él, porque llevaba dos semanas esperando que ella pidiese perdón por una discusión que habían mantenido. Ahora tenía delante de él la oportunidad de escuchar aquella disculpa que llevaba tanto tiempo esperando; estaba cansado de que Penelope siempre tuviese cosas que recriminarle y ella nunca se disculpase por nada.

—Mala decisión —habló lady Violet.

—Pésima —corroboró lady Hermione.

—Nefasta y equivocada —ratificó lady Philomena.

Penelope giró lentamente la cabeza hacia un lado para mirarle a los ojos.

—No hallarás disculpas por mi parte cuando tu insolencia y tu orgullo son capaces de destruir lo que con tanto esmero he conseguido —le reprochó,

porque estaba más que convencida de que esa decisión la había tomado a conciencia, en señal de revancha por la discusión de la pasada semana; un chantaje al que ella no estaba dispuesta a someterse—. Comportate como un duque justo... —y rectificó, con maldad, para herirlo en su ego—: No, mejor aprende primero a comportarte como un duque, luego veremos si eres capaz de llegar a ser justo.

—A eso se le llama tocar en la herida —siseó lady Violet.

Duncan dio dos pasos para tenerla a un palmo de la cara. El golpe de su esposa había sido directo; pues bien, tendría lo mismo en respuesta.

—Pide perdón, Penelope —advirtió, con los ojos inyectados en sangre—. Tus disculpas a cambio de la escuela.

Ella lo miró con desprecio.

—Creí que eras un hombre con inteligencia —lo acusó—. Pero tras comprobar que me equivoqué, me veré obligada a repetirlo. Me excusaré cuando mi comportamiento no esté a la altura de mi cargo; mientras tanto, tú seguirás esperando una disculpa, y yo que llegue el día en que sepas comportarte como se espera de un duque —escupió las palabras cargadas de dolor—. Ojalá llegue ese día, me gustaría verlo antes de morirme.

Y sin más, se volvió y se marchó.

Connor miró a Duncan.

—Esa escuela es muy importante para tu mujer —informó, con tranquilidad.

Duncan cerró los ojos, necesitaba tranquilizarse.

Asintió con la cabeza.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué has cometido semejante atropello? —le recriminó.

—Porque mi esposa llevaba dos semanas sin dirigirme la palabra —confesó, agobiado por la indiferencia de Penelope—. Me enfadé y actué sin pensar.

—¿Y los hombres dirigen el reino? —se mofó lady Philomena, ya que

parecía que la mayoría de ellos actuaban sin pensar.

—No puedes cerrar esa escuela —aconsejó Connor.

Duncan negó con la cabeza.

—Si la quiere abierta, tendrá que disculparse.

Las ancianas se pusieron en pie.

—En tal caso, querido sobrino —intervino tía Philo—, deberíamos plantearnos trasladarnos a *Golden House*, pues dudo que vuelvas a mantener una conversación con tu esposa.

Duncan las miró a las tres.

Connor inspiró con fuerza. Su tía tenía razón, su cuñada no volvería a dirigirle la palabra mientras viviera.

—¿Por qué tiene que ser tan rencorosa? —habló casi para sí mismo, pero todos le escucharon.

—No es rencorosa, Duncan —la defendió Connor—, es duquesa.

Aquella respuesta dolió a Duncan. Bien sabía él que su esposa siempre actuaba como una gran duquesa, pero necesitaba que por una vez, aunque solo fuese una, ella lo hiciese como mujer; así podría pasar por alto sus errores.

\*\*\*

El capitán aguardaba impaciente a su esposa en la cama. Sabía que estaba en la alcoba contigua porque había escuchado a su doncella personal despidiéndose de ella.

Negó con la cabeza y resopló; desde luego, su ángel sabía cómo desquiciarlo, pues era consciente de que lo había estado evitando desde que salió de su despacho.

—¡Sophie! —gritó, sin importarle que todos en la casa pudiesen escucharlo.

Al no recibir respuesta, bufó. Aunque en parte le gustaba ese arrebató de ella, ya que no esperaba que se lo pusiera fácil.

—Dejé muy clara mi postura la primera noche —volvió a gritar para que

ella lo escuchase bien—. ¡Espero que mi esposa duerma siempre en mi cama!

Sophie, al escuchar aquella queja, por extraordinario que pudiese parecer, en lugar de enfadarse, sonrió. Eso sí, no respondió; continuaba molesta con el capitán por no haber defendido a su criada.

El capitán contó hasta diez.

Se incorporó, cogió sus bastones y se dirigió a la habitación de su esposa.

Sophie, al verlo allí, de pie, desnudo y mirándola con deje amenazador, se levantó de la cama y se colocó delante de él.

—No deberías andar descalzo —le riñó como si fuese un niño—. Y menos desnudo. ¿Acaso pretendes enfermar de nuevo?

El capitán le sostuvo la mirada y aguantó la reprimenda.

—Si mi esposa hubiese acudido a mi lecho, no me habría visto en la obligación de venir a buscarla —le reprochó él, aunque aquello no pareció una queja. Más bien, le encantaba la situación y ella lo notó.

La joven adoptó una pose más seductora y alargó el brazo para recorrer, con su dedo índice, desde la barbilla de él, pasando por su cuello, hasta pararse a jugar con el vello del pecho.

—Mmm... Es posible que mi esposo no haya pensado que si no he acudido a su alcoba es porque quería que él acudiese a la mía —pronunció, relamiéndose los labios—. Yo también tengo un lecho... —Se acercó y lamió sus labios—. Depende de él que se quede frío, o por el contrario... caliente.

El capitán reaccionó raudamente, empujando a Sophie hacia atrás mientras avanzaba con sus bastones, hasta que cayó de espaldas sobre la cama, y él soltó sus apoyos para inclinarse sobre ella.

—Más vale que la calentemos rápido —bromeó, excitado—, porque no me gusta dejar fría la cama.

Sophie se carcajeó; se había salido con la suya.

## Capítulo XLII

*Una dama con confianza en sí misma sabe exponer la verdad sin ambages*

Sophie se despertó rodeada por unos brazos fuertes. El cuerpo caliente de su esposo la retenía a su vera, un gesto de protección que a ella le gustaba. Se había acostumbrado a despertarse en aquella posición, y quizá fuera lo que más había echado de menos durante la enfermedad de su marido.

Movió la cabeza para desechar aquel recuerdo, no quería pensar más en ello.

Hizo ademán de levantarse, pero él la sujetó con fuerza.

—Si mi esposa piensa que saldrá de esta cama sin haberme besado —pronunció él con los ojos cerrados—, es que no sabe todavía con quién se ha casado.

Sophie sonrió y ladeó su cuerpo para besarlo.

El capitán no abrió los ojos, pero disimuló mal su sonrisa satisfactoria.

Ella se levantó contenta; seguramente sería un gran día, porque lo había empezado bien.

Dos horas y media más tarde, entraba en *Golden House* para acudir a la cita que, como cada miércoles, tenían Penelope y ella, y que durante tres semanas se había visto obligada a suspender.

August, el mayordomo, la acompañó hasta la sala amarilla.

Mientras esperaba a Penelope, se asomó al gran ventanal.

El conde de Stanton, que en ese momento pasaba por delante de la sala, al verla se paró de inmediato y su corazón le dio un vuelco. No había coincidido con Sophie desde la boda de su hermano.

Entró con sigilo, pues no quería asustarla ni que ella saliera corriendo. Pero necesitaba mirarla, saber que no había sido un sueño, que Sophie era real.

La contempló durante un buen rato sin ser visto, se acercó más a ella y, con voz suave, la saludó.

—Lady Sophie.

Ella reconoció aquella voz y se le aceleró el corazón.

Se giró lentamente y le miró a los ojos, aquella mirada verde que ella tanto había amado...

Él permaneció quieto, aunque su mayor deseo era acariciar su rostro.

El recuerdo del pasado regresó a ellos. Por ese motivo, Sophie cambió su semblante con la intención de amonestarle por no haberse dirigido a ella con su nuevo apellido.

Connor advirtió de inmediato lo que le iba a decir y se adelantó:

—Ah, no, Sophie, no te felicitaré por tu matrimonio —habló con dolor—. No pronunciaré felicitación alguna, cuando tu decisión destrozó mi futuro.

Ella parpadeó.

—Cometí un error, el único que he cometido en toda mi vida —reconoció con reproche—. Una falta que tú no supiste perdonarme —la acusó—, y por la que estoy pagando más de lo que cualquier hombre estaría dispuesto a pagar. Pero no te felicitaré, cuando tú y solo tú has conseguido que en mi vida ya no tenga cabida ningún sueño.

A ella le temblaron las piernas. No deseaba escuchar aquello, pues le gustase o no admitirlo, no le deseaba ningún mal a Connor. Oír con tanto pesar aquello le dolía.

El conde tampoco quería recordar el pasado, pero estaba dolido, amargado y solo; una soledad que lo acompañaría siempre porque la mujer que tenía delante así lo había decidido.

—Serás la esposa de otro, pero sé que nunca he salido de tu corazón —dijo convencido—. Lo sé porque tú no has podido salir del mío.

—¿Qué pretendes, Connor? Si lo que necesitas es hacerme sentir culpable...

—¿Culpable? No, Sophie, no pretendo que te sientas culpable —la interrumpió, hablando con el corazón roto—. Sé reconocer mis errores y asumo la culpa de lo que ocurrió entre nosotros —se lamentó—. Tan solo te expongo que tu decisión precipitada de buscarme un sustituto ha marcado mi futuro.

—El nuestro no era estar juntos —se justificó, intentando convencerse a sí misma.

Al conde esa afirmación lo mató por dentro.

—Tienes razón —afirmó—. No existe un futuro con alguien que no es capaz de olvidar.

A Sophie esa respuesta le dolió. Además de ser cierta, también daba a entender que la acusaba de no haberle dado la oportunidad de demostrar que podían formar una familia juntos.

Sabía que responder no sería lo adecuado porque él estaba allí, mostrando su pena por haber elegido a otro hombre; pero a ella también le dolía que él no hubiese tenido en consideración lo mal que lo pasó. Si supiera hasta qué punto fue tal su vergüenza y desolación por no haber podido contar con él cuando más lo necesitaba...

—Tenéis razón —afirmó y dejó de tutearlo—. Para bien o para mal, poder olvidar lo marca todo —dijo con voz firme—. Con vos no pude olvidar lo malo, con mi esposo espero no olvidar lo bueno.

Connor la miró con frialdad.

—Nadie es perfecto —comunicó él con desdén—. Algún día vuestro esposo cometerá un error —vaticinó—. ¿Lo abandonaréis a su suerte o seréis capaz de perdonar?

Aquella pregunta estaba cargada de ansia y desesperación, porque según lo que contestase Sophie, él podría dejar de verla como lo había estado haciendo hasta ahora. Si ella respondía que lo perdonaría, significaría que a él nunca lo había amado.

Ella tragó con dificultad, sabiendo lo que pretendía el conde. Pues estaba muy equivocado si pensaba que le respondería la verdad. Quizá, la Sophie de antes de conocer al capitán se hubiese echado a llorar y hubiese respondido con sinceridad; pero la Sophie casada con el capitán había aprendido a ser fuerte y a actuar como le placiese. Y eso pensaba hacer, responder sin necesidad de mentir, pero diciendo lo que más le interesaba y, en ese momento, lo que le convenía era callar al conde de una vez por todas para que dejase de acusarla.



—Si no recuerdo mal, milord, el único que abandona sois vos.

Una respuesta que los destrozó a ambos.

Penelope entró en la sala.

—Mi querida Sophie, tu visita de hoy es... —Dejó la frase en el aire al ver la escena: su cuñado con el rostro demudado, el de ella pálido... Además, ambos emanaban tristeza y dolor, mucho dolor—. Perdón, creo que he interrumpido.

Connor negó con la cabeza.

—No, en absoluto —la disculpó su cuñado y, aunque debía llamarla señora Bradley, a pesar de todo cuanto se habían reprochado, a él le resultaba imposible llamarla así—. Lady Sophie y yo ya nos hemos dicho todo cuanto nos teníamos que decir.

A Sophie se le agrietó el alma. Aunque él había hecho mal las cosas en el pasado, no soportaba que se marchase de allí pensando que le despreciaba, porque no lo hacía. Aunque su última frase la hubiese pronunciado con rencor para lastimarlo, ella no le odiaba...

Connor se alejó con paso decidido.

Penelope y Sophie se quedaron allí en silencio, mirándose.

La pequeña Allende hizo un gesto de disculpa con la cabeza y salió rauda en busca del conde.

Miró a ambos lados del corredor y lo vio al final del pasillo entrando en el despacho del duque. Sin pensar, fue corriendo hasta allí.

Duncan, que bajaba las escaleras, la vio, y Penelope, que salió de la sala en la que estaba, también. Sus ojos se encontraron y ambos permanecieron en silencio, apenados por ver a aquella pareja sin porvenir, pues así lo había decidido Sophie. A la par que su matrimonio, que tampoco se sabía si tenía futuro, pues hasta la fecha no habían llegado al punto exacto de comprensión mutua.

En cuanto Sophie cerró la puerta, Connor la miró.

—Márchate, Sophie —rogó—. Ya no queda nada que decirnos.

Ella negó con la cabeza.

Él hizo ademán de marcharse, pero ella le cogió la mano.

El contacto fue como un bálsamo para el conde, quien a pesar de querer alejarse de la mujer que tenía delante, apretó con fuerza, pues anhelaba esa fricción con toda su alma. Por poco que fuese, necesitaba aquello tanto como respirar.

—Perdóname, Connor —musitó, emocionada—. Has asumido tu culpa y yo debo asumir la mía; ambos cometimos errores.

Connor no lo soportó más y acunó el rostro de ella, pues era todo cuanto podría tocar. Sophie era una mujer casada, y además, con un hombre al que él admiraba y respetaba; pero su amor por ella era tan fuerte y desesperado que poco le importaba nada más. Una caricia, un simple roce era suficiente para consolar su alma muerta.

Negó con la cabeza. Ella no había cometido errores, fue él quien actuó mal y ya había asumido su condena.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Permíteme explicarme —pidió, desesperada porque él la entendiera—. Te debo una aclaración porque solo con ella podremos perdonarnos mutuamente —deseó, pues así lo pensaba.

El conde accedió a su ruego besándole la frente con la adoración y sentimiento de un hombre que ama a una mujer y sabe que nunca podrá tenerla.

—Adelante —concedió Connor.

Sophie tomó aire. Iba a exponer una verdad muy dolorosa, pero él merecía conocer la razón por la que decidió casarse.

—No estaba preparada para perdonar porque el pánico que sentí y la desesperación de no tenerte a mi lado me hicieron perder por completo la razón —confesó, dejando expuesta su melancolía—. Jamás llegarás a saber hasta qué punto llegué a perder el control de mi actos —aludió, sin confesar que había intentado quitarse la vida.

Connor tembló. Aunque ella no lo hubiese dicho en voz alta, ver su agonía

y sufrimiento al exponerlo dejaba flotando la confesión sin necesidad de palabras entre ellos.

—Bradley me aportó lo que más necesitaba —razonó, aunque eso les doliera a los dos—: confianza.

—Sophie... —Ella le tapó la boca; tenía que llegar hasta el final. Por más que quisiera evitar dañar al conde, era necesario.

—La confianza en mí misma —alegó, con lágrimas en las mejillas—. Le debo tanto... Estábamos predestinados a encontrarnos; yo le necesitaba con desesperación, él me necesitaba para aferrarse de nuevo a la vida.

El conde le limpió las lágrimas, sin interrumpir.

—Soy otra mujer gracias a él —adujo, sin apartar sus ojos de los del conde—. Ni mejor ni peor, solo distinta. Me ha ayudado a convertirme en una persona más racional, más sensata, más fuerte... Menos miedosa y con capacidad de entender mejor las cosas —enumeró todo cuanto creía haber conseguido cambiar en su persona—. Lo creas o no, Connor, gracias a él he podido limpiar mi conciencia, pues Bradley me ha enseñado a ver el mundo con otros ojos; unos que no castigan y no se sienten culpables porque comprenden que nunca existió pecado entre nosotros.

El conde de Stanton tragó saliva con dificultad, emocionado. Cada palabra que ella decía era una vía hacia su propia redención. No obstante, también era una despedida entre ellos; digna, pero despedida.

—Le necesitaba —dijo, inspirando—. Sin él no te hubiese perdonado. Aunque sabía que no te odiaba, guardaba un rencor enfermizo hacia ti —reconoció sin tapujos—. Como también me odiaba a mí misma... Pero él lo cambió todo; ahora no solo te he perdonado sino que también he olvidado.

Connor la abrazó con fuerza. Sophie no sería para él, pero su confesión, la que tanto anhelaba, había llegado; ella había olvidado y con ello le otorgaba el perdón que tanto necesitaba.

Ella se dejó envolver por aquel abrazo desesperado y de alivio.

Connor se solía caracterizar por ser un hombre justo, y una vez más, así actuó.

—Tienes razón, Sophie —convino entre susurros—. El capitán y tú

estabais predestinados a estar juntos —confirmó, por más que a él le doliese—. Vuestra unión nos ha redimido a los tres. Sin él tú no me hubieses perdonado ni te habrías perdonado a ti misma, él viviría amargado y yo seguiría frustrado por no conseguir tu perdón.

Sophie no pudo evitar devolverle el abrazo con más intensidad, levantar la cabeza y rozar sus labios.

—Gracias por comprenderme.

—Gracias por olvidar.

Se separaron, se miraron con adoración, y por primera vez desde hacía mucho tiempo, encontraron paz los dos en su interior.

Duncan había advertido un movimiento muy extraño en la casa. Los sirvientes iban de un lado a otro sin parar, como si estuviesen preparando una velada musical. ¿Acaso su esposa había organizado un evento sin comunicárselo?

Mientras el duque elucubraba, en el dormitorio de la duquesa se escuchaban risas, las de Penelope y Sophie.

—¿De veras has encargado este vestido? —indagó Penelope, un tanto conmovida por los nuevos figurines que su amiga le había llevado tras pasar por casa de la modista.

—Sí, verás cuando Seymour me vea con él.

Penelope se carcajeó, imaginando al capitán con los ojos desorbitados, ya que la nueva moda llegada de Francia era muy escandalosa. Estaba convencida de que llevar un vestido así en cualquier evento social, solo provocaría chismes y cotilleos maliciosos.

—Sophie, ¿no te da miedo que cuando te vean con este vestido acabes convirtiéndote en un escándalo? —preguntó con cautela.

Sophie negó con la cabeza muy segura.

—He aprendido que los escándalos forman parte de nuestra sociedad —argumentó con tranquilidad—. Tanto los verdaderos como los falsos —afirmó, aludiendo a que muchos eran infundados—. Mientras yo tenga la

conciencia limpia y mi esposo confianza en mí, no existe chisme que pueda perjudicarme.

Penelope envidió a Sophie la confianza en sí misma y su naturalidad para expresar sin tapujos lo que pensaba.

Sophie la miró y sonrió.

—Deberías encargarte uno —la animó—. He visto una tela rubí que te quedaría perfecta.

La doncella de Penelope la miró y esperó su respuesta. Le parecía temerario que la duquesa accediese a encargar un vestido donde los hombros quedaban expuestos y parte de la espalda al descubierto; era realmente escandaloso, y no quería ni imaginar si encima era en color rubí.

Mientras Penelope pensaba si sería apropiado o no, Sophie bromeó con ella.

—Si Duncan te viera con ese vestido, no te dejaría salir de casa —ironizó—. No obstante, la parte más divertida sería que tampoco te dejaría abandonar tu cama.

—¡Sophie! —la amonestó Penelope, sonrojándose.

La muchacha imitó a su hermana, encogiéndose de hombros.

Penelope acabó riéndose, no sabía si por vaticinar que el duque no la dejaría salir de casa para llevarla directa a la alcoba, o por provocarle, pues seguro que al verla con un vestido así se molestaría.

—Creo que mañana me pasaré por casa de la modista.

Mery puso los ojos en blanco; su señora no lo decía en serio, o eso esperaba.

—Sabia decisión —alabó Sophie.

El ama de llaves entró en la habitación.

—Excelencia, ya está todo dispuesto.

Penelope enlazó el brazo de su amiga y la guió hasta la sala de música, donde todo estaba dispuesto tal como había ordenado.

—Ya verás cuando se entere Duncan —le susurró Sophie.

—Bueno, él quería cerrar la escuela, ¿no? Pues aprenderá que yo la pienso mantener abierta —expuso—. Veremos quién de los dos se alza con la victoria.

Sophie apretó los labios. No había necesidad de pensar, Penelope ya se había encargado de ganar aquella batalla. Y la verdad, ella la admiró por tal decisión.

Duncan escuchó un pequeño barullo de voces, por lo que decidió interrumpir a su hermano para salir a investigar.

Lo que no esperaba era ver a toda aquella gente recorriendo los pasillos, mirando en todas direcciones, anonadados por la grandeza de la casa.

—¿Quiénes son? —preguntó Connor a su espalda.

Duncan suspiró derrotado.

—Los trabajadores de los campos.

Connor no pudo evitar carcajearse, sin duda su cuñada tenía arrestos.

Se miraron, y Connor le hizo una seña para seguirlos.

Se quedaron escondidos detrás de una puerta que habían dejado entreabierta.

Allí estaban todos los alumnos de la escuela, sentados en las butacas que hasta ese día habían ocupado personas de la más alta cuna.

Penelope estaba de pie, en mitad de la sala.

—Buenas tardes —saludó—. La música y el baile son parte fundamental en la enseñanza —reconoció—. A partir de hoy, los miércoles impartiremos estas dos disciplinas en esta casa.

Duncan la miró sin pestañear, su pelirroja siempre acababa saliéndose con la suya. Claro que, no lo iba a negar, aquella determinación que ella mostraba cada vez que luchaba por algo a él lo enorgullecía.

—Somos afortunados —continuó Penelope—. Hoy nos deleitará al piano, la señora Bradley —la presentó—. Una erudita que ha tocado en las mejores veladas musicales de Londres, e incluso para el regente.

Los alumnos, o más bien, la gente de campo que allí estaba, se

emocionaron. Nunca habían asistido a una velada musical, jamás soñaron con poder escuchar algo tan hermoso, menos cuando ese tipo de acontecimientos estaba predestinado a la gente de la nobleza. Pero estaban allí, sentados en la sala de música de *Golden House*, a punto de gozar de un evento tan maravilloso... Era casi un sueño.

Sophie comenzó a tocar y Penelope observó con agrado los rostros emocionados de todos.

Duncan suspiró.

—Jamás me convertiré en el hombre que ella merece tener a su lado. —Se entristeció, pues estaba tan orgulloso de Penelope que le era imposible concebir que él pudiese llegar a estar a su altura.

Connor le puso una mano en el hombro.

—Eres el hombre que ella quiere tener a su lado —afirmó, sabiendo que eso era lo más difícil, algo que su hermano ya había ganado, pues Penelope no amaría a ningún otro—. Eso es lo más importante. Ahora solo esfuérate por demostrárselo.

—Ya no sé cómo hacerlo —reconoció con tristeza porque cuanto más intentaba acercarse a ella, parecía que más se alejaban el uno del otro.

—Comienza por devolverle la escuela —aconsejó—. Deja tu orgullo a un lado.

Duncan asintió, su hermano tenía razón.

## Capítulo XLIII



## *Las desgracias nunca vienen solas*

Julio de 1817

Duncan y Penelope no habían conseguido llegar al entendimiento que necesitaban, y su relación cada día estaba más distanciada, hasta el punto de que apenas coincidían en la casa. La situación estaba llevándolos a ambos hacia un punto de no retorno, pues los dos se sentían frustrados y amargados.

Duncan estaba en su dormitorio.

No se podía mentir a sí mismo, él había fallado en todo ese tiempo de manera inconsciente. O más bien, su temperamento había conseguido que cada vez que estuviera cerca de conseguir un acercamiento hacia su mujer, todo se esfumara. ¡Y ya no podía soportarlo más!

En un año había aceptado más invitaciones a bailes y festejos que en toda su vida, ya que era la única forma de poder estar con su mujer. Allí podía hablar con ella, tocarla, bailar..., porque ante la sociedad ellos eran una pareja enamorada.

«¡Porque lo somos!», se dijo a sí mismo.

Se enfadó al pensarlo. Ambos estaban enamorados, o eso quería pensar él, porque estaba convencido de que en los actos sociales Penelope se mostraba realmente como era y como se sentía. Pero al llegar a la casa, en su propio hogar, la magia se evaporaba, arrojados por el silencio; un silencio que se rompía solo cuando discutían.

Se estaba volviendo loco, necesitaba amar libremente a su mujer. Estaba tan desesperado, que una noche llegó a plantearse tomarla por la fuerza si ella se negaba.

Su último contacto más íntimo había sido en febrero, cuando Penelope admitió en el carruaje de vuelta a casa, tras la fiesta de pedida de mano de una de las hijas del barón Treinton, que se había sentido orgullosa de él por haber actuado por primera vez como se esperaba de un duque, defendiendo a su amiga Abby. Y de eso ya hacía cinco meses. ¡Cinco meses de celibato!

Un hombre tenía un límite, y el suyo ya lo había alcanzado. Esa noche tenía previsto salir; si no podía disfrutar con su mujer, tendría que encontrar a

una meretriz. Las amantes estaban descartadas.

«Llevas meses diciendo lo mismo», se amonestó mentalmente, porque era cierto que cada noche tomaba la decisión de buscar consuelo fuera de su hogar, pero cada día se levantaba en su cama, solo, haciéndose la misma promesa.

El mayordomo irrumpió, sobresaltándolo.

—Lo lamento, Excelencia —se disculpó el hombre—, pero acaba de llegar una misiva urgente.

Duncan se levantó y tomó la nota, la leyó y cerró los ojos con pesar.

—Que preparen mi montura.

—Su hermano lo está esperando en su carruaje —le informó el hombre.

Duncan se vistió acelerado. La nota la enviaba un primo suyo pidiendo ayuda urgente, pues unas fiebres habían asolado su hogar y sus sirvientes se habían marchado por temor a ser contagiados.

En cuanto montó en el carruaje se sorprendió al ver a su tía Philomena y a sus dos amigas allí.

Miró a su hermano y este negó con la cabeza, dando a entender que no lo había podido impedir.

—No deberían estar aquí —las sermoneó Duncan.

—Hemos sobrevivido a unas cuantas plagas de fiebres —argumentó lady Violet—. Dudo que esta acabe con nosotras.

—No dejaré a un St. John desprotegido —adujo lady Philomena.

—Solo el divino decidirá cuándo llevarnos con él —sentenció lady Hermione.

Los dos hermanos se rindieron, pues esas tres mujeres ya habían tomado la decisión y no podrían impedirlo.

Al llegar al hogar de su primo, vieron que el doctor Evans ya se encontraba allí, pues había cogido su *gig* en cuanto se enteró y había ido raudo, ya que no vivían lejos. Estaban en la comarca de Wells, una de las tierras que pertenecían al marquesado de la duquesa de Whellington.

Los dos únicos sirvientes que habían permanecido allí eran la niñera del más pequeño de la casa, el único que no había sido contagiado, y el mayordomo.

—Me lo llevaré a *Golden House* —anunció Duncan, tras apremiar al doctor para que sacaran al niño de allí cuanto antes con el fin de evitar el contagio.

Mientras el duque tomaba esa decisión, su esposa estaba entrando en su alcoba, porque estaba cansada de aquel distanciamiento y había decidido dejarse guiar por el corazón, el cual se rompió tras no encontrarlo en su dormitorio, pues eso significaba que Duncan pasaba las noches fuera...

A la mañana siguiente, la duquesa se encontró con el niño y, por equivocación, llegó a la conclusión de que su esposo había metido en su casa a un hijo bastardo sin su consentimiento, porque él así lo había decidido, y ya no lo soportó más.

Tras una visita a la tumba de sus padres, donde expuso todas sus quejas en voz alta, decidió darle a Duncan su merecido; estaba cansada de ser la duquesa perfecta y de vivir siempre pensando en lo mejor para sus ducados. Esta vez pensaba ser la protagonista de un buen escándalo. Así, Duncan viviría en sus propias carnes lo que era sentirse humillado, tal cual se sentía ella.

Ordenó a su doncella que preparase su vestido rubí, un vestido que había encargado pero que nunca pensó utilizar.

Cuando Duncan la vio con aquella vestimenta se enojó; no podía permitirle salir de su casa con aquella prenda, una que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel. Más, cuando cualquier hombre con ojos en la cara la devoraría con la mirada; y menos, cuando Penelope se lo había puesto para salir sin él, como si pretendiera darle de lado, porque eso es lo que estaba haciendo.

Tras una nueva trifulca entre ellos, la duquesa salió de la casa sin mirar atrás.

Duncan, encolerizado, decidió salir en su busca y obligarla a regresar a la

casa, donde mantendrían una conversación necesaria, pues había llegado la hora de dejar las cosas claras entre los dos. Esa noche, o llegaban a un entendimiento o se separarían, porque ya no había más solución.

\*\*\*

Sophie estaba sentada frente a su suegra, en la sala principal de *Bradley Manor*, retorciéndose las manos mientras esperaba angustiada a que el doctor saliera del dormitorio donde atendía a su esposo, pues había recaído de su enfermedad. Llevaba dos días con temblores y la fiebre muy alta, además de unos dolores tan intensos que, incluso casi sin conocimiento, no dejaba de gritar.

Miró a la mujer e intentó sonreír para tranquilizarla, pero su estado de ánimo estaba muy lejos de ayudarle a conseguir tal proeza, porque ella en esta ocasión no se sentía tan fuerte, o más bien, no encontraba esa conexión que la unía a su esposo, la que los conectó en otra ocasión, cuando todos pensaban lo peor y ella estaba segura de su recuperación gracias a eso.

El doctor llegó hasta ella y se dio cuenta de que sus ojos lo decían todo. Por ello, apenas pudo ponerse en pie, pues le fallaron las piernas.

La madre se llevó la mano a la boca tras escuchar que ya no podían hacer nada más por el capitán.

Sophie se quedó tan aturdida que el médico se preocupó.

El marqués entró justo en el momento en el que la noticia acababa de dejar desoladas a las dos mujeres más importantes en la vida de Bradley.

En primer lugar, apretó el hombro de la mujer, y esta se lo agradeció dándole un par de palmaditas.

En segundo lugar, se acercó a su hija y esta, apenas sin fuerzas, se levantó para abrazarlo. Necesitaba aferrarse a alguien, porque su marido nunca más le ofrecería la protección que ella tanto necesitaba y adoraba cuando estaba entre sus brazos.

En aquella posición, una vez más su corazón se sintió ligado al de su gemela, la mujer que ella siempre había tenido a su lado.

—No avises a Abby —dijo para protegerla—. Cuando dé a luz le pediré perdón por no habérselo dicho.

El marqués se enorgulleció de su hija pequeña por pensar en el bienestar de Abby, quien ya estaba en un estado de gestación avanzado y el viaje desde Escocia no podría hacerle ningún bien.

Una hora más tarde, el mayordomo le hizo una seña al marqués, evitando que su señora lo viera.

Stanford acudió a su encuentro y este le entregó una nota.

El marqués la abrió y tal fue la impresión al leerla, que se le cayó de las manos. Era una misiva enviada por el mayordomo de *Golden House*, anunciando que la duquesa había sufrido un accidente y estaban a punto de preparar su velatorio.

Tuvo que apoyarse en el mayordomo para no caer, pues las piernas le fallaron. Penelope era para él como una tercera hija.

Se repuso con gran esfuerzo para no angustiarse más a Sophie, pues al igual que ella había tomado la decisión de no avisar a Abby, él había decidido no contárselo a ninguna, por más que le doliera tener que ocultar algo tan importante.

La marquesa, que acaba de llegar a *Bradley House*, miró a su esposo.

—¿Qué sucede, Phillip?

El marqués la llevó a la primera sala que encontraron; allí la puso al corriente del estado del capitán, y tuvo que sostenerla porque a ella también le fallaron las rodillas.

Mientras la sostenía, se guardó para sí la otra noticia.

—Debo partir hacia Somerset —anunció—. Penelope... ha sufrido un accidente.

—¿Grave?

El marqués no quiso mirar a los ojos a su mujer, o ella encontraría la mentira.

—No lo sé, por eso debo acudir de inmediato, para regresar cuanto antes —anunció, pues no querían dejar a Sophie sola en esos momentos. Aunque el médico había explicado que no podía garantizar si el capitán sobreviviría un día, dos, o incluso semanas; sí había afirmado que ya no podían curarlo.

Connor sintió que el corazón se le paralizaba tras recibir la misma nota que el marqués.

Las tres ancianas se acercaron a él y le arrebataron la misiva de la mano, ya que él se había quedado totalmente paralizado.

Lady Violet salió al corredor y avisó al mayordomo para que preparasen el carruaje.

El hombre se apresuró al notar la premura en la orden.

Era increíble que hubiesen pasado el día contentas tras notificar el doctor que las fiebres de la familia no eran de las peligrosas y que se hubiesen ocupado de hacer regresar a todos los sirvientes para que a la familia no le faltase de nada, y que justo cuando podían respirar con la tranquilidad de haber ahuyentado el miedo, llegase una noticia tan desoladora.

Se apresuraron en partir hacia *Golden House*. Durante el trayecto nadie dijo nada, pues no había nada que decir.

Connor fue el primero en llegar hasta la habitación de su cuñada, pensando que allí encontraría a su hermano, pero no le dejaron pasar.

Las tres ancianas, como era de esperar, se saltaron la prohibición, entrando en la alcoba para ser testigos de que se amortajaba a la duquesa como se merecía.

El doctor estaba allí, con un espejo en la mano y totalmente pálido.

—Es un milagro —pronunció, aturdido, pues en la primera comprobación la duquesa no había empañado el espejo y él no había conseguido encontrar su pulso—. Respira.

Las viejas lo hicieron a un lado y lo comprobaron ellas mismas. No obstante, el médico no podía asegurar que la duquesa sobreviviera, por lo que, cuando le dio la noticia a Connor, este tomó la determinación de esperar unas cuantas horas antes de alentar con falsas esperanzas a su hermano.

Ya entrada la madrugada, el marqués llegó a *Golden House* y fue recibido por Connor, ya que su hermano se había encerrado en el despacho de Penelope y no había salido de allí en toda la noche. Y la familia le estaba

otorgando la soledad que él necesitaba en esos momentos, pues la duquesa era muy posible que acabase falleciendo esa misma noche, tal y como su esposo pensaba que ya estaba.

—Debo disculparme ante su hermano —reconoció con pesar el marqués—. No puedo confesarles a mis hijas la noticia. —Se entristeció—. Abby está en su sexto mes de gestación.

Connor lo entendió, así que le apretó el hombro y asintió con la cabeza, dando a entender que lo comprendía.

—Y a Sophie... —musitó, desolado—. No puedo decírselo cuando acaba de recibir la noticia del desahucio de su esposo.

El conde de Stanton podría haber esperado cualquier cosa excepto esa información.

Se quedó aturdido.

—¿El capitán...? —Se le quebró la voz, pues no sabía cómo preguntar.

El marqués asintió.

—Es cuestión de días o meses, pero está desahuciado.

—Lo lamento —dijo con sinceridad, pues no le deseaba ningún mal al hombre que había conseguido que él encontrase la paz—. Partid tranquilo —lo animó Connor—. Os mantendré informado.

El marqués se lo agradeció, pues sentía la imperiosa necesidad de arropar a su hija en tan triste momento.

Al despuntar el alba, el doctor Evans anunció al conde que la duquesa, a pesar de la gravedad, parecía tener la fuerza suficiente como para seguir respirando.

En ese momento, Connor tomó la decisión de informar a su hermano; por mal que estuviese su cuñada, la noticia de que seguía respirando lo aliviaría.

Entró sin llamar y vio a Duncan sentado en el escritorio.

—Me amaba —declaró—. A pesar de todos mis errores, me amaba.

Connor asintió con la cabeza y se sentó en el sofá.

—Ha tenido que morir para que yo conociese la verdad.

—¿Cuál? —indagó el conde.

—El poder de mi esposa no se lo otorgaban sus ducados —aseguró, orgulloso—, sino su lealtad.

Connor se acomodó en el sofá.

—Me fue leal a mí incluso pensando que yo le había sido infiel; incluso fallándole tantas veces me fue leal.

Se levantó de su asiento y caminó hasta las puertas que daban al jardín.

—Fue leal a todos los que estaban a su cargo, y se ganó el respeto de todos gracias a eso. A su padre lo respetaban, pero a ella la adoraban.

Connor se acercó a él.

—Y fue fiel a su padre actuando como se esperaba de ella, a sabiendas de que sería más feliz de otra manera... Pero no, ella le fue leal —se apenó—. Y yo la he matado.

—Duncan.

—Sí, yo la he matado por conducir como un salvaje; porque, una vez más, no he sabido controlar mi temperamento.

—No ha sido culpa tuya.

—Si pudiese volver atrás, si pudiese enmendarlo todo... —Lloró y su hermano lo abrazó—. Lo primero que haría sería pedirle perdón, el que yo siempre le he solicitado a ella...

Connor esperó a que terminase de desahogarse, ofreciéndole su hombro.

—La he amado tanto, tanto... Y no he sido capaz de demostrárselo.

—Entonces tendrás que hacerlo ahora.

Duncan se separó para mirarlo.

—¿Cómo?, ¿cumpliendo con mis obligaciones como duque?

Connor negó con la cabeza.

—Como esposo enamorado.

Duncan estaba aturdido, no entendía a su hermano.



—No sabría decirte si ha sido obra de la mano divina, del médico, o de los hechizos de nuestra tía y sus amigas —intentó bromear—, pero tu esposa respira.

## Capítulo XLIV

*Los hombres de honor son justos*

Dos días después del accidente, la duquesa no revestía mejoría, pero seguía respirando.

Duncan no se alejaba de su cama, quería estar junto a ella.

Connor se había instalado en la casa por petición de Duncan, pues lo necesitaba cerca, al igual que a su madre y sus tías.

—Su señoría, sir Murray, desea ser recibido —anunció August.

—Hacedlo pasar al despacho del duque.

Las ancianas miraron a Connor.

—¿Le esperabas? —indagó tía Philomena.

Él negó con la cabeza.

Se encontraron a mitad de camino y se saludaron con afecto. Entraron en el despacho, sin percatarse de que una doncella estaba allí, arrodillada fregando el suelo.

—Creo que la información que traigo no va a gustarte —advirtió—. No obstante, es crucial que lo sepas. Tú decidirás si ves precisa compartirla con Duncan.

—¿Qué sucede?

La muchacha iba a interrumpir, pues lo que tuvieran que hablar no le competía a ella escucharlo.

—El accidente del carruaje no fue tal —habló sin tapujos—. La rueda había sido manipulada y creo saber quién es el responsable.

—¿Alguien sabotó el carruaje para matar a mi cuñada? —se encolerizó.

—No, el encargo era acabar con el duque.

Connor golpeó la mesa con el puño cerrado y se puso en pie.

—Per... perdón —titubeó la doncella.

Los dos se sobresaltaron.

Sir Murray se puso en pie y se giró.

La muchacha, con las mejillas ardiendo y temblorosa, se puso en pie.

—Disculpen mi intromisión —se disculpó, cabizbaja—, pero debo informarles de algo muy importante.

El conde no estaba para tonterías; más, cuando acababa de descubrir que alguien había intentado acabar con el hombre que más quería en el mundo.

Sir Murray, en cambio, notó algo en la voz de la muchacha que le hizo indagar.

—¿Sobre el accidente?

Connor parpadeó al ver cómo ella asentía.

—Habla, muchacha —la invitó Murray a que continuara.

Mildred le debía la vida a la duquesa, eso no lo olvidaría nunca. Esa mañana había visto algo extraño, pero no le dio importancia, hasta que escuchó la conversación y entonces todo tomó sentido para ella.

—Si no lo comenté antes fue porque no sabía que... —se disculpó, apenada por no haber evitado aquel accidente—. Vi salir de las caballerizas al mayordomo del conde de Oxford, pero no pensé que hubiese tramado algo malo.

Connor apretó los puños.

—¿Estás segura? —preguntó porque necesitaba una afirmación antes de ir a por Oxford y matarlo con sus propias manos.

—Lo conozco porque trabajé en la casa del conde. Conozco al mayordomo y doy mi palabra de que fue él quien salió de los establos a escondidas.

—Muchacha, no puedes contar nada de esto —habló sir Murray.

Ella asintió.

—No lo haré, señor —afirmó—. La duquesa me salvó la vida; todo cuanto pueda hacer por ella, créame que lo haré de buen gusto.

Sir Murray agradeció la lealtad de la joven; con esa afirmación daba a entender que si tuviese que ser testigo, lo haría sin esconderse.

La muchacha salió y ellos se miraron.

—Su confesión ratifica mi información —comunicó—. Sabía que había sido un encargo por parte de Oxford, aunque no tenía la certeza de quién había sido la persona que había saboteado el carro.

—¿Cómo lo averiguaste?

—El mayordomo es un borracho. Anoche habló más de la cuenta en una taberna, donde uno de mis hombres estaba por casualidad y lo escuchó todo.

Connor dio dos pasos, pensando en salir a buscar a ese cobarde que llevaba un año escondiéndose.

Sir Murray le cerró el paso.

—Comprendo tu enfado y tus ganas de venganza, Connor —admitió, porque lo entendía—. Pero a pesar de su comportamiento irracional, Oxford sigue siendo un conde.

Lo que venía a decir, que matándolo solo conseguiría que él fuese apresado y sentenciado.

Al conde se le ampliaron las fosas nasales.

—Tienes razón —convino—. Pero ese malnacido acaba de perder ese título.

—¿Qué quieres decir?

Connor fijó su mirada más fría y rencorosa en los ojos de su amigo.

—Existe mayor castigo para Oxford que la muerte —declaró—. La ruina y la pérdida de su título, ese será su castigo. Le he pasado por alto muchas cosas durante este tiempo, pero hoy pagará, porque nadie intenta matar a mi hermano y sale indemne de ello. Mientras yo respire, nadie dañará a mi hermano sin que yo lo castigue —adujo—. Y hoy Oxford va a ser castigado.

Con esa determinación abandonó *Golden House*. Debía llegar cuanto antes a Londres, ya que necesitaba encontrar al decano de los jueces lores y anunciarle que le necesitaba como testigo, y no como un testigo cualquiera, sino el que le acompañaría ante el regente, pues como había vaticinado a sir Murray, pensaba expropiarle a Oxford su título. A eso, en el juego del ajedrez se le llamaba «jaque mate».

Pidió audiencia ante el regente con urgencia, y consiguió ser atendido de

inmediato.

Expuso ante el heredero del reino lo acontecido con el conde, tanto la apuesta como lo del sabotaje, consciente de que el regente sentía aprecio por la duquesa, pues había sido testigo de honor en su boda.

El regente estudió el caso durante tres horas, junto al presidente de la cámara de los lores y sus asesores, pues lo que el conde de Stanton había solicitado era digno de encomio. Podría haber optado por llevarlo a los tribunales; sin embargo, había decidido saldar su deuda y castigarlo de otra manera.

Tras estudiar a conciencia los pros y contras para la corona, llegaron a la conclusión de que lo mejor era admitir la petición de Stanton, pues el conde de Oxford estaba obligado a pagar su deuda y, al no tener efectivos disponibles, tampoco podría seguir manteniendo el pago al imperio.

Con una *patente real* en la mano, el hijo del marqués de Bristol pasó a ser Connor Ashton Robert St. John de Stanton y Oxford. Por ello, se estaba dirigiendo hacia *Oxford House*, junto al decano de los jueces lores y una patrulla de la guardia real, para tomar posesión de su nueva propiedad.

Nada más abrir la puerta el mayordomo, Connor lo agarró de las solapas de la chaqueta de su uniforme de librea y lo lanzó con todas sus fuerzas, de manera que cayó por las escaleras en las que un día la condesa de Aberdeen protagonizó un escándalo al resbalar y llevarse junto a ella al duque de Hamilton, el mismo duque que se había casado con ella.

Entró sin vacilar, como dueño y señor de aquel lugar.

«Porque lo eres», se recordó.

—¡Albert! —gritó —¡Albert, sal de tu madriguera!

La madre del conde de Oxford salió.

—Otra vez usted —se quejó—. Vuestros modales siguen siendo pésimos —le recriminó, pues Connor había estado acudiendo a esa casa todos los meses durante casi un año, buscando a su hijo.

—Señora Douglas —pronunció con solemnidad para que ella le escuchara con atención—. Esta será la última vez que tenga que soportar mis pésimos modales.

—Condesa de Oxford —le rectificó ella.

Connor se carcajeó.

—Ah, no, ya no, señora. El cobarde de su hijo perdió ese título —anunció—. Por ello saldrán de mi casa los dos.

La mujer no entendía nada, pero, al ver entrar a unos guardias, su corazón empezó a bombear con más fuerza.

—¿Qué significa esto?

Connor se acercó más a ella.

—Que en mi propiedad no hay espacio para los miserables —escupió las palabras—. Pueden salir por las buenas o por las malas.

La hasta ese momento condesa tembló y, agobiada por lo que estaba escuchando, delató a su hijo.

—Oxford, sal y pon orden.

Connor se irguió en toda su altura, esperando a que aquel bastardo saliese de su escondite.

—Llámele Albert, o Douglas, porque ahora el único conde de Oxford soy yo —sentenció.

Pero aquella comadreja no salía, por lo que Connor se cansó de esperar.

—Guardias, hay un intruso en mi casa, ¡arréstenlo! —ordenó.

Al escuchar aquello, Albert salió de la sala donde se escondía.

—¿Cómo se atreven a irrumpir en mi casa?! —despotricó, como hasta ahora había estado acostumbrado, solo que ya no tenía poder para hacerlo.

Connor se dirigió hasta él en dos zancadas y le asestó tal puñetazo en el mentón que lo derribó.

—Levántate —le ordenó—. Por una vez, intenta actuar como un hombre.

El conde gateó por el suelo hasta llegar a su progenitora.

—Os merecéis que mi hijo os rete a un duelo —habló la madre de Albert.

Solo que su hijo no pensaba retarse con el conde de Stanton.

Connor lo miró a él, y luego a ella.

—Para retar hay que ofender, y yo no he dicho más que lo que es su hijo: un cobarde.

Albert se puso en pie.

Connor tendió su mano y el hombre se echó hacia atrás, pensando que iba a volver a golpearle. Pero lo que el conde llevaba en la mano era la patente real.

—Ya puedes dejar de esconderte, Albert —alegó el conde de Stanton—, porque yo ya he cobrado mi deuda.

La condesa le arrebató el papel y lo leyó.

Agrandó los ojos y se la pasó a su hijo para que la leyera también.

—Ahora que ya no son nadie —habló, con el típico desprecio que la madre de Albert había mostrado siempre que él había acudido a buscarle—, salgan de mi casa. En *Oxford House* los menesterosos tienen la entrada prohibida, y ustedes lo son.

—Cuando la gente se entere de lo que has hecho, te darán la espalda —lo amenazó Albert.

—Creo entender que es a ti a quien ya no dejan entrar en ninguna casa —se mofó—. En cuanto corra la voz de cómo has perdido tu título, recibiré cientos de invitaciones —aseguró victorioso—. Todos querrán estar de nuevo a bien con el nuevo conde de Oxford.

La mujer se negaba a salir de su casa, por lo que Connor tuvo que levantar la mano para ordenar que los sacasen a los dos.

Los guardias forcejearon con ellos, pero al final los arrastraron hasta la salida.

—¡No pueden sacarme! —gritaba la madre—. ¡Aquí están mis pertenencias!

Connor, que les había seguido hasta la puerta, los miró desde lo alto.

—Todo cuanto hay aquí me pertenece —sentenció—. Aunque poco han dejado —los acusó, pues lo cierto es que habían vendido casi todo lo que



tenía valor—. Tenga por seguro que mi intención es quemarlo todo —declaró—, tal cual intentaste tú quemar los establos de mi hermana —afirmó, aludiendo al día que prendieron fuego las caballerizas—. Y den gracias de que no les mato, como intentaron hacer con mi hermano.

Albert tembló al darse cuenta de que Connor lo había descubierto.

—¡Malditos seáis todos los St. John! —blasfemó la mujer.

Connor se carcajeó.

—Estaremos malditos, señora, pero siempre tendremos un techo bajo el que cobijarnos —escupió las palabras con gran satisfacción—. ¡Veremos si los Douglas pueden igualar eso!

Y sin más, pegó un portazo y se giró, con los ojos cerrados, embriagándose del eco que retumbaba en toda la casa, pues el ruido de la puerta al cerrarse le recordó que había dejado atrás para siempre a las dos miserables personas que habían intentado matar a su hermano. Y sabía que el plan lo habían urdido entre los dos, pues Albert no tenía tanta sesera como para elaborar una venganza que llegara tan lejos. Era estúpido y cobarde, pero nunca hubiese llegado a ser un asesino si su madre no le hubiese inducido a ello.

Con los ojos cerrados, tomó una decisión muy importante.

Sonrió y se felicitó por ello.

Revisó antes de salir que ya no quedase ningún criado, pues él no pensaba dar de comer a los que habían sido fieles a la condesa. Al ver que allí ya no vivía nadie, se marchó a *Golden House*, donde estaba la persona que él buscaba.

Tres ancianas tomaban té, junto a las marquesas de York y Bristol, en la sala amarilla.

—Lady Philomena —irrumpió August—, su señoría solicita de su presencia en el despacho del duque.

—¿Connor ha regresado? —preguntó la madre del conde.

El mayordomo asintió.

Lady Philomena miró a sus amigas, se levantó y fue en busca de su

sobrino.

Un lacayo le abrió la puerta.

Entró y se encontró con Connor, que estaba bajo el quicio de la puerta que daba al jardín.

Él se giró y la miró a los ojos.

—Tía, de poder entregaros *Oxford House* lo haría —anunció, dejando a su tía por primera vez en su vida sin palabras, pues la había sorprendido—, pero la casa y las tierras están ligadas al título.

Lady Philomena apoyó sus dos manos sobre el bastón.

—Si al hombre que amasteis no le hubiesen obligado a casarse con otra mujer —Recordó al gran amor de la vida de su tía—, usted habría sido la condesa de Oxford; por ende, dueña y señora del condado.

Pocas veces había llorado lady Philomena en público, por no decir nunca, pero en ese momento sus ojos se empañaron, emocionada por lo que su sobrino decía.

Él se acercó y acarició aquellas manos arrugadas.

—Frente a usted está el nuevo conde de Oxford —la informó, pues su corazón le dictaba que su tía merecía ser la primera persona en saberlo—. Por justicia real he obtenido el título; por justicia divina usted es la única que debería poseerlo —adujo con honestidad, tal cual sentía—. Por ello, le pido que se encargue de redecorar la casa a su gusto, porque aunque no pueda regalársela, se la ofrezco para que en ella cree su hogar.

A lady Philomena se le resbaló una lágrima.

Connor sonrió con ternura y con su dedo gordo la paró, en una suave caricia sobre la arrugada piel de la mujer que él tanto adoraba.

—No escatiméis, tía —ofreció bromista para animarla—. Demostremos que los St. John siempre hemos tenido mejor gusto que los Douglas.

Lady Philomena curvó los labios.

—Los jardines de *Oxford House* se hicieron famosos gracias a Cedric —habló nostálgica—. Cultivó las mejores rosas porque decía que le recordaban

a mí.

Connor la miró con cariño; aquella mujer había amado en silencio durante toda una vida al mismo hombre.

—Buscaremos con urgencia a un jardinero —anunció Connor—. No permitiremos que esos jardines dejen de florecer.

Lady Philomena abrazó a su sobrino.

Él le devolvió el abrazo.

—Esta vez la he sorprendido —bromeó él, aunque no mentía; por fin había conseguido hacer algo sin que ella estuviese al corriente de antemano.

—Me hago mayor —respondió con su habitual sencillez.

Connor se carcajeó. No se hacía mayor, ¡era mayor!

Le ofreció su brazo y su tía lo enlazó con el suyo.

Regresaron a la sala amarilla, donde su padre, madre, y tías adoptivas, los esperaban. Claro que, el marqués le chafó la primicia, pues al enterarse había ido presto a buscar a Connor para corroborar que los cotilleos que circulaban eran ciertos.

—¡Conde de Oxford! —gritó el marqués, incrédulo, sin esperar a que él pudiese siquiera saludar.

Lady Philomena miró al marqués.

—¿Existe algún motivo especial para que desees destrozarnos los oídos? —lo amonestó.

Connor disimuló la sonrisa.

—¿Es cierto, hijo? —indagó la marquesa.

—Sí, madre, es cierto —afirmó, y luego miró a su padre—. Puede felicitarme, padre; dentro de poco gozaréis de vuestra casa con total intimidad.

El hombre frunció el ceño.

—¿Vas a usar *Oxford House* como residencia habitual? —preguntó extrañado el marqués, pues Connor, a pesar de estar al cargo de *Trowbridge*

*Abbey*, pocas veces se alejaba de *Great Sea*, o acompañaba a la familia a *Bristol House*.

—Más bien mi tía Philomena, lady Violet y lady Hermione serán las anfitrionas de su nuevo hogar.

Dos de las aludidas parpadearon, miraron a lady Philomena y se emocionaron, pues aquel gesto tan noble por parte de Connor decía mucho de él. El conde era un hombre justo y, sobre todo, un caballero de honor.

—Aunque me temo que la gente tendrá que acostumbrarse a llamar a la propiedad por su nuevo nombre —anunció, pues había decidido cambiar el nombre a la casa—: *Philo's Gardens*.

La marquesa de Bristol, al notar el temblor en los labios de tía Philomena, se enorgulleció de su hijo.

Lady Violet se llevó las manos al corazón.

Lady Hermione sacó su pañuelo de la manga y, con celeridad, se limpió una lágrima para que no la viesan llorar.

El marqués frunció los labios, estudiando el nuevo nombre.

—Me gusta —reconoció, sorprendiendo a todos.

Connor sonrió satisfecho. No obstante, tanto si gustaba como si no, él no pensaba llamar a esa propiedad de ninguna otra manera. *Jardines de Philo* sería un recordatorio que pasaría a la posteridad para que nadie se olvidase de su tía Philomena, la única que debería haber sido la propietaria de aquel lugar.

## Capítulo XLV

*Cuando piensas que todo va mal, todavía puede ir peor*

En *Bradley House* llevaban un mes angustiados. La enfermedad del capitán era cruel, muy cruel, pues lo estaba matando poco a poco, haciéndole sufrir más de lo que ningún hombre debería soportar.

La marquesa admiraba la fuerza que mostraba Sophie. Jamás pensó que su pequeña hubiese estado capacitada para soportar tanto dolor. Pero ahí estaba, cada día levantándose, atendiendo a sus obligaciones como señora de la casa, acompañando a su suegra para que no se desmoronara más de lo que estaba, y velando a su esposo cada vez que lo necesitaba, porque no permitía que nadie, excepto el ayuda de cámara y ella, se ocupasen del capitán. No permitiría que nadie viera su aspecto, quería que lo recordaran como el hombre fuerte que siempre había sido; que rememoraran al héroe, no al pobre hombre que ya apenas le quedaban libras que perder.

Cambió de posición por enésima vez en la cama, pues no podía dormir.

Buscó a su esposo y se acurrucó. El marqués, incluso dormido, al sentirla la rodeó con su brazo y ella suspiró agradecida.

Unos golpes procedentes de la aldaba de la entrada principal los sobresaltaron.

El marqués se levantó como un resorte para mirar por la ventana.

La marquesa se tapó la boca con las dos manos, temerosa de que fuesen malas nuevas; o quizá ya no serían tan malas, pues el capitán merecía descansar en paz sin necesidad de tanto sufrimiento.

El marqués tembló. Quien estaba aporreando la puerta de su casa no era un lacayo enviado de *Bradley House* sino el duque de Hamilton, el marido de su hija mayor.

Su intención era impedir que su esposa se preocupara más, pero era imposible ocultar su presencia.

—Vuelve a la cama, Olivia —la invitó a que se tumbara de nuevo—. No es nadie de *Bradley House*.

—¿Y quién irrumpe en una casa a estas horas?

—Veré de qué se trata —la tranquilizó—. Descansa.

La marquesa regresó a su cama, pero en lugar de tumbarse se quedó allí sentada.

Phillip bajó raudo, poniéndose la bata.

—Stanford, tenemos que hablar —dijo Niall sin darle opción a réplica, y caminó con decisión, como si aquel lugar le perteneciera, hasta que llegó al despacho del marqués.

—¿Qué sucede?

—Han secuestrado a Abby.

El marqués se sentó en la mesa, o más bien, se tambaleó hacia atrás hasta llegar a ella.

No se podía creer que aquello estuviese sucediendo. Habían evitado que Abby se enterara tanto del accidente de Penelope como del desahucio de su cuñado por protegerla, para que ahora un salvaje sin alma pusiera en peligro la vida de su hija.

Estuvieron elucubrando un buen rato quién podría querer hacer daño a Abby o al duque, hasta que Hamilton golpeó la mesa.

—¡Urrea! —bramó—. Debí matarlo en su día.

El marqués pidió calma con la mano. A él también le habría gustado hacerlo, pero su hija necesitaba un marido a su lado, no uno preso o con la respetabilidad dañada en boca de todos. Solo faltaría que ahora le llamasen *el duque asesino*.

—¿Sabéis llegar hasta su propiedad?

El marqués asintió.

—Entonces no perdamos más tiempo.

El marqués regresó a su dormitorio para cambiarse de ropa.

—¿Qué sucede, Phillip? —preguntó su esposa, rogando con la mirada que no le mintiera.

—Creemos que Urrea ha secuestrado a Abby.

La marquesa se acercó rauda hasta su marido y le ayudó a vestirse con más rapidez.

—Olivia, estate preparada para cualquier cosa —advirtió, pues no sabían qué esperar—. Por favor, amor, sé fuerte.

Olivia, con lágrimas en los ojos, asintió.

—Traedla a casa.

—El duque la llevará directa a *Bain Manor* —dijo Phillip, pues conociendo al marido de su hija, no permitiría que nadie la llevara a ningún otro lugar.

—En tal caso iré para allá —informó—. Os estaré esperando.

—Nadie debe saberlo —comunicó para que ella buscara una excusa y estuviese al tanto de su llegada.

Olivia asintió y le besó en la mejilla.

—Traedla, Phillip.

Como bien había intuido el duque, el vizconde Urrea había secuestrado a Abby por una enfermiza obsesión hacia ella, solo por poseer un título superior al suyo. Una envidia insana que había sacado a la luz a un hombre perturbado.

El mayordomo, que había escuchado la conversación sin pretenderlo, quiso ayudarlos, por lo que los siguió con un *curricle* para poder llevar a la hija del marqués sin que nadie la descubriera.

Los tres hombres se dividieron y fueron entrando en salas distintas.

—¡Hamilton! —gritó el marqués—. ¡En la primera planta! —clamó, indicando su paradero.

El duque subió las escaleras de cuatro en cuatro. Al llegar a la habitación donde se encontraba su mujer, se paralizó; estaba pálida, demasiado pálida...

El marqués la había incorporado para tenerla semitumbada.

Niall se arrodilló.

—Abby, mi amor —musitó, acariciándole la cara—. Por favor, Abby; por favor, despierta.



A pesar de que había sido emitida en un susurro, el marqués escuchó la súplica y se le encogió el corazón.

—Debemos llevarla a casa de inmediato.

—A *Bain Manor* —sentenció el duque.

El marqués la tomó en sus brazos y la levantó.

Niall le besó la frente.

—Partid —comentó el duque—. Que Marcus se lleve vuestro caballo.

—Niall... —pronunció el marqués con temor.

Hamilton, que no podía apartar la mirada de su mujer, se pronunció:

—Partid, Stanford —repitió—. En cuanto me ocupe de Urrea regresaré.

El marqués no encontró palabra ni motivo alguno para disuadir a Niall; menos, cuando al entrar en aquella habitación había visto a su hija en el suelo, sin un simple camastro ni manta para resguardarla.

Urrea se merecía la paliza que el duque le pretendía dar.

—Os esperamos en *Bain Manor* —afirmó el marqués, y se alejó con su hija en brazos.

Al llegar a la casa, Olivia les abrió la puerta; se había encargado de mantener a los sirvientes ocupados en la parte norte de la casa para que no los viesen llegar. También había ordenado que tuviesen calderos preparados con agua caliente, pues como había vaticinado, su hija necesitaba un baño.

Además, se había encargado de hacer llamar al doctor McAlister, quien estaba aguardando a Abby en el dormitorio, escondido, sin comprender el motivo.

El marqués se vio obligado a poner al corriente al médico. El hombre, al ver el estado de Abby, había pedido explicaciones, sabiendo que jamás saldría de su boca una palabra de lo sucedido.

Olivia bañó a su hija, con lágrimas en los ojos. Se la veía tan débil, tan delicada y tan... tan embarazada.

Con ayuda del doctor, le puso un camisón y la tumbó en la cama. El hombre la reconoció y se temió lo peor.

Antes de que saliera a darle la noticia al duque, Olivia le sujetó del brazo.

—McAlister, necesito saber la verdad —rogó—. Tengo a una hija esperando a que su marido fallezca —informó, aunque el hombre estaba al corriente—. Dígame que no tendré que decirle a mi esposo y a mi yerno que vamos a enterrar a mi hija.

El hombre se apiadó de la marquesa.

—Oremos para que despierte, porque el bebé quiere llegar a este mundo.

La marquesa se tambaleó hacia atrás.

El doctor la sujetó.

—Sea fuerte, lady Stanford, sus dos hijas la necesitan.

La mujer asintió. Inspiró con fuerza y se acercó a la cama de su hija.

El médico salió a informar al duque sobre el estado de salud de su mujer.

Desde ese mismo momento, la vida de los marqueses de Stanford se convirtió en un auténtico infierno. Debían dividirse para estar con sus dos hijas, disimulando delante de cada una de ellas.

El duque había sido informado por el marqués desde el primer momento mediante cartas que lo mantuvieron al corriente tanto del accidente de Penelope como de la fatídica noticia del capitán; unos secretos que supo guardar para que su mujer no se preocupase y se mantuviese tranquila hasta que diese a luz. Claro que nadie esperaba que el secuestro echase a perder los esfuerzos que habían realizado, pues ahora era Abby la que más preocupaba a la familia.

Al octavo día se puso de parto prematuro, como había vaticinado el médico, y Hamilton se derrumbó, temiéndose lo peor.

Los marqueses tampoco gozaban de buen ánimo, pero estaban aguantando el tipo como se esperaba de unos padres que querían proteger a toda costa a sus hijas.

El alumbramiento de Kylian Wesley Bain, marqués de Trent, aportó algo de luz a la familia, porque el niño había nacido sano y la madre había sobrevivido a un parto muy complicado.

Cinco días llevaba Abby en la cama recuperándose del alumbramiento, y ya estaba cansada de permanecer allí.

Su madre estaba mirando su armario.

—Abby, ¿por qué casi todo tu vestuario es de color azul? —indagó, sorprendida, pues casi todas sus prendas eran del mismo color, aunque en diversas tonalidades.

La duquesa miró a Niall, que estaba leyendo el periódico sentado en uno de los sillones que había encargado llevar al dormitorio para hacerle compañía.

—Porque es el color favorito de mi esposo —respondió ella, bromista.

El duque la amonestó con la mirada por contarle una intimidad a su suegra.

Abby se carcajeó y él duque se tapó con el periódico para que no lo viese sonreír.

El sonido de un carruaje alertó a la marquesa, que se acercó a la ventana, rauda.

—Disculpad —se excusó la mujer y salió de la alcoba.

Abby alargó el brazo y bajó el periódico.

—¿Qué está pasando, Niall?

El duque no podía continuar ocultando a su mujer por más tiempo lo que sucedía.

—Quiero la verdad —se adelantó ella por si a él se le ocurría mentirle—. Hace cinco días que di a luz y mi hermana no ha venido a visitarme —anotó, pues era muy raro—. Y tampoco lo ha hecho Penelope.

Niall dobló el periódico y lo dejó sobre la mesita baja que tenía a su lado izquierdo.

—Ante todo, debes entender que si te hemos ocultado ciertas cosas, ha sido para protegerte.

Abby hizo fuerza con los brazos para incorporarse más, necesitaba estar cómoda y, sobre todo, en una posición que pudiera escuchar con atención.

—Cuéntamelo.

El duque lo hizo con serenidad, para que ella fuese asimilando la información con calma.

Escuchó sin interrumpir y cerró los ojos por no llorar. Después inspiró con fuerza.

—Avisa a Rose —pidió con calma—. Debo visitar a mi hermana.

—Abby...

—No, Niall, no —advirtió ella con deje enfadado—. No permaneceré en esta cama un minuto más, cuando mi hermana me necesita a su lado.

Niall la miró durante un rato en silencio.

—He dado a luz a un hijo antes de lo esperado y he sobrevivido a ello —adujo—. Levantarme de esta cama e ir hasta *Bradley House* no me matará.

¿Qué rebatir a eso? El duque sabía que nada podía decir o hacer que le impidiese a Abby ir a ver a su hermana, por lo que se ofreció a acompañarla.

Antes de salir de *Bain Manor*, pidió a la nodriza que le llevase a su hijo, pues quería despedirse del pequeño.

—Mi niño, lamento que no puedas conocer a tía Sophie aún —susurró—, pero pronto lo harás y se enamorará de ti.

El duque la escuchó.

Le dio un beso en la frente al pequeño y salieron de la casa.

Al llegar a *Bradley House*, se abrazó a su hermana con tanta fuerza que casi la parte en dos.

—Tomemos el aire —invitó Abby a su gemela a salir a la terraza del jardín; allí conversarían alejadas de todos.

Se sentaron en un banco acolchado con cojines color turquesa.

—Él lo sabía —dijo Sophie con la mirada perdida—. Lo sabía y me lo ocultó —declaró, recriminando a su marido que hubiese guardado aquel secreto.

—Querría protegerte —lo defendió la duquesa.

Sophie no respondió, se quedó pensativa un buen rato y Abby respetó su silencio.

—Estos días he pensado mucho —comunicó con voz cansada—. Seymour ha estado preparándome para este momento.

Abby la miró.

Sophie ladeó la cabeza para ver los ojos de su hermana.

—A su manera, sin que yo pudiera sospechar nada —memoró lo que su esposo hizo por ella—. Ahora comprendo por qué no defendió a Margot y quiso que fuera yo quien tomase la decisión de enfrentarme a los sirvientes. Las tardes que me pedía que le hiciese compañía en el estudio y me ponía al corriente de sus charlas con el administrador... —recordó aquellos momentos—. Sus típicas bromas de cómo afrontar la muerte...

No pudo continuar. Llevaba mucho tiempo manteniéndose fuerte y al exponer en voz alta, junto a su gemela, todo lo que el capitán había estado haciendo por ella para que llegado el momento no se sintiera desprotegida, se desmoronó.

Abby la rodeó con un brazo.

—Me preparó para este momento —repitió—, pero no estoy preparada para perderlo.

—Nadie está preparado para esto —la animó Abby con voz serena—. Sus actos han sido loables —alabó el comportamiento del capitán—. No estás preparada, pero él te ha dado la fuerza y la sabiduría para que lleves los mandos de tu vida.

Sophie asintió. Sí, su esposo había hecho todo aquello con tanta sutileza, que ella jamás habría imaginado con qué fin lo hacía.

La pequeña Allende suspiró.

—Seymour estaba equivocado —pronunció con adoración—. Yo no era su ángel sino él el mío.

Abby besó la frente de su hermana.

El silencio las envolvió de nuevo; había momentos en los que se necesitaba estar callado, y ese era uno.

—¿Cómo está mi sobrino? —se interesó, al tiempo que aclaró—: Nadie me informó hasta esta mañana.

Abby la miró con cariño.

—Lo sé, a mí tampoco me han contado nada hasta hoy —disculpó a su gemela—. Deseando conocer a su tía Sophie.

La mujer del capitán sonrió.

—Espero que no haya nacido moreno como nuestro hermano —bromeó—, porque entonces tendrá el mismo carácter que su abuelo.

Abby se carcajeó.

—No, no, es idéntico a su padre.

Sophie llevó las manos al cielo, imitando a su padre.

—¡Buen Dios, por qué no me has concedido una sobrina! —guaseó—. ¿Igualito que su padre? Que se prepare Escocia, porque no sé si están capacitados para aguantar a dos escoceses tan gélidos.

Abby volvió a reírse.

—Ya no es el *duque de hielo* —defendió a Niall—. Por si no lo recuerdas, le nombraron el *duque apasionado* —aludió al artículo que salió impreso en los *Ecos de Sociedad* de Londres, en Septiembre de 1816.

—¿Recuerdas lo que escribieron? —preguntó animada Sophie.

Abby asintió con la cabeza; cómo olvidarlo.

—Anímame el día —invitó su hermana—. Recuérdame qué dijeron.

—*No existe mayor estupefacción que ser testigo del escándalo tan bochornoso que ayer tuvo lugar en la entrada de Bain Manor, la residencia de los duques de Hamilton, al mostrar públicamente el duque, que su matrimonio fue por amor. ¡Intolerable! ¡Un duque portando a su esposa en brazos hasta la entrada de su hogar! ¿A dónde vamos a llegar si otros nobles imitan su fechoría para dejar constancia de que últimamente ya nadie se casa por convención?*

*Y ahora, además, nos vemos en la obligación de cambiar el mote de «el duque de hielo» por «el duque apasionado».*

*¡Buen Dios, lady Hamilton ha arruinado a nuestro duque más vanagloriado!*

Sophie se carcajeó, y esa risa emocionó a Abby, porque su hermana necesitaba muchas alegrías.

Niall las observaba desde la ventana de la sala principal.

—Abby —pronunció más seria—. ¿Qué le ha pasado a Penelope?

La duquesa de Hamilton cogió las manos de su hermana. No pensaba mentirle, pues ella merecía saber la verdad, y sabía que no perdonaría un engaño más, ya que el hecho de que su esposo se hubiese guardado el secreto de su enfermedad para ella había sido una especie de traición. Y Abby no estaba dispuesta a cometer el mismo error que los demás.

—Sufrió un accidente al volcar su carruaje —confesó—. Debo admitir que yo tampoco estaba al corriente de la noticia.

Sophie asintió con lentitud.

—Según Niall, está recuperándose —anunció, satisfecha por la buena noticia—. El peligro ha pasado.

—Sabía que ocurría algo malo —expuso Sophie su preocupación—. No había venido a visitarme ni había mandado carta alguna para seguir en contacto —aclaró—. Y Beatrice, cada vez que le preguntaba por ella se ponía nerviosa y respondía con evasivas.

—No se lo tomes a mal, Sophie —intercedió por Beatrice—. Nuestro padre le pidió que guardara silencio al respecto para que tú no te preocupases más.

—No podría reprocharle nada, Abby —se sinceró—. Beatrice ha estado a mi lado todos estos días de dolor. Se ha comportado como una hermana.

Abby agradeció en silencio la buena amistad que mantenían Sophie y la señorita Hook.

—¿El señor Boston estaba al corriente?

—De lo de Penelope sí —respondió Abby, pensando en lo que su esposo le había contado—. Lo de mi secuestro no lo sabía.

—Lo sé, papá me comentó que no debía saberlo nadie.

Abby hizo una mueca, lamentando que su hermana hubiese tenido que guardar ese secreto.

—Abby, tú eres lo más importante para mí —habló con ternura—. La única persona que nunca me ha fallado —reconoció con orgullo—. Guardar un secreto para que tú estés a salvo de cotilleos intencionados y cargados de envidias, no es para mí un esfuerzo.

El ama de llaves anunció que habían preparado el té.

Las hermanas se dirigieron a la sala principal, donde acompañarían a la madre del capitán, al marqués y al duque, junto al nuevo invitado, sir Murray, que como todas las tardes, había pasado para interesarse por el estado de salud del capitán.

—¿Habéis tenido un buen día, sir Murray? —preguntó la madre del capitán.

—No ha sido de los malos —reconoció—. Aunque hoy en Londres había un gran revuelo.

—¿Por algún motivo en especial? —se interesó Sophie.

—El hallazgo del cuerpo sin vida del vizconde Urrea —notificó.

Abby buscó con la mirada los ojos de Niall, pero este fingió estar muy concentrado en su taza de té.

El marqués tragó con dificultad.

—¿Ha fallecido el vizconde? —indagó la madre del capitán.

—Más bien, se suicidó.

Solo una persona de las allí presentes conocía la verdad, pero sin estar al tanto de cómo se había suicidado el vizconde, Abby recordó unas palabras de su esposo que la hicieron estremecer: «Una vez me preguntaste qué haría si estuviese locamente enamorado, qué sería capaz de hacer por amor. Ahora ya puedo responderte —había musitado rozando los labios de ella—. De todo, mi amor —aseguró—. Porque ahora sé lo que es estar locamente enamorado. Te amo, Abby —y al mirar a su hijo, rectificó—: Os amo con todo mi ser.»



No necesitó más que ese recuerdo para comprender que Niall había acabado con la vida del vizconde, y si lo había hecho, había sido para protegerlos a los dos, a su hijo y a ella.

Sabía que no debía hablar, que no era apropiado decir nada malo de un muerto, pero ella nunca había sabido guardar silencio y, además, en esa ocasión necesitaba liberar a su esposo de la carga interna que estaba segura de que llevaría dentro; un secreto que guardaría hasta su tumba para seguir protegiendo a las dos personas que amaba.

—Una muerte acorde a su persona —razonó Abby, como si aquello fuese lo más adecuado para decir en público—: Ha muerto como el cobarde que era.

La madre del capitán agrandó los ojos.

El marqués, por el contrario, los cerró.

Sophie sonrió de medio lado.

El duque la miró y ella le dio las gracias con su mirada tierna, enamorada y agradecida.

Sir Murray habló:

—No podría estar más acorde con vos, duquesa —admitió, admirando a esa mujer porque no había dicho el típico comentario halagador para los muertos, pues en realidad era un ser despreciable—. Fue un hombre inmoral y un traidor del reino.

La afirmación del baronet dejó a todos conmocionados.

El baronet no se disculpó ni lamentó haber hecho aquella acusación, pues la carta que Sophie consiguió descifrar les había llevado hasta el vizconde Urrea. Gracias a la fortuna que siempre acompañaba a ese miserable, llegó a escapar sin que ellos pudiesen apresararlo y castigarlo, pero habían descubierto que colaboraba con los franceses a cambio de dinero.

Llegó el momento de despedirse.

—Mañana visitaré a Penelope —informó Abby, para que su hermana no se preocupase si no la visitaba.

—Mándale recuerdos de mi parte.

## Capítulo XLVI

*La palabra con mayor poder es «perdón»*

Como había anunciado la duquesa de Hamilton a su hermana, al día siguiente fue a visitar a su amiga Penelope. Fue un alivio verla en la cama, muy repuesta; tanto, que hasta se divirtió escuchando las quejas de Penny porque no la dejaban levantarse.

—Te comprendo, Penny —convino—. Yo también me sentí desesperada.

No le contó que había sido raptada; más bien alegó que al enterarse del estado de salud de su cuñado tras regresar a Londres, entre los estragos del viaje y la impresión de la noticia se le había adelantado el parto.

La duquesa bufó.

—Tengo entendido que Duncan te ha estado velando sin apartarse de tu cama.

Penelope asintió con tristeza.

—¿Qué ocurre, Penny?

—Desde que empecé a mejorar se ha alejado de mí. —Se entristeció—. Me está evitando.

—¿Por qué?

—Creo que se siente culpable por el accidente —expuso, pues así lo sentía—. Aunque sir Murray descubrió que el carruaje había sido sabotado.

Abby asintió. Lo sabía, había salido en los periódicos. Sin duda, Connor no se conformó con haber conseguido el condado, quería que todos conocieran la verdad para que Albert fuese repudiado por toda la sociedad. Era un hombre de palabra, aseguró que nadie que intentaba hacer daño a su hermano salía indemne de ello, y lo había demostrado.

—Debes hablar con él, Penny —aconsejó.

—No puedo, Abby —reconoció su pena—. Antes de... —Dejó en el aire la frase, pues no quería memorar aquel accidente—. Discutimos, y en esa discusión descubrí que mi esposo necesita ser liberado.

—¿De qué?

—De mí —sentenció—. No es feliz a mi lado, Abby —argumentó con tristeza—. No sé qué debo hacer, pero encontraré la forma de liberarlo.

—Oh, Penny...

—No te apenes, Abby —habló derrotada, algo extraño en ella, pues nunca había mostrado debilidad—. He aceptado que no puedo salvar mi matrimonio —adujo—. Ahora lo único que me queda es encontrar la forma de que uno de los dos no acabe para siempre amargado.

La solución la encontró tres semanas más tarde, cuando por fin el doctor la dejó levantarse. Paseando por los jardines se encontró con su administrador y, tras escuchar que Duncan había vendido su hacienda en Jamaica porque ese lugar que había sido tan importante para él, también había sido testigo de la primera derrota de su matrimonio, lo entendió. La única forma de liberar a Duncan era alejándose de él. Por lo que decidió retirarse a Escocia, para que él pudiese continuar su vida en Inglaterra... sin ella.

Lo que Penelope no sabía era que Duncan no la estaba evitando por lo que ella pensaba, sino porque quería darle tiempo para que se recuperara, pues tenía intención de mantener la charla que ambos necesitaban, la que merecían y la que aportaría de nuevo el entendimiento entre ambos, para volver a ser el matrimonio que se casó ilusionado y enamorado. Pero para ello quería jugar limpio y no pillarla a ella en inferioridad de ánimo.

Cuando el duque se enteró de los planes de su esposa, supo que no podía permitir que Penelope se alejara de él; no ahora, justo cuando estaba al corriente de los verdaderos sentimientos de su mujer.

Y decidió tomar partido. Había llegado la hora de tomar decisiones, o más bien, de tomar la decisión.

Se dirigió a la puerta que comunicaba con la habitación de su esposa y entró.

Caminó con decisión, cruzando la antecámara y el vestidor, y llegó hasta ella.

Penelope estaba a punto de meterse en la cama. Al ver a Duncan allí se tensó.

Durante unos minutos, ninguno fue capaz de pronunciarse, solo se miraban.

Duncan se acercó más a ella, levantó el brazo y rozó con suavidad su mentón.

—Libéranos, Pen —musitó con desgarro—. Libéranos a los dos.

Mientras a Penelope se le iluminaba la mirada por la emoción, él besó su frente.

—Solo tú tienes el poder de nuestra liberación —susurró, tan emocionado como ella—. Concédenos la libertad de poder ser Penelope y Duncan, la mujer y el hombre, la esposa y el esposo —habló con inquietud—. Rompe esa cadena que te ata al yugo de exigencia que te impusieron —rogó—. Libéranos, amor; libéranos y concédenos el poder de decisión, de cometer errores, de no ser perfectos... De ser simplemente nosotros mismos.

A Penelope le resbaló una lágrima y él se mojó los labios al besarla.

—No podemos borrar el pasado —lamentó—. Tampoco deseo hacerlo, porque no quiero borrar ningún recuerdo nuestro —se sinceró, pues así lo sentía—. Ni uno solo, porque no soportaría olvidar cómo nos conocimos, ni nuestro primer beso junto al arroyo, ni la primera vez que hicimos el amor, ni nuestra boda... Incluso nuestras discusiones y todos los errores cometidos —aseguró—. No quiero olvidarlos porque así aprenderemos a no volver a cometerlos.

Penelope dejó caer su cabeza en el hombro de él.

Duncan la rodeó con sus brazos, emocionado, nervioso y, sobre todo, enamorado.

—Mi pelirroja... —Besó su cabeza—. Mi pecosilla... —Besó su cuello—. Mi duquesa... —Le agarró la mano y le besó los nudillos con tanta suavidad, que la caricia pareció de seda—. No borremos el pasado, amor, pero libéranos para que este sea nuestro *principio*.

Penelope echó el cuello hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Libéranos, Pen. Vivamos la vida de Penelope y Duncan —imploró con voz temblorosa—. Convirtámonos en los duques que queramos ser, con nuestros aciertos y nuestros errores... Pero nuestros, Pen; los tuyos y los

míos, pero siempre juntos.

A la duquesa le tembló la barbilla.

El duque besó sus labios.

—Tú tienes el poder, amor —solicitó—. Solo tú tienes el poder de liberarnos y convertirnos en las personas que queremos ser; solo tú tienes el poder de decisión para apostar por nosotros y augurar un brillante futuro juntos... Solo tú decides si quieres que este sea nuestro *principio*.

Y ella tomó la decisión al acercar sus labios a los de él, porque esta vez se dejaría guiar por el corazón, no lo volvería a esconder ante Duncan, y sería el que tomaría las decisiones de ahora en adelante porque él, su amor... su hombre... su esposo... le había concedido la libertad de decisión, y ella quería ser la esposa, la amante, la mujer, y por último, la duquesa; pero una duquesa que ya no antepondría la razón al corazón. Esa duquesa ya había desaparecido, porque la nueva quería vivir su propia vida, y su primera decisión había sido elegir a su marido.

Hicieron el amor con desesperación, como si quisieran compensar todo el tiempo que habían perdido. Al finalizar, Penelope se quedó tumbada, con el cuerpo ladeado, apoyando su cabeza en el pecho de él.

—Perdóname, Duncan.

Aquel perdón fue inesperado; tantas veces le había reclamado aquella palabra y ahora no la quería escuchar.

—No tienes nada por lo que disculparte —aseguró y besó la cabeza de su mujer.

Penelope se inclinó para mirarlo.

—Sí, sí debo —certificó—. Te pido perdón por haber antepuesto el deber al amor.

Duncan se movió con agilidad y tumbó a Penelope, poniéndose encima de ella.

—El deber forma parte de ti —reconoció—. Y es así como te amo.

Penelope se emocionó y se sintió feliz... muy feliz.

Duncan, a pesar de que no quería escuchar aquella palabra justo en ese momento, admitió interiormente que solo por haberla pronunciado con tanta honestidad, se había enamorado más de su mujer, y eso que pensaba que ya no se la podía amar más de lo que la amaba. Sin embargo, aquel «perdón» lo había conseguido.

\*\*\*

En *Bradley House*, Sophie acariciaba la mano del capitán.

—Sophie —susurró, pues ya no tenía fuerzas para hablar.

—Estoy aquí, Seymour —dijo ella, arrodillándose para tener la cabeza de su marido cerca.

—No puedo morirme sin recibir tu perdón —pronunció en un hilo de voz.

A Sophie el corazón le latió con fuerza. Su esposo se estaba despidiendo.

—No se puede perdonar cuando no hay enfado —le comunicó para que se quedase tranquilo.

El capitán, a pesar de su gran debilidad, intentó sonreír y bromear.

—Mentirosa —musitó sin apenas aliento—. Concédemelo, mi Ángel.

Sophie apoyó su frente en la de él para rozar sus labios al hablar.

—Estás perdonado.

El capitán curvó los labios y ese fue su último respiro. Parecía como si hubiese estado esperando aquella palabra mágica para abandonar el mundo de los vivos y entregarse a la parca, con la conciencia limpia, porque aquel perdón había sido tan poderoso como para elevar su alma al cielo.

Sophie se quedó allí, en aquella posición, permitiéndose el lujo de llorar a solas, en la intimidad de su alcoba, donde Seymour le había mostrado un mundo distinto; uno que les pertenecía a los dos y en el que ambos habían encontrado la salvación.

## Capítulo XLVII



*No existe mayor aprendizaje que vivir la vida*

Sophie estaba agotada tanto física como mentalmente. El sepelio la había dejado sin fuerzas, pues nadie había querido perderse la oportunidad de darle el último adiós al capitán. La aglomeración de carruajes demostró que el capitán Bradley había sido un hombre admirado y respetado por todos. Y no solo por la gente de alta alcurnia; había ciudadanos de toda clase social, agradecidos de haberse sentido protegidos por hombres como el capitán, que había batallado para proteger a Inglaterra del enemigo.

Abby y Penelope acompañaron a Sophie a una sala privada para que pudiese descansar.

Connor había sido testigo desde la distancia de la ejemplaridad con la que Sophie se había mostrado y actuado ante toda la sociedad.

La admiró más que nunca.

—Sophie, sé que estás agotada —convino Abby—, pero creemos que deberías acompañarnos a Escocia —dijo con voz cariñosa—, y guardar allí tu tiempo de luto junto a nosotros.

Sophie apenas escuchaba, estaba aturdida.

—Le hará bien sentirse acompañada —aseguró Penelope, pues ella había pasado por cuatro años de aislamiento y sabía que la soledad era dolorosa.

—No abandonaré a la madre del capitán.

Las duquesas se miraron. Sophie realmente estaba ida, pues la noche anterior la mujer las había informado de que sus planes eran regresar a su casa de campo, lugar en donde había pasado años retirada de la sociedad y que se había visto obligada a abandonar cuando su hijo regresó de la guerra herido y enfermo.

—Está bien —le concedió tiempo Abby—. Acuéstate y descansa, mañana hablaremos con más tranquilidad.

Sophie asintió con la cabeza y se dirigió a su alcoba.

Una vez con el camisón puesto, se sentó en la cama y esperó a que Jacqueline se retirase.

Nada más cerrarse la puerta, Sophie caminó como tantas noches había hecho, y pasó a la alcoba del capitán; su capitán.

Se metió en la cama y acarició la almohada de su marido.

—Buenas noches, Seymour —se despidió—, dondequiera que estés.

La marquesa, antes de retirarse a la alcoba que le había destinado su hija en su casa, se acercó al dormitorio de Sophie. Al entrar y no verla allí, caminó sigilosa hasta que la halló donde se temía.

La miró y se llevó las manos a la boca para que no la escuchase llorar. Retrocedió, se limpió las lágrimas y salió en busca del ama de llaves para informarle de que nadie molestase a Sophie, pues necesitaba descansar.

La mujer lo comprendió, esa muchacha llevaba días sin dormir.

La orden se cumplió, y Sophie durmió ininterrumpidamente hasta las cinco de la tarde del día siguiente.

Durante un rato permaneció quieta intentando poner sus pensamientos en orden, algo que le costaba una barbaridad, pues había sido todo tan agotador desde que murió el capitán, que todo lo posterior a su despedida apenas lo recordaba.

Tenía la impresión de haber estado sentada en el despacho de Seymour, junto a su padre, la madre del capitán y sir Murray, frente al notario, donde habían leído el testamento del capitán.

Se frotó la cara.

Suspiró.

Y entonces un recuerdo le vino a la memoria. Se levantó y corrió a su alcoba, abrió su secreter y allí estaba, la carta que sir Murray le había entregado.

Se la llevó al pecho y suspiró.

No tenía valor de abrirla. No, no era valor lo que le faltaba, sino más bien, que no estaba preparada para despedirse de su capitán. Y sabía que esa carta sería la despedida.

Tensando el tirador, avisó a su doncella de que subiera a vestirla.

Al bajar a la sala principal, sus amigas, Beatrice, Penelope y su hermana estaban esperándola con las tazas de té dispuestas.

La animaron durante una hora.

—Sophie —dijo Abby, pues había llegado el momento de tomar decisiones—. Hemos hablado con la madre del capitán y su intención es regresar a Essex —informó—. Nuestros padres piensan que sería aconsejable que pasases tu tiempo de duelo con nosotros o con ellos.

Ella no quería abandonar su casa.

Abby se adelantó, consciente de lo que estaba pensando.

—Preferiría que me eligieses a mí —rogó—. Quiero que mi hijo pueda gozar de la compañía de su tía —aludió al bebé para convencerla—, antes de que retomes tu vida social y apenas tengas tiempo para viajar a Escocia.

Penelope y Beatrice permanecieron calladas.

—Está bien —cedió—. Pasaré mi año de luto en *Great Castle*.

—Fantástico —aplaudió Penelope—. Así podré visitaros, porque Duncan y yo vamos a pasar la temporada en *Green Land*.

Abby sonrió al ver a su amiga tan feliz.

—Por tu sonrisa cándida —bromeó Abby—, entendemos que el duque y tú vais a repetir la luna de miel.

Beatrice, para no reírse se mordió el labio.

Sophie miró a Penelope; hasta el momento no se había dado cuenta de la felicidad que mostraba su rostro, con aquella mirada tan brillante.

—¡Envidiosa! —se expresó Penelope, sorprendiendo a todas por su arrebató y espontaneidad, ya que parecía otra mujer—. Mientras yo disfruto de mi segunda luna de miel, tú estarás desesperada por terminar tu cuarentena.

Beatrice agrandó los ojos.

Abby abrió la boca y la cerró.

Sophie se carcajeó, algo impensable que haría, pero que Penelope había conseguido; definitivamente, la duquesa era otra mujer. Y si ya la adoraba

cuando era tan estricta y comedida, viéndola ahora tan desinhibida la adoraba más.

La llegada a *Great Castle* no fue como había soñado Abby, pues no podía organizar una fiesta en honor a la llegada de su heredero por estar la familia de luto.

Los sirvientes lo comprendieron, y aun así, todos mostraron su alegría y presentaron sus respetos a los duques.

Había pasado una semana sin pena ni gloria para Sophie, que en ese momento estaba sentada en un butacón floreado, con su sobrino en brazos.

Miró al frente y se regocijó al ver a su cuñado en su posición favorita, la que había tomado por costumbre cada vez que estaba con Abby: él tumbado en el gran sofá, con su cabeza recostada sobre el regazo de su hermana.

—Nos faltó un hijo —habló sin pensar, casi para sí misma o eso creyó ella, puesto que los duques la escucharon.

Niall miró a su mujer y se entendieron. Él se incorporó e hizo una seña a la nodriza de su hijo para que se llevase al niño.

—Disculpadme, debo atender un asunto —se excusó el duque para dejar a las dos hermanas solas.

Abby se levantó y le ofreció su brazo a su hermana.

Juntas salieron a pasear por los jardines.

—Nos faltó un hijo, Abby —repitió.

Sin detenerse, continuaron con la conversación.

—No, Sophie, no hubiese sido justo para tu hijo crecer sin su padre —la alentó—. Crear un recuerdo no es tan hermoso como vivirlo.

Su gemela meditó las palabras que había usado Abby. Quizá tuviese razón, su hijo se habría criado escuchando las anécdotas del capitán para que siempre supiese quien era, pero no habría podido vivir un solo momento junto a él.

Se detuvo y se soltaron.

—¿Qué voy a hacer ahora?

—Lo que desees —apuntó Abby—. Te has convertido en una dama poderosa —y rectificó—: La más poderosa.

Sophie frunció el ceño.

Abby le tomó las manos.

—Sophie, ¿acaso no te has dado cuenta? Tu esposo te entregó el mayor poder de todos: la libertad.

Abby no mentía; el capitán había dejado todas sus propiedades, la fábrica y el dinero a nombre de su hermana. Tan solo la casa de Essex estaba a nombre de su madre, además de todos los gastos de aquella propiedad y una asignación mensual. Pero Sophie era la propietaria de todo, incluso de la asignación anual estipulada que recibiría de su propia dote, la que el marqués había aportado al matrimonio. Y lo más extraordinario, ella era la única persona a quien le había asignado poderes. Y eso significaba que no dependía de nadie, ni de su padre, ni de su hermano, ni de un título... Ella tenía plena libertad para tomar los mandos de su vida, ya que el capitán no pertenecía a la nobleza. Él había sido hijo de un caballero, un título vitalicio no hereditario.

—¡Oh, Sophie, tu esposo te ha convertido en *la dama envidiada*! —se expresó con admiración.

Aunque para ser francos, Sophie siempre había sido una dama envidiada por su naturalidad, y no con envidia de la mala ni con el tipo de resentimiento que pretendía dañar. No, ella conseguía la envidia sana, la que despertaba curiosidad, empatía y, ante todo, la que muchos querían imitar.

Sophie sacó por debajo del pico de su corsé la carta del capitán.

Abby la miró sabiendo que la llevaba encima todos los días.

Le apretó el hombro a Sophie.

—Os dejaré a solas —comunicó hablando en plural, pues de alguna manera aquella carta representaba al capitán, y era hora de que se despidieran... a solas.

Mientras Abby caminaba en dirección a la casa, Sophie se adentraba en el jardín de los rosales, cobijada del sol gracias al tejadillo.

Se paró delante de uno de los bancos de madera pintados de blanco, se sentó con la carta en las manos y la abrió. Sacó dos hojas que estaban dobladas y, antes de leerlas, se las llevó al corazón.

*«Mi Ángel:*

*Si posees esta carta, es porque ya me he marchado. Espero que al hacerlo haya obtenido tu perdón. Por favor, no pienses que te traicioné. Mi cometido era protegerte y la confesión de mi enfermedad habría borrado tu sonrisa, esa que tanto me alentaba al despertar. Por ello, comprende mi egoísmo y permíteme disculparme por si no lo pude hacer a tiempo.*

*He intentado enseñarte todo cuanto creía que necesitabas aprender para afrontar la vida sin mí. Solo hay una enseñanza que no pude mostrarte, mi querido Ángel, porque esa lección solo la puedes aprender tú; las decisiones que tomes serán tu aprendizaje, pues es la vida o nuestra forma de vivirla la que nos la da.*

*Yo tomé las mías y aprendí de todas ellas. Tú, mi amor, tomarás las tuyas y aprenderás también. En ocasiones serán maravillosas, en otras te llevarás reveses; pero sabrás aprender tanto de las buenas como de las malas, porque es la única forma que tenemos de instruirnos. A eso, mi dulce esposa, se le llama vivir. Por ello te ruego que vivas como te plazca, porque solo tú puedes tomar esa decisión.*

*Si me pides un consejo, Sophie, te daré el último a través de una explicación: Nuestro matrimonio se ha basado en el cariño, la adoración y el respeto. Llegaste a mi vida como el ángel caído del cielo que me brindó la oportunidad de conocer un mundo tan distinto al que estaba acostumbrado a vivir, que te agradeceré eternamente que me enseñaras que existía otra vida. Tu entrega hacia mí y tu veneración por mí fueron un premio que nunca creí merecer. Y no dudes nunca de mi devoción por ti. Nos hemos querido mucho, mi amor, jamás pondré en duda tu amor por mí, pero siempre he sido franco contigo, y no puedo irme sin seguir siéndolo. Por ello, debo hacerte comprender que, a pesar de querernos como nos hemos querido, nunca fue suficiente para ninguno de los dos. Por mi parte, a pesar de quererte con todo mi corazón, ambos sabemos que una parte de mí seguía enamorada de mi profesión; de haber podido recuperarme, habría regresado al campo de batalla. Por tu parte, mi dulce niña, a pesar de haberme querido con toda tu*

*alma, ambos sabemos que una parte de tu corazón pertenecía a Stanton. No te estoy reprochando nada, como espero que tú no me lo reproches a mí; tan solo intento que comprendas que esta es una lección de vida, mi pequeño Ángel. Ambos tomamos la decisión de unirnos, y fuimos un matrimonio envidiable, pero tú podrás tomar de nuevo esa decisión, y sé que lo harás como te plazca, porque es así como deseo que lo hagas. Pero mi amor, mi vida, mi Ángel, permíteme que mi último consejo sea que no te conviertas en la amante de nadie. No te rebajes a esos miserables que irán a buscarte para ofrecerte que les calientes su lecho cuando en sus hogares tienen esposas que pueden hacerlo. Si quieres que alguien caliente tu cama, sé tú quien decida que así sea, elige tú; no pierdas tu dignidad y demuéstales que has aprendido una lección más, la de no dar un paso atrás y caer de nuevo en la vorágine de los que se creen que pueden imponer normas morales cuando ellos son los primeros que se las saltan a escondidas.*

*Ese es mi consejo, Sophie, pero ten por seguro que tomes las decisiones que tomes, siempre te seguiré venerando.*

*Me despido con el afecto que siempre te he tenido y deseando que vivas la vida con gran determinación, porque así es como te voy a recordar, mi Ángel, como esa muchachita que se fue transformando en una mujer que no le teme a nada.*

*Tu esposo que te ama.*

*Seymour Bradley.»*

Sophie se limpió las lágrimas; gotas cargadas de afecto, y una vez más, de veneración por el capitán. Por el hombre que la había comprendido mejor que nadie y que no la juzgaba; al contrario, la alentaba a tomar ella las decisiones aunque fuesen equivocadas.

No se había enfadado por aquella explicación, porque había tanta verdad en aquellas palabras que se enamoró de nuevo de él. Todo era cierto. Se habían enamorado, habían sido felices y se querían, pero aun así, ambos habían sido incapaces de sentirse plenos. Y no era malo; no lo era porque el capitán así se lo había enseñado. Pero también la estaba protegiendo incluso muerto, ya que tras aquella súplica se encontraba escondida la advertencia de

que algunos hombres pertenecientes a la nobleza, los que vivían bajo la apariencia de hombres rectos y que se tachaban de imponer las normas morales, se presentarían ante ella, por ser joven y viuda, y le ofrecerían el puesto que Seymour había catalogado como «amante», cuando esos mismos hombres luego alzaban la voz y pedían castigo a las mujeres que perdían su virtud, o simplemente cometían algún fallo moral.

Lo único que la sorprendió fue que Seymour hubiese adivinado que había sido Stanton el hombre al que ella se entregó. Y lo adoró más, pues incluso siendo sabedor de aquello, nunca le había recriminado nada ni la había incitado a hablar de él en ningún momento.

Dobló las hojas, las metió en el sobre y habló en voz alta.

—Gracias, Seymour —reconoció, emotiva—. Por tu explicación, por tu advertencia, por protegerme y por volver a enseñarme. —Se limpió las lágrimas otra vez—. Gracias por haberme querido tanto y, ante todo, por ofrecerme la libertad para que viva la vida como tú me has pedido.

Se levantó y se estiró las faldas.

—Mi capitán, aquí va mi primera decisión —bromeó, como tanto le gustaba a él que hiciera—. He decidido que nunca voy a olvidarte ni a dejar de venerarte.

Regresó al interior del castillo y fue directa a su dormitorio. Necesitaba guardar la carta que la acompañaría durante el resto de su vida, porque le recordaría que un buen hombre la había amado y que, además, la había convertido, como su gemela había dicho, en la dama envidiada, pues dudaba mucho Sophie que muchas mujeres tuviesen tanta suerte como ella.

El duque miró a su esposa, habían visto pasar a Sophie y ninguno había dicho nada.

—Se ha despedido del capitán —informó Abby—. Y por su sonrisa, puedo augurar que, una vez más, ese hombre ha conseguido que mi hermana sea feliz.

Niall le acarició la mejilla.

—¿Eres feliz, Abby?

Ella sonrió plena y rozó sus labios, convirtiendo aquella pequeña caricia



en un momento especial entre ellos.

—Me amas, Niall, ergo soy feliz.

Él la rodeó con sus brazos.

—Debo advertirte que tengo planeado amarte el resto de mi vida.

—En tal caso, seré feliz hasta mi último aliento.

Y se besaron con ardor.

## Capítulo XLVIII

## *Las malas rachas también se terminan*

Octubre de 1817

La duquesa de Hamilton suspiraba totalmente abstraída al ver a su esposo con sus mejores galas; aquel kilt que dejaba al descubierto sus rodillas provocaba en ella una excitación interior.

Sus soldados habían regresado del continente tras recibir la orden enviada por el duque de abandonar aquellas tierras para incorporarse de nuevo a su labor como guardia privada del ducado de Hamilton. Una nota que envió el mismo día que encontró a su esposa en la casa del vizconde Urrea, pues se juró que nunca más volvería a estar desprotegida.

Niall le tendió el brazo y ella enlazó sus dedos con los de él para bajar a recibir a aquellos patriotas que habían permanecido fieles al reino, batallando contra Napoleón bajo el mando del duque de Wellington, y que luego habían trabajado protegiendo las propiedades del duque durante un año y medio para evitar los saqueos.

Sophie miraba por la ventana y observaba cómo su cuñado y su hermana felicitaban a aquellos hombres. Pudo observar con atención los rostros de emoción de las personas de la comarca que habían acudido a recibirlos; aquellos soldados eran hijos, esposos, nietos, primos y padres de aquellas gentes.

Miró al cielo, como si con ese gesto su capitán fuese a decirle lo que tenía que hacer. Puede que lo hiciese o no, pero ella entendió que debía actuar, pues como bien le había expuesto Seymour, tenía que tomar sus propias decisiones y acababa de tomar una. Estaba convencida de que dejaría a todos descuadrados, pero poco le importaba que fuese apropiada o no, porque para ella era la justa.

Bajó y se dirigió hasta donde su cuñado y hermana estaban.

Abby se sorprendió. Sophie estaba de luto, y por ende, toda la familia lo estaba. Que ellos hubiesen recibido a los soldados entraba dentro de sus obligaciones, aunque no pudiesen celebrarlo como hubiesen deseado. Pero su gemela no debía mostrarse ante toda aquella gente, y menos cuando parecía que iba a felicitarlos por su regreso.

—Duque —habló, llamando la atención de todos—. Hoy es un día importante, vuestros hombres han regresado... vivos.

Niall asintió lentamente, sin interrumpir y sin saber qué pretendía su cuñada.

Las gentes de la comarca atendieron aquellas palabras en silencio.

—Un logro que se merece el festejo que le corresponde —declaró, incitando a celebrar la fiesta que se merecían aquellos hombres.

Abby se quedó paralizada.

Los soldados agradecieron en silencio aquella muestra de gratitud por parte de una viuda.

El duque no sabía qué decir, por lo que Sophie continuó:

—Como esposa de un soldado y viuda del capitán Bradley, os ruego que, en honor y en memoria de mi esposo, celebréis la llegada de vuestros hombres con los honores que estos merecen por haber defendido a nuestro reino —habló con orgullo—. Mi esposo así lo habría querido.

La mayoría de los soldados que allí estaban, al descubrir que el fallecido era el capitán Bradley se apenaron, por lo que mostraron sus respetos inclinando sus cabezas ante Sophie, y admitiendo todos ellos que esa mujer había sido una digna esposa del gran capitán.

Abby se emocionó al ver a los soldados delante de su hermana, con las cabezas agachadas mostrándole sus respetos hacia su esposo, un hombre que se había ganado la admiración de todos ellos.

El duque habló:

—En memoria del capitán Seymour Bradley, festejaremos la llegada de nuestros soldados.

La gente aplaudió, feliz y, ante todo, agradecida por la determinación de la viuda al intermediar por los soldados que merecían ser recibidos con honores.

Sophie agradeció con la mirada a su cuñado que la hubiese escuchado.

Se dio la vuelta y regresó al castillo, pues aunque esa fiesta se celebrara, ella seguía de luto y estaría ausente durante el festejo.

Esa misma noche, Sophie escuchaba desde su cama la música escocesa que se colaba a través de la ventana, así como las risas y algarabía de la gente que se divertía en la parte trasera del castillo, bailando alrededor de una fogata.

Sonrió satisfecha.

—Seymour, disfruta de tu triunfo —habló en voz alta y cerró los ojos.

Sophie pensó que la decisión que había tomado no le pertenecía, y que lo había hecho porque estaba convencida de que el capitán así lo habría querido, ya que él le enseñó que no era un hombre de guardar las normas sociales, sino un hombre que actuaba según creía justo. Y justo le había parecido a ella que los soldados, después de haber vivido una pesadilla durante años, recibieran una fiesta de bienvenida... Un regalo merecido por haber sobrevivido.

Diciembre de 1817

En *Green Land* todo estaba preparado para los festejos navideños. Aunque Penelope se había esmerado, ese año no podría celebrarla con las personas que más quería, pues la familia Stanford no podría acudir por permanecer de luto. Por ello, decidió hacer una fiesta más íntima, solo con familiares St. John, la duquesa de York y sus vecinos, el duque de Manfford e hijos, lady Victoria Stewart y el marqués Benedick de Frotell.

El primero en llegar fue el conde de Stanton y Oxford, que adelantó su viaje para que su padre tuviese el placer de acompañar a su tía y amigas.

Se carcajeó al pensar en lo desquiciado que acabaría su padre, pues soportar a esas tres ancianas era digno de encomio; más, cuando las tres tenían cierta tendencia a llevarle la contraria a su padre en todo.

Y eso estaba contándole a su hermano en ese momento, en la sala destinada para los hombres.

—Tendremos el brandy preparado para su llegada —bromeó Duncan.

—Acabará con todas las existencias.

Los dos se carcajearon.

Penelope entró corriendo, sobresaltándolos.

A Duncan no le dio tiempo a preguntar qué le sucedía, pues ella se lanzó a sus brazos.

Connor parpadeó; su cuñada llevaba un par de meses mostrándose como una mujer feliz, sin corazas y afectuosa. Eso sí, siempre en la intimidad de la casa; fuera de ella se mostraba con la disciplina que siempre la había caracterizado.

—¡Oh, Duncan, vamos a ser padres! —se expresó llena de júbilo.

Duncan la observó, y al ver la brillante mirada de su esposa, no pudo más que besarla, sin importarle que su hermano estuviese presente.

El beso tomó un matiz intenso y Connor carraspeó para que recordaran que él también estaba allí.

Duncan y Penelope se separaron.

—Permitidme que sea el primero en felicitaros —los congratuló con una gran sonrisa, mientras se acercaba a ellos y tendía su mano para estrecharla con la de su hermano. A Penelope le dio un beso en la mejilla.

Duncan asintió con la cabeza y, embargado de felicidad, dobló sus rodillas, tomó a su mujer en brazos, y ella, en vez de protestar, le regaló un beso en la mejilla, antes de dejar su cabeza apoyada en su hombro y suspirar.

—Connor, discúlpanos, pero mi esposa y yo tenemos que celebrar la noticia en privado.

Penelope se sonrojó.

Sin esperar una respuesta por parte del conde, Duncan caminó sin soltar a su esposa.

No llevaba ni diez pasos fuera de la sala, cuando retrocedió y, sin volver a cruzar el umbral, miró a su hermano.

—Connor.

—¿Sí?

—¿No es fantástico que por una vez, tú estés al corriente de la noticia antes que tía Philo y sus amigas?

Connor se carcajeó y Duncan retomó su camino, que no era otro que llevar a su esposa hasta su alcoba para hacerle el amor.

El conde se sirvió un brandy, se sentó en uno de los grandes butacones de piel, y se quedó pensativo.

Estaba contento por la felicidad de su hermano. Él hubiese deseado tener hijos; no sabía si habría sido un gran padre, pero le habría encantado intentar serlo.

Pegó un trago y jugueteó con el vaso en la mano, moviendo el líquido ámbar.

Apretó los labios. Por mucho que le gustase la idea, era consciente de que no tendría ningún heredero si Sophie no era la madre.

«Sophie», pensó. Ahora era viuda...

Se terminó la bebida de un trago.

Podía intentar conquistarla de nuevo, pero respetaría su tiempo de duelo; se lo debía tanto a ella, como al capitán, como a él mismo. No jugaría sucio ni se aprovecharía de la melancolía de Sophie, aunque pudiese ser beneficioso para él.

Se había quedado tan sumido en sus pensamientos, que no podía asegurar cuánto tiempo llevaba allí.

Su padre entró raudo.

—¿Dónde está el brandy?!

Connor no pudo evitar carcajearse.

Dejó a su padre disfrutando de la soledad y del buen licor, y fue a saludar a su madre y tías.

—Miladis —saludó con sonrisa enigmática.

Las ancianas lo observaron.

—¿Sucede algo, hijo? —indagó la madre, pues ella también lo había notado.

—¿Acaso tía Philo no os ha dado la noticia? —especuló, despertando la curiosidad de todas, como él esperaba.

—¿Qué noticia?

Connor ensanchó la sonrisa.

—Les comunico, señoras, que están perdiendo facultades —afirmó, aludiendo a las tres ancianas—. Pero en esta ocasión, permítanme que me reserve la información... por el momento.

La marquesa negó con la cabeza; su hijo estaba bromeando con ellas.

—Perfecto, Connor —intervino la marquesa—. Mientras guardas ese *gran* secreto —recalcó, porque pensaba que no existía noticia que dar—, me retiro a descansar; estoy agotada del viaje.

Connor le dio un beso en la mejilla cuando pasó por su lado y se quedó mirando a sus tías.

Lady Philomena carraspeó.

—Mi querido sobrino —llamó su atención—. En vista de que sabes guardar secretos —dijo ampliando su sonrisa—. Permítenos pedirte un favor.

Las otras dos mujeres no intentaron disimular su regocijo, por lo que Connor frunció el ceño; algo le decía que iban a reírse a su costa.

—¿Cuál? —indagó cauto.

Las mujeres se pusieron en pie, lady Philomena se acercó a él, extendió el elástico de su ridículo y extrajo un objeto.

—Guárdalo en nuestro nombre, es posible que acabemos perdiéndolo.

Le tendió el objeto y él lo cogió.

La comisura de los labios de las viejas se ensanchó al ver cómo Connor agrandaba los ojos.

Lady Philomena le dio un toque en el hombro.

—No hemos perdido nuestras facultades, querido —sentenció, dejándolo una vez más como un tonto delante de ellas.

Las tres salieron como solía ser habitual en ellas, despacio, en silencio y... triunfales.

Connor echó la cabeza hacia atrás y sin saber por qué, acabó riéndose



porque esas tres brujas no le habían decepcionado. No sabía cómo lo habían averiguado, pero estaban al corriente del embarazo de su cuñada, pues el objeto en cuestión era un sonajero de plata.

Las tres ancianas reían mientras subían las escaleras. Unos días antes de partir hacia Escocia, Penelope había acudido a *Philo's Gardens* tras recibir una nota de lady Philomena en la que le pedía que fuese a verla.

La mujer había seguido el consejo de su sobrino y estaba redecorando la casa, pero ellas tenían un plan en mente que implicaba a la mujer de su otro sobrino, puesto que una vez decorada las alcobas de las tres a su gusto y la sala que tenían previsto utilizar con asiduidad, se dejarían aconsejar por Penelope, que era una gran aficionada a la decoración. Y esa casa merecía un toque más moderno y señorial, pues algún día Connor ocuparía el lugar que le correspondía como nuevo conde de Oxford.

En esa visita, la duquesa de Whellington se sintió indispuesta y vomitó. Las ancianas habían visto durante muchos años a jóvenes con el mismo síntoma y no necesitaron preguntar más. Su sobrina estaba encinta.

## Capítulo XLIX

*Si no sabes respetar la memoria de un gran hombre, su viuda se ofenderá*

Julio de 1818

Sophie había decidido regresar a *Bradley House* dos meses antes de cumplir su tiempo de reclusión. Todavía no había tomado ninguna decisión con respecto a qué hacer con su nueva vida, por lo que de momento, tras escuchar los consejos de su cuñado, el duque de Hamilton y los de su padre, continuaba todo como lo había hecho hasta ese momento el capitán, llevando el administrador la misma tarea que había ejercido bajo el mando de Bradley.

Cuando tomase una decisión sobre si quería implicarse más o hacer cambios pertinentes, se lo comunicaría a su administrador, un hombre fiel al capitán que siempre había trabajado con esmero para que la fortuna de la familia y el negocio familiar permaneciese en lo más alto, incluso durante los años que Bradley estuvo en el extranjero batallando. Por ello, Sophie confiaba plenamente en él.

—Señora Bradley —interrumpió su lectura el mayordomo—. El barón Holkan desea ser recibido.

Sophie cerró el libro que estaba leyendo en ese momento. Miró el reloj de pared que había en la sala familiar donde se encontraba y asintió con la cabeza.

—Hágalo pasar al despacho del capitán.

El mayordomo asintió y se alejó.

Sophie aguardó un buen rato antes de dirigirse hasta allí; ella era la señora de la casa y no tenía por qué acudir de inmediato cuando alguien se tomaba la libertad de visitarla sin respetar su luto.

Un cuarto de hora dejó esperando al barón, antes de entrar en el despacho.

El hombre se puso en pie y la miró de arriba abajo. Una mirada lasciva que Sophie reconoció al instante.

—Barón —saludó ella, caminando hacia el escritorio donde solía sentarse su esposo para atender a sus visitas.

—Lady Sophie Allende —pronunció el hombre como saludo.

Sophie cerró los ojos mientras le daba la espalda, molesta por lo que acababa de escuchar.

—Señora Bradley, viuda del capitán —lo corrigió de inmediato, para que no volviese a equivocarse.

El barón hizo una ligera inclinación de cabeza, como si tuviese derecho a decidir otorgarle a ella ese nombre.

Sophie tomó asiento, entrelazó sus dedos y dejó los brazos apoyados sobre la mesa.

—¿Qué le trae por aquí?

El barón se sentó delante de ella, separado por el gran escritorio.

—Quería ser el primero en darle la bienvenida por su regreso a Londres —comunicó, fijando su mirada en los pechos de la joven, los cuales estaban tapados por la tela negra de su austero vestido de diario, advirtiéndole con ese color que para ella no se había acabado su tiempo de luto—. Quisiera ofrecerle mi ayuda y, si me lo permite, convertirme en su benefactor.

—Mi benefactor —repitió Sophie con desgana.

—Sí, lady Sophie —afirmó él, con una sonrisa petulante—. Sois una mujer joven y yo podría enseñaros muchas cosas.

De todas las cosas que podrían haber molestado a Sophie, y desde que ese hombre había entrado en su casa habían sido unas cuantas, la que más la molestó y ofendió fue que dijera «que podría enseñarle», porque la persona que más le había enseñado a ella era el hombre con el que se había casado.

Por ello, tomó una decisión y supo, con seguridad, que era la acertada.

—Voy a ser muy concisa, barón —adujo, clavando su azulada mirada en los ojos del hombre que tenía delante—. Podría pasarle por alto su falta de respeto hacia mi persona al saltarse, por dos veces, el no dirigirse a mí por mi nombre —sentenció, aludiendo a que continuara llamándola lady Sophie—. Pero no le consentiré que falte a la memoria de mi esposo en su propia casa.

—Lady... —y se corrigió—: Señora Bradley, usted es joven...

—Lo que soy es una mujer que no tolera la insolencia, y menos en mi propia casa —lo interrumpió ella, pues no pensaba escuchar más sandeces—.

Estuve casada con un hombre honorable a quien usted jamás llegaría a alcanzar siquiera a la altura sus talones —defendió al capitán—. Por ello, saldrá de esta casa porque está ofendiendo la memoria de Bradley al ofrecerse a ser mi benefactor, cuando mi esposo me dejó en una posición tan cómoda y respetable que no necesito de la ayuda de nadie. Porque él fue, es y será el único con ese derecho.

El barón se sorprendió. No esperaba una mujer tan... tan... No sabía cómo definirla, pero desde luego no la esperaba así.

—Hágase un favor, barón —le aconsejó—. No intente enseñar a nadie cuando a usted le falta mucho por aprender —recriminó su actitud—. Y permítame que sea yo quien le dé una lección y aprenda que antes de ofrecerse como benefactor de una viuda joven, sería aconsejable que ofreciera sus beneficios a la única mujer que debería recibirlos, la mujer con la que está casado —escupió las palabras con desdén—. Porque así es como actúa y se comporta un hombre —declaró concisa—. Así es como se comportaba mi marido. Por ello, tome mi enseñanza de hoy con gratitud, aprendiendo la lección que le he dado, pues gracias al capitán acabo de mostrarle cómo se comporta y es un hombre honorable. Así podrá salir del círculo de los miserables que ofrecen beneficios fuera de sus hogares.

El barón se puso en pie, muy indignado y humillado, y sin despedirse, se marchó de *Bradley House* a grandes zancadas.

El mayordomo, que había permanecido apostado fuera del despacho junto a la puerta, pues no era apropiado dejar a su señora a solas con un caballero, lo había escuchado todo, y como solía ser habitual entre la gente del servicio, corrió el cotilleo por toda la casa.

—Esa mujer debería recibir un escarmiento —dijo Wilfred, quien no había perdonado que lo humillara delante de la gente.

—Esa mujer ha honrado la memoria del capitán, eso es lo que ha hecho —reconoció otro de los sirvientes, sintiéndose orgulloso de su señora.

—Pues debemos empezar a acostumbrarnos —auguró otro de los sirvientes—. El barón ha sido el primero, pronto llegarán otros.

Todos asintieron, convencidos de ello, pues como había advertido el capitán a Sophie con su carta, era por todos conocido que las viudas, sobre

todo las más jóvenes, solían ser presa fácil para los aristócratas de baja moral.

Sophie, que estaba a punto de retirarse a su dormitorio, hizo llamar al mayordomo.

—Señor Lloyd, le dejo al cargo de la prohibición de cualquier visita masculina a esta casa, a todos los que sean ajenos a mi familia, exceptuando al administrador y a sir Murray, hasta nueva orden.

—Así será, señora.

—Buenas noches —se despidió y se dirigió a su alcoba, que una vez más, era la que había compartido con el capitán.

Abrió su secreter y cogió la carta del capitán.

La besó.

—Te sentirías muy orgulloso de mí, Seymour —dijo en voz alta—. Si hubieses visto su rostro ardiendo... —Se rio—. Gracias, Seymour. Gracias por prevenirme.

Dejó de nuevo la carta en su sitio y se metió en la cama.

Se quedó pensativa. Debía reconocer que, gracias al capitán, había descubierto que era una mujer fogosa y que no debía avergonzarse por ello. Como también había aprendido que cuando tuviese ciertas necesidades, ya no vería pecaminosas las relaciones que no fuesen maritales, pues Seymour aseguraba que cuando un hombre y una mujer disfrutaban en un lecho libremente, no existía pecado alguno.

Y ella quería disfrutar de otro cuerpo, saciar esas necesidades, pero el problema radicaba en que solo deseaba saciarlas con un hombre: con Connor.

\*\*\*

### **»Ecos de Sociedad de Londres, 24 de Septiembre de 1818**

*¿Los tiempos cambian o son las mujeres las que lo están haciendo? Hasta la fecha, los benefactores de viudas jóvenes no se escondían, pues era para ellos todo un logro y una muestra de exhibición pública mostrar su trofeo. Pero cierta viuda que en su debut ya avisamos desde esta redacción hace tres años de que no sería una debutante fácil de conquistar, nos cerciora nuestra afirmación, con admiración por nuestra parte. La viuda del capitán Bradley,*

*antes conocida como lady Sophie Allende, además de no haber sido fácil de conquistar, niega la entrada a su hogar a todos los que pretenden convertirla en un trofeo. Por ello, desde aquí advertimos a todos los que tenían intención de ofrecerse como benefactores de la dama, que se abstengan y no pierdan el tiempo.*

Con esa noticia despertó Londres el mismo día que Sophie terminaba su tiempo de luto.

Connor se mordió los labios, rabioso porque se hubiesen atrevido a faltar la memoria del capitán y, ante todo, por haber intentado aprovecharse de Sophie.

Lady Philomena y sus amigas lo observaron.

La primera anciana les hizo un gesto a las otras dos y entendieron su petición, se levantaron y se marcharon para que ella conversara en privado con su sobrino.

—Connor —llamó.

El conde levantó la mirada del panfleto para atender a su tía, y se sorprendió al no haberse percatado de que las otras dos se habían ido.

—No tuve la oportunidad de convertirme en la esposa de Cedric —confesó—, porque no fue él quien se quedó viudo.

Connor dejó a un lado el panfleto, se inclinó y apoyó sus codos en las rodillas para prestar toda su atención, desde el sofá donde estaba sentado, encarado a la butaca de su tía.

—Tienes ante ti la oportunidad de volver a ser un hombre soñador —apuntó con cariño—. Lucha como un titán, Connor, por la mujer que deseas que sea la madre de tus hijos.

Hacía mucho tiempo que el corazón del conde no latía con fuerza, desde el mismo día que tocó por última vez a Sophie, en casa de su hermano.

La anciana notó su temor; por ello, habló con el corazón en la mano.

—El miedo a su rechazo es lógico —convino, pues lo comprendía—. Es posible que lo haga. Pero querido, a pesar de que Sophie ya no es la jovencita

inocente que tú conquistaste —memoró el pasado—, sí es la misma muchacha que se entregó a ti y lo hizo porque te amaba.

El conde se levantó.

—Eso una mujer no lo olvida, Connor —sentenció—. Puede borrar de su mente muchas cosas, buenas y malas, pero su primer amor no.

El conde besó la mejilla de su tía y salió de *Philo's Gardens*.

Mientras Connor se dirigía hacia *Bradley House* en su caballo, Sophie se despertaba.

Al abrir los ojos, no vio la habitación que hasta hacía un mes había utilizado. No, estaba en la alcoba que siempre había estado destinada a la señora de la casa; lugar al que había decidido trasladarse porque no le parecía apropiado pasar las noches pensando en Connor, tumbada en la cama del que había sido su esposo. Ese respeto siempre se lo tendría.

Seguía amando a Connor, pero tenía miedo de confesarlo, un miedo aterrador que le impedía admitir en voz alta lo que más temía. Por ello, lo guardaría en secreto, para sí misma, y nadie, ni siquiera Connor, lo sabría.

Jacqueline acudió a su llamada y la ayudó a vestirse. Sophie se miró en el espejo y se notó distinta; llevaba tanto tiempo vistiendo de negro que al verse con un vestido color agua marina le extrañó.

Desayunó y se retiró al despacho del capitán para atender el correo que el mayordomo le había dejado allí como cada mañana. Parpadeó al comprobar la cantidad de cartas recibidas. Se sentó, y con el abrecartas empezó a abrirlas. Todas ellas eran invitaciones a festejos, eventos musicales, e incluso a fiestas campestres.

Suspiró desolada. No sabía qué pensar, si la invitaban porque se había convertido en la atracción de la temporada, para ver quién sería el primer caballero en cortejarla de nuevo, o porque simplemente se trataba de un gesto cortés por parte de los anfitriones para que ella retomara su vida social de nuevo.

—Señora Bradley, la señorita Beatrice está en la sala familiar —irrumpió el mayordomo.

Sophie se levantó y dejó allí todas aquellas invitaciones.



Como era habitual, se saludaron con un beso en la mejilla. Beatrice acudía a *Bradley House* todos los días para hacerle compañía; qué hubiese sido de ella sin su amiga.

—Has sido nombrada en los *Ecos de Sociedad* —informó, tendiéndole el panfleto.

Sophie lo leyó y se carcajeó.

—Cuando lo vea mi padre, se llevará las manos a la cabeza —bromeó.

Beatrice sonrió, pero no parecía muy alegre.

—¿Qué ocurre?

—No sé si estás al corriente —expuso, cauta—, imagino que no, ya que hoy terminaba tu duelo.

—¿Sobre qué?

—El señor Boston va a regresar a América.

Sophie parpadeó, pues no lo esperaba.

—Oh, Beatrice... —Le cogió las manos—. Deberías hablar con él, no permitas que se marche sin conocer tus sentimientos por él.

La muchacha negó con la cabeza.

—No tenemos futuro —vaticinó—. Es mejor así.

—No te comprendo, Beatrice —admitió, porque así lo pensaba—. Es un buen hombre, inteligente, divertido... Siempre ha mostrado interés por ti y tú le niegas cualquier posibilidad de cortejarte.

—Es americano, Sophie —sentenció—. Mi madre se opondría. Ya la conoces, ella sigue anclada en el pasado.

—No es tu madre quien se tiene que casar con él —declaró la viuda—. Debería recordar que tu padre era un caballero inglés y demostró tener muy poco de caballero.

Beatrice bajó la cabeza, avergonzada por el recuerdo de su padre.

—Perdóname, Beatrice —se disculpó—. No lo he dicho con intención de ofenderte.

—Lo sé —la disculpó—. Pero es mi madre, Sophie, no quiero disgustarla y enemistarme con ella.

Sophie apretó los labios y abrazó a su amiga.

—Señora, el conde de Stanton y Oxford desea ser recibido —anunció el mayordomo algo avergonzado, pues tenía orden de prohibir la entrada a todos los caballeros que se presentasen en la casa, pero Connor se había impuesto, y a un hombre de su alcurnia nadie le podía negar nada.

Las dos se miraron.

—Hágalo pasar —le brindó la entrada—. Acompáñelo al despacho.

Había esperado ese momento; por más que se negaba a admitir que lo esperaba, lo había incluso deseado.

Beatrice le dio un beso en la mejilla.

—Adelante, Sophie —la animó para que se enfrentara a lo que más temía.

Sophie caminó con tranquilidad, y al llegar a la altura del despacho, miró al mayordomo.

—Puede retirarse —demandó, pues después de haber leído los *Ecos de Sociedad*, no permitiría que volviesen a airearse los cotilleos de su hogar.

El hombre iba a protestar, pero ella levantó las cejas, por lo que el hombre decidió acatar la orden.

Entró y cerró la puerta. Al darse la vuelta, los ojos verdes que tres años atrás la habían enamorado estaban escrutándola con la mirada.

—Creo que ha llegado la hora de tomar una decisión, ¿no crees? —se aventuró el conde, sin dar opción a Sophie a saludar.

Ella no dijo nada y permaneció inmóvil.

—Una vez la tomé yo —dijo, aludiendo al día que cometió el mayor error de su vida al dejarla en *Great Castle*—. La siguiente la tomaste tú —apuntó a su decisión de casarse con el capitán—. Espero que la próxima la tomemos los dos... —y se corrigió raudo—: Entre los dos.

Ella deseaba permanecer serena, no mostrar su inquietud, pero le estaba costando porque su corazón estaba empezando a acelerarse.

Connor no podía apartar la mirada de ella, esperando un indicio, por mínimo que fuera, de que todavía tenía esperanzas.

—No estoy preparada —comunicó Sophie en voz alta.

Aquello mató a Connor, pues él esperaba algo más positivo. ¿Que no estaba preparada, cuando para él no había habido ninguna otra mujer en quien poder pensar desde hacía tres años? ¡Tres años! Tres años en los que había soportado el rencor por parte de ella, su matrimonio con otro hombre, y había esperado durante un año entero a que Sophie pensara en su futuro con él, porque eso era lo que él había hecho.

—Un mes y medio te costó estar preparada para casarte con Bradley —le recriminó—. ¿Y conmigo no estás preparada después de tanto tiempo?

Que Connor hubiese aludido a Seymour la ofendió; más, cuando el capitán jamás le había recriminado nada a ella por haberse entregado a Stanton.

—No vuelvas a nombrarlo —lo amenazó Sophie muy molesta.

Connor se enfadó.

—No lo uses como excusa —la acusó de jugar sucio.

Aquello fue un golpe bajo para Sophie, y con el enfado se expresó:

—Querías que tomara una decisión, pues ya la he tomado. ¡Márchate!

—Dije que esperaba que la tomásemos entre los dos —replicó—. No saldré de aquí hasta que ambos estemos de acuerdo.

Sophie se rio con cinismo.

—Tiene gracia, Stanton, que sepas dar órdenes pero no sepas escuchar —pronunció molesta porque él hubiese pasado por alto su primera respuesta. Por ello, la repitió—: He dicho que no estoy preparada.

—¿Para qué?! —explotó el conde—. ¿Para casarte conmigo? ¿Para admitir que también me sigues amando? ¿Para qué, Sophie?, ¿para qué no estás preparada? Porque yo he estado guardándote luto desde hace tres años. ¡Tres! Y continuaría haciéndolo si continuases casada con el capitán, pero no lo seguiré haciendo porque ya no está vivo, pero yo sí, Sophie. Estoy vivo y estoy pidiéndote que me des otra oportunidad, que acabemos lo que empezamos tú y yo, Sophie, juntos.

A ella se le ampliaron las fosas nasales por la indignación.

—Lo único que empezamos fue una ilusión enamoradiza por mi parte —espetó—, por la que tú no sentiste ningún aprecio. No obstante, no fue ningún obstáculo para ti seducirme hasta conseguir que me entregara a ti —lo acusó de que ella lo amara en aquel momento y él siguiera enamorado de otra mujer—. Eso es lo que empezamos. Pues bien, Connor, si eso es lo que quieres, es lo que te voy a ofrecer, solo que esta vez cambiaremos los roles —adujo sin pestañear—: Conviértete en mi amante.

Connor dio un paso atrás.

—No te atrevas a repetirlo —la amenazó Connor, mientras sus ojos se inyectaban de rabia por plantearle algo tan miserable.

—Querías que tomásemos una decisión entre los dos, ¿no? Pues yo te he planteado lo que deseo, ahora eres tú quien debe aceptarlo o marcharse.

—¿Pretendes castigarme? Pues te diré algo, no me rebajaré hasta el punto de que me exhibas como un trofeo.

A Sophie las venas del cuello empezaron a latirle.

—He aquí la diferencia entre un hombre y una mujer —señaló, al tiempo que movía la mano entre los dos, apuntándolos repetidas veces a ambos—. Vosotros nos mancilláis, nos abandonáis, nos reclamáis, nos ordenáis, nos cortejáis... y acabáis sintiéndoos los triunfadores que creen haber ganado un trofeo —acusó—. Nosotras perdemos la virtud, nos sentimos desamparadas, nos conformamos, os obedecemos, nos enamoramos... y a pesar de eso, no nos sentimos victoriosas porque no os consideramos ningún premio —dijo, replicando cada acusación que había hecho hacia los hombres, pero en el caso contrario.

Connor dio dos pasos, puso su mano sobre el tirador de la puerta, y la miró antes de abrir.

—¿En qué mujer te has convertido? —preguntó con desprecio.

—En la que quiero ser —anotó—. La que puede hablar con libertad, porque la poseo —habló con serenidad—. La que te está ofreciendo lo mismo que tú me ofreciste a mí —le recordó—, y la que te está demostrando que por lo mismo a lo que yo accedí, tú te sientes insultado. ¡Esa es la diferencia,

Connor! Que yo te concedí tiempo y tú exiges algo para lo que no estoy preparada, sin ser capaz de concederme lo mismo.

El abrió la puerta con tanto ímpetu, que por poco la saca del quicio.

Salió de *Bradley House* con la mente saturada, sintiéndose ofendido por la mera insinuación de que él, ¡él!, el conde de Stanton y Oxford, se tuviese que conformar con acudir a su cama y marcharse cada mañana como si no le importase nada. Eso era lo más ofensivo que Sophie podría haberle dicho.

¿No quería casarse con él? Pues bien, él tampoco perdería más el tiempo.

Entró en *Philo's Gardens* y fue directo a la sala naranja, la que usaban su tía y amigas a diario.

Desde la misma puerta se expresó, sin importarle que lady Violet y lady Hermione estuviesen allí y lo escuchasen; ya daba lo mismo, nada importaba porque Sophie, la mujer que había amado con desesperación, no quería estar con él.

—Os diré algo, tía —anunció—. Un hombre enamorado deja de estarlo cuando la mujer a la que ama le asegura que no está preparada para casarse con él, ya que eso implica que ella nunca lo amó.

Se giró sobre sus talones y se dirigió a los establos; necesitaba cabalgar y, de ser posible, alejarse lo más lejos de Londres... y de Sophie.

# Capítulo L

*Las damas poderosas están para ayudarse*

El alumbramiento del primer hijo de los duques de Whellington y Kennt, Sebastian Francis St. John Callan de Wells, a finales de septiembre, fue el gran acontecimiento social de la temporada.

El festejo, un mes más tarde, reunió una vez más a toda la aristocracia de Inglaterra en *Golden House*.

Durante la fiesta, una de las invitadas parecía gozar de un éxito social impresionante, pues Sophie Bradley había conquistado a todos los caballeros con un vestido escandaloso, o eso era lo que se rumoreaba en ciertos corrillos.

El marqués de Stanford observaba a su hija, molesto porque no hubiese tenido a bien seguir su consejo, y ese pensamiento le hizo recordar la conversación que habían mantenido:

«—Sophie, no puedes acudir a la fiesta con ese vestido —le recriminó, ya que era demasiado escotado.

—Papá, este vestido lo encargué hace más de un año y medio —confesó, pues era el mismo que le había mostrado a Penelope y el que la incitó a que se encargara uno igual pero en color rubí—. A mi esposo le gustó tanto, que me pidió, o más bien, me exigió —bromeó, pues el capitán así lo había hecho —, que acudiese a la modista y encargase una docena más en distintas tonalidades —dijo sonriente, pues no mentía. Seymour Bradley había sido taxativo al respecto; quería quemar el resto del vestuario y comprarlo todo nuevo.

El marqués buscó con la mirada a su esposa, esperando que lo ayudase.

Sophie continuó:

—Si el capitán dio el beneplácito a mi vestuario, ¿por qué no voy a usarlo?

Se giró y se marchó, sin dejar que su padre la intentase convencer de nuevo.

—Olivia, cree que puede exhibirse por ahí con ese escandaloso vestido.

La marquesa reprimió la sonrisa para no enfadarle más.

—No lo cree, Phillip —dijo sin bromear—. Puede.

Y se retiró, dejando a su esposo asimilando la información, pues le iba a costar aceptar que Sophie se había convertido en una mujer independiente que, gracias al capitán, no necesitaba contar con el beneplácito de nadie para vivir su vida como le placiese. Eso, si a un hombre le costaba asimilar, a un padre más.»

—¡Lady Sophie! —se expresó alguien justo detrás de ella.

Sophie se molestó porque la nombrasen así cuando ella había adoptado por voluntad propia el apellido de su esposo. Se giró para amonestar al majadero...

—¡Oh, barón Dexter! —exclamo alegre, y se abrazaron, en medio del jardín de *Golden House*, delante de todos y sin importarles.

Dentro de ese *todos* se encontraba Connor, a dos metros de ellos, quien los acribilló con la mirada. Y enfadado porque ella se mostrase tan contenta y tan seductora esa noche, se acercó.

—Señora Bradley —lo corrigió enojado el conde—. Debe dirigirse a la dama como señora Bradley.

Sophie también se molestó; Connor nunca la había llamado así, y ahora se atrevía a hacerlo con aquella insolencia.

—Viuda del capitán Bradley —cercioró, para ser exacta.

—Lo lamento, Sophie —la llamó Dexter por su nombre, pues entre ellos seguía reinando esa amistad que había surgido hacía tres años.

Al ver que Sophie no apartaba la mirada del conde, sonrió de medio lado.

—Eso me recuerda, mi buena amiga —bromeó, pero el conde no se percató—, que la última vez que nos vimos —señaló, dándose la vuelta y mirando al conde—, estábamos los tres en la misma situación que ahora.

Connor frunció el ceño.

Sophie levantó las cejas, pues no sabía a qué se refería.



—¿Perdón? —preguntó.

—Nos estábamos despidiendo, y os prometí que si a mi regreso no estabais desposada con Stanton, visitaría al marqués.

Connor apretó los puños al recordar aquel día. Nunca podría olvidarlo, pues esa noche él descubrió cuánto le había hecho sufrir a Sophie su abandono.

Sophie vio la broma en sus ojos.

—Pues mi querido amigo —habló, continuando con la chanza —, debo decirle que ya no necesita visitar a mi padre —y aclaró—: La decisión de con quién desposarme la tomo yo.

Connor la miró incrédulo. Se dio la vuelta y se alejó.

Estaba subiendo las escaleras cuando se cruzó con lady Philomena.

—¿Te retiras tan temprano?

—Sí, tía, debo retirarme antes de cometer una locura —afirmó, pues le habría encantado matar a Dexter—. Buenas noches.

La anciana, al llegar al jardín y ver a Sophie agarrada del brazo del barón, lo comprendió.

El conce de Stanton y Oxford llevaba una semana en *Philo's Gardens* y parecía desanimado.

Como era habitual, las tres ancianas estaban jugando a las cartas mientras Connor leía el periódico, haciéndoles compañía.

—El duque de Manfford y Lady Victoria Stewart desean ser recibidos —anunció el mayordomo.

Connor dobló el periódico.

Las viejas se miraron, pues conocían el interés del duque por casar a su hija con Connor.

—Hágalos pasar.

El hombre fue a buscarlos a la sala principal, donde los había dejado

esperando.

—Connor... —intentó advertirle su tía, pues en las dos semanas que llevaban allí, Victoria les había visitado todos los días.

—¿Sabéis tía? Lady Victoria podría ser una gran condesa —aseguró—. Sé que con el tiempo la podría llegar a querer, e incluso tener con ella herederos.

Durante veinte minutos, el duque los acompañó. Luego se excusó para dejar a su hija allí, con el fin de que el conde la acompañase de regreso a *Manfford House*.

Las viejas no estaban contentas con las encerronas que siempre les hacía el duque, como tampoco lo estaban con el interés que había empezado a mostrar Connor por la joven.

En cuanto se quedaron a solas, las tres mujeres urdieron un plan, pues había que ayudar a Connor y a Sophie, o de lo contrario los dos cometerían de nuevo un gran error.

Se levantaron con el plan en mente, dirigirse de inmediato a *Golden House*, donde encontrarían a las dos personas que estaban buscando, ya que la duquesa de Hamilton había decidido quedarse allí una semana más, antes de partir a Escocia.

Entraron en la casa sin ser anunciadas, pues ellas no necesitaban tantos formalismos, y fueron directas a la sala de mañanas, donde las dos parejas estaban dando cuenta a sus desayunos.

—Muchachos, necesitamos hablar con vuestras esposas —se pronunció lady Philomena sin saludar y sin darle importancia a que los dos hombres allí sentados fueran duques nada menos.

—Buenos días, tía Philo —saludó Duncan, amonestándola.

—¿Qué parte de tenemos que hablar con ellas no habéis entendido? —les sermoneó Philomena.

Duncan no se sorprendió, pues conocía a su tía, pero el duque de Hamilton las miró atónito.

Abby reprimió la risa al ver el semblante de su marido.

Lady Hermione golpeó con el bastón, anunciando que tenían prisa.

Los dos hombres se miraron y Duncan le hizo una seña a Niall para que lo siguiera.

—Vamos, vamos, que no tenemos todo el día —apremió lady Hermione.

En cuanto salieron los hombres, lady Violet cerró la puerta.

—Jovencitas, tenemos un gran problema —anunció muy seria—. Y hay que ponerle remedio hoy mismo.

Penelope y Abby se asustaron.

—¿Qué sucede?

—Lady Victoria Stewart y Connor pronto anunciarán su compromiso.

Abby cerró los ojos. Su hermana le había contado lo sucedido y aunque no quiso darle una explicación cuando ella le preguntó por qué no estaba preparada, conocía la respuesta.

Penelope se apenó, tanto por Sophie como por Connor, pues él también había hablado con ella abiertamente sobre sus sentimientos hacia su amiga.

—¿Y qué podemos hacer? —se interesó Abby.

Las ancianas tomaron asiento y explicaron lo que debía hacer cada una de ellas.

Penelope y Abby no se opusieron. En realidad era la única forma de conseguir que esos dos acabaran juntos de una vez por todas, o se separaran para siempre.

Salieron en dos carruajes, cada una en una dirección.

\*\*\*

Connor estaba en *Trowbridge Abbey*, repasando el libro de cuentas en su estudio, cuando su mayordomo entró con la bandeja de plata portando la tarjeta de la persona que quería ser recibida, o más bien, de la mujer que ya se había instalado en la casa sin esperar a ser anunciada.

—¿Lady Hamilton? —preguntó sorprendido.

—Sí, milord —respondió avergonzado el mayordomo—. Su Excelencia me ha proferido que le transmita el siguiente mensaje: «Puede hacerla esperar cuanto desee, pues viene preparada para quedarse.»

Connor parpadeó, ¿qué quería decir eso?

—Créame, milord, viene preparada para cumplir su amenaza.

Era cierto, pues Abby, que no tenía precisamente una relación estrecha con el conde, había entrado sin esperar a ser invitada ni anunciada, se había dirigido a la sala que le pareció más iluminada, se había sentado en el sofá y había sacado su bastidor para bordar mientras esperaba, como si eso fuese lo más lógico del mundo en casa ajena.

Connor, presto de curiosidad, se acercó a la sala calabaza, donde el mayordomo le había informado que se había colado la duquesa.

La miró durante un buen rato en silencio, sin entender qué hacía allí bordando en su sofá. ¡Su sofá!

—¿Lady Hamilton?

Al escucharle ella sonrió, sin apartar la mirada de su labor.

—Suená bien, ¿verdad? —respondió, descuadrando al conde, que no entendía nada—. Lady Hamilton —repitió ella cantarina, recreándose en lo bien que sonaba su título, más que nada por la persona que lo representaba.

Connor se cruzó de brazos, esperando que ella se explicara.

Abby clavó la aguja en la tela e hizo a un lado el bastidor para mirar al conde.

—A pesar de que no le tengo en alta estima —proclamó sin avergonzarse—, debo admitir que no me importaría llamar a mi hermana lady Stanton.

Connor descruzó los brazos y los dejó caer, se llevó las manos a la espalda y se apoyó en la pared forrada de papel calabaza y estampado amarillo.

—Bueno, lady Hamilton, no es a usted a quien le compete tomar esa decisión —apuntó él, mirándola a los ojos—. Sería su hermana quien debería tomarla y creo que ya la tomó.

Abby se levantó del sofá y se estiró las faldas.

—Me complace poder estar en desacuerdo —habló honesta y encantada de poder rebatirle—. La decisión más bien la tomó usted.

Él se molestó. No solo Sophie lo había insultado sino que encima venía su

gemela a acusarlo de... de... ¿de qué le estaba acusando?

—No sé qué pretende, lady Hamilton, pero no creo que le deba ninguna explicación —criticó.

—No me la debe —reconoció—. No obstante, sí se la debe a mi hermana, que es la única que me importa.

—Su hermana me expulsó de su casa —la informó por si no lo sabía.

—Nuevamente debo corregirle —anotó—. Fue usted quien se marchó de allí enfadado por no saber escuchar con el corazón.

—¿Cómo se atreve...?

—Me atrevo porque usted además de sordo es ciego —apuntó con tanta solemnidad, que él no se lo tomó como un insulto—. Sophie le confesó no estar preparada y usted salió de allí sin explicarle a ella por qué no estaba dispuesto a esperarla.

Eso fue la gota que colmó el vaso para el conde.

—¡Tres años! Tres años llevo esperándola —explotó—. Y mientras yo lo hacía, ella se casó con otro.

Abby gesticuló dando a entender que hablar con él era perder el tiempo, por lo que se giró y se inclinó para recoger su bastidor.

—Una lástima, milord, que no vea lo que yo veo. —Se apenó y se giró con el bastidor entre las manos a la altura de su pecho—. Sordo, ciego e impaciente... ¡Es usted todo un techado de virtudes!

El conde resopló.

—¿Ha venido a mi casa para insultarme?

—No —respondió concisa—. Vine con la intención de ayudarle a recuperar a mi hermana, pero veo que usted no merece estar con ella —dijo con tranquilidad, acercándose a la mesa donde había dejado su bolsa de tela para guardar el batidor—. Solo un hombre que sepa escuchar podrá estar con ella.

—La escuché perfectamente, le aseguro que no tengo dolencia auditiva.

Abby, que le estaba dando la espalda, sonrió, guardó el bastidor y borró la

sonrisa para darse la vuelta y mirarlo.

—Le daría un consejo, pero sería caer en saco roto —dijo encogiéndose de hombros, y despertando la curiosidad del conde.

—¿Cuál?

—Ha dicho que la escuchó.

—Sí.

—La escuchó como hombre.

—¿Cómo iba a escucharla si no? —Más que una pregunta, era una queja.

—Como hombre enamorado —sentenció Abby—. Escúchela como hombre enamorado y deje *al hombre* a un lado, así el orgullo no le ensordecera ni le cegará.

Caminó hacia la salida, y al pasar por su lado se paró.

—Créame, lord Stanton, encontrará la diferencia —aseguró.

Y se marchó, dejando al conde pensativo.

\*\*\*

En *Bradley House*, Penelope tomaba una taza de té enfrente de Sophie.

—Sophie, sabes que para mí eres como una hermana —reconoció, pues así siempre la había tratado—. Pero ahora también tengo un hermano. Connor.

La viuda del capitán frunció el ceño.

—Debo saber si estás dispuesta a casarte con él o no.

Nadie hubiese esperado una frase tan directa, o por lo menos, Sophie no.

—Le expliqué que no estaba preparada.

Penelope asintió con lentitud.

—Lo comprendo —convino—. No obstante, Connor es un hombre que tiene ciertas obligaciones que cumplir —aludió al legado de sus títulos—. Y existe una dama interesada en convertirse en la futura condesa de Stanton y Oxford —informó.

Si alguien le hubiese advertido antes a Sophie, de que se podían sentir latigazos a través de las palabras, habría estado preparada para aquel escozor que notó en su piel.

—¿Quién? —preguntó en un hilo de voz.

—Lady Victoria.

A Sophie se le cayó el alma a los pies. La hija del duque era muy hermosa, de gran sofisticación y una muchacha dócil; la clase de mujer que cualquier hombre desearía convertir en su esposa.

Mientras Sophie elucubraba y llegaba a aquella conclusión, Penelope pensaba algo parecido, solo que había algo que no le cuadraba. Si era tan perfecta en todos los sentidos, ¿por qué continuaba soltera dos años después de su debut?

—En tal caso, Sophie, apoyaré a Connor. Se merece ser feliz —comentó y añadió—: Te ha esperado tres años, es hora de que cierre esa puerta y le ofrezca a lady Victoria un futuro junto a ella.

# Capítulo LI



*Si escuchas al corazón, hallarás la solución*

Connor llevaba toda la tarde pensativo, intentando comprender qué demonios significaba escuchar como un hombre enamorado.

Cerró los ojos y rememoró aquella conversación con Sophie, intentando entender una vez más...

Su corazón se agitó.

¡Buen Dios, Abby tenía razón!

Él no había escuchado como un hombre enamorado porque su orgullo le había ensordecido.

«—¿En qué mujer te has convertido? —preguntó con desprecio.

—En la que quiero ser —anotó—. La que puede hablar con libertad, porque la poseo —habló con serenidad—. La que te está ofreciendo lo mismo que tú me ofreciste a mí —le recordó—, y la que te está demostrando que por lo mismo a lo que yo accedí, tú te sientes insultado. ¡Esa es la diferencia, Connor! Que yo te concedí tiempo y tú exiges algo para lo que no estoy preparada, sin ser capaz de concederme lo mismo.»

Sophie hablaba de cuando él le confesó que no estaba preparado para pasar por el altar, y ella, *su Sophie*, había accedido a concederle el tiempo que necesitara para hacerlo, incluso sin convicción o promesa de llegar a pedir su mano.

Tragó con dificultad.

¿Cómo había estado tan ciego? Fue ella quien abrió su corazón y la que se entregó a él incluso creyendo que seguía enamorado de otra mujer. Y aun así, Sophie le confesó que lo amaba con aquellas dos palabras: «te amo».

Ella le había amado y nunca le había recriminado nada ni intentó convencerle de pedir su mano al marqués, porque ella le amaba tanto como para esperar una semana, un mes, un año... o una eternidad.

No lo soportó. Se había equivocado de nuevo, volvería a perder a Sophie, y una vez más, se lo merecía por ser un necio.

Salió al pasillo y bramó:

—¡Que preparen a Runken, con urgencia!

—¿Por qué tanta premura? —se preocupó el mayordomo.

El conde respondió gritando mientras salía corriendo por la puerta en dirección a los establos:

—¡Voy a buscar a la mujer de mi vida!

Cabalgó sin descanso hasta *Bradley House*, y aporreó la puerta con la misma desesperación que lo embargaba.

El mayordomo abrió y lo miró enfadado.

—Milord, estas no son horas de visitar casas ajenas —lo amonestó.

—Avisad a vuestra señora —ordenó.

—Lo lamento, lord Stanton, la señora Bradley no se encuentra en la casa.

Connor se paralizó. ¿Qué decía ese hombre? No podía ser, era más de medianoche y esa noche no había ningún acto social en la ciudad. Eso significaba que Sophie... Sophie...

Hizo a un lado al mayordomo, pues debía comprobarlo con sus propios ojos. No podía ser que hubiese perdido a Sophie otra vez; no, no podía...

Corrió por todas las salas y llegó al dormitorio de Sophie, ya que por la invalidez del capitán habían habilitado los dormitorios de los señores de la casa en la planta principal.

Su corazón se congeló, como también su alma.

El mayordomo y dos lacayos llegaron hasta él.

Al verlo tan paralizado se sorprendieron, pues al entrar con tanta fuerza pensaron en sacarlo a patadas, pero ahora, aquel hombre parecía otro; uno que daba lástima.

Tanto fue así que se apartaron cuando él, con la cabeza agachada, pasó por delante de ellos.

Sophie regresaba a su casa en carruaje, con los ojos llenos de lágrimas. Después de pasar el día pensando en Connor y en su futuro compromiso con

Victoria, se sintió desfallecer al comprender que nunca más volvería a estar con él, que sería otra mujer la que llevaría sus hijos dentro. Y no lo soportó, por lo que salió en su busca porque debía pedirle perdón por no haberle confesado el verdadero motivo por el que no estaba preparada.

Pero al llegar e informarle de que había ido a buscar a la mujer de su vida, se sintió desfallecer. Lo había perdido otra vez, y en esta ocasión para siempre.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos y dolor, que no se dio cuenta de que el carruaje había parado y solo se percató cuando Stanton montó de un salto y se colocó justo en el asiento de enfrente.

—Connor, ¿qué estás haciendo?

—Lo que tenía que haber hecho hace tres años —sentenció—. Secuestrarte.

Sophie se quedó callada.

Él, por el contrario, sacó a la luz toda su angustia y desesperación por ella.

—Seré tu amante, Sophie. Me convertiré en tu trofeo si es lo que deseas. Esperaré todo el tiempo que necesites, no me importa si es una vida entera... —agonizó—. Pídeme lo que quieras, Sophie, porque estoy dispuesto a hacer lo que sea, pero no me alejaré nunca más de ti —rogó como nunca antes lo había hecho—. ¿Qué es lo que deseas?

—Casarme contigo —respondió ella, con lágrimas en el rostro.

Connor se abalanzó y la besó porque la necesitaba. No había mentido, haría cualquier cosa que le pidiera con tal de no alejarse de ella.

—Amor, si necesitas tiempo te lo daré —concedió, rozando sus labios.

—Nunca estaré preparada —confesó.

Él frunció el ceño.

Ella, con su dedo gordo acarició aquellas arruguitas que se le marcaron.

—No estoy preparada para perderte —consiguió por fin decir en voz alta lo que tanto temía—. Cuando Bradley murió, creí no estar preparada, pero lo estuve; sin embargo, no estoy preparada para perderte... No puedo, Connor,

no puedo perderte, sin ti estoy muerta.

Ese era su gran secreto, el que no quería confesar a nadie, pues si volvía a perder a Connor, volvería a morirse por dentro, como lo había estado durante un año. La otra vez consiguió superarlo gracias al capitán, pero ahora no podría, de eso estaba segura. Y le había ofrecido ser su amante porque lo necesitaba con desesperación, y pensó que si no se dejaba llevar por el corazón sino por la pasión, estaría a salvo. Pero esa mañana había descubierto que no era así, que se había estado engañando, pues con Connor no había medias tintas; él lo era todo. Él poseía su alma, la que no pudo entregarle al capitán, como tampoco podría entregársela a ningún otro, porque se la concedió a él hacía tres años.

Él se emocionó.

—Amor —musitó casi sin voz, pues la emoción apenas le dejaba hablar—. No voy a abandonarte nunca... nunca... excepto cuando muera.

Sophie se abrazó con fuerza y lloró.

—No estaré preparada para ese momento.

Él le besó la cabeza, sin dejar de abrazarla, mientras ella, apoyada en su pecho, lloraba.

—Yo tampoco lo estaré, Sophie —declaró, honesto—. Pero no puedo alejarme de ti, porque sé que cuando no estoy contigo, estoy muerto.

Ella levantó la cabeza para mirarlo.

—¡Oh, Connor! En ese caso no hay diferencia entre nosotros —razonó, pues a ella le pasaba lo mismo sin él.

Él repartió cientos de besos por su rostro.

—Entonces casémonos, Sophie —rogó—. Casémonos y tengamos hijos para que nuestro amor siga siempre vivo gracias a ellos.

Sophie sonrió plena y lo besó.

## Capítulo LII

*Las damas poderosas también dan el relevo*

Los condes de Stanton y Oxford se casaron una semana después del rapto de Sophie por parte del conde; una celebración que despertó mucho interés, más que nada por la celeridad con la que se había organizado todo. El cotilleo ya estaba en boca de todos y se especulaba sobre la fecha en la que se anunciaría la noticia del embarazo de Sophie.

Una vez más, la hija del marqués hizo caso omiso a todo y se casó cuando lo había decidido, despertando la envidia de muchas damas que habían visto en el conde la posibilidad de casar a sus hijas, y no solo de damas, pues el duque de Manfford también envidió a la nueva condesa.

Sophie se arrastró sinuosa por la cama, despertando un apetito voraz en su marido, que como siempre que su mujer estaba desnuda ante él, se calentaba sin remedio y sin poderlo evitar. Claro que, no lo iba a negar, tampoco quería remediarlo.

—Debes saber algo que pronto se comentará en la ciudad —anunció Sophie, mientras lamía el mentón de Connor—. Vamos a ser durante un tiempo el centro de un escándalo.

Connor sonrió y poco le importó, pues estaba dispuesto a ser el protagonista de cualquier escándalo con tal de que su mujer no dejase de tocarlo como lo estaba haciendo con aquellas manos expertas.

—¿De veras? —preguntó por preguntar, pues estaba demasiado excitado como para concentrarse en nada más que en su mujer.

—Oh, sí, ya lo creo —afirmó y le mordió el lóbulo de la oreja—. En cuanto anunciemos la noticia del embarazo.

Connor escuchó «embarazo» y sujetó la cabeza de Sophie para mirarla a los ojos.

Al encontrar en ellos la verdad y la felicidad que mostraba, la besó.

—¿Por qué será un escándalo?

—Me quedé embarazada el día que me raptaste —confesó alegre, enamorada y muy dichosa.

Él se carcajeó.

Definitivamente, sí serían los protagonistas del escándalo.

—¿Lo sabe alguien?

—No.

—Perfecto, por fin voy a sorprender a las tres brujas.

Sophie se carcajeó y él la besó, la tumbó, y le hizo el amor a su mujer.

«Mi esposa», pensó Connor.

La noticia se celebró en *Philo's Gardens*, donde se habían reunido las dos familias, los St. John y los Allende.

Después del almuerzo, tres ancianas solicitaron la presencia de Penelope, Abby y Sophie en la sala privada de la casa.

Las muchachas acudieron y ahí se encontraban las seis, dos generaciones distintas en la misma habitación.

—Existe un momento en la vida que es muy especial —dijo lady Philomena, rompiendo el silencio—. Cuando nacen los hijos.

Las tres jóvenes se miraron y sonrieron. Dos de ellas ya eran madres y dos de ellas estaban embarazadas, una sorpresa en la familia Allende que provocó un arrebató por parte del marqués, pues alzó los brazos al cielo para protestar por no pensar en él, ya que las dos gemelas estaban del mismo tiempo, y con la suerte que tenía, seguro que se pondrían de parto a la vez.

—Nosotras no hemos tenido esa felicidad —declaró lady Violet.

—Por lo que ha sido para nosotras más complicado buscar a las muchachas que mereciesen recibir nuestro legado.

Ninguna de las tres entendió a qué se referían.

—¿Qué legado? —preguntó Abby.

—El poder.

—¿Perdón? —se pronunció Sophie.

—No un poder normal, sino el mayor poder de todos —comunicó lady

Philomena, muy orgullosa—. El único que puede ayudar o destrozar, y ese poder os lo vamos a legar a vosotras.

—¿Cuál es ese poder? —indagó Penelope, muy curiosa.

—Los *Ecos de Sociedad* de Londres.

Abby abrió la boca.

Penelope agrandó los ojos.

Sophie parpadeó sin parar.

—¿Ustedes escriben los *Ecos de Sociedad*? —titubeó Sophie, admirando a esas tres ancianas.

Las viejas asintieron al unísono.

—Increíble —admiró Penelope.

—Sensacional —aplaudió Abby.

—Nos ha costado muchos años mantener oculta nuestra identidad —advirtió lady Hermione.

—Treinta —corroboró lady Violet.

—Debéis mantenerlo en secreto, como ocultaréis siempre las vuestras —expuso lady Philomena.

—¿Por qué lo hicieron? Quiero decir, ¿qué les impulsó a escribirlo?

Las tres mujeres se miraron y sonrieron nostálgicas.

—Porque las damas poderosas deben ayudar —sentenció lady Philomena—. Comenzamos este panfleto porque un conde intentó arruinar la reputación de una joven, y gracias al periódico el único que acabó con la reputación arruinada fue él.

—Una de ustedes, supongo —curioseó Sophie.

Las tres negaron.

—No, no la conocíamos, pero no importaba; sabíamos la verdad y la verdad, jovencitas, es la mejor arma para vencer.

Las tres jóvenes tenían muchas dudas y preguntas, que las ancianas respondieron con tranquilidad.



—¿Por qué nosotras? —preguntó Penelope.

—Porque habéis demostrado ser damas poderosas.

Casi tres horas después, salían las tres jóvenes de la sala privada.

En la sala familiar, estaba la familia esperándolas.

Connor abrazó a Sophie por detrás.

—Dime que después de tres horas, has conseguido descubrir el secreto de mi tía y sus amigas.

Sophie se carcajeó y asintió con la cabeza.

Duncan y Connor se miraron.

—¿De veras?

—No sé por qué os extraña tanto —comentó Abby con tranquilidad.

—Cierto, yo tampoco lo entiendo, si todo el mundo sabe el secreto de lady Philomena, lady Violet y lady Hermione.

Los hermanos St. John no se podían creer lo que estaban escuchando, llevaban toda la vida intentado averiguarlo, y ahora sus mujeres y cuñada proclamaban que lo conocían, con solo hablar con ellas tres horas... ¡Tres horas!

Niall observaba a los hermanos St. John y aguantaba la risa, porque de verdad que no estaban fingiendo; estaban realmente atónitos al escucharlas.

—¿Y cuál es su secreto?

Las tres se miraron, sincronizadas, como solían hacer las ancianas, y al unísono respondieron:

—Son *damas poderosas*.

## Epílogo

### Veinticinco años después

Escocia, Agosto de 1843

La duquesa de Whellington y Kennt estaba sentada sobre el regazo del duque, riéndose, cuando la entrada precipitada de su primogénito, con el semblante serio y mostrando enfado, la sorprendió.

—¡Decidme que mis hermanas no han sido instruidas por la misma institutriz que Yvaine! —se expresó, aunque sonó a ruego.

Penelope se incorporó y se quedó de pie, estudiando el semblante de su hijo, un porte muy parecido al de su padre, pues como la mayoría de los St. John, poseía el cabello negro y los ojos grisáceos. Excepto dos de sus hijos, de los seis que había alumbrado, tres chicos y tres chicas, pues su tercera hija era morena de ojos violáceos y su cuarto hijo era pelirrojo con los ojos como su madre.

Que nombrara a Yvaine, la octava y última hija de los duques de Hamilton, la hizo sonreír; esa muchachita, que acababa de cumplir diecisiete años y pronto debutaría, seguramente había hecho algo excepcional para que su hijo Sebastian llegase tan alterado. Conociendo a Yvaine y lo mucho que se parecía a su madre, no le extrañaría nada de lo que su hijo le pudiese decir, porque la joven hablaba y actuaba casi siempre sin pensar.

Duncan también permaneció atento. Le pareció sorprendente que mostrase tanto enfado, más que nada porque no había heredado su temperamento, algo que agradecía, pues él pocas veces había sabido controlarlo; así que era curioso que de sus seis hijos, el más tranquilo hubiese entrado tan alterado.

—¿Por algún motivo? —indagó Penelope.

—¡No tiene sentido común! —protestó, encolerizado—. En mi vida he conocido a una mujer tan irracional, descarada, arrogante y terca —dijo del tirón—. ¡Tienes que hablar con su madre! Debe prohibirle que salga del castillo hasta que aprenda a comportarse como se espera de la hija de un duque.

Duncan se levantó de su asiento y se colocó al lado de su mujer.

El chico estaba realmente enfadado; tanto, que apenas dejaba hablar a los demás.

—Madre, hablo muy en serio —adujo—. Si no encierran a esa descarada, voy a tener que acudir al entierro de mi mejor amigo —expuso, aludiendo a Kylian, el heredero de los Hamilton—. Va a tener que retarse con todos por su culpa.

Duncan iba a preguntar, pero Sebastian continuó exponiendo sus quejas:

—No solo se comporta con indecencia, sino que además, tiene la osadía de justificar su mal comportamiento —se quejó indignado—. ¡Desnuda! —gritó—. ¡Nada en el lago, desnuda!

Penelope parpadeó por aquel arranque efusivo.

Duncan permaneció callado.

—Habla con su madre —aconsejó, aunque más bien fue una orden.

Sin más, el joven se alejó, dejando allí a sus padres mirándose entre sí.

—Mmm... Es curioso que se haya alterado tanto, ¿no crees? —comentó el duque aguantando la risa.

—Sí, muy curioso que su alteración sea por ver a Yvaine... desnuda.

Los dos se rieron sincronizados.

—Prepárate, Pen —advirtió Duncan a su esposa, acariciándole el mentón, mientras se inclinaba para besarla—. El debut de Yvaine va a dar mucho que hablar... O más bien, va a crearle unos cuantos quebraderos de cabeza a nuestro hijo.

Y besó a su mujer, convencido de que se divertiría mucho la próxima temporada.

Se separaron justo cuando entró la institutriz de su hija pequeña.

—Disculpe, Excelencia.

—¿Sí, Megan?

—Verá, no sé si es apropiado lo que voy a comunicarle —expuso la

mujer, avergonzada.

Penelope la miró con atención. La conocía muy bien, exactamente desde que era una niña, pues era la hija de su capataz Edgar y, como bien había vaticinado el maestro que ella contrató para que diese clases en la escuela que inauguró para que a las gentes de sus tierras no les faltase educación, la pequeña Megan se había convertido en una gran institutriz.

—No sé si tienen alguna queja sobre mi manera de instruir —comentó preocupada.

—En absoluto —adujo Penelope—. Ha instruido a mis tres hijas perfectamente.

La mujer suspiró aliviada.

—Es que lord Wells me ordenó que enseñara a sus hermanas a vestir decentemente y que no se desnudaran en público.

Duncan se carcajeó al escuchar aquello, y restó importancia con la mano.

—No se lo tenga en cuenta —se disculpó en nombre de su hijo—. Hoy está un tanto perturbado.

La mujer asintió y se retiró.

Penelope negaba con la cabeza.

—Decididamente, ver desnuda a Yvaine lo ha perturbado por completo —aseguró, pues haber llegado al extremo de incomodar a la institutriz, decía mucho.

En *Great Castle* se disfrutaba de un remanso de paz, algo extraño, ya que la presencia de los ocho hijos de los duques siempre alteraba el silencio; pero esa tarde parecía que por fin se podía descansar.

Por eso, el duque estaba tumbado en el sofá, con su cabeza reposando en el regazo de su esposa, con los ojos cerrados, mientras ella leía un libro.

—Padre, tenemos que hablar —rompió el silencio el marqués de Trent—. En privado.

El duque abrió los ojos y vio a su hijo mayor junto a su hija pequeña en el

umbral de la puerta.

Se levantó y miró a su mujer. Ella no gesticuló, pero conocía muy bien a sus hijos, y supo que algo había hecho Yvaine para que hubiesen entrado juntos en la casa, él reclamara la presencia de su padre en privado, y su hija lo mirase desafiante.

El duque caminó despacio, y cuando llegó a la altura de sus hijos, la niña de sus ojos le hizo una caída de pestañas y le besó en la mejilla.

Mmm... Interesante, ¿qué habría hecho para intentar camelarle?

Eso mismo pensó Abby, pero fingió no haberse dado cuenta de la artimaña de su hija para ablandar a su padre. Claro que, el duque necesitaba poco para caer rendido ante los pies de Yvaine, nadie podía negar que era su niña mimada. Siempre había querido tener una hija, y en el octavo parto lo consiguieron.

La muchachita, tan rubia y con los ojos azules como todos los Bain, se sentó al lado de su madre y soltó un suspiro muy teatral.

—¿Agotada? —indagó Abby, mientras fingía seguir leyendo.

—Un poco —reconoció—. Aunque mi agotamiento es emocional.

Abby bajó el libro. Aquella respuesta estaba muy estudiada, pues era un invite para que su madre se interesara. Desde luego, Yvaine era muy inteligente, pensó con orgullo.

—Por algún motivo en especial, imagino.

Yvaine se encogió de hombros.

—Sí, madre, los hombres no me entienden —comunicó, con mucha sencillez.

—Los hombres —repitió Abby.

La joven asintió enérgica.

—Para ser más exactos, mis hermanos, mi tío James y Sebastian.

Lo que venía a decir, todos los hombres que ella conocía y con los que se había criado.

—Comprendo.

—No, no comprendes —discutió, ofendida porque no la entendieran—. Siempre nos hemos bañado en el lago y hemos jugado a ver quién ganaba en cruzarlo primero —memoró sus años de niñez—. No sé qué les enseñan en Oxford, pero hubiese sido mejor que no les hubiesen permitido entrar allí, porque los convierten en hombres irracionales.

Abby se cruzó de brazos.

—De verdad, mamá —aseguró—. Kylian y Sebastian, antes de ingresar en Oxford eran divertidos; ahora son... son... —No sabía cómo terminar aquella frase.

—Irracionales —terminó por ella su madre.

La muchacha asintió.

—Estaba en el lago y me quité el vestido —confesó la historia—. No iba a destrozarme mi vestido favorito, ¿verdad? —expuso, intentando justificarse—. Reté a Philomena, Hermione y Violet... Claro que ellas, como siempre se negaron.

Abby no cambió de posición, pero escuchó la queja explícita de su hija porque sus primas nunca aceptasen sus retos; ellas eran más comedidas.

—Bueno... No quiero dispersarme. La cuestión es que llegaron el tío James, Kylian y Sebastian y, ¿te puedes creer que se enfadaron conmigo?

Abby aguantó la risa, su hija parecía muy indignada.

—Sebastian me acusó de ser una descarada. ¿Yo descarada? ¡Habrás visto semejante ser irracional! —despotricó, molesta con el marqués de Wells—. ¿Qué te parece?

Que su hija tenía un problema por no advertir que ya no eran unos niños, y que el enfado de sus hermanos James y Kylian, y el de Sebastian, el hijo de su amiga Penelope, era lógico.

—Yvaine, ya no sois niños, ya no puedes bañarte en el lago sin la ropa apropiada —comunicó sin alzar la voz.

—No me metí desnuda —se defendió—. Llevaba las calzas y la camisola.

Abby cerró los ojos. Sí, eso era ir desnuda.

—No lo entiendo —protesto incrédula, pues de verdad pensaba que no había hecho nada indecente—. Antes nos bañábamos todos juntos y ahora se molestan por todo... ¡No me entienden!

Y con el enfado, se levantó del sofá y se marchó a su dormitorio. Quería tumbarse y olvidarse de Sebastian, que la había mirado con malos ojos... Bueno, no sabía si malos, pero desde luego la había mirado de manera distinta a como solía hacerlo siempre, y además, no había apartado la mirada de ella durante mucho rato... Mucho.

\*\*\*

En *Valley of Thistles*, los marqueses de Stanford estaban pasando la temporada estival, junto a su hijo, el conde de Aberdeen, y su hija Sophie, que había ido con su esposo Connor y sus cinco hijos.

James entró en la sala familiar, donde estaban sus padres, su hermana y su cuñado jugando a las cartas.

Se dejó caer en uno de los sillones y comentó alegre:

—Es una suerte que mis sobrinas tengan hermanos —canturreó—. Más bien, es maravilloso que Yvaine tenga siete hermanos que pueden velar por ella y no tener que ser yo quien se rete por defenderla.

Aquello llamó la atención de los dos matrimonios, que se giraron para mirarlo.

Lo que vieron fue a un hombre de veintisiete años, con los brazos cruzados detrás de su nuca y las piernas estiradas, mostrando una pose relajada. Pero aquella sonrisa de ensoñación fue lo que más les sorprendió.

—Mis hijas tienen dos hermanos, no necesitan a su tío para que las defiendan —le sermoneó Sophie, aludiendo a sus hijos mayores, los gemelos Ashton Seymour St. John, conde de Oxford, y Leonard Phillip, y añadió—: De hecho, incluso ellas pueden defenderse sin la ayuda de sus hermanos.

Connor sonrió. Su mujer no había cambiado, seguía actuando según le parecía, con total libertad, algo que despertaba la envidia en la alta sociedad. Y cierto era que a sus hijas les inculcaba todo lo que ella había aprendido. Claro que, el pensamiento y la libertad de la que gozaba Sophie, a pesar de haberse casado nuevamente tras quedar viuda, no lo compartían, ya que ellas

se habían criado bajo el techo de un conde, y las normas de las hijas de los aristócratas Sophie las conocía; aunque intentase saltárselas, la sociedad seguía siendo muy estricta.

—Eso he dicho, que es una suerte.

—¿Qué ha hecho esta vez Yvaine? —se interesó el marqués por su nieta.

—Lo de siempre —respondió contento, pues él disfrutaba mucho viendo a sus sobrinos metidos en líos por su hermana pequeña—. Meterse en líos.

El marqués negó con la cabeza. Se lo había advertido al duque de Hamilton mil veces: «Confórmate con tener hijos varones y da gracias al buen Dios por ello, porque las hijas solo traen quebraderos de cabeza»; él mejor que nadie lo sabía.

Se incorporó como un resorte, mostrando una vez más que era un hombre muy enérgico, pues nunca paraba quieto.

—Estoy deseando que llegue marzo —declaró entusiasmado—. El debut de mi sobrina será sonado, estoy convencido de ello. ¿No es fantástico? Vamos a disfrutar mucho.

Y se alejó corriendo.

Sophie miró a Connor y acabaron riéndose porque su marido había dicho lo mismo la noche anterior. Estaban convencidos de que el debut de Yvaine sería el más esperado de todos.



## Notas de la autora

Otro dato que me pareció curioso fue el «Grand Tour». Se trataba de un itinerario de viaje por el continente (Europa), el antecesor del turismo moderno, que tuvo su auge entre mediados del siglo XVII hasta la segunda década del siglo XIX. Lo realizaban jóvenes aristócratas como parte de su etapa educativa y de esparcimiento, previa a la edad adulta y al matrimonio. Se considera que en parte se originó por el declive de la educación universitaria, ya que los jóvenes se veían obligados a viajar para tener mayor acceso al arte clásico y el Renacimiento. Dependiendo del presupuesto de cada uno, podía durar entre varios meses o varios años.

Cuando nuestros protagonistas dicen que van a viajar a Roma, Florencia y Venecia, veréis que no dicen Italia, porque hasta 1861 no existió la unificación de los distintos estados que forman la península italiana.

Y cómo último aporte, la Navidad en la época de la regencia. Inglaterra no era un país católico, por lo que para ellos esta fecha no era más que una excusa perfecta para celebrar una fiesta que duraba casi un mes: del seis de diciembre al seis de enero. El décimo segundo día (Twelfth Night) era un día de desfase; tanto, que en la época victoriana la reina Victoria prohibió el festejo del Twelfth Nigth. También hay que comentar que en estas fiestas los niños no formaban parte; normalmente los adultos viajaban a las fiestas a las que habían sido invitados sin niños, dejándolos al cargo de sus institutrices, o, en su defecto, si los menores acompañaban a sus padres, se les instalaba en alcobas preparadas para ellos, evitando que molestasen a los invitados. Y aunque parezca extraño, pues siempre que pensamos en Navidad lo primero que se nos viene a la mente es el árbol de Navidad, en la regencia no existía la tradición de poner el árbol. Esta tradición es alemana, y aunque la primera vez que se plantó un árbol fue en 1800, por la esposa alemana del rey Jorge III, la reina Carlota de Mecklemburgo-Strelitzque, no llegó hasta todos los hogares británicos. Su mayor auge de la tradición del árbol fue cuando los periódicos más populares de la época victoriana, en 1845, describían con

minuciosidad todos los detalles de los árboles que decoraban la casa real de los monarcas, gracias al príncipe Alberto, esposo alemán de la reina Victoria, que continuó la tradición de llevar abetos de su Coburgo natal, para decorar el gran salón. Fue entonces cuando la sociedad inglesa, tanto la alta como la baja, empezaron a sentirse atraídos por esta costumbre y la instalaron en sus hogares.

## **Dedicatorias especiales de las lectoras**

En esta ocasión, las lectoras han querido aportar un pequeño homenaje a todas las mujeres que nos allanaron el camino, tanto a las grandes desconocidas como a todas aquellas que han formado parte de sus vidas. Porque existen tantas DAMAS PODEROSAS como mujeres respiran. A todas ellas, sin excepción, mil gracias por ayudarnos a vivir en un mundo mejor.

### **Audrey Mar**

A las mujeres de mi familia, que me enseñaron a luchar pero, sobre todo, a reír.

### **Chari Martines**

Para esas mujeres luchadoras que valen mucho, mis más sinceras felicitaciones.

### **Isa Arraez Cordoba**

La mujer que más admiro en esta vida es mi madre. Por su lucha, amor... y porque de la nada me lo dio todo.

### **Beatriz Mariscal**

En honor a todas las mujeres luchadoras del mundo, da igual su raza o color; porque nos han ido abriendo el camino para seguir luchando por la igualdad.

### **Rosa Plaza**

GRACIAS a todas las mujeres que lucharon y no se rindieron para conseguir nuestros derechos, y a todas las jóvenes que no permiten que les roben todo lo conseguido.

### **Gema Pomares Quesada**

Para mi gran dama poderosa, MI MAMÁ, una luchadora incansable. Te quiero.

### **Encarna Cobo Fernández**

A mi madre. Cada día te echo más de menos. TQM

**Manoli Morcillo Ruiz**

Para ti, una mujer que siempre has demostrado estar ahí con una sonrisa.

**Loli Martinez Castellano**

Mil GRACIAS a todas esas extraordinarias mujeres que abrieron el camino para que hoy en día podamos disfrutar de un mundo con un poco más de igualdad. Y para las que siguen luchando por no perder lo conseguido y así, algún día poder llegar a la igualdad total.

**Nataliuki Al**

A todas las que en un mundo vetado a las mujeres, se empeñaron en luchar para conseguir unos derechos que ellas no llegaron a disfrutar, pagándolo incluso con su vida.

**Nuri Ferrer Martinez**

Gracias por vuestra lucha, por vuestros esfuerzos, por no rendiros, por darnos voz y voto. ¡Gracias por tanto!

**Mari Carmen Gonzalez**

A todas las mujeres, empezando por mi abuela, que fueron capaces de engendrar la vida de diez hijos, amamantarlos, criarlos, cuidar de todo y de todos, y transmitir y conservar los mejores valores. ¡Qué sería del mundo sin las manos de las mujeres!

**Rita Monzon Santana**

Gracias por la lucha de la primera mujer, pues hoy, en estos momentos podemos decir que ahora nos escuchan, aunque aún siga haciendo falta que nos sigan escuchando... Nuestras antepasadas han luchado por nuestros derechos y ahora nos toca a nosotras seguir. Somos mujeres fuertes, mujeres que podemos con dos cosas y más a la vez, y que seguimos luchando por nuestros derechos, porque la vida es de las mujeres también y, sobre todo, SOMOS DAMAS Y PANTERAS.

**Natti Ruano**

A ti, mujer, que no dejas que la adversidad te haga caer, y ante lo

imposible haces lo posible, porque eres madre y muchas veces padre; porque eres abuela, tía, hermana e hija.

Por esa lucha diaria que nos hace fuertes a cada instante, mujeres admirables que luchamos con uñas y dientes para salir triunfadoras contra corriente y marea.

A ti, mujer, que la palabra «IMPOSIBLE» no existe... Solo a ti. ¡MUJER!

### **María Inmaculada Vacas Campos**

¡A ti, mamá! Mujer luchadora desde niña, que apenas conociste a tu madre, criada por tus abuelos, que más que eso fueron padres; personas que te guiaron he hicieron que no pasases nunca hambre, un verdadero ejemplo a seguir. Desde pequeña trabajando para llevar un jornal a tu casa, luchando con tus hermanas, por los caminos de la vida... Gracias por tener el coraje de sortear todas las piedras del camino que te pusieron...

### **Maria Del Mar Santos**

A todas esas mujeres valientes que lucharon por nuestros derechos para que podamos disfrutar de lo que ellas no pudieron; aunque hay que coger el relevo para las siguientes generaciones.

### **Ester Villarroel Prats**

Por todas las mujeres valientes y tenaces que lucharon para que nosotras tengamos un mundo mejor. Por mi madre, una luchadora incansable, por mi hermana, «MI CAMPEONA», y por todas nosotras, pues seguiremos luchando sin desfallecer para seguir allanando el camino a las mujeres que vendrán. Por esa fuerza que tenemos que hace que luchemos como Panteras hasta el final.

### **Maria Moreno Maldonado**

Por mi madre, mujer incansable. Por mi hermana, sin la cual no sé dónde estaría. Ahora es ella quien *tira* de mi madre y de mí. Inigualable.

### **Manoli Morcillo Ruiz**

Por ellas, por nosotras, por todas.

### **Mariangel Rivas**

Por y para todas las mujeres que, a través del más sincero amor, damos y entregamos VIDA.

**Martin Na**

A mi madre y a mi hermana pequeña, pues me ayudaron a salir de una relación tóxica y gracias a ellas hoy estoy viva.

**Patricia Cano**

Por todas las mujeres que han sido parte de la historia, haciendo que nuestro presente sea mejor, y a nuestras mujeres del presente que ya hacen historia, tirando barreras por un mejor futuro para todas. Mil gracias.

**Arrate Solana**

A todas las mujeres que lucharon, contra todo y todos, por un futuro mejor, que nos enseñaron que no hay nada imposible y que siempre hay que pelear para lograr nuestros sueños. A todas las mujeres del presente que nos levantamos todos los días para conseguir un mundo diferente, enseñando a las generaciones futuras a no rendirse.

**Veronica Cuenca Rodriguez**

A mi madre, porque para mí es la mujer más especial que conozco, por apoyarnos a mi hermano y a mí. Y sobre todo, porque aparte de ser mi madre, es mi amiga.

**Montse Rodriguez**

A ti, mujer. No pierdas nunca tus valores y tu dignidad.

**Sara Isabel Rodríguez**

A mi madre y sus amigas, porque me demuestran cada día que no hace falta tener músculos, sino un alma de acero, para ser fuerte y poderosa.

**Miriam Passerini**

A mi madre, Inés Mansilla, por haberme dado la vida en primer lugar; y en segundo lugar, por haberme ayudado y apoyado en todo cuanto he hecho y seguiré haciendo.

**Isita Real Amaya**

A mis abuelas por ser grandes luchadoras. Y ami MADRE, con

mayúsculas, por ser una gran mujer. Os quiero muchísimo, pues sois los pilares más importantes de mi vida.

### **Virginia Muñoz**

A todas las mujeres luchadoras. A mi ABUELA, que tanto luchó para salir adelante. A mi MADRE, porque por ella soy quien soy, y todo se lo debo. Y a todas aquellas que yo elegí como familia y que tanto me dan, pues sois lo mejor de mi vida.

### **Nieves Diaz Castilla**

A mi madre, abuela y hermanas, porque cada una me ha dado su esencia y todas han contribuido a que sea quien soy.

### **Carmen Lázaro Martín**

A todas las mujeres en general y a las de mi familia en particular, por una lucha que nunca debió existir. Hoy soy quien soy gracias a todas ellas. Mi agradecimiento y recuerdo para ellas.

### **Elisa Fernández**

Para todas las mujeres que han sido, son y serán: Mediadoras en los conflictos. Únicas para salir de ellos. Juiciosas en la vida. Enérgicas con los problemas. Realistas con las circunstancias. Emprendedoras siempre. Solidarias con los demás. ¡Gracias a todas ellas!

### **Angels Arilla**

A todas las mujeres que luchan en la vida, y en especial a mi MADRE y mis AMIGAS, porque siempre han estado y están ahí.

### **Lorena López Pérez**

Para todas las mujeres que luchan cada día, que no se rinden y tienen fuerza. Por su mérito y constancia... SIMPLEMENTE ELLAS.

### **Elsa Maximiliano**

A mi madre, por todo lo que me enseñó durante toda la vida, y a mis hermanas por no abandonarme cuando estoy en el suelo por la pérdida de mi mami.

### **Marisa Gallen Guerrero**

Por todas nosotras, madres, hijas, hermanas, compañeras, amigas. Por las incansables, las inagotables. Por nosotras las Mujeres.

**Mónica Martínez López**

A todas las mujeres, las que estuvieron y lucharon, las que están y luchan, las que estarán y lucharán; por todas sin excepción. ¡Grandes guerreras!

**Mila Sanchez**

A mi madre y a mi abuela, dos grandes mujeres que la primera luchó por mi vida y la segunda era toda bondad, toda una guerrera. Siempre.

**Beatriz Jimenez**

A mi madre, por enseñarme que hay que luchar todos los días, por tener esa fuerza, constancia y ganas de seguir disfrutando de la vida con la familia y amigos. Ojalá podamos seguir disfrutando y aprendiendo de ti muchos años más.

**Chris M. Navarro**

A mi madre, la mujer más luchadora que he conocido en mi vida, pues vivió más de la mitad de su vida enferma, trabajando día y noche para sacar a sus hijas adelante, sola, y además pudo ser mi gran apoyo en la mía, mi fuerza, mi pilar, mi todo. Dondequiera que esté, espero que se sienta orgullosa de mí, ya que aunque a veces me den bajones, su fuerza me acompaña y me hacer pensar que si ella, con lo que tenía encima, fue capaz, yo no puedo ser menos. Por ti, mamá, por ser mi mejor amiga, por ser la mujer más grande. Te quiero y te querré siempre.

**Pili Doria**

Por todas las mujeres luchadoras, pasadas, presentes y futuras. Porque juntas nadie nos podrá parar.



## Bibliografía

**Noa Pascual** nació en Valencia, España, en 1973 y se trasladó a Miranda de Ebro, por amor. Donde vive en la actualidad con su marido, aunque sigue enamorada de su tierra natal y sus fiestas.

Desde su adolescencia ya le gustaba inventar historias divertidas y que estas transmitieran algunos valores humanos que la sociedad actual deja al margen.

Su alegría y ganas de vivir son contagiosas, por eso es que le encanta leer *Chick Lit* y romántica, género que escribe de manera divertida y jovial.

En 2012 ve publicada su primera novela, *Desconocidos en un andén*, y con ello comprueba que los sueños pueden cumplirse con tesón y esfuerzo. Le sigue *Amigos enredados* (2013), una divertida ficción que pone en la palestra el verdadero sentido de la amistad. *Una chica sin igual* (2014) ha conseguido unir a infinidad de personas que forman parte de su grupo P@nter@s Incomprendid@s en Facebook.

Colaboradora en las antologías *El trabajo de cupido* (2014), la antología benéfica *La vida es bella* (2015) y en la antología *Siete vecinos y un San Valentín* (2016).

*La Saga Los Irwin: Dance therapy* (2015), *Desafíos por amor* (2015) y *El gran nido* (2016), abrió otra fase de la creativa autora que no dejó de sorprender a sus seguidores. Consiguiendo que miles de lectores se enamorasen de una familia entera.

Nos ofreció una recopilación de doce relatos, *Todo un año de amor* (2017)

Su pasión por la escritura va más allá, y su mente es una continua máquina de concebir historias para sorprender a sus lectores, como demostró con un cambio de registro al escribir el thriller *Lo que todos callan* (2017)

En su tónica habitual de querer sorprender a sus seguidores, se ventura en este nuevo proyecto, transportándonos a la época de la regencia con la saga *Damas poderosas* (2018): *La duquesa ultrajada*, *La condesa despojada* y *La dama envidiada*.

# Índice

## Capítulo I

Toda debutante sueña con ser la más admirada la noche de su debut

## Capítulo II

A ciertos caballeros, también les rompen el corazón

## Capítulo III

El primer beso una dama no lo olvida

## Capítulo IV

De las conversaciones sinceras, salen las amistades verdaderas

## Capítulo V

Los caballeros también se encelan... sin saberlo

## Capítulo VI

Hay caballeros que merecen una lección

## Capítulo VII

Los Ecos de sociedad tanto ayudan como destrozan

## Capítulo VIII

Hay palabras que no se las lleva el viento

## Capítulo IX

Las amigas no guardan secretos

## Capítulo X

Si a un caballero quieres conquistar, tu sonrisa has de regalar

## Capítulo XI

Las mejores carabinas no son las damas de compañía

## Capítulo XII

Cuando una dama está enamorada, olvida los consejos de tres ancianas

## Capítulo XIII

Cuando una dama es única, nunca le afectarán las injurias

## Capítulo XIV

Cuando una dama ama de verdad, se entrega sin pensar

## Capítulo XV

No todos los hombres están preparados para asumir la verdad

## Capítulo XVI

Ni toda duquesa es una verdadera dama, ni todo conde un caballero

## Capítulo XVII

Hay errores imposibles de subsanar

Capítulo XVIII

Una dama con el corazón roto no perdona

Capítulo XIX

Hay damas que se ganan la admiración más sincera de los hombres

Capítulo XX

Una vez más, los Ecos de Sociedad pueden dilapidar a los nobles que no se saben comportar

Capítulo XXI

Cuando la vergüenza llama a la puerta, la razón sale por la ventana

Capítulo XXII

El amor de padre está por encima de toda una sociedad

Capítulo XXIII

Las hermanas no pueden estar toda la vida enfadadas

Capítulo XXIV

Ahogar las penas en alcohol siempre trae problemas

Capítulo XXV

Hay damas que incluso sin brillo en la mirada son admiradas

Capítulo XXVI

Un hombre enamorado intentará proteger siempre a su dama

Capítulo XXVII

Hay damas cansadas de las normas morales establecidas por los hombres y así lo hacen saber

Capítulo XXVIII

De la alegría a la tristeza solo hay un suspiro

Capítulo XXIX

Los hermanos siempre están para ayudarse

Capítulo XXX

Damas poderosas

Capítulo XXXI

Cuando estás en paz, puedes alcanzar la felicidad

Capítulo XXXII

No todos los matrimonios comienzan bien

Capítulo XXXIII

No todos los nobles pueden gozar de buena reputación

Capítulo XXXIV

Si confías en un hombre de honor, podrás encontrar la redención

Capítulo XXXV

Mientras una hermana ríe otra llora

Capítulo XXXVI

Los cargos de conciencia son el peor enemigo

Capítulo XXXVII

Unos matrimonios triunfan y otros fracasan

Capítulo XXXVIII

Hay damas que maduran gracias al caballero que está a su lado

Capítulo XXXIX

Ciertos caballeros omiten la verdad para no preocupar

Capítulo XL

Hay hombres que ayudan a sus esposas y otros todo lo contrario

Capítulo XLI

No todos los matrimonios encuentran el camino de la comprensión

Capítulo XLII

Una dama con confianza en sí misma sabe exponer la verdad sin ambages

Capítulo XLIII

Las desgracias nunca vienen solas

Capítulo XLIV

Los hombres de honor son justos

Capítulo XLV

Cuando piensas que todo va mal, todavía puede ir peor

Capítulo XLVI

La palabra con mayor poder es «perdón»

Capítulo XLVII

No existe mayor aprendizaje que vivir la vida

Capítulo XLVIII

Las malas rachas también se terminan

Capítulo XLIX

Si no sabes respetar la memoria de un gran hombre, su viuda se ofenderá

Capítulo L

Las damas poderosas están para ayudarse

Capítulo LI

Si escuchas al corazón, hallarás la solución

Capítulo LII

Las damas poderosas también dan el relevo

Epílogo

Notas de la autora

Dedicatorias especiales de las lectoras

Bibliografía

---

[1] Itinerario por Europa. Los jóvenes aristócratas lo utilizaban como etapa educativa y de esparcimiento, previa a la edad adulta y al matrimonio.